



La dama de blanco

WILKIE COLLINS

Wilkie Collins

La dama de blanco

Wilkie Collins / La dama de blanco

Colección Literatura

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Primera edición, Bogotá, junio de 2016

Juan Manuel Santos Calderón **Presidente de la República**

Gina Parody d'Echeona **Ministra de Educación Nacional**

Víctor Javier Saavedra Mercado **Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media**

Ana Bolena Escobar Escobar **Directora de Calidad para la Educación Preescolar, Básica y Media**

Paola Trujillo Pulido **Subdirectora de Fomento de Competencias**

Silvia Prada **Gerente del Plan Nacional de Lectura y Escritura**

Coordinación editorial: Equipo pedagógico del PNLE

Diseño y diagramación: **VIDA GLOBAL S.A.**

ISBN 978-987-678-747-5

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

“La Dama de Blanco”: Una Novela Maestra

El asombro y el encanto de una relectura veraniega de esta obra - la primera gran novela de Wilkie Collins- se vierten en las siguientes líneas de análisis literario.

Por Ignacio Valente

La enorme fama de Wilkie Collins (1824-1889) no lleva más de dos o tres décadas en el mundo de habla castellana. Esta novela de seiscientas páginas es al mismo tiempo un relato policial, una historia de amor y un libro de aventuras, en síntesis cabal. Casi no puede darse aquí una idea del argumento sin estropear al potencial lector el suspenso, que es magistral. Digamos sólo que se narra aquí una terrible conspiración para matar en vida a la hermosa Laura Fairlie, por parte de Sir Percival Glyde, un cazadotes, y de su extraño cómplice el Conde Fosco; conspiración que intentan desentrañar primero, y revertir después, la hermana de Laura - Marian- y su antiguo enamorado, Walter Hartright. Pero ¡qué pobre y esquemática resulta esta sinopsis, comparada con la riqueza argumental, la plenitud de la intriga, la magnitud del rompecabezas, la extensión del horizonte narrativo y la proeza analítica de la novela!

Los puntos de vista narrativos

La excelencia de este relato se apoya en el más elemental y antiguo de los fundamentos del género: en una buena historia; en una historia apasionante, a decir verdad. Pero su mayor novedad formal, la que constituye su alma y su estructura misma, es la multiplicidad de las voces o de los puntos de vista narrativos. La historia es contada por una secuencia de varios testigos, que son también protagonistas, en primera persona. Ningún relator sabe más de cuanto su protagonismo le permite saber, con lo cual estamos lejos del pesado narrador sabelotodo de un Dostoiewski o de un Balzac (por mencionar dos grandes contemporáneos de Collins).

Muchas son las virtudes de este procedimiento, por entonces bastante original, y que incluso después, con el correr del tiempo, pocos autores han usado con tanta propiedad. Por de pronto, la alta intensidad dramática de los hechos queda sabiamente

atemperada por el tono informativo de estas voces; a ratos se bordea el peligro de lo sentimental, pero sin caer casi nunca en él. Por otra parte, los mejores caracteres del relato se definen no sólo por la acción y por el diálogo, sino también a través de su propio acto de narrar; cada uno se retrata también por lo que escribe - y por la manera como escribe- en su testimonio correspondiente.

Por eso mismo, no es necesario que los informantes sean objetivos o justos o siquiera verídicos: cada uno narra desde su propio prisma, a veces muy parcial - como el de Mr. Fairlie, un neurótico ególatra, o el de la dueña de casa de Blackwater Park, una mojigata, ¡o el del siniestro Conde Fosco!-, pero esta parcialidad también aporta lo suyo al relato, y, sobre todo, los hechos que se dejan ver entre líneas son, de una manera doblemente sutil, los que el lector necesita. Todavía otra ventaja del procedimiento es que el tiempo narrativo, en principio lineal, por obra de los cambios de voces introduce ciertos quiebres cronológicos (equivalentes funcionales del flashback o del racconto, y también ciertos súbitos cambios de escenario, que ayudan mucho a la diversificación del relato, y a la consiguiente amenidad de la lectura. Mencionemos todavía este mérito considerable de una novela tan larga y compleja: que de cada acontecimiento se hace cargo el narrador adecuado, y en el momento más oportuno.

Pero el gran desafío de las perspectivas múltiples es éste: al comienzo el lector se pregunta si la alternancia de narradores no será sólo una licencia literaria que se toma el autor, como si ningún personaje pudiera haber pedido y juntado estos informes. Aun si fuera así, el recurso sería una convención válida y clásica del género narrativo. Pero la verosimilitud de esta novela es tan íntegra, que a través de su desarrollo, y luego de su desenlace, resulta enteramente posible - y “real”- que Walter Hartright (uno de los narradores protagonistas y no el autor) pida y obtenga estos testimonios de los demás personajes como parte de la propia acción narrativa. Esta novela se lo juega todo a la carta de la verosimilitud: una sola caída en ese aspecto lo desmoronaría todo. Pero Collins sale triunfante de este desafío, y en el desenlace no queda un solo cabo sin atar.

El suspenso, la intriga y los caracteres

El transcurso de *La dama de blanco* produce un aumento casi incesante de su clímax emocional. El sufrimiento sube de punto en forma implacable, y a ratos es tan opresivo, que el lector necesita cada cierto trecho una pausa para reponerse. No obstante el poder de la catarsis literaria, los sucesos llevan tal carga de ansiedad, que sólo podemos (y necesitamos) seguir leyendo por un motivo superior y más excelente: el extremo suspenso de la escritura de Collins. Este tremendo narrador no da tregua, y

nos lleva con el alma en vilo, tanto a lo largo de la acción como de los diálogos, que no tienen desperdicio. Pues bien, en esas cumbres de la concentración emotiva, es a menudo el cambio de narrador (y con él, el cambio de tiempo y de escenario) el que nos ofrece el alivio indispensable, el respiro que pedíamos.

Una novela tan larga da la impresión de que se toma su tiempo para narrar con calma (a la usanza de la época, por lo demás). Pero los únicos episodios que pueden considerarse morosos son aquellos que el lector quiere que sean así; aquéllos donde el autor, sabiéndose en posesión de las fibras adecuadas y más hondas del alma, prolonga en nosotros su pulsación: ciertas intensidades emocionales piden su tiempo, su lentitud, su adagio, así como otras piden un crescendo o una subida reacción en cadena. El autor maneja estos cambios de velocidad con gran sabiduría. El ritmo es justo aquel que el suspenso necesita. Muy pocos autores manejan el suspenso - ¿quién, quiénes?- con la maestría de Wilkie Collins.

Dígase lo mismo de su don singular para tejer la intriga: a la vez clara y compleja, sinuosa y certera, laberíntica y coherente. El misterio, por supuesto, no se resuelve sino en el punto final. La dama de blanco, igual que La piedra lunar, es una gran pieza de relojería fina, donde todos los engranajes - muchos- calzan entre sí. Este rompecabezas ha sido armado por una mente superior: tan amplio es, y tan frondoso, y tan ajustado en su resolución final. La intrincada trama se resuelve, paso a paso, en un tejido tan sutil como bien calzado. Policialmente hablando, estamos al borde del crimen perfecto: la operación Fosco es de una astucia diabólica. Pero también la investigación es en extremo lúcida, y es casi feroz el coraje de las víctimas - del enamorado Hartright- para reivindicarse.

Como se deduce de esta observación, la novela moviliza personajes villanos y personajes heroicos, en medio de otros más neutros. Se diría que con un material humano tan definido no hay mucho que hacer: que el blanco y negro moral de la pintura liquidará el cuadro. Pero no: la pincelada de Collins sabe de la penumbra, del matiz, del claroscuro. Lo único que algunos lectores no perdonarán es el hecho moral de manifestarse aquí el poder del amor en plena actividad: el amor de las dos hermanas, Marian y Laura, y el amor de Laura y Walter; y uno y otro dotados de una grandeza estremecedora, y con destellos abundantes de heroísmo. ¿Melodramático? Sin duda, siempre que el término se use en su sentido literario formal. Quizá tampoco perdonen esos lectores la limpieza ética de este relato (¿victoriano?: sin duda, también en su mejor sentido), relato que tan fácil habría sido embadurnar con lo sórdido y lo mórbido. En realidad, estas dos calidades abundan, pero no están tratadas de manera sórdida y mórbida. Están tratadas simplemente con superioridad moral. El que esta superioridad desdiga del género narrativo no es sino un prejuicio frecuente en la

modernidad (o en la posmodernidad), prejuicio desmentido por la mera existencia y calidad de una novela como ésta (y lo mismo sucede con La piedra lunar).

Esta obra de arte cumple la sospechosa condición de ser amena, amenísima, y para todos, no para un lector de cenáculo. Pero si su lectura resulta tan accesible y grata a través de eximios recursos literarios, y esos recursos eximios del lenguaje narrativo han sido puestos al servicio del lector corriente, la sospecha se vuelve vacía y, al revés, la novela se vuelve doblemente magistral: el autor sabe hacer fácil lo más difícil. Wilkie Collins ha quedado como un arquetipo de perfección en el manejo de las voces narrativas, en el dominio del suspenso y en la armazón de la gran intriga, como lúcidamente puso Borges de relieve.

© 2000 Empresa El Mercurio S.A.P



Walter Lohmeyer

LA HISTORIA COMIENZA CON WALTER HARTRIGHT, DE CLEMENT-S INN, PROFESOR DE DIBUJO

I

Refiérese esta historia a lo que puede soportar la paciencia de una mujer y lo que es capaz de conseguir la resolución de un hombre.

Si el mecanismo de la Ley pudiera verse libre de la más leve sospecha de que los procedimientos de coacción del oro fueran capaces de modificar su marcha, todos los sucesos que a lo largo de estas páginas hemos de ver podrían reclamar su puesto para despertar la atención pública en un tribunal de justicia.

Pero la Ley es, en determinados e inevitables casos, la esclava del mejor postor. Por este motivo, el relato de esta historia aparece por primera vez en estos lugares. Del mismo modo que el juez debió oírla en otro tiempo, así, ahora, la escuchará el lector.

Desde la primera hasta la última página no hemos de alterar ninguna importante circunstancia. En todo momento en que quien escribe estas líneas a modo de prólogo, cuyo nombre es Walter Hartright, haya estado en contacto directo con los incidentes que aquí han de relatarse, los describirá personalmente. Cuando le falte la memoria, dejará su puesto de narrador para dar paso a otros que lo continúen en el punto y hora en que aquél hubo de abandonarlo, en espera de que éstos lo harán de forma tan clara e imparcial como aquél lo hizo.

Así, pues esta historia será contada por más de una pluma, del mismo modo y con el mismo propósito que una falta contra las leyes se cuenta en el tribunal por más de un testigo. En los dos casos, se procura siempre presentar la verdad en su aspecto más directo e inteligible, con objeto de llegar a una reconstitución completa de los hechos, haciendo intervenir a las personas que más en íntimo contacto han estado con aquéllos para que repitan palabra por palabra los sucesos en que tuvieron parte o, cuando menos, presenciaron.

Dejemos, pues, la palabra a Walter Hartright, profesor de dibujo, de veintiocho años de edad.

II

Era el último día del mes de julio. Acercábase la más calurosa época del verano, y nosotros, los fatigados transeúntes de las calles de Londres, comenzábamos a

pensar en sombreadas alamedas, en campos de trigo y en otoñales brisas a orillas del mar.

Por lo que respecta a mí, diré tan sólo que ya a principios de verano me quedé sin salud, sin humor y, para ser enteramente cierto, he de añadir que sin dinero alguno.

Durante el último año transcurrido no administré mis recursos profesionales con el cuidado de costumbre, y la prodigalidad de ese tiempo no me dejó otra alternativa que transcurrir muy modestamente el otoño entre la pequeña finca de mi madre, en Hampstead, y mi casa de la ciudad.

La tarde era calmosa y nublada. El ambiente, pesadísimo y asfíxiante, apenas si dejaba oír el rumor distante del tránsito callejero. El leve pulsar de la vida dentro de mí y en el gran corazón de la ciudad que me rodeaba parecía latir al unísono, lánguidamente, cada vez más lánguidamente, serenándose como el sol que se ponía. Alcé los ojos del libro sobre el que estuviera soñando en vez de leer, y dejé mi cuarto para respirar el frío aire nocturno de los suburbios. Era aquella una de las dos noches que semanalmente acostumbraba a pasar en compañía de mi madre y de mi hermana. Por ello dirigí mis pasos hacia el Norte, en dirección a Hampstead.

Los acontecimientos que voy a relatar me obligan a decir que mi padre había muerto algunos años antes de la época en que esto ocurre, y que mi hermana Sara y yo éramos los únicos supervivientes de una familia de cinco hijos.

También mi padre fue profesor de dibujo. Por sus propios méritos consiguió muchos éxitos en la profesión que eligiera, y gracias a su admirable prudencia y capacidad de sacrificio, mi madre y mi hermana quedaron después de su muerte tan independientes como lo habían sido durante su vida. Yo le sucedí en la profesión, teniendo razones justificadas para sentirme satisfecho ante la perspectiva que se me ofrecía al comienzo de mi vida.

Cuando llegué a la verja de la casa de mi madre, aún veíanse en el horizonte los colores del crepúsculo. Pero la vista de Londres aparecía a mis pies como un golfo de sombras. Apenas tocada la campanilla apareció en el umbral de la puerta, abierta

violentemente, mi amigo el profesor Pesca, que se adelantó a recibirme muy amablemente, emitiendo tinos inarticulados sonidos, parodia del saludo inglés.

Por sus muchos merecimientos, aparte de por el gusto que tengo yo en efectuarlo, el profesor merece una presentación formal. Las circunstancias han hecho que sea él el primero que aparezca en esta verídica historia.

Le conocí por primera vez en cierta aristocrática mansión donde daba lecciones de su propio idioma y yo de dibujo. Todo cuanto supe de su vida era que había desempeñado un puesto prestigioso en la Universidad de Padua; que abandonó a Italia por cuestiones políticas y que hacia muchos años se había establecido en Londres como profesor de idiomas, siendo muy, respetado por cuantos le conocían. Siempre había reservado para sí la naturaleza de esas cuestiones políticas que le obligaron a abandonar su nación.

Sin llegar a ser un enano, pues estaba perfectamente proporcionado de pies a cabeza, creo, que Pesca era el hombre más pequeño que he visto, aparte de los aparecidos como fenómenos en las salas de espectáculos. Notable por su apariencia, era mucho más impresionante por la inofensiva excentricidad de su carácter. La idea principal de su vida parecía ser la de mostrar constantemente su inmensa gratitud a la poderosa nación que le había ofrecido un asilo y medio de subsistir, haciéndole posible convertirse en un auténtico inglés. No contento con el cumplido que hacia al país en general, cargaba invariablemente con su paraguas, usando invariablemente también polainas y sombrero blanco, de copa alta, aspirando a convertirse en un inglés tanto en gustos y costumbres como en indumentaria. El hombrecillo experimentaba una gran devoción por el amor que nos distingue a los ingleses hacia toda clase de deportes, practicándolos siempre que tenía oportunidad de ello, firmemente convencido de que sería capaz de adoptar nuestras diversiones, del mismo modo y con la misma facilidad con que había adoptado las polainas y el sombrero blanco nacionales.

Le había visto arriesgar ciegamente sus piernas en una caza de zorros, y en un campo de *cricket*, poco después, vi arriesgar su vida con la misma ceguera, en la playa de Brighton.

Nos encontramos allí por casualidad y tomamos el baño juntos. Después de habernos alejado un poco de la orilla, me sorprendió no ver a mi compañero a mis alcances. Le busqué con la vista y con gran sorpresa mía y horror también vi tras de mí a dos pequeños brazos que se movían un momento y desaparecían a continuación bajo el agua. Horrorizado, me dirigí rápidamente al lugar aquel, y cuando llegué, el desventurado hombrecillo estaba ya tenido en el fondo del mar, con la calma de la

resignación; me pareció, en aquel instante, mucho más pequeño que nunca. No sin dificultades logre sacarle de allí. El aire fresco, al devolverle el sentido, le devolvió también su inocente vanidad de nadador, y en cuanto el castañeteo de sus dientes le permitió emitir algunas palabras, procuró sonreír y me aseguró que debía haber sido un calambre. Cuando se hubo repuesto por completo y nos reunimos en la playa, su naturaleza meridional, tan expresiva, rompió en un momento la artificial reserva inglesa que él quería imponerse. Tuvo para mí las más calurosas muestras de gratitud y de afecto, y me juró, con la vehemencia propia de su exagerado estilo italiano, que, a partir de aquel momento, ponía su vida a mi disposición, añadiendo luego que nunca más se consideraría feliz hasta encontrar la oportunidad de demostrarme aquella inmensa gratitud con algún favor que yo a mi vez recordara constantemente hasta el fin de mis días.

Hice cuanto me fué posible para detener el torrente de su llanto y, de sus protestas, insistiendo en considerar aquella aventura como un episodio humorístico, logrando, por último, terminar con la ruidosa gratitud de mi compañero. Ni mucho menos pensé entonces, y tampoco lo pensé cuando terminaron nuestras agradables vacaciones, que la oportunidad de serme útil que con tanta ansiedad esperaba mi agradecido compañero había de presentarse muy pronto; que él se apresuraría a aprovecharla inmediatamente, y que al hacerlo había de cambiar por completo el curso de mi vida, dirigiéndola por derroteros nuevos. Y así fué. Si yo no hubiera sacado del fondo del mar al profesor Pesca, no hubiese tenido probabilidad alguna de verme mezclado en la historia que comienza en estas páginas. Tal vez tampoco hubiera oído nunca el nombre de la mujer que constantemente ha vivido en todos mis pensamientos, que se ha posesionado en todas mis energías y cuya influencia dirige todos los actos de mi vida.

III

La fisonomía y actitud de Pesca, la noche en que nos encontramos frente a frente ante la puerta de la casa de mi madre, eran más que suficiente, para demostrarme que había ocurrido algo ordinario. No obstante, fué inútil que yo le rogara una explicación inmediata. Tan sólo pude saber, mientras me arrastraba hacia el interior cogiéndome por ambas manos, que había ido a casa de mi madre, conociendo mi costumbre, para tener la seguridad de encontrarme allí, y que tenía algo muy importante que decirme. Nos precipitamos los dos a la sala de una forma asaz brusca e incorrecta. Al lado de la ventana abierta, riendo y abanicándome, estaba mi madre sentada. Pesca era unos de sus amigos favoritos, y todas las excentricidades de su carácter hallaban siempre una disculpa a sus ojos. ¡Pobre querida madre! Desde el instante en que supo lo mucho que el pequeño profesor quería a su hijo, abrióle sin reservas su corazón, excusando todas sus genialidades y sin tratar siquiera de comprenderlas.

Mi hermana Sara era, a pesar de su juventud exuberante, algo menos indulgente. Hacía plena justicia a las excelentes condiciones de carácter y sentimientos del extranjero, pero no le aceptaba implícitamente, como hacía mi madre, por cariño o devoción hacia mí. Su británica corrección exaltábase indignada contra el desprecio sistemático que hacía Pesca de las apariencias, y mostrábase siempre más o menos desagradablemente sorprendida por la familiar manera con que nuestra madre trataba al original y pequeño extranjero.

—No puedo pensar en lo que hubiera sucedido, Walter —dijo mi madre—, si no llegas a venir. Pesca está medio loco de impaciencia y a mí me ha vuelto medio loca de curiosidad. Dice que tiene importantísimas noticias que darnos, de gran interés para nosotros. Pero con la mayor crueldad se ha negado a adelantarnos ni una palabra hasta que su querido Walter se encuentre entre nosotros.

—¡Qué fastidio! ¡Ya está el juego descabalado! —murmuró Sara entre dientes, entregada a la triste ocupación de recoger los restos de la taza.

Mientras tenía efecto esta conversación, Pesca, radiante de alegría y sin conceder el menor interés a la mutilación irreparable que había sufrido el juego de té por su causa, empujaba una de las butacas de la sala a uno de los extremos de ésta, como si quisiera dirigirse a nosotros como un orador público a su auditorio. Habiendo vuelto la butaca con el respaldo hacia nosotros, se acomodó en ella de rodillas, y desde este improvisado púlpito se dirigió al reducido número de sus oyentes.

—Ahora, queridos míos —comenzó Pesca, que siempre que decía «queridos míos» era cuando quería decir «amigos míos»—, prestadme atención. Ha llegado el momento de daros cuenta de una buena noticia. Por fin voy a hablar. -

—¡Bravo, bravo! —gritó mi madre, siguiendo la broma.

—Lo que se romperá seguidamente —murmuró Sara— será el respaldo del sillón.

—Me dirijo al más noble de los seres creados —continuó Pesca entusiasmado, señalando mi humilde persona desde su butaca—. ¿Quién, a causa de un calambre, me halló muerto en el fondo del mar? ¿Quién me devolvió a la superficie? ¿Qué es lo que yo dije al volver de nuevo a la vida y vestir de nuevo mis ropas?

—Mucho más de lo necesario —contesté lacónicamente, pues el hecho de animarle tratándose de este asunto implicaba, con toda seguridad, renovar la emoción

experimentada por el expresivo profesor, que terminaba invariablemente derramando un torrente de lágrimas.

—Dije —continuó Pesca— que mi vida pertenecía a mi salvador hasta el último día de mi existencia, y mantengo lo dicho. También dije que jamás volvería a sentirme feliz hasta tener ocasión de hacer algo en favor de mi querido Walter, que le demostrara mi gratitud, y por fin ha llegado este venturoso día. Así, pues —añadió, gritando casi, el hombrecillo, puesto de pie, entusiasmado, sobre el sillón—, el exceso de mi felicidad surge de todos los poros de mi piel como una especie de transfiguración benéfica, porque, por mi alma y mi honor lo juro, ya está hecho todo, y lo único que puedo añadir es que mi deuda está pagada.

Debo advertir que Pesca considerábase un perfecto inglés en cuanto al lenguaje, lo mismo que por lo que respecta a su modo de vestir y de divertirse. Había logrado aprender algunas de nuestras expresiones más usuales y las prodigaba en su conversación por el solo gusto de pronunciarlas e ignorando la mayor parte de las veces su exacto significado.

—Entre las casas de la buena sociedad londinense que frecuento yo para enseñar el idioma de mi país —continuó el profesor, entrando por fin en la esperada explicación y suprimiendo de raíz todo prólogo— hay una mucho más fina que todas las demás, situada en una gran plaza llamada Portland. Todos sabéis dónde está, ¿no es cierto? ¡Claro, claro, naturalmente! Esta casa aristocrática, queridos míos, alberga a una familia muy distinguida: una mamá bella y opulenta, tres preciosas señoritas, opulentas también, dos jóvenes hermosos y asimismo opulentos y un padre que es el más hermoso y opulento de todos, poderoso comerciante que apalea las onzas de oro, que también ha sido muy distinguido, pero que ahora, como quiera que se halla en plena calvicie y posee dos barbillas, no lo parece tanto. Bien. Atención ahora. Yo hablo del sublime Dante a las tres bellas señoritas. Pero, ¡ay, queridos míos! El lenguaje humano no basta para exponer la dificultad con que el sublime Dante penetra en aquellas lindas cabezas. Sin embargo, no importa. Todo requiere su tiempo, y cuanto más duren las lecciones, mucho mejor para mí. Repito que me prestéis atención. Figuraos ahora que estaba yo hoy, como cada día, dando mi lección a estas bellas señoritas. Los cuatro nos hallábamos en el *Infierno*, de Dante, en el círculo séptimo... Pero permitídmeme que no insista sobre esto, por cuanto para estas lindas muchachas todos los círculos de Dante son iguales. En el séptimo bostezaban, pues, a más y mejor. Yo, que veíalas dormirse por momentos, esforzábame en recitar y en explicar, consiguiendo tan sólo sofocarme con mi proverbial entusiasmo, cuando, de repente, me llega desde el pasillo un rumor de botas. No tarda en presentarse el opulento padre, con la cabeza calva y la doble barbilla. ¡Ah, queridos míos! Estoy más cerca del asunto de lo que

creéis. ¿Me habéis escuchado pacientemente? No dudo de que en vuestro interior os habréis dicho: «Esta noche, Pesca trae más correa que nunca».

Declaramos al unísono que le oíamos con profundo interés. El profesor continuó:

—El opulento padre traía una carta en la mano y después de excusarse por molestarnos con los negocios de la tierra en nuestra visita a las regiones infernales, comenzó, como siempre empiezan los ingleses cualquier frase, con un inmenso: «¡Oh, oh, hijas mías! He recibido una carta de mi amigo el señor...». No recuerdo el nombre, pero ya volveremos sobre esto. Sí, sí. «Así, pues», dijo el papá, «he recibido de mi amigo el señor N. una carta en la que me pregunta si no podría recomendarle a un buen profesor de dibujo que pudiera trasladarse a su casa de campo» ¡Dios me bendiga! Si me hubiera sido posible tener los brazos bastante largos para abarcar su humanidad hubiera cogido entre ellos, estrechándole contra mi corazón en un abrazo de gratitud, a aquel espléndido papá que había pronunciado tan magníficas palabras. Pero como todo esto no me era posible, me limité a moverme sobre mi asiento, como si me hubiera encontrado sentado en un trono de espinas. Sin embargo, nada dije y le dejé continuar. «¿Conocéis, tal vez?», preguntó el honrado comerciante, arrollándose la carta entre sus carnosos dedos, «¿conocéis, tal vez, mis queridas hijas, a algún profesor de dibujo a quien yo pueda recomendar?». Las tres se miraron unas a otras y contestaron respondiendo con el inevitable: «¡Oh! Oh, no, querido papá. Pero aquí tenemos al señor Pesca». Al oír que mi nombre se pronunciaba, no pude contenerme más. Vuestro recuerdo, queridos míos, se me subía a la cabeza como si fuera sangre. Salté de mi silla y le dije en correcto inglés al poderoso comerciante: «Mi respetable caballero: yo tengo el hombre que usted necesita, el mejor profesor de dibujo del mundo. Recomiéndele hoy mismo por el correo de la noche y envíele con todo su equipaje, (frase eminentemente inglesa), con el tren de la mañana, temprano. «Bien, bien», exclamó el papá. «¿Es un extranjero, o un inglés?». Inglés hasta los propios huesos, respondí. «¿Respetable?», preguntó el papá. Caballero, contesté vivamente, pues esta última pregunta me ofendió en lo más íntimo, caballero, la radiante llama del genio brilla en la frente de este esclarecido artista. Pero aun es más. Ha brillado antes en la de su padre. «No importa que tenga genio, señor Pesca», dijo el dorado y bárbaro papá. «En este país no nos interesa el genio si no se acompaña de la respetabilidad. Pero con esta condición última lo acogemos con sumo gusto. ¿Su amigo de usted, señor Pesca, puede presentar certificados que garanticen su corrección y respetabilidad?». Moví negligentemente mi mano al exclamar: ¡Cartas! ¡Dios bendiga mi alma! ¡Volúmenes de cartas e infolios de certificados y testimonios, si usted gusta!, dije yo. «Una o dos serán suficientes», contestó aquel flemático becerro de oro. «Que me las envíe con su nombre y señas; y espere usted, señor Pesca. Antes de que se marche te daré una nota o billete...» ¿Un billete de Banco?», exclamé

con indignación. Perdóneme usted si no acepto ninguno hasta que mi excelente amigo lo haya ganado. «¿Billete de Banco?», preguntó el padre con sorpresa. «¿Quién habla de billete de Banco? Digo un billete o nota para explicar las condiciones a las que se tendrá que someter su amigo. Continúe su lección, señor Pesca, y le daré un extracto de la carta de mi amigo». Dicho esto, el hombre se sentó, cogió la pluma, volví a mi *Infierno* de Dante y me acompañaron a él las tres lindas muchachas. La nota estuvo escrita al cabo de diez minutos, y de nuevo crujieron en el pasillo las botas del parda. Juro por mi alma y por mi honor, que desde ese momento ya no sé nada. La gratísima idea de que había logrado por fin encontrar la deseada oportunidad y que por mi mediación se había asegurado un brillante porvenir a mi queridísimo amigo, me embriagaba totalmente. Cómo logré salir y sacar a mis jóvenes y bellas discípulos de las regiones infernales; cómo pude llevar a cabo mis restantes quehaceres, y de qué modo ingerí mi modesta comida, son cosas para mí tan desconocidas como si hubieran ocurrido en la luna. Baste saber que estoy aquí con la nota del hombre hermoso y opulento en la mano y mas sofocado que si hubiera salido de un horno, pero mas feliz que un rey. ¡Ah, ah, ah! ¡Tres hurras por la Gran Bretaña!

Y el buen profesor, al llegar a este punto, agitó sobre su cabeza la nota, terminando la voluble y prolija narración con un grito mitad italiano, mitad tirolés, pero que pretendía ser de un inglés purísimo.

En cuanto el profesor hubo terminado, mi madre se levantó, y con las mejillas animadas y los ojos brillantes, cogió ambas manos del profesor y le dijo efusivamente:

—Mi querido y buen amigo: no he dudado nunca de su cariño hacia Walter, pero ahora me siento más segura que nunca de él.

—Sin duda alguna, todos estamos muy agradecidos al señor Pesca por su interés para con mi hermano —dijo Sara levantándose y acercándose a él. Pero viendo que el expresivo meridional cubría de besos las manos de su madre, se sentó de nuevo murmurando: —Si con mamá se permite estas familiaridades, ignoro lo que hará conmigo.

Estas palabras, más que pronunciadas, fueron dichas con la expresión del rostro.

A pesar de que yo también experimentaba una inmensa gratitud por el interés cariñoso de Pesca, no sentí interiormente la alegría que hubiera debido causarme la perspectiva que abría ante mis ojos aquel nuevo empleo. Cuando el profesor no encontró más besos que colocar en las manos de mi madre y yo le hube dado efusivamente las

gracias por su interés amistoso hacia mí, le rogué que me permitiera ver el billete que el digno comerciante le había entregado.

Pesca me dió el papel con un triunfal ademán de sus dedos.

—Lea —dijo majestuosamente el hombrecillo—. Le prometo, mi querido amigo, que estas líneas trazadas por la mano del espléndido papá hablan por si solas.

La nota estaba redactada en claros lacónicos términos. Me informaba de lo siguiente:

«1°— El caballero Federico Fairlic, de la Casa Limmeridge, en Cumberland, necesita un profesor de dibujo de reconocida competencia, cuyos servicios habrán de ser utilizados durante un periodo aproximado de cuatro meses.

»2°— Los deberes o servicios que éste profesor habrá de realizar serán dobles: dirigir la educación de dos señoritas en el arte de pintar acuarelas, y consagrar las horas libres en restaurar una valiosa colección de dibujos que se encuentran en un estado de total abandono.

»3°— Los honorarios ofrecidos a quien haya de reunir cumplidamente las condiciones antedichas serán a razón de cuatro guineas semanales. Durante el tiempo convenido, el profesor habrá de residir en Limmeridge, donde recibirá el trato que corresponde a un caballero.

»4°— Esta colocación no puede solicitarla nadie que no reúna excelentes referencias tanto profesionales como personales. Las referencias, deberán dirigirse a Londres, a las señas del amigo del señor Fairlie, quien tiene la correspondiente autorización para cerrar el trato.»

Todas estas instrucciones terminaban con el nombre y las serías del padre de las alumnas del buen profesor Pesca, con lo cual se daba fin a la nota o memorándum.

Realmente, la perspectiva de una colocación semejante ofrecía gran número de alicientes. La colocación parecía tan fácil como agradable. En la época del año menos ocupada para mí se me hacía una excelente proposición. La remuneración, a juzgar por mi propia experiencia, era verdaderamente generosa. Comprendía perfectamente todo esto, y también que podía considerarme muy afortunado en el caso de conseguirla. Pero sin embargo tan pronto como hube terminado de leer la nota, sentí un deseo inexplicable de no volver a hablar más de aquel asunto. Jamás me pareció encontrar

mi inclinación y mi deber en un desacuerdo tan profundo como en aquellos momentos.

—Oh, Walter dijo mi madre, entregándome la nota después de haberla leído, tu pobre padre nunca tuvo tanta suerte.

—Trato con gente distinguida —observó Sara, acomodándose en su butaca—, y, a lo que parece, según una perfecta igualdad.

—Sí, claro. Realmente, las condiciones parecen muy agradables —añadí, impacientándome—. No obstante, antes de enviar mi referencia quisiera tener algún tiempo para reflexionar.

—¡Reflexionar! —exclamó mi madre—. Pero, ¿te has vuelto loco, Walter?

—¡Reflexionar! —repitió mi hermana—. Es inconcebible que hables así en estas circunstancias.

—¡Reflexionar! —murmuró el profesor como un eco—. ¿Qué es lo que tiene usted que reflexionar? A ver, contésteme. ¿No se lamentaba usted de su salud? ¿No suspiraba por un soplo de aire campestre? Bien, ahí tiene usted un papel que le brinda bocanadas de purísimo aire durante cuatro meses. ¿Es, o no es así? ¡Ah! Creo que también me había usted dicho que no andaba muy bien de dinero. ¿Es que tal vez son despreciables cuatro guineas a la semana? ¡Por Dios, dénmelas a mí y ya verán ustedes cómo crujen mis botas lo mismo que las del papá, sabiendo el gran potentado que calzan! Cuatro guineas semanales, sin contar una buena cama, mejor comida, excelente té inglés, merienda, cerveza sin límite; y todo esto gratuitamente... Walter, querido mío, que Dios me perdone, pero, por primera vez en mi vida, no tengo ojos suficientes para mirarle a usted y no comprenderle.

Ni la sorpresa de mi madre, ni las distintas ventajas de que había de disfrutar en mi nuevo empleo fueron lo suficientemente eficaces para desvanecer la antipatía irrazonable que en aquellos momentos experimentaba hacia la Casa Limmeridge. Presenté distintas objeciones, todas las cuales fueron fácilmente rebatidas. Por último, me parece hallar una postrera, preguntando qué se había de hacer con mis discípulos de Londres, en tanto yo enseñaba a pintar a la acuarela a las hijas del señor Fairlie. Me contestaron que la mayor parte de aquéllos veranearían en esos meses, y los que quedaran en la ciudad estarían confiados a uno de mis compañeros, a cuyos discípulos también yo en una ocasión di lecciones durante un viaje que aquél hubo de llevar a efecto. Me recordó mi hermana que, precisamente, ese joven profesor de quien

hablaron me habla ya ofrecido sus servicios en aquella estación, dado el caso de que yo hubiera pensado en efectuar algún viaje. Mi madre me dijo que no debía comprometer, por un capricho sin fundamento, el restablecimiento de mi salud, ni tampoco el adelanto en mi carrera. Pesca comenzó a gemir. Luego me suplicó que no rechazara aquella ocasión primera que tenía para demostrar la inmensa gratitud a aquel a quien había salvado la vida.

La sinceridad y cariño evidentes con que todas aquellas observaciones estaban inspiradas hubieran bastado para torcer la decisión de un hombre dotado de cierta sensibilidad moral. Aun cuando no lograron convencerme, tuve, por lo menos, la virtud de avergonzarme de mi proceder y prometer gustosamente cuanto de mí quisieran. Con esto terminóse la discusión y todos se quedaron satisfechos.

El resto de la velada transcurrió alegremente, efectuando comentarios humorísticos con respecto a mi futura vida de profesor en casa de las señoritas de Cumberland. Inspirado por nuestro *grog* nacional, Pesca, a quien se le subía a la cabeza dos minutos después de haber pasado por su garganta, pretendió asegurar su fama de perfecto inglés. Pronunció una serie de brindis en los que rápidamente hizo votos por la salud de los míos, la mía propia, la del señor Fairlie y sus dos hijas. Por último, patéticamente, se dió a sí mismo las gracias en nombre de todos los favorecidos.

—En confianza, Walter —me dijo con tono confidencial mi pequeño amigo, cuando ambos regresábamos a Londres—, me siento muy orgulloso de mi propia elocuencia. Mi pecho se inunda de ambición. Ya verá usted cómo me eligen miembro de vuestro noble Parlamento cualquiera de estos días. El sueño de toda mi vida es éste: Ilustrísimo señor Pesca, M. P.

Al día siguiente envié las referencias pedidas al capitalista de Portland Place. Al cabo de tres días hube de suponer no sin una íntima satisfacción que mis referencias no debían de haber sido consideradas como insuficientes. No obstante, llego al cuarto día la contestación. Por ella supe que el señor Fairlie aceptaba mis servicios como profesor de sus hijas y esperaba que inmediatamente me dirigiera a Cumberland. En la postdata incluía las instrucciones necesarias para el viaje.

Malhumorado, comencé a hacer los preparativos para llevar a cabo mi marcha al día siguiente. Ya de noche llegó, para despedirse de mí, el profesor Pesca.

—El llanto que me ocasiona su ausencia —me dijo alegremente el pequeño italiano— lo enjugará la idea de saber que mi mano agradecida es la que le ha dado a usted el

primer impulso para llegar a la fortuna y a la gloria. Vaya usted, pues, amigo mío. Cuando el sol brille en Cumberland (proverbio inglés) recoja usted la cosecha que le corresponda. Cásese con una de los jóvenes y llegue a ser el respetable Hartright, M. P. Y luego, cuando se encuentre en el auge de su carrera, recuerde que Pesca está aquí abajo y fue quien le proporcionó toda su suerte.

Intenté sonreír a mi amigo ante su modo de despedirse, pero no me sentí capaz de dominar mi estado de espíritu. Algo me hería dolorosamente en lo más íntimo de mí ser, mientras él pronunciaba sus alegres palabras de despedida.

Cuando volví a quedar solo no me quedaba más que hacer que dirigirme a Hampstead y despedirme de mi madre y de Sara.

IV

Durante toso el día, el tiempo fue excesivamente caluroso, y al anochecer hacia bochorno y el cielo estaba nublado.

Mi madre y mi hermana tenían tantas últimas palabras que decir que era casi medianoche cuando el criado cerró tras de mí la verja. Apresuradamente me dirigí hacia Londres por el camino más corto, pero a los pocos momentos me detuve vacilando. Se habían disipado las nubes. La luna llena brillaba serenamente en el oscuro cielo. A mis pies envuelta en la niebla propia de los días sofocantes, aparecía la larga metrópolis. Pensé regresar a casa por el camino más sinuoso que hallase, para conseguir los solitarios y ventosos atajos bañados por la luna que cortaban el campo, y aproximadamente a Londres por el suburbio tomando el camino de Finchley y regresando, bajo el frío amanecer, por el lado occidental de Regent's Park.

Encaminé mis pasos en esta dirección, disfrutando de la admirable soledad de la escena, contemplando los cambios suaves de luz y sombra que se encendían alternativamente en los campos a ambos lados de un camino. En tanto duro esta primera parte de mi paseo nocturno, mi mente, trastornada por las distintas impresiones que los cambios de paisaje me producían, no se ocupó en ninguna idea precisa, o, por mejor decir, no pensó absolutamente en nada.

Unicamente cuando quedaron detrás de mí los campos y llegué a la carretera, donde nada tenía que admirar, las ideas engendradas naturalmente en mis ocupaciones y costumbres se apoderaron de nuevo de mis pensamientos. Al terminar aquel camino me hallaba embargado totalmente por las visiones fantásticas de la Casa de

Limmeridge, del señor Fairlie y de las dos señoritas cuya práctica en la acuarela en breve había de encontrarse bajo mi dirección.

De este modo llegué a un lugar, encrucijada de cuatro caminos: el de Hampstead, por el que yo venía, el de Finchley, el de West End y el que conducía a Londres. Maquinalmente tomé este último y continué ensimismado caminando por la oscura carretera, pensando en el aspecto de las dos señoritas de Cumberland. De pronto se me quedó la sangre paralizada. Una mano, leve y súbitamente, se apoyó en mi hombro.

Me volví con rapidez apretando los dedos en el puño de mi bastón.

Allí, en medio del solitario y largo camino iluminado por los rayos de la luna, como si en aquel instante hubiese brotado de la tierra o caído del cielo, hallábase una figura solitaria de mujer vestida de blanco de pies a cabeza. Su cara inclinóse gravemente con una expresión interrogadora. Con su mano libre señalábame la neblina que envolvía a Londres.

Me mostré tan sorprendido ante la rapidez de esta extraordinaria e inesperada aparición que no supe preguntarle lo que deseaba. Pero la extraña mujer habló primero.

—¿Es éste el camino de Londres? —preguntó.

La miré atentamente ante esta pregunta singular. Debía de ser entonces la una de la madrugada. Todo lo que pude distinguir a los rayos de la luna fue un rostro joven densamente pálido, demacrado e impresionante, cuyos contornos se agudizaban en las sombras; unos ojos grandes, de mirada seria y viva, labios nerviosos y trémulos de color castaño claro con reflejos dorados. Tenía una actitud tranquila y pausada, aunque un poco melancólica y expresando cierta desconfianza. A pesar de que no tenía precisamente las maneras de una dama, tampoco podía ser calificada como una mujer de humilde condición. El tono de su voz, a juzgar por sus palabras, me pareció mecánico. Hablaba con cierta rapidez. Sostenía con la mano una pequeña bolsa y todo su traje estaba compuesto por prendas blancas. Pese a mi inexperiencia, comprobé que no se componía de telas finas ni caras. Era esbelta y de mediana estatura. Nada indicaba el deseo de llamar la atención. Todo esto en cuanto pude observar en las circunstancias extraordinarias en que nos hallábamos. ¿Qué mujer sería aquella? ¿Qué hacía sola a semejantes horas en una carretera? Era para mí un misterio. Estoy seguro de que la mayoría de los hombres hubiera interpretado torcidamente su presencia en aquella hora sospechosa, y más aún en aquel no menos sospechoso lugar.

—¿No me ha oído usted? —preguntó con la misma calma e igual rapidez, aunque sin manifestar ninguna impaciencia—. Le he preguntado si es éste el camino de Londres.

—Sí —respondí—, éste es el camino. Va hasta St. Jhon's Wood y Regent's Park. Perdóneme si no le he contestado antes. Me sorprendió un poco su súbita aparición en el camino y estoy un poco aturdido.

—¡Oh, señor! Supongo que no pensará usted mal de mí, ¿verdad? No he hecho nada malo. Sufrí un accidente. Me considero muy desgraciada encontrándome sola aquí y a estas horas. ¿Cree usted que he cometido alguna mala acción?

Hablaba con una gran seriedad y extremadamente agitada. Se alejó unos pasos de mí y yo intenté tranquilizar su ánimo.

—No tengo ningún motivo para sospechar de usted, señora —le dije—. Crea que mi único interés es poder serle útil. Digo tan sólo que me ha sorprendido su presencia en este camino, porque momentos antes de verla me pareció estar solo.

Ella se volvió y me señaló con un ademán unos arbustos al lado del camino.

—Oí sus pasos —dijo la desconocida—. Me escondí para saber primero quién era el hombre a quien había de interrogar. Esperé asustada y dudando a que usted pasara. Tuve entonces que seguirle y tocarle en el hombro.

—¿Seguirme y tocarme en el hombro? ¿Por qué no hallarme? Hubiera sido más sencillo. Todo esto es muy extraño.

—¿Puedo tener confianza en usted señor? —preguntó—. ¿Pensará usted mal de mí porque he sufrido un accidente?

Se calló, confusa, y suspiró amargamente.

Me conmovieron la soledad y el desamparo evidente de la mujer. El natural y generoso impulso de la juventud se impuso a un juicio desfavorable. Con mayor sinceridad que lo hubiera hecho otro de mayor experiencia que yo, le dije a la desconocida:

—Puede confiar en mí para cualquier cosa que no sea desagradable. Si ha de

explicarle la extraña situación en que se encuentra no hablemos de ello. No tengo derecho a interrogarla y el ruego tan sólo que me diga en qué puedo prestarle mi ayuda.

—Es usted muy bondadoso y me satisface haberle encontrado.

Por primera vez, al pronunciar estas palabras, se reveló en su voz un leve temblor emocionado. Sin embargo, ninguna lágrima empañó aquellos grandes y extraños ojos, que continuaban mirándome fijamente.

—Solamente he estado una sola vez en Londres —añadió, cada vez más rápidamente—. No conozco nada y, obre todo, esta parte. ¿Cree usted que pudiera conseguir un coche, aunque sea de cualquier clase? ¿No será ya demasiado tarde? Si usted pudiera indicarme donde conseguir un vehículo y quisiera prometerme no tratar de intervenir en nada y dejar que me aleje cuando sea oportuno... Tengo un amigo en Londres y se alegrará mucho de recibirme. No necesitaré nada más. ¿Me lo promete?

¿Qué podía hacer? Un ser desconocido hallábase enteramente en mis manos, y ese extraño ser era una mujer abandonada. No había casa alguna en las inmediaciones, ni un solo transeúnte a quien poder consultar, y ningún derecho ni divino ni humano tenía para ejercer la menor vigilancia, aunque hubiera sabido cómo. Escribo estas líneas en un gran desconsuelo, porque en ellas quedan reflejadas las sombras que proyectan acontecimientos posteriores y que oscurecieron incluso el papel en que las escribo. Sin embargo, repito, ¿qué podía hacer?

Lo único que se me ocurrió fue ganar tiempo, sondeándola y haciéndole preguntas.

—¿Esta segura que su amigo de Londres la recibirá en una hora así?

—Absolutamente segura. Prométame que me permitirá que le deje en el sitio y hora en que yo le desee, y también que no se mezclará en mis asuntos. Lo hará usted, ¿verdad?

Repitiendo por tercera vez estas palabras, apoyó su mano, una mano delgada y fría, según pude comprobar cuando la separé de la mía, sobre mi pecho, con un movimiento de dulce firmeza. Me extrañó sentir halada aquella mano en una noche tan calurosa.

—¿Lo promete?

—Sí.

Una palabra, la pequeña palabra familiar que está en los labios de todos, en todas las horas del día. ¡Desventurado de mí! Ahora tiemblo escribiéndola.

Dirigimos nuestros pasos a Londres, caminando juntos en la primera hora sosegada de un nuevo día..., yo y aquella mujer, cuyo nombre, cuyo carácter, cuya historia, cuyos propósitos en la vida, cuya propia presencia a mi lado en aquel instante eran para mí un verdadero misterio. Era todo como un sueño. ¿Era yo realmente, Walter Hartright? ¿Sería aquél el conocido y vulgar camino de los suburbios de Londres, tan frecuentados los domingos? ¿Era cierto que no había transcurrido más de una hora desde el momento en que había dejado la tranquila y digna casa de mi madre? Estaba demasiado aturdido para hablar con mi extraña compañera durante los primeros minutos. De nuevo fue su voz la que quebró el silencio.

—Quiero preguntarle una cosa —dijo de improviso—. ¿Conoce a mucha gente en Londres?

—Sí.

—¿Muchas personas de buena posición?

Había un inconfundible tono de desconfianza en esta singular pregunta. Vacilé antes de contestar.

—Algunas —dije, después de un momento de silencio.

—¿Muchas?... —Se interrumpió y miráronme sus ojos con ansiedad—. ¿Muchas que poseen el título de baronet?

Excesivamente asombrado para contestar, le pregunté a mi vez:

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque espero, en interés mío, que exista uno de ellos quien usted no conozca.

—¿Puede usted decirme su nombre?

—No puedo... Y no me atrevería... Me olvido de mí misma cuando lo menciono. — Hablaba con voz alta y casi con fiereza. Levantó la mano cerrada, sacudiéndola en el aire con nerviosismo. Luego, haciendo un esfuerzo, logró dominarse, y bajando la voz, añadió: —Dígame usted los nombres que conoce.

No podía dejar de complacerla en una cosa tan sencilla y mencioné tres nombres. Dos de ellos eran los padres de unas alumnas mías; el otro, el de un solterón que me invitó en cierta ocasión a efectuar una travesía en su yate, con objeto de dibujarle algunos paisajes.

—¡Ah, no lo conoce usted! —exclamó ella con un suspiro de alivio—. ¿Es usted también aristócrata? ¿Cuál es su título?

—Ninguno, y estoy muy lejos de ello. Soy profesor de dibujo.

Apenas hube pronunciado esta respuesta, y por cierto con alguna amargura, cuando con la rapidez que caracterizaba todos sus actos me cogió el brazo exclamando:

—No es usted aristócrata ni tiene título. —Luego añadió, como si hablara consigo misma: —Gracias a Dios. Puedo confiar en él.

Por consideración a mi compañera, había procurado, hasta ese momento, dominar mi curiosidad. Pero no pude más y le pregunté:

—Parece que algún aristócrata le ha dado a usted serios motivos de queja. Me temo mucho que el baronet, cuyo nombre no quiere usted revelarme, le ha ocasionado alguna grave ofensa. ¿Será acaso él la causa de que esté usted aquí, a esta hora de la noche?

—No me pregunte nada. No me hable de ello —respondió—. No me siento dispuesta ahora. Fui cruelmente tratada, cruelmente engañada. ¿Sería usted tan amable que caminara más deprisa y no me preguntara nada? Necesito todas mis fuerzas para procurar tranquilizarme.

Continuamos nuestro camino con mayor rapidez. Durante más de media hora no cambiarnos una sola palabra. De vez en cuando, ya que no podía hacer otra cosa, dirigía una mirada furtiva a su semblante. Siempre era el mismo: los labios, nerviosamente contraídos; la frente ceñuda y fija la mirada ante sí, que sin embargo, parecía no ver nada de lo que tenía delante. Habíamos ya alcanzado las primeras casas

y nos encontrábamos muy cerca del colegio de Weslegan cuando de pronto sus facciones perdieron su dureza y de nuevo habló:

—¿Vive usted en Londres? —preguntó.

—Sí, vivo en él —contesté. Pero pensando que tal vez ella contara conmigo para algo, me apresuré a añadir: —Sin embargo, mañana me ausentaré de Londres por algún tiempo. Me voy al campo.

—¿Adónde? —preguntó—. ¿Al norte o al sur?

—Al norte. A Cumberland.

—¿Cumberland? —repitió la palabra con dulzura—. ¡Ah! ¡Me gustaría mucho ir allí! He sido muy feliz en Cumberland.

De nuevo intenté levantar la punta del velo que se interponía entre ella y yo.

—Tal vez haya usted nacido en la bella región de los lagos —insinué.

—No —me repuso—. Nací en Hampshire, pero durante cierto tiempo frecuté una escuela en Cumberland. ¿Lagos? No me acuerdo de los lagos. Es a la aldea de Limmeridge, o, mejor dicho, a la casa de Limmeridge, donde me gustaría ir. ¡Cuánto me gustaría volver a verla!

Ahora me llegó a mí el turno de sorprenderme. En la excitación de mi curiosidad en que me hallaba en aquel momento, la referencia fortuita al lugar de la residencia del señor Fairlie en labios de mi misteriosa compañera me dejó mudo de estupor.

—¿Cree usted que nos siga alguien? —preguntó temerosa, mirando el camino en todas direcciones.

—No, no —contesté, reanudando la marcha—. Me ha sorprendido el nombre de Limmeridge, que no hace mucha oí pronunciar a ciertas personas de Cumberland.

—No serían los míos —añadió melancólicamente—. La señora Fairlie murió, y también su esposo. Probablemente su única hija esté ya casada y no sé dónde se encontrará ni quién vive ahora en Limmeridge, como tampoco si existe alguien que

lleve hoy su nombre. Lo único que sé es que yo los quería a todos, especialmente a la señora Fairlie.

Pareció como si quisiera añadir algo más, pero al pronunciar la última palabra nos hallábamos ante la verja de la Road Avenue. Sentí que su brazo se contraía y, mirando ansiosamente, me preguntó:

—¿Nos mira el guarda?

No se veía al personaje aludido. Cuando pasarnos la verja, tampoco vimos a nadie. La vista de los faroles y las casas parecía alterarla y aumentar su impaciencia.

—Este es Londres —dijo—. ¿No sabría usted decirme dónde podría encontrar un coche? Estoy cansada y asustada. Quisiera encerrarme en él y que me llevara muy lejos.

Le expliqué que aun debíamos andar algunos minutos antes de llegar a una parada de coches de punto, de no ser que tuviéramos la suerte de encontrarnos con alguno libre. Enseguida procuré reanudar la conversación sobre Cumberland, pero fué en vano. Ahora la dominaba por completo, y no podía pensar ni decir otra cosa, la idea de encerrarse en un coche y que la llevara muy lejos.

Apenas recorrimos la tercera parte de la Road Avenue vimos un coche de punto detenerse en la acera opuesta. Del carruaje descendió un caballero, que no tardó en desaparecer a través de la verja de un jardín. Llamé al cochero cuando éste se disponía a fustigar al caballo. Al cruzar la calle se exaltó tanto la impaciencia de la desconocida que casi me obligó a correr.

—Es muy tarde —me dijo—. Estoy angustiada por ello.

—Caballero, no puedo servirle —me dijo el cochero con cortesía, al abrir la puerta del vehículo—, de no ser que vaya usted por el camino de Tottenham. Mi caballo está muerto de cansancio y no es posible llevarle por un camino distinto del de la cochera.

—Perfectamente. Yo sigo ese camino —dijo la desconocida con su acostumbrada rapidez, mientras con mi ayuda se instalaba en el carruaje.

Antes de dejarla entrar comprobé que el cochero no estaba bebido y que era

relativamente cortés. Una vez acomodada en el interior, le supliqué que me permitiera acompañarla, para saber con seguridad si había llegado felizmente a su destino.

—No, no, no —exclamó con vehemencia—. No corro ahora ningún peligro. Me encuentro muy bien. Si es usted un caballero, recuerde lo que me ha prometido. Adelante, cochero. Le avisaré cuando haya de detenerse. Muchas gracias. ¡Oh, muchísimas gracias!

Inesperadamente, cogió mi mano, que había apoyado en la ventanilla del coche, y la besó con rapidez, al mismo tiempo que el coche se ponía en movimiento.

Quedé solo en la calle. Durante un momento tuve la idea de volver a detenerla. Ignoro por qué llamé al cochero, pero no lo bastante fuerte para que me oyera. El rumor de las ruedas se debilitó con la distancia. El coche perdióse luego al volver una esquina y con él desapareció la mujer de blanco.

Transcurrieron diez minutos, poco más o menos, y continuaba yo todavía en la misma calle, paseándome distraídamente y deteniéndome a intervalos. Hubo un instante en que dudé de la veracidad de mi aventura. Otros momentos experimentaba la vaga sensación de no haber procedido bien, y, al mismo tiempo, me preguntaba qué es lo que debiera haber hecho para obrar bien. No me acordaba de lo que tenía que hacer, ni adónde tenía que ir. No tenía conciencia de nada. Mi cabeza se hallaba en un mar de confusiones. Entonces, fui devuelto bruscamente a la realidad, por el sonido cada vez más cercano de unas ruedas que se acercaban detrás de mí. Encontrábame entonces en el lado más oscuro de la calle, oculto en las sombras que proyectaban los enormes árboles del jardín, en el lado opuesto y mejor iluminado. A poca distancia, un guardia de seguridad, ante mí, caminaba lentamente en dirección a Regent's Park. El carruaje pasó por mi lado. Era un cabriolé abierto, en el que se encontraban dos hombres.

—¡Alto! —gritó uno de ellos—. Aquí hay un agente. Le preguntaremos.

El coche se detuvo muy cerca de donde yo me encontraba. —Guardia —llamó el que habló primero—, ¿ha visto usted pasar por aquí a una mujer?

—¿Qué clase de mujer, caballero?

—Una mujer con un vestido rojo.

—No, no —interrumpió el que hasta entonces había estado silencioso—. El traje que

se le dió se ha encontrado en la cama. Se ha debido de marchar con el mismo vestido con que vino. Una mujer vestida de blanco, señor policía.

—No la he visto, caballeros.

—Si la encuentra usted o cualquiera de sus compañeros, le ruego que, convenientemente acompañada, la lleven a las señas de esta tarjeta. Pagaré todos los gastos y habrá una excelente propina.

El policía cogió la tarjeta,

—¿Por qué hemos de detenerla? —Preguntó—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Escaparse de un manicomio. No lo olvide, guardia. Una mujer vestida de blanco. Cochero, adelante.

V

¡Escaparse de un manicomio!

Realmente, no puedo saber cómo estas palabras cayeron sobre mí con el peso de una terrible revelación. Algunas de las extrañas preguntas que me hizo la mujer del traje blanco, después de conseguir de mí la poco meditada promesa de dejarla libre para obrar de nuevo a su antojo, me sugirieron la idea de una mujer excesivamente nerviosa o que tal vez se hallaba bajo la agonía de alguna desgracia o de un determinado terror, capaz de alterar el equilibrio de sus facultades mentales. Sin embargo, puedo afirmar por mi honor que no se me había ocurrido en ningún momento la idea de la locura, que asociamos todos a la palabra manicomio. Nada había visto en ella que pudiera despertar mis recelos o mi sospecha de que se tratara de una enferma peligrosa. Incluso ahora, ante la luz que arrojaba sobre ella las palabras dichas al guardia, no encontré tampoco nada, ni en sus palabras ni en sus ademanes, que hiciera presumir esta desgraciada dolencia.

¿Qué había de hacer? ¿Ayudar a una víctima a escaparse de la más horrible de todas las prisiones y dejarla después sola e indefensa en el inmenso Londres, abandonando así a una pobre criatura enferma, cuyos pasos y acciones tenía el deber de vigilar? Cuando esta idea se apoderó de mí sentí una angustia infinita y me reproché amargamente al comprender que era demasiado tarde para poder remediarla. Dado el

estado de turbación en que me encontraba, era ya inútil pensar en acostarme cuando llegué a mi alcoba de Clement's Inn. Al cabo de pocas horas había de emprender mi viaje a Cumberland. Intenté leer un poco y dibujar después. Pero la mujer del traje blanco se interpuso entre mis ojos y el libro y paralizó mi lápiz. Aquella pobre criatura, ¿habría sufrido algún daño? Fué ésta mi primera idea, a pesar de que mi egoísmo trataba de desvanecerla de mi mente. Se sucedieron numerosos pensamientos no menos desagradables. ¿Dónde habría mandado parar el coche? ¿Qué habría sido de ella? ¿Habrían conseguido detener los caballeros del cabriolé? Aquella desventurada, ¿sería capaz de juzgar sus propias acciones? ¡Quién sabe si a pesar de seguir caminos tan distintos y separados habríamos de volver a encontrarnos en alguna ocasión que nos deparara la misteriosa fortuna!

Fué para mí un consuelo el momento de cerrar mi puerta y despedirme de Londres y de los amigos y ponerme luego en marcha hacia una nueva vida con nuevos intereses. Incluso el ruido y confusión propios de las estaciones tan incómodos y molestos en otros momentos, sirvieron para calmarme y alejar de mi mente la idea fija que me perseguía.

Siguiendo las instrucciones de mi viaje, me dirigí a Carlisle, donde había de tomar un tren secundario que se dirigiera a la costa. El viaje comenzó con poca fortuna. Entre Lancaster y Carlisle, la locomotora experimentó una avería y el retraso producido por este accidente me hizo perder el tren secundario en el que debía haber partido a continuación. Tuve que esperar varias horas. Cuando, por fin, el último tren me dejó en la estación más cercana a Limmeridge, era ya algo más de las diez de la noche. Estaba tan oscura que apenas pude encontrar el coche que me había enviado el señor Fairlie. Al cochero, sin duda, le molestó mi tardanza y se encontraba en el apogeo del respetuoso malhumor peculiar de los criados ingleses. Rodó el vehículo a través de la oscuridad, sin que ni el cochero ni yo rompiéramos nuestro silencio. Los caminos estaban en muy mal estado, y la impenetrable oscuridad de la noche hacía la marcha muy lenta. Según mi reloj, transcurrió más de hora y media antes de que mis oídos advirtieran el rumor del mar y de que las ruedas rodaran sobre terreno arenoso. Después de haber atravesado la puerta de la tapia que rodeaba la finca llegamos a otra antes de la casa. A la puerta de ésta salió a recibirme un solemne criado sin librea, que me indicó que la familia se había retirado a descansar. Me acompañó luego a una habitación muy espaciosa en cuyo centro veíase una amplia mesa de caoba servida con una excelente cena.

Estaba demasiado cansado y muy abatido para poder comer y beber mucho, especialmente bajo la vigilancia de aquel solemne criado que servía la solitaria cena a un modesto profesor, pero con la misma ceremonia como si se tratara de un banquete

nupcial.

Al cabo de un cuarto de hora estaba ya dispuesto a trasladarme a mi habitación. El criado me condujo a una alcoba muy bella, sencilla y elegantemente decorada. Dirigió una mirada en torno suyo, para convencerse de que todo estaba a punto y después de haber dicho: «El desayuno es a las nueve», se inclinó y desapareció en silencio.

«¿Cuáles habían de ser mis sueños aquella noche?», pensé al apagar la luz. «¿La mujer del traje blanco? ¿Los desconocidos habitantes de esta casa?» Dormir en una mansión sin conocer a nadie, ni siquiera de vista, me producía una sensación muy extraña.

VI

Cuando, a la mañana siguiente, me levanté y abrí los postigos de la ventana de mi habitación, ante mis ojos se extendió alegremente el mar iluminado por los espléndidos rayos del sol de agosto. En el horizonte formaban una raya azulada las costas de Escocia.

Este espectáculo deslumbrador me produjo tal sorpresa, sintiéndome tan fatigado al ver las eternas paredes de ladrillo de Londres, que pareció como si entrara en mi una nueva vida, y numerosos pensamientos invadieron mi cerebro. Una confusa sensación de haber roto por entero con mi pasado me acometió, sin que por ello supiera cuáles eran las características de mi presente ni lo que el porvenir me reservaba. Todos los acontecimientos que días atrás se habían producido se desvanecieron en mi memoria como si pertenecieran a épocas muy remotas. El pintoresco modo con que mi amigo Pesca me dió conocimiento de las grandes ventajas de mi nuevo empleo, la despedida de mi madre y hermana, e incluso la aventura misteriosa que me había sucedido a mi regreso a Londres, todo parecía como si hubiera tenido efecto en las más lejanas épocas de mi vida. Aun a pesar de que la mujer vestida de blanco subsistía en mi recuerdo, había, sin embargo, palidecido y sus rasgos eran menos distintos.

Minutos antes de las nueve me dirigí al piso bajo. El solemne criado que la pasada noche me recibiera volví a encontrarlo en el pasillo, y apiadado de mí, me acompañó al comedor. Inmediatamente se abrió la puerta, mi mirada se fijó en una mesa muy grande sobre la cual había servido un abundante desayuno. La habitación era espaciosa y poseía numerosas ventanas. Mis miradas se dirigieron de la mesa a una de aquéllas, a la que se había asomado una dama que, en este momento, me volvía la espalda. Me admiró la rara belleza de su silueta, y la gracia natural de su actitud. Era alta, pero no en demasía; esbelta y de admirables proporciones. Su cabeza, bien

dispuesta sobre los hombros, tenía una cierta elegancia que no excluía de ella la firmeza. Su cintura era sencillamente perfecta, incluso para el hombre amante de la estética más exigente, pues ocupaba exactamente su lugar. Era de correctas proporciones y no parecía deformada por el corsé. La dama no advirtió mi entrada en el comedor, y durante algunos minutos pude recrear mi vista en la contemplación de tantas maravillas, hasta el momento en que moví una silla con objeto de distraer su atención. Rápida, se volvió hacia mí. La elegancia fácil de todos sus movimientos y de sus pasos casi felinos y firmes, al dirigirse a mi encuentro desde el lugar en que se encontraba, acentuaron mi impaciencia por ver de cerca su rostro. Había pensado antes, mientras estaba asomada a la ventana, que debía de ser morena. Ahora, al andar, pensé que sería joven. Pero al acercarse no pude por menos de exclamar interiormente, y no sin gran sorpresa mía, que era una mujer muy fea.

Todos los errores de la naturaleza se señalaban en aquella mujer, sin que pudiera comprender cómo. Nunca, y de una forma tan rotunda, quedaba desmentida la promesa de belleza que había trascendido de su figura, como por aquella fisonomía. Su cutis era casi bronceado; la sombra de su labio superior podía calificarse casi de bigote; la boca era firme y demasiado grande, excesivamente varonil; tenía los ojos pardos y penetrantes, y en ellos se adivinaba una viva resolución; sus abundantes cabellos, de un tono negro azulado, crecían demasiado cerca de los ojos; su expresión, animada, inteligente y franca, estaba completamente falta de modestia y de dulzura, que constituyen el patrimonio del sexo débil, condiciones sin las cuales la más hermosa mujer no puede serlo, en realidad, nunca. El espectáculo de ese rostro sobre unos hombros que cualquier escultor hubiera tenido a orgullo modelar, el admirar las numerosas perfecciones de aquella figura excepcional, y encontrarse luego con una fisonomía de facciones completamente masculinas, producía un extraño malestar, muy parecido al que se experimenta durante las pesadillas, cuando en ella observamos contradicciones y anomalías que nos molesten vivamente y que por ningún medio podemos evitar.

—¿El señor Hartright? —preguntó la joven. Y una graciosa sonrisa iluminó su rostro, que pareció dulcificarse al hablar. —Anoche —continuó— tuvimos que acostarnos sin tener el placer de saludarle. Le ruego que nos perdone por esta aparente falta de cortesía, y permítame que me tome la libertad de presentarme yo misma como una de sus nuevas discípulas. ¿Verdad que nos estrecharemos las manos? Supongo que sí, puesto que un día u otro habremos de hacerlo, y de momento ya tenemos esto adelantado.

Estas curiosas palabras de bienvenida fueron pronunciadas por la joven con una voz clara y sonora, cuyo timbre era sumamente grato. La mano que me extendió,

ciertamente grande, pero de líneas admirables, llegó a mí con la seguridad y la gracia propias de una mujer de excelente cuna y educación. Me rogó que me sentara a la mesa con toda franqueza y cordialidad, de tal modo que, inmediatamente, me pareció que la conocía de mucho tiempo antes, y que ambos éramos dos buenos amigos que se encontraban después de una larga ausencia, en lugar de dos desconocidos, como en realidad éramos, que se ven por primera vez.

—Supongo que habrá llegado usted aquí de excelente humor y dispuesto a pasarlo lo mejor que le sea posible —siguió la joven—. De momento, tendrá usted que contentarse con que únicamente yo le acompañe en este desayuno. Mi hermana, por ahora, no puede salir de sus habitaciones, porque le aqueja ese padecimiento, esencialmente femenino que se llama jaqueca. Su institutriz, la señora Vesey, le hace compañía y le da de vez en cuando tazas de té. Nuestro tío, Mr. Fairlie, no se sienta nunca a la mesa. El estado de su salud no se lo permite, y continúa su vida de soltero retirado en sus habitaciones. En la casa no queda nadie más que yo. Sin embargo, hemos tenido aquí a dos amigas nuestras, que se marcharon ayer, las pobres, desesperadas. Esto no tiene nada de sorprendente. Durante todo el tiempo que ha durado su estancia aquí, y en virtud del estado de salud de mi tío, no nos ha sido posible presentarles a ningún ejemplar del sexo masculino con quien ellas pudieran charlar, bailar y esencialmente hacer el amor. Por tanto, la consecuencia inevitable de todo es que a nosotras no nos quedaba más solución que regañar, especialmente a las horas de comer. ¿Cómo quiere usted que cuatro mujeres coman solas todos los días en paz y sin discordia? Somos tan tontas que no nos es posible distraernos solas. Por lo que le digo, señor Hartright, puede usted darse cuenta perfectamente de que no me hago ninguna ilusión con respecto a mi propio sexo —hizo una pausa y preguntó—: ¿Prefiere usted té o café? —Y añadió luego, continuando la conversación—: Tampoco se las hace ninguna mujer, pero muy pocas tienen la franqueza de confesarlo. Parece como si le sorprendieran a usted mis palabras. ¿Por qué, señor Hartright? ¿Piensa usted, acaso, que le vamos a aguar el desayuno? En este caso, como buena amiga, le aconsejo que no tenga usted en cuenta ese jamón frío que tiene cerca del plato y que espere a que le sirvan la tortilla. Mientras tanto, le ofreceré un poco de té, para que se sienta más tranquilo. Yo haré todo cuanto pueda hacer una mujer, que en mi caso es bien poco, para contenerme y no hablar más.

Diciendo esto me ofreció mi taza con una alegre sonrisa. Su divertida conversación y discreta confianza con un extraño se acompañaban de una total naturalidad y de un profundo dominio de sí misma. Aunque era imposible permanecer en su compañía frío y en reserva, lo era más aun tomarse la menor libertad ni siquiera de pensamiento. Lo sentí instintivamente mientras me contagiaba su comunicativa alegría.

—Bien, bien —contestó ella, después de haberme disculpado yo por mi distracción—. Comprendo perfectamente que usted no conoce nada ni a nadie de aquí, y que le sorprenden mis familiares referencias con respecto a los dignos habitantes de esta casa. Ya le digo que lo comprendo y que debiera haberlo pensado antes. Sin embargo, trataremos de arreglarlo. Empezaremos por mi misma, ¿no le parece? Me llamo Marian Halcombe, y, por lo tanto, falto a la verdad, como hacemos generalmente las mujeres, considerando tío mío al señor Fairlie y hermana mía a su hija. Mi madre se casó dos veces, la primera con el señor Halcombe, mi padre, la segunda con el señor Fairlie, padre de mi hermanastra. Exceptuando el hecho de que ambas seamos huérfanas de madre, somos, en todos sentidos, bastante diferentes la una de la otra. Mi padre fué un hombre pobre, y el de la señorita Fairlie, un hombre rico. Yo nada tengo, y ella posee una fortuna. Yo soy morena y fea, y ella rubia y bonita. Todo el mundo dice que soy excéntrica y rara, y no sin razón, y todas consideran a mi hermana dulce y encantadora, y esto con mayor razón, sin duda. En una palabra, que ella es un ángel y yo... Pruebe usted esta mermelada, señor Hartright, y, por favor, en nombre de la corrección femenina, tenga la bondad de terminar esta frase, que a mi no me es posible. Con respecto al señor Fairlie, ¿qué puedo decirle? Le aseguro que no lo sé. Probablemente le mandará llamar después del desayuno, y mejor es que le juzgue usted por las propias impresiones que le produzca. Por mi parte, le informaré tan sólo diciéndole que es el hermano menor del difunto señor Fairlie, soltero y tutor de su sobrina. Yo no quisiera vivir sin ella, y ella no puede vivir sin mí. Por esta razón me encuentro en Limmeridge House. Mi hermana y yo nos queremos sinceramente, lo que probablemente, es inverosímil en estas circunstancias. Su posición, señor Hartright, es muy delicada, agradecerá usted a las dos, o no agradecerá a ninguna, y lo que es peor aún, habrá de contentarse con nuestra única compañía. La señora Vesey es una excelente persona. Posee todas las principales virtudes y, en realidad, es como si no existiese. Y en cuanto, al señor Fairlie, está demasiado enfermo para poder hacer compañía a alguien. Yo ignoro lo que le aqueja. Los médicos también, y él no sabe decirlo. Todos suponemos, no obstante, que son los nervios. Pero no sabemos qué decir. Sin embargo, le aconsejo que siga usted, cuando le vea, sus inocentes manías; admire su colección de monedas, de grabados y acuarelas, y ganará su corazón. Le aseguro que si le es a usted suficiente una vida campestre habrá de sentirse muy bien aquí, entre nosotros. Desde la hora del desayuno hasta la de la comida no tendrá usted más remedio que entretenerse con los dibujos del señor Fairlie. Luego, mi hermana y yo tomaremos nuestras cajas de colores y saldremos al campo con objeto de calumniar a la naturaleza, bajo su dirección. Su capricho favorito es dibujar (hablo, naturalmente, de mi hermana, no de mí), pero comprendo que las mujeres no podrán nunca llegar a dibujar bien. Su inteligencia es muy superficial y poco observadora su mirada. Sin embargo, no importa. A ella le gusta y por complacerla hay que emborronar papel y gastar colores con la gracia que pueda tener cualquier joven bien educado. Por lo que respecta a las noches, procuraremos por nuestra parte que las pase usted lo menos mal

posible. La señorita Fairlie toca maravillosamente el piano. Yo no conozco las notas, pero sí podemos jugar una partida de ajedrez o *ecarté*, y, naturalmente, con las inevitables deficiencias femeninas, le puedo acompañar a jugar al billar. ¿Qué le parece este programa? ¿Cree usted posible soportar esta vida tan tranquila y monótona? ¿Estará usted tal vez deseando cambios y aventuras, y le acuciará el deseo de dejar inmediatamente los bosques de Limmeridge?

Todo esto fué dicho con la sencilla gracia y espontaneidad que la caracterizaba, y sin otra interrupción por mi parte que los obligados murmullos de cortesía. Pero la palabra «aventuras», aun cuando había sido pronunciada con un sentido muy diferente, me recordó de pronto el encuentro con la mujer del traje blanco, y me propuse descubrir la relación que podría existir entre la desconocida fugitiva del manicomio y la difunta propietaria de Limmeridge Rouse.

—Aun cuando yo fuera el más aventurero de los hombres —le dije—, le aseguro a usted, señorita que no tendría ningún interés en desear vivirlas, por lo menos durante algún tiempo. La noche antes de salir de Londres ya me ocurrió una cuyo recuerdo, se lo aseguro a usted, durará mucho más que el tiempo que habite en Cumberland.

—¿Qué es lo que dice usted, señor Hartright? ¿Puedo conocer esa aventura?

—Tiene usted perfecto derecho. Su heroína me fué perfectamente desconocida, y tal vez lo sea también para usted. Pero sus labios pronunciaron con un equívoco acento de gratitud y cariño el nombre de la difunta señora Fairlie.

—¡El nombre de mi madre! Me interesa, extraordinariamente. Le suplico que continúe.

Conté entonces mi encuentro con la mujer del traje blanco, tal y como había ocurrido, y palabra por palabra repetí aquellas que ella dijo con respecto a la señora Fairlie. Los brillantes y resueltos ojos de la joven me miraron fijamente hasta que mi relato hubo terminado. En su rostro se pintaba el más vivo interés y la más grande de las sorpresas. Pero nada más. Evidentemente, ella estaba tan lejos de tener en sus manos la clave del misterio como yo mismo.

—¿Está usted completamente seguro de que fueron esas las palabras que dijo con respecto a mi madre?

—Completamente. Quien quiera que sea la mujer que pasé una temporada en Cumberland, debió, indiscutiblemente, de ser tratada con gran afecto por su señora

madre, y en recuerdo de todas esas bondades, la pobre loca experimenta un sincero afecto por todas las personas que la rodearon. Ella no ignoraba que la señora y el señor Fairlie habían muerto, y habló de la señorita Fairlie como si la hubiese conocido de niña.

—Pero, por lo que usted dice, esa desventurada no era de ¿verdad?

—No. Dijo que era de Hampshire.

—¿No tiene usted idea de cuál pueda ser su nombre?

—No, ninguna.

—Es muy extraño, pero por lo que usted dice, me parece que hizo usted bien devolviéndole la libertad, puesto que ningún acto justificaba el que se le privara de ella. No obstante, hubiera sido para mi una alegría el que usted hubiese conseguido saber su nombre. Hemos de averiguarlo. Creo prudente que no digamos nada de esto ni al señor Fairlie ni a mi hermana; con toda seguridad, ellos no saben más que yo de este asunto. Pero los dos, en muy distintos modos, son nerviosos y se excitan demasiado. Sólo conseguiría usted excitarles y alarmarlos sin provecho ninguno. Por lo que a mí respecta, me siento llena de curiosidad. Desde este instante me propongo consagrar todas mis energías a descubrir este misterio. Cuando llegó mi madre después de su segundo matrimonio, fundó la escuela del pueblo y ésta ha subsistido tal y como ella la dejó. Pero los antiguos maestros han muerto ya, y por ese lado nada podemos saber. De todos modos, es posible que exista un medio.

Interrumpió nuestra conversación la llegada de un criado que me anunció seguidamente que el señor Fairlie tendría un gran placer en recibirme después del desayuno.

—Espere usted en el salón —dijo la señorita Halcombe, contestando por mí al criado—. En cuanto termine, se apresurara a cumplimentar al señor Fairlie—. Y continuó en cuanto, hubo desaparecido el criado—: Decía que tanto mi hermana como yo tenemos mucha correspondencia de mi madre, dirigida a nuestros parientes. Como quiera que no tenemos, de momento, otros medios de información, mañana volveré a leer las cartas escritas desde aquí al señor Fairlie.

Pasaba éste largas temporadas en Londres, y mi madre le escribía desde aquí todo lo que ocurría en la aldea. Sus cartas estaban repletas de anécdotas y alusiones. No creo imposible poderle dar alguna pequeña noticia en cuanto volvamos a vernos. La hora

de la comida señor Hartright, es a las dos. Tendré entonces el gusto de presentarle a mi hermana. Por la tarde daremos un paseo en coche y haremos que usted admire nuestros lugares favoritos. Así, pues, hasta las dos, señor Hartright.

Y diciendo esto, me saludó con una inclinación de cabeza tan llena de adorable familiaridad como todo cuanto había hecho o dicho. Luego desapareció por una de las puertas laterales del comedor. Cuando se hubo marchado, dirigí mis pasos al salón, donde hallé al criado, y éste me llevó por primera vez a presencia del señor Fairlie.

VII

Mi acompañante me hizo subir de nuevo las escaleras, y en el mismo pasillo donde se encontraba mi alcoba abrió una puerta inmediata a ésta y me rogó que la cruzara.

—Mí amo me ha ordenado que le enseñe a usted su sala particular y le pregunte si es de su gusto.

Poco contentadizo hubiera tenido yo que ser para no darme por satisfecho. La ventana daba al mismo panorama que tan gratamente me había impresionado por la mañana desde mi dormitorio. Los muebles eran elegantes y de buen gusto. La mesa estaba abundantemente provista de libros lujosamente encuadernados, y de un también lujoso recado de escribir, como así mismo de un magnífico jarrón con frescas flores naturales. Sobre otra mesa, colocada al lado de la ventana, encontrábase todos los materiales necesarios para el dibujo y la acuarela. Las paredes estaban adornadas, con cuadros de tonos claros, y el suelo, cubierto por una alfombra fina de color maíz con adornos rojos. Era uno de los más lindos y elegantes salones que yo había visto, y lo admiré con verdadero entusiasmo.

El criado me pareció demasiado rígido y solemne para expresar la menor satisfacción. Se inclinó fría y ceremoniosamente cuando mis sinceros elogios se hubieron agotado, y volviendo a abrir la puerta, me dejó paso al corredor.

Doblamos un recodo y nos adentramos por otro pasillo, a cuyo extremo se encontraban unos escalones, deteniéndonos ante una puerta que aparecía cubierta con una gruesa cortina de terciopelo azul. El criado levantó ésta, abrió la puerta y me introdujo en una especie de salón. Abrió después otra puerta, levantó una nueva cortina de seda de color verde pálido y casi murmurando dijo:

—El señor Hartright —y cerró en cuanto hube entrado.

El silencio que reinaba en la estancia era absoluto, y todo aquel lujo refinado, toda aquella luz y silencio eran el apropiado marco a la solitaria figura del dueño de la casa, recostado en un enorme sillón, en uno de cuyos brazos se encontraba un atril y al otro una mesa diminuta.

Si pudiera precisarse por las apariencias la edad de un hombre que ha cumplido ya los cuarenta años y que acaba de salir del tocador, la del señor Fairlie había de pasar de los cincuenta, pero no llegar, sin embargo, a los sesenta. Su cara, escrupulosamente afeitada, estaba pálida y demacrada, pero carecía de arrugas. Su nariz era aguileña y en extremo afilada. Tenía los ojos grises y saltones, mostrando cercos rojos en torno a los párpados. El cabello era escaso y fino, y tenía ese color rubio ceniza que es el más tardo en encanecer. Vestía una levita oscura, de una tela especial, más fina que el paño, y pantalones y chaleco de una blancura inmaculada. Sus pies, casi femeninos por su pequeñez, estaban cubiertos por finísimos calcetines de seda y unas chinelas dignas de una mujer. Sus dedos aristocráticos lucían dos sortijas cuyo valor, incluso mis inexpertos ojos comprendieron que debía de ser muy grande. Tanto la habitación como el caballero ofrecían a mis miradas un conjunto frágil, lánguido, excesivamente refinado, notablemente singular y desagradablemente delicado para asociarlo todo a la idea de un hombre. Pero resultaba imposible transferirlo al personal, aspecto de una mujer. La conversación tan grata que había sostenido con la señorita Halcombe durante el desayuno me había predispuesto en favor de todos los miembros de la casa, pero no puedo asegurar que el señor Fairlie obtuviera a primera vista mis simpatías.

Al acercarme más a él vi que no estaba tan desocupado como me había parecido. En medio de los numerosos objetos de arte que llenaban una mesa que se encontraba al alcance de su mano, hallábase un pequeño armario, de ébano con incrustaciones de plata, cuyos pequeños, cajones, forrados de rojo terciopelo, contenían toda clase de monedas de distintas épocas y tamaños. Uno de ellos, descansaba sobre la mesita que se encontraba al lado del brazo de la butaca, y cerca de él veíanse unos minúsculos cepillos como los usados por los joyeros, un trozo de gamuza y un pequeño frasco con un líquido desconocido, es decir, todo lo que debe emplearse en la perfecta limpieza de las monedas. Sus blancos y frágiles dedos jugueteaban negligentemente con lo que mi inexperiencia consideró un informe pedazo de metal abollado por las orillas. Entonces me detuve a respetuosa distancia para saludarle con una inclinación de cabeza.

—Es para mí un gran placer ver a usted en esta casa, señor Hartright —dijo con voz agria y ronca, cuyo tono alto y discordante se acordaba de una forma desagradable con

una modulación muy lánguida—. Le ruego que se siente, pero sin mover las sillas. Mis nervios están en un estado lamentable, tanto, que el menor ruido es para mí un tormento. ¿Ha visto usted las habitaciones que le he destinado? ¿Merecen su aprobación?

—Acabo de ver el saloncito, señor Fairlie, y le aseguro a usted...

Cortó la frase, cerró los ojos y extendió una de sus blancas y transparentes manos.

Me quedé sorprendido, y pronto la voz del señor Fairlie me expuso con una especie de cacareo la causa de aquel ademán.

—Perdóneme usted, pero, ¿le sería posible hablar con un tono más bajo? En el terrible estado en que se encuentran mis nervios, cualquier ruido es para mí una tortura insoportable. Disculpe usted a un enfermo, pero considere el fatal estado de mi salud como lo que me obliga a hacer estas advertencias a todos los que se encuentran a mi lado. ¿De veras le gustan a usted las habitaciones?

—No se me hubiera ocurrido deseárselas más lindas ni más cómodas —contesté con voz baja y empezando a descubrir que la egolatría del señor Fairlie y el estado de sus nervios eran una misma cosa.

—Me felicito de ello. Aquí no encontrará usted más que personas deseosas de hacerle lo más llevadera posible su vida en estos lugares. En esta casa no se participa de las mezquinas ideas inglesas con respecto a la posición social de los artistas. En mi he viajado bastante, tanto, que puedo decirse he mudado de naturaleza con respecto a este particular. Me gustaría estar en condiciones de poder afirmar lo mismo en cuanto a la aristocracia, palabra detestable, pero que no tengo más remedio que emplear en este momento, en cuanto a la aristocracia de la vecindad. Todos, señor Hartright, son totalmente profanos en cuestiones de arte. Son gente que se hubiera quedado confundida de sorpresa si hubieran visto recoger a Carlos V los pinceles del Tiziano. ¿Quiere usted hacerme el favor de trasladar este cajoncito a aquella mesa, y alcanzarme otro? Mis nervios me impiden el menor ejercicio... Así. Es usted muy amable.

Esta subrepticia orden, como comentario final a la amplia teoría con la cual me había distinguido, no dejaba, sin embargo, de tener gracia. Trasladé el cajoncito con toda la cortesía que me fué posible, y le entregué el que me pedía. Comenzó entonces a jugar con la nueva colección de monedas y los cepillitos, mirando y remirando con

languidez a las primeras mientras me hablaba.

—Muy agradecido, y de nuevo discúlpeme. ¿Siente usted algún interés por las monedas antiguas? ¿De veras?... Vaya. Tenemos entonces otro lazo de unión además del arte. Y con respecto a mis proposiciones económicas, ¿le satisfacen a usted?

—Completamente, señor Fairlie.

—Me alegro muchísimo, y... ¿qué más tengo que decirle? ¡Ah, sí!, ya me acuerdo. Algo con respecto a la insignificante remuneración que usted se digna aceptar a cambio de sus conocimientos artísticos. Mi mayordomo tiene el encargo de satisfacer la cuenta al fin de cada semana. ¿Algo más?... Curioso, ¿no es cierto? Sé positivamente que tengo mucho más que decirle, pero, según parece, se me ha olvidado por completo. ¿Tiene usted algún inconveniente en hacer sonar esa campanilla? De nuevo, muy agradecido.

Llamé y otro criado apareció en silencio, un extranjero, sin duda alguna, con una eterna sonrisa en los labios, los cabellos muy planchados, el ayuda de cámara, por antonomasia.

—Luis —dijo el señor Fairlie con sonador acento, limpiándose la punta de los dedos con unos de los diminutos cepillos—, he hecho esta mañana algunas apuntes en mis libretas. Búsquelas. Perdóneme señor Hartright, temo incomodarle.

Como quiera que cerrara él los ojos antes de que me fuera posible contestar, y como, en efecto, me estaba molestando extraordinariamente, continué en silencio y me puse a admirar la Virgen de Rafael. Discretamente salió el criado de la habitación, volviendo a poco con unas pequeñas libretas con tapa de marfil. El dueño de la casa, aparentando un extremo cansancio, emitió un débil suspiro y entreabrió los ojos. Tomó luego el librito de marfil, y levanto la otra mano con el cepillito, como si quisiera decir al criado que esperara sus nuevas órdenes.

—Si, es ésta —dijo, consultándola—. Luis, quite usted de ahí ese infolio —y señaló uno que se encontraba cerca de la ventana, en un estante de caoba—. No, no; el encuadernado en piel verde. En ese se encuentran mis grabados de Rembrandt. ¿Le gustan a usted los grabados, señor Hartright? ¿Sí? Me encanta. Otro vínculo más que une nuestra amistad. El infolio de la encuadernación roja — continuó—. Por Dios, no se le caiga. No puedo explicarle, señor Hartright, el sufrimiento que experimentaría si a Luis se le cayera. ¿Está seguro sobre esa silla? ¿Quiere usted hacerme el obsequio

de comprobarlo?... ¿Sí? Muchas gracias. ¿Sería usted tan amable de hojear esos dibujos, si tiene la seguridad de que no han de caerse? Puede usted retirarse, Luis. ¡Es un imbécil! ¿Por qué no recoge el librito? ¿No está usted viendo que me canso? ¿Por qué espera a que yo se lo mande? De nuevo, señor Hartright, le ruego que admita mis excusas, pero estos criados son unos asnos, ¿no es verdad? Dígame ahora qué le parecen esos dibujos. Los adquirí en una almoneda y están en un lamentable estado. Se me figura que huelen horriblemente a comerciante, y que incluso se ven en ellos impresos los poco aseados dedos. ¿Podría usted, encargarse de su restauración?

Aunque mis sentidos no eran lo suficientemente finos para advertir el plebeyo olor que molestaba tanto a las aristocráticas narices del señor Fairlie, mi gusto, sin embargo, estaba lo bastante cultivado para permitirme apreciar el valor de aquellos dibujos mientras los examinaba. En su mayor parte eran valiosos ejemplares del arte inglés de la acuarela, y merecían, indiscutiblemente, un trato mucho mejor que el que parecían haber sufrido en manos de su anterior dueño.

—Los cartones —comencé a decir— necesitan una completa restauración, y creo que la merecen.

—Perdóneme —interrumpió el señor Fairlie—, ¿no tomará usted a mal que cierre los ojos? Incluso esta luz es demasiado fuerte para ellos. ¿Me decía usted?...

—Que estos cartones merecen, a mi juicio, una cuidadosa restauración, todo el tiempo, el trabajo...

De pronto, el señor Fairlie abrió los ojos, y con una expresión de exagerada alarma dirigió su mirada en dirección a la ventana.

—Le ruego que me perdone —dijo casi murmurando pero estoy seguro de haber oído gritar a unos niños en el jardín, en mi jardín privado, precisamente aquí, debajo de mi ventana.

—No sabría decirle, señor Fairlie —respondí—. No he oído nada.

—Le quedaré muy agradecido... Ha tenido usted ya muchas consideraciones con mis pobres nervios. Repito que le quedaré muy agradecido si tiene usted a bien correr una punta de la persiana y comprobarlo. Por Dios, le ruego que no deje entrar un rayo de sol, señor Hartright. ¿Ha corrido usted ya la persiana? ¿Sí? Pues hágame el favor de mirar a ver si ve a alguien en el jardín.

Cumplí el nuevo encargo. El jardín estaba provisto de una cerca excelente y en su interior no veíase a ninguna criatura humana, ni grande ni pequeña. Rápidamente comuniqué la grata nueva al enfermo.

—Le quedo muy agradecido, señor Hartright. Sin duda han sido ilusiones más. Gracias a Dios, no hay criaturas en casa. Pero esta servidumbre, que ha nacido sin nervios, a lo mejor hubiera consentido la presencia en el jardín de algún chiquillo de la aldea. Son unos granujas. ¡Dios mío, qué granujas! ¿Tendré valor para decírselo, señor Hartright? A mi parecer, se está imponiendo una modificación en la construcción del ser humano. Según parece, la única idea de la naturaleza al construir a estos seres fué producir una máquina de ruido incesante. ¿No cree usted mucho más acertado la concepción: de nuestro divino Rafael?

Señaló el cuadro de la Virgen. En su parte superior veíanse a varios querubines, característica del arte italiano, que asomaban sus celestiales cabecitas entre blancas nubes.

—Sería un modelo de familia —exclamó el señor Fairlie, señalando a los querubines—. Caras lindas, redondas, alas suaves y blancas, y nada más. Nada de piernas sucias, correr, meterse por todos partes, ni un asomo de pulmón con que poder gritar. ¡Qué magníficamente superior es todo esto a la construcción actual! Si me lo permite usted, volveré a cerrar los ojos. Así, ¿decía usted que es posible el arreglo de los cartones? ¡Oh, cuánto me alegro! ¿Tengo, algo qué decir? No sé. Si lo tengo, lo he olvidado por completo. Llamaremos a Luis.

Me acometían tan vehementes deseos de acabar con aquella entrevista, que decidí hacer innecesaria la intervención del criado, y me dispuse a marchar por mi cuenta y riesgo.

—Lo único que queda por discutir, señor Fairlie, es el plan de enseñanza que he de seguir con las dos señoritas.

—¡Ah, precisamente! —contestó—. Me gustar a poder tener fuerzas para tratar de este asunto. Pero no las tengo. Ellas, que han de aprovechar su talento, que lo decidan por sí mismas. Mi sobrina es una aficionada a su arte encantador, y sabe lo suficiente para reconocer sus numerosos defectos. Le ruego que se interese cuanto pueda por ella. ¿Hay otra cosa?... No. Estamos completamente de acuerdo, ¿no es cierto? bien, no tengo derecho a retenerle más. Me encanta ver que coincidimos en todo. ¡Qué gran descanso se experimenta después de haber trabajado tan intensamente! ¿Le molestará a

usted llamar a Luis para que le lleve a su habitación los cartones?

—Si usted me lo permite, señor Fairlic, yo mismo los llevaré.

—¿De veras no le molestará el hacerlo? Tendrá usted bastantes fuerzas? ¡Qué dicha poder ser tan robusto! ¿Tiene usted la seguridad de que no se le caerán? Es para mí una gran satisfacción ofrecerte esta residencia mía de Limmeridge. Por mi desgracia, mis sufrimientos no me permitirán disfrutar continuamente de su compañía. ¿Me autoriza usted a rogarle que tenga el mayor cuidado en no cerrar las puertas de golpe ni dejar caer los dibujos? Muchísimas gracias. Corra usted la cortina suavemente. El menor ruido me hiere como un cuchillo. Buenos días.

Cuando hube corrido la cortina verde y cerrado las dos hojas de la puerta, me paré un instante en el salón cuadrado que daba acceso a la habitación de donde acababa de salir, y emití un suspiro de honda satisfacción. Encontrándome, por fin, fuera de la alcoba del amo de la casa, experimenté la misma sensación de haber salido a la superficie del agua, después de haber permanecido en ella durante largo tiempo.

En cuanto me encontré cómodamente instalado en el bello salón que me destinaron, tomé la primera resolución, que fué la de no volver a dirigir mis pasos a la habitación del señor Fairlie, excepto en el caso, muy improbable, de que éste me honrara con una invitación especialísima para efectuarle una visita. Decidido satisfactoriamente mi plan de conducta con respecto al señor Fairlie, no tardé en recobrar la serenidad de ánimo de que momentáneamente me había privado la altanera familiaridad e imprudente cortesía de mi amo actual.

Las siguientes horas de la mañana transcurrieron para mí contemplando con atención las acuarelas, arreglándolas por series, cortando sus márgenes destrozados y llevando a cabo los trabajos preliminares para emprender definitivamente la restauración.

Tal vez hubiera podido adelantar algo más en ello, pero al acercarse la hora de la comida me sentí tan inquieto y nervioso, que me fué de todo punto imposible fijar mi atención en el trabajo, aunque éste era tan sencillo.

A las dos en punto bajé de nuevo al comedor, operación que hice no sin alguna ansiedad. Ignoro por qué al acercarme a ese lugar de la casa se despertó en mí un secreto interés. Mi presentación a la señorita Fairlie acercábase por momentos. Además, si las investigaciones que pensaba hacer la señorita Halcombe en las cartas de su madre habían dado el resultado que apetecíamos, no tardaría en aclarar el

misterio de la mujer del traje blanco.

VIII

Al entrar en el comedor bailé sentadas a la mesa a la Señorita Halcombe y a una señora de cierta edad. Era ésta la antigua institutriz de la señorita Fairlie, descrita por la mañana por mi graciosa compañera de desayuno como una persona que posee todas las virtudes primordiales y que, sin embargo, no sirve para nada. No puedo por menos de testimoniar aquí mi admiración con respecto a la señorita Halcombe por la fidelidad de su retrato. La señora Vesey parecía la personificación de la humana compostura y de la amabilidad femenina. La sonrisa plácida de su rostro casi redondo mostraba el tranquilo disfrute de una vida apacible. Algunos de nosotros parece como si resbaláramos a través de la vida, otros, en cambio, la atraviesan a saltos. La señora Vesey pasó por la vida sentada; sentada en casa de la mañana a la noche; sentada en el jardín; sentada junto a la ventana; sentada en sillas portables cuando se trataba de ir a paseo; sentada antes de mirar alguna cosa; sentada antes de iniciar una conversación; sentada antes de contestar afirmativa o negativamente, y sentada siempre con la misma plácida sonrisa y la misma actitud de benevolencia distinguida y análoga posición de brazos y de manos; aunque las circunstancias fueran completamente distintas. Una dulce, inofensiva e inalterablemente tranquila señora, para quien ninguna ocasión sugería la idea de haber estado viva algún día, desde el de su nacimiento.

—Veamos, señora Vesey —comenzó la señorita Halcombe, que parecía más vivaz y despierta en comparación con aquella señora inexpresiva—, ¿qué es lo que desea usted tomar? ¿Prefiere una chuleta?

La señora Vesey cruzó plácidamente sus manos en el borde de la mesa y, sonriendo con análoga placidez, dijo:

—En efecto, querida.

—¿Qué es lo que tiene usted ahí, señor Hartright? Gallina hervida, ¿verdad? Me parece que le gusta a usted más la gallina que las chuletas, ¿no es verdad, señora Vesey?

La aludida separó las manos del borde de la mesa y las cruzó sobre su falda. Miró luego contemplativamente a la gallina y dijo:

—En efecto, querida.

—Bien, entonces, ¿qué es lo que usted quiere tomar hoy? El señor Hartright le servirá a usted la gallina, ¿o prefiere que le dé yo la chuleta?

La señora Vesey separó las manos de su falda y las colocó de nuevo sobre el borde de la mesa. Vaciló un instante y dijo por último:

—Como usted guste, querida.

—Vaya por Dios. No ha de ser como a mí me guste, sino como a usted le plazca. Será mejor que tome usted de ambas cosas, empezando por la gallina, pues veo que el señor Hartright está impaciente por servírsela.

La señora Vesey levantó una de sus manos de la mesa, sonrió de nuevo y, dedicándome una inclinación de cabeza, me dijo:

—Muchas gracias, caballero.

He de repetir que era para mí una dulce, imperturbable e inofensiva señora, pero, por ahora, no hablemos más de la señora Vesey.

Hasta aquel momento no había visto ni la menor señal de la señorita Fairlie. Terminamos la comida sin que ésta apareciera. La señorita Halcombe, a cuyos penetrantes ojos nada podía escapar, se dió cuenta de que mis miradas se fijaban de vez en cuando en la puerta.

—Le comprendo perfectamente, señor Hartright. Usted se pregunta, sin duda, qué es lo que se ha hecho de su segunda discípula. Se lo diré yo. Ha logrado que se le pasara la jaqueca y ha bajado al comedor, pero aun no tenía el suficiente apetito para acompañarnos. Si le parece a usted bien ponerse a mis órdenes, creo que conseguiremos encontrarla en algún rincón del jardín.

Cogió la sombrilla, que se hallaba al lado de una butaca, y se dispuso a cumplir su ofrecimiento, saliendo del comedor por una puerta que conducía directamente al jardín. Creo inútil añadir que abandonamos a la sonriente señora Vesey, sentada todavía a la mesa y, al parecer, con la intención de continuar allí durante todo el resto de la tarde.

Al pasar por uno de los senderos, me miró la joven moviendo la cabeza.

—Su misteriosa aventura —me dijo— continúa aún envuelta en una oscuridad impenetrable. He pasado toda la mañana leyendo las viejas cartas de mi madre, y hasta ahora no he conseguido hacer ningún descubrimiento. No obstante, no desespere usted, señor Hartright. Es un asunto muy interesante y tiene por aliada a una mujer. En estas condiciones, tarde o temprano el éxito es seguro. Aun me quedan por mirar más de tres paquetes de cartas, y puede usted estar seguro de que me enteraré esta tarde de lo que dicen.

Sin embargo, también sobre este particular vi defraudadas mis esperanzas. Sin saber por qué, empecé a temer que mi presentación a la señorita Fairlie constituyera un nuevo desencanto para las ilusiones que desde la hora del desayuno me había formado.

—¿Qué tal se ha entendido usted con el señor Fairlie? —Me preguntó al abandonar el paseo por una senda sombría, la señorita Halcombe—. ¿Se sintió usted muy nervioso esta mañana? Señor Hartright, no necesita usted pensar tanto su contestación. Sólo con pensarla me deja usted que la adivino, y me parece leer en su cara que le ha hallado usted en una de sus crisis. Como no quiero que participa usted ahora de su estado, no quiero preguntarle más.

Hablando de este modo salimos a una plazuela, en la que se encontraba un pabellón semejante a una casa suiza en miniatura. La única habitación estaba ocupada por una joven, que en aquel momento se encontraba de pie ante una mesa rústica, contemplando el paisaje desde una ventana; en la mano tenía un álbum de dibujos, cuyas hojas volvía distraídamente. Era la señorita Fairlie.

¿Cómo describirla? Y, sin embargo, no me era posible separarla de mis propias sensaciones y de todo cuanto después había sucedido. ¿Puedo verla ahora como la primera vez que mis ojos la contemplaron? Ante mí tengo en este momento la acuarela que tiempo después hice de Laura Fairlie, en la misma actitud y en el mismo lugar en que entonces se encontraba, y la representa tal y como era en aquel instante. La miro y la veo destacarse sobre el fondo verdioscuro de la ventana abierta. Es una figura esbelta y leve como la de una Hebe, sencillamente vestida con un traje de fina muselina, cuyo dibujo estaba formado por grandes rosas blancas y de azul claro. Un chal de gasa, también azul, caía de sus hombros con una gracia natural. Cubría su cabeza un sombrero de paja del mismo color, sin otro adorno que un lazo armonizando con el tono del vestido. Una sombra suave y perlada velaba la parte superior de la cabeza. Su cabello era de un castaño muy claro, ceniciento casi, pero más claro y más brillante aún que si fuera dorado; estaba dividido en dos partes, según un peinado

sencillo, formando rizos naturales sobre su frente. Sus cejas eran un poco más oscuras que el cabello, y los ojos tenían ese asombroso azul turquesa tantas veces cantado por los poetas y tan pocas veces visto en la vida real; ojos bellos por el color, por la forma, grandes, tiernos, inteligentes y apacibles, pero bellos particularmente por la mirada de profunda lealtad que brillaba en ellos y que a través de todos sus cambios de expresión persistía como un rayo de purísima luz procedente de un mundo mejor. El suave pero penetrante encanto que trascendía su rostro cubría y transformaba sus pequeños y humanos lunares, de tal modo, que era muy difícil poder aquilatar el verdadero mérito de los demás rasgos. Había mucho que mirar antes de descubrir que la parte inferior del rostro se afilaba hacia la barbilla para poder llamarse un óvalo perfecto; que la nariz, en lugar de la curva aguileña, siempre dura y cruel en una mujer, aun considerada bella abstractamente, inclinábase un poco en sentido contrario, perdiendo así la línea griega, y que, además, los dulces y maravillosamente dibujados labios tenían una especie de contracción nerviosa, que los inclinaba ligeramente hacia el lado izquierdo al sonreír. Es muy posible que se puedan notar estos defectos leves en el rostro de otra mujer, pero no lo era observándolos en el suyo. Estaban íntimamente ligados con todo lo que era individual y característico en su expresión, y esta impresión, que difundíase sobre todas las facciones, parecía adquirir su primer impulso en aquellos incomparables ojos celestes.

Entre todo el número de sensaciones que experimenté al fijar mi mirada, por primera vez en ella, sensaciones que conocemos todos, que la vida hace surgir en casi todos los corazones, que mueren en muchos de ellos y con igual intensidad se renuevan en muy pocos, había, entre todas, una que era la que más me confundía y molestaba.

Mezclada con la impresión vivísima que me había producido el encanto de su hermoso rostro, armoniosa figura y sencillez encantadora, hubo otra que por caminos tortuosos me indujo a pensar que faltaba algo. Pensaba unas veces que provenía de ella la falta, otras que era de mí. Y todo esto me impedía comprenderla como se merecía. Cuando me miró, la impresión se hizo más intensa, es decir, cuando pude apreciar toda la armonía y belleza de su rostro, acentuóse también la perfección de algo incompleto que yo no podía descubrir. «Falta algo, falta algo», me repetía una voz interior, y no podía precisar el qué ni donde se encontraba la falta.

Este capricho de mi imaginación no era lo más a propósito para permitirme ser dueño de los actos en mi primera entrevista con Laura Fairlie.

Me fué casi imposible corresponder a sus frases afectuosas de bienvenida, tal y como la cortesía más elemental ordena. La señorita Halcombe, dándose cuenta de vacilación y considerándola, sin duda, y con bastante acierto, como consecuencia de un acceso de

mi timidez, se propuso, con su natural viveza, animar nuestra conversación.

—Vea usted aquí, señor Hartright —dijo, señalando el álbum de dibujos y la bella mano que pasaba las hojas—, creo que estará usted de acuerdo conmigo en que por fin, ha encontrado una discípula modelo. En el instante en que se ha enterado que usted sé hallaba en nuestra casa, ha comenzado a mirar los árboles y se le hace tarde para empezar.

La señorita Fairlie rió de tan buen humor, que pareció su risa un rayo de sol iluminando aquella hermosa tarde.

—No puedo enorgullecerme de lo que no es cierto —dijo la niña, y su mirada clara y franca nos miró alternativamente—. Tengo una gran afición por la pintura, pero soy la primera que está convencida de mi ignorancia. Y no sé si tengo miedo o deseo empezar. Sabía que había llegado usted ya, señor Hartright, e instintivamente me he puesto a repasar mis trabajos, como acostumbraba a hacer con mis lecciones, cuando niña, temiendo que no fueran presentables.

Dijo esto con graciosa sencillez y seriedad infantiles, y volvió a observar las páginas de su álbum. La señorita Halcombe cortó aquella pequeña confesión con sus particulares y resueltas maneras.

—Buenos malos o regulares, los dibujos de la discípula han de pasar por el severo fallo del maestro. No hay mas que hablar. ¿Qué te parece, Laura, si nos los lleváramos ahora y dejáramos que el señor Hartright los examinara entre los tumbos que ha de dar el coche al pasar por los baches de la carretera? ¿Si consiguiéramos, además, que se confundiera con estos tumbos cuando mire al paisaje y no vea la diferencia entre la naturaleza tal como es y tal como no es en nuestros álbumes? Tal vez consiguiéramos dejarle en tal estado de desesperación, que hasta nos dedique algunos cumplidos y pasen estos trabajos nuestros entre sus dedos expertos sin perder, ninguna de las llores de su vanidad.

—Confío en que el señor Hartright no me dirigirá ningún cumplido —dijo Laura al salir del pabellón.

—¿Puedo permitirme preguntar —dije yo, dirigiéndome a ella por primera vez— el motivo de este deseo?

—Es muy fácil, me creería todo, cuanto usted me dijera —contestó con sencillez.

Estas palabras me dieron la clave del conocimiento de su carácter. La confianza generosa en los demás era consecuencia de la lealtad y rectitud de su proceder. Lo comprendí entonces por instinto, y hoy lo sé por experiencia.

No perdimos más tiempo que el necesario para avisar a la señora Vesey, que continuaba sentada ante la mesa del comedor. Terminó así esta primera parte, o, mejor, este prólogo, antes de llegarnos al coche y dar comienzo nuestro prometido paseo. La digna viuda y la señorita Halcombe ocuparon la parte delantera, y la señorita Fairlie y yo nos sentamos ante ellas con el álbum sobre las rodillas y entregado yo, por fin, a la crítica de mis ojos profesionales. Aunque mi intención hubiera, sido juzgar con toda severidad aquellos trabajos, lo hubiesen hecho imposible las graciosas ocurrencias de la señorita, Halcombe empeñada en aquel momento en no ver más que la parte ridícula del arte practicado por su hermana, y particularmente por ella y por todas las mujeres en general. Recuerdo que la conversación me pareció mucho más interesante que los dibujos, que contemplaba maquinalmente, sobre todo la parte que correspondía a la señorita Fairlie, y ésta ha quedado tan vivamente, impresa en mi memoria, como si hubiera ocurrido hace unas pocas horas.

Reconozco que en este primer día me abandoné al encanto de su presencia, dejando que se apoderara de mí de tal modo, que no me acordé ni de la posición mía en aquella casa. La más insignificante de sus preguntas con respecto al manejo de los pinceles o mezcla de los colores, el más leve cambio de expresión en sus ojos adorables, que me miraban con el sincero deseo de saber todo cuanto yo pudiera enseñar, despertaron más mi atención que los más pintorescos paisajes que desfilaban ante nosotros o los distintos cambios de luz y sombra sobre las masas oscuras de follaje o los bancos de arena de la playa. Sean cuales fueren las circunstancias que nos rodeen, qué breve poder real tienen sobre nosotros los objetos del mundo en medio de los cuales vivimos.

Tres horas había durado nuestro paseo cuando volvimos a pasar las verjas de Limmeridge House.

De vuelta, dije a mis acompañantes que escogieran a su gusto el paisaje que debían dibujar a la tarde siguiente de acuerdo con mis primeras instrucciones. Cuando me abandonaron para vestirse para la comida de la tarde, la más ceremoniosa de todas las del día; cuando volví a encontrarme solo en el bello salón que me destinaron, pareció como si todo mi valor me abandonara de pronto.

Me sentí inquieto y poco satisfecho de mí mismo, no sabia por qué. Acaso por primera vez había de reprocharme el haber gozado de aquel paseo mucho más como huésped

que como maestro de dibujo. Acaso volvía a acometerme la extraña sensación de que algo le faltaba a la señorita Fairlie o bien a mí. Sin embargo, experimenté un gran consuelo cuando la hora de comer me obligó a abandonar mi soledad y reunirme con las señoras de la casa.

Al entrar en el comedor, me sorprendió el contraste de los tocados de las damas. La señora Vesey y la señorita Halcombe vestían lujosamente, según su edad. La primera, de gris plata, y la segunda, con un vestido color de oro, que tan bien sentaba a su morenez y a sus cabellos negros. Laura vestía un traje de gasa blanco, que resultaba sobre ella de una pureza y elegancia incomparables. Pero, en realidad, era un traje que lo mismo podía haber llevado una muchacha de clase modesta y que resultaba mucho menos costoso que el de la señora Vesey. Tiempo después, cuando aprendí a conocerla mejor, supe que aquel curioso contraste se debía a su excesiva delicadeza y a la aversión profunda a todo género de personal exhibición de su riqueza.

Al terminar la comida volvimos al salón. El señor Fairlie, con objeto, sin duda, de emular la condescendencia de Carlos V, que recogió los pinceles del Tiziano, había encargado a su mayordomo que tuviera dispuestos los vinos que yo prefiriera para la sobremesa. Resistí a la tentación de quedarme a solas rodeado de botellas que yo había elegido, y de acuerdo con las civilizadas costumbres extranjeras, rogué a las señoras que me autorizaran a levantarme de la mesa al mismo tiempo que ellas y a acompañarlas durante las veladas, en tanto durara mi permanencia en Limmeridge.

El salón en el que ahora nos habíamos instalado encontrábase también en el piso bajo, y tenía la misma forma y proporciones que el comedor. En uno de sus extremos daban paso a la terraza, profusamente adornada de flores, unas grandes puertas de cristales. El aire, suave y tibio de la noche, lleno de los perfumes de todas ellas, nos saludó a nuestra entrada con el aroma que penetraba por las abiertas puertas vidrieras. La buena señora Vesey, la primera siempre cuando se trataba de sentarse, se acomodó en una butaca cerca de la terraza y se preparó a descabezar tranquilamente un sueño. La señorita Fairlie, cediendo a mi ruego, se sentó al piano, y yo a su lado. Desde allí pude ver a la señorita Halcombe que aprovechaba las postreras luces del crepúsculo para hojear un paquete de cartas, tal vez las de su madre.

¡Cuán vivamente, mientras escribo, surge en mi recuerdo la calma de aquella escena!

Desde el lugar en que me encontraba me era fácil ver la figura graciosa de la señorita Halcombe, envuelta en parte por la sombra y esforzándose en leer las cartas que tenía en sus manos. Admiraba también el delicado perfil de la encantadora pianista que se destacaba claramente sobre el fondo oscuro de las paredes del salón. Afuera, en la

terraza, las flores perfumadas. En el parque, las extensas praderas verdeantes movíanse agitadas tan suavemente por la brisa de la noche, que su rumor no llegaba siquiera a nuestros oídos. Estaba el cielo sin una nube, y la luna empezaba a levantarse en el horizonte, tiñendo con su pálida luz todo el paisaje. La sensación de aislamiento insensibilizaba los nervios y envolvía la mente en un celestial reposo. Este dulce descanso que nos rodeaba, armonizábase admirablemente con la ternura sublime de la música de Mozart. Fue una noche sin palabras, pero de aquellas que nunca se olvidan.

Continuábamos todos en silencio en los lugares que habíamos escogido. La señora Vesey dormía. Laura tocaba el piano y su hermana leía hasta, que se acabó la luz. La luna había llegado a dominar con su luz la terraza, y sus blancos y misteriosos rayos iluminaron el salón a través de las grandes puertas. El contraste de aquella luz plateada con la oscuridad era tan bello, que, de común acuerdo se ordenó al criado que retirara los candelabros que traía, y quedamos en el salón sin más luz que la de las velas del piano.

Todavía duró el concierto media hora. Luego, la claridad y belleza de la luna tentó a Laura a contemplar la terraza. Yo la seguí. Al encenderse las velas del piano, Marian cambió de sitio para continuar leyendo las cartas. Se quedó sentada en una silla baja, al lado del piano y tan absorta en su ocupación, que no se dio cuenta de nuestra marcha.

Apenas estuvimos juntos cinco minutos ante la puerta de la terraza, cuando oí la voz de Marian sin su tono alegre, antes aterrada, pronunciar mi nombre.

—¡Señor Hartright! —dijo—. ¿Quiere usted, hacerme el favor de venir? Necesito hablarle.

Me apresuré a obedecer su ruego. Junto al piano, continuaba con las cartas esparcidas sobre la falda, examinando una a la luz de las velas. Me senté en un pequeño diván situado cerca del piano, y como estaba más cerca de la terraza podía distinguir la figura ideal de Laura cada vez que pisaba ante la puerta paseando lentamente a la luz de la luna.

—Me gustaría que oyera usted los pasajes de esta carta que voy a leerle ahora — dijo, Marian—. Dígame usted si aclaran su extraña aventura de Londres. Está dirigida por mi madre a su segundo esposo, el señor Fairlie, y está fechada once o doce años atrás. Entonces, mi madre, su marido y mi hermana Laura habían vivido aquí y vivieron durante algún tiempo. Yo estaba en esa época completando mi educación en un colegio

de París.

Estaba muy seria y me pareció algo intranquila. Laura miró entonces desde la puerta, y viéndonos ocupados, se retiró lentamente.

Marian empezó a leer:

—«Empezaré por aburrirte, mi querido Felipe, si no hablo más que de mi escuela y de mis discípulas. Pero más que yo, tiene la culpa de esto la monotonía de mi vida. Hoy tengo, además, algo nuevo que comunicarte con respecto a la nueva discípula.

»Conoces a la vieja señora Kempe, la de la tienda de al lado. Desde hace muchos años, el doctor no le da esperanzas y se consume poco a poco y día a día. Su única pariente, una hermana, llegó aquí no hace mucho para cuidarla. Vino de Hampshire, y se llama Catherick. Hace cuatro días vino a verme, acompañada de su única hija, una dulce y preciosa niña de un año más que nuestra querida Laura... »

Al pronunciar esta frase, Laura pasó de nuevo ante la puerta de la terraza. Cantaba a media voz una de las suaves melodías que acababa de tocar al piano. Marian, esperó a que desapareciera su hermana y continuó su lectura.

—«La señora Catherick es una mujer decente y respetable, más joven que su hermana, y que parece haber sido bastante agraciada. Sin embargo, hay algo en su aspecto y en sus maneras que no acabo de comprender. Es muy reservada con respecto a sí misma, pero, a pesar de todo, hay algo que no puedo explicarte en su rostro, que parece esconder un secreto. Es lo que puede llamarse un misterio viviente. Su deseo al venir a verme a Limmeridge House es muy sencillo. Al abandonar la casa de Hampshire para cuidar a su hermana en esta enfermedad se vio obligada a traer a su hija con ella, puesto que no tenía con quien dejarla en la casa. Su hermana podía morir de pronto o durar algún tiempo, y su visita era para pedirme que su hija pudiera ser admitida en la escuela con la condición de que a la muerte de la señora Kampe pudiera sacarla para volver a su casa. Consentí sin dificultad, y aquella misma tarde, al salir Laura y yo de paseo, acompañamos a la niña, que tiene ahora once años, a la escuela.»

De nuevo, la figura ensoñadora de Laura, envuelta en las gasas blancas de su vestido e iluminada por la gloriosa luz de la luna, pasó ante la puerta. Una vez más, su hermana interrumpió la lectura hasta que se perdió de vista. Entonces prosiguió:

—«Quiero mucho a la nueva discípula, por razones que me reservo para darte una

sorpresa. Como quiera que la madre no me ha dado indicación alguna con respecto a ella y a su hija, he tenido que descubrir yo sola, y esto fue al primer día y a la primera lección que le di, que la inteligencia de la pobre no está desarrollada lo suficiente con respecto a su edad. Al saberlo, decidí inmediatamente traérmela a casa y hacer venir al doctor para que la examinara con todo cuidado y me diera después su parecer. Según él, la niña puede vencer estas deficiencias en la época del desarrollo, pero dijo, además, que el género de educación a que se la someta es de gran importancia, pues la lentitud con que asimila las ideas hace que se aferre a las pocas que pueden penetrar en su mente.

»No creas, querido Felipe, con tu ligereza habitual, que me he encariñado con una imbécil. No. La pobre Anita Catherick es una niña buena y cariñosa. Incluso a veces, como podrás juzgar ahora, dice cosas tiernas, y lindas; pero lo hace siempre de un modo extraño, rápido y casi asustada. Por ejemplo: un día, viendo que estaba muy limpiamente vestida, aunque la calidad y el gusto de su traje dejaban mucho que desear, ordené a la doncella que arreglara, uno de los trajecitos blancos que ya no se pone Laura, y un sombrero del mismo color. Cuando vino, traté de explicarle que a las niñas de su edad, y, sobre todo, a las de su cutis, les sienta mejor el blanco que otro color cualquiera. Al principio pareció vacilar y no comprender lo que le decía, pero, de pronto, una llama de rubor le subió al rostro, como si hubiera realizado un violento esfuerzo. Me cogió las manos entre las suyas, tan pequeñas, ¡pobrecilla!, y me las besó diciéndome, con una solemnidad que no correspondía a sus años: «Mientras viva, iré siempre vestida de blanco. Cuando esté lejos y ya no la vuelva a ver, continuaré vestida del mismo modo, y así me parecerá que le gusta a usted más». Esto es sólo una muestra de las ocurrencias de esta niña. ¡Pobre angelito! Voy a enviarle una ¡colección de trajes blancos para todas las estaciones...»

Marian hizo una pausa y me miró.

—La mujer que encontró usted en la carretera, ¿era tan joven? —me preguntó—. ¿Tendría veintidós o veintitrés años?

—Sí, señorita —respondí—. Debía de tener aproximadamente esa edad.

—¿Dice usted que iba completamente vestida de blanco?

—Sí.

Al dar esta contestación, Laura, cruzó la puerta por tercera vez. En lugar de continuar

su paseo, se paró un momento con la espalda vuelta hacia nosotros. Se apoyó en la baranda y contempló el parque que se extendía a sus pies. Se había cubierto la cabeza con un ligero chal blanco. Me fijé entonces en aquella figura blanca, y una innominada sensación, que no podía definir, pero que aceleraba los latidos de mi corazón, me invadió de pronto.

—Sí, de blanco —repitió Marian—. Las frases más importantes, señor Hartright, están al final de la carta. Se las voy a leer a usted ahora. No he podido por menos de fijarme en la coincidencia del traje blanco que vestía la desconocida y el que causó una extraña contestación en la pequeña discípula de mi madre. Tal vez el doctor se equivocase al pretender que la edad había de corregir las deficiencias mentales de la pobre niña. Posiblemente no se hayan corregido nunca, y lo que empezó siendo un capricho de gratitud de una niña normal haya concluido siendo la costumbre de una loca.

Pronuncié algunas palabras que ni siquiera sé cuáles fueron, porque mi atención estaba absorbida por la blanca silueta de Laura.

—Escuche usted las últimas frases de la carta —dijo Marian—. Tal vez le sorprendan.

Al levantar la carta para leer a la luz de las velas, Laura se volvió lentamente y se detuvo, ante nosotros, quedando inmóvil.

Mientras tanto, Marian me leyó las frases aludidas.

—«Ahora, amigo mío, puesto que va a terminar mi carta, no puedo demorar por más tiempo la prometida sorpresa que explicará el motivo principal de mí súbito afecto por Anita Catherick. Puedo asegurarte, mi querido Felipe, que aunque ni con mucho es tan linda, por uno de esos extraños caprichos de la naturaleza, que vemos a veces sin comprender, es el vivo retrato, en cuanto al color de cabellos, las facciones y el color de los ojos...»

—Salté del diván, antes de que Marian hubiera terminado la frase. Experimenté el mismo escalofrío que me estremeció en medio de la carretera, cuando la mujer del traje blanco apoyó su mano sobre mi hombro.

Ante mí estaba Laura, poética y solitaria figura iluminada por los rayos de la luna, y su actitud, en la forma de su cabeza y en las líneas de su rostro, contemplado a aquella

distancia y en aquella penumbra, era la viva reproducción de la mujer del traje blanco. Aquella idea que, durante tantas horas lo había logrado precisar, surgió en mi mente con la rapidez del relámpago. Era algo aquel que le faltaba, era el reconocimiento del extraordinario parecido con la desdichada fugitiva de un manicomio y su propia imagen.

—También usted conviene en ello dijo Marian, dejando, caer la carta y mirándome con ojos brillantes—. Lo ve usted ahora como mi madre lo vió hace once años.

—Sí, aunque quisiera negármelo a mí mismo. Creo que es verter una sombra en el porvenir de la brillante heredera que se encuentra ante nosotros compararla con aquella desgraciada mujer perdida y sin amigos. Permítame usted que deseche de mí esta impresión lo antes posible. Llámela usted, se lo ruego. Llámela.

—Señor Hartright, me produce usted una extraordinaria sorpresa. Sean lo que quieran las mujeres, supuse siempre que los hombres estaban por encima de las supersticiones.

—Le ruego a usted que la llame.

—Silencio. Viene por su propia voluntad. Callémonos en su presencia. Quisiera que este secreto de la semejanza continuara siéndolo para los demás. Ven, Laura, y despierta con el piano a la señora Vesey. Ahora mismo me pedía el señor Hartright un poco de música, y esta vez la quiere ligera y alegre.

IX

Concluyó así mi emocionante día en, la casa señorial de Limmeridge. Marian y yo conservábamos el secreto. Después del descubrimiento de la semejanza, no veíamos medio de obtener nuevas luces que nos aclararan el misterio de la mujer vestida de blanco. Marian, a la primera oportunidad que tuvo, llevó cautelosamente la conversación a hablar de su madre y de recuerdos de los antiguos tiempos, entre los que se encontraba el nombre de Ana Catherick. Los recuerdos de Laura sobre este particular eran muy vagos. Sí recordaba, no obstante, haber oído hablar de la semejanza existente entre ella y la discípula favorita de su madre. Pero no dijo nada del regalo del traje blanco ni de las palabras con que la niña manifestó su agradecimiento. Estaba segura de que Ana estuvo una temporada en Limmeridge, y que regresó después a Hampshire, pero no podía decir si la madre y la hija habían vuelto en alguna ocasión o si de ellas se habían tenido noticias. En las restantes cartas de la señora Fairlie, cartas que estudió su hija con mayor atención, nada encontramos que

despejara el misterio que nos preocupaba tanto. Habíamos, sin embargo, establecido la identidad de la desgraciada a quien encontré de noche, sola, en medio de una carretera. Habíamos relacionado también la deficiente mentalidad de la niña y su exaltada gratitud hacia la señora Fairlie con el traje blanco de la fugitiva, y terminaron ahí nuestros descubrimientos.

Días y semanas se sucedieron. Las brisas del otoño comenzaron a dorar las verdes hojas de los árboles. ¡Ah, qué cortos, tranquilos y felices días! Mi narración se desliza sobre vosotros con la misma rapidez con que vosotros pasasteis ante mis miradas. De todos los placeres y comodidades que pródigamente me entregasteis, ¿qué es lo que quedó que tenga suficiente importancia para ser mencionado en estas páginas? Tan sólo la confesión más triste que puede hacer un hombre: la de su propia locura.

No me costará demasiado esfuerzo descubrir el secreto que revela esta confesión, porque ya, indirectamente, lo he hecho. Las pobres e incoloras palabras con que en vano trato de describir a Laura, me han traicionado, al describir las impresiones que me había proporcionado su contemplación. Todos somos así. Cuando se nos ofende y cuando sirven a nuestro deseo, las palabras nos parecen monstruos.

La quería.

Conozco perfectamente la amargura y tristeza que guardan en sí estas dos palabras. Al hacer esta triste confesión, suspiro como la más sensible de las mujeres que me lea y me compadezca. Y, sin embargo, puedo sonreír con el desprecio y el sarcasmo del más cruel de los hombres que prescinda desdeñosamente de estas páginas. La quería. Despreciadme o compadecedme, pero yo lo confieso con la serena resolución que se debe a la verdad. ¿No había para mí disculpa alguna? Es posible que sí, mientras duró el contrato de mis servicios.

Una tras otra, apacibles, en la reclusión de mi propio saloncito, transcurrían las horas de la mañana. Me había entregado a la tarea de restaurar las acuarelas del inválido, y tenía suficiente trabajo para ocupar las manos, y los ojos en una tarea agradable. Pero, mientras tanto, mis libres pensamientos gozaban el peligroso lujo de que nadie los encadenara. Vivía en una peligrosa soledad, porque duraba lo suficiente para enervarme, y, en cambio, era demasiado corta para fortalecerme. Soledad peligrosa formada por tardes y veladas que transcurrían invariablemente en la compañía de dos mujeres, una de las cuales reunía todos los encantos de la viveza, la gracia y la perfección, mientras que en la otra acumulábase los más poderosos aún, de la inocencia, de la juventud y de la belleza, que la convertían en un ser excepcional e irresistible para un hombre.

Las noches que siguieron a las excursiones de por las tardes cambiaban y fomentaban todavía más ciertas familiaridades inocentes. Mi afición natural a la música, que interpretaba ella con un sentimiento tan tierno y con un gusto femenino tan delicado, y el deseo manifestado por la bondad de recompensar mis esfuerzos con su arte por los progresos que con el mío yo lograba de ella, eran la suficiente razón para que estuviéramos juntos casi siempre. Las incidencias de la conversación, las sencillas costumbres, que daban cierta regularidad a cosas tan poco importantes como nuestros sitios en la mesa; las risas y ocurrentes observaciones de Marian dirigidas siempre contra nosotros dos, para ridiculizar mis afanes de profesor o sus entusiasmos de discípulo, incluso el inofensivo juicio de la señora Vesey al asociar a Laura y a mí bajo la expresión de «modelo de jóvenes que nunca estorban», todas estas pequeñas cosas sin importancia y otras muchas más, combinábanse a cada momento envolviéndonos en una misma atmósfera doméstica, y nos encauzaba, sin darnos cuenta a una misma finalidad sin esperanzas.

Comprendo que debiera haber recordado a tiempo mi posición en aquella casa, colocándome inmediatamente a la defensiva. Quise hacerlo, pero fué demasiado tarde. Con Laura me faltaron toda la discreción y experiencia que con otras mujeres me había servido, impidiéndome que cediera a la tentación. Mi práctica, profesional había adquirido durante varios años el hábito de hallarse en contacto continuo con mujeres de todas edades y belleza. Yo aceptaba esa situación como una parte primordial de la carrera de mi vida. Me acostumbré a prescindir de todas las simpatías propias de mi edad en el momento en que atravesaba el umbral de las casas donde daba mis lecciones, del mismo modo que prescindía de mi paraguas en el momento de entrar en la habitación. Mucho antes había aprendido a comprender que mi situación de profesor impedía en todo momento que ninguna de mis discípulas, por mi situación asalariada me cobrara un cariño especial. Esta ha persuadido de que si se me autorizaba a vivir entre discípulas jóvenes y hermosas, me convertía en una especie de animal inofensivo y doméstico del que no hay nada que temer. Esta prudente experiencia, que adquirí hacía mucho tiempo, me había llevado a través de mi modesto camino de artista por el sendero de una estricta austeridad, sin permitirme en momento alguno el menor paso dado por una senda que no fuera la del deber. Pero ahora, por primera vez en mi vida, esta experiencia y yo nos habíamos separado. En efecto, el dominio que había conseguido sobre mí mismo, alcanzado de una forma tan dura, lo perdí de tal modo que me pareció no haberlo tenido jamás. Lo perdí del mismo modo que muchos hombres, en situaciones semejantes, siempre que aparecen mujeres de por medio. Comprendo ahora que hubiera debido examinarme a mí mismo desde mi entrada en aquella casa, preguntarme por qué cualquier rincón de ella me pareció un paraíso en cuanto aparecía Laura y un desierto en cuanto salta, por qué despertaba mi atención cualquiera de las modificaciones que imponía a su modo de vestir, particularmente cuando nunca me había fijado en este detalle con respecto a otras mujeres, y, por

último, por qué la contemplaba, la escuchaba y tocaba sus manos día y noche, cuando nos las dábamos, como nunca había contemplado, escuchado y tocado a mujer alguna. Todo esto debía haberlo examinado desde el fondo de mi corazón, y, al sorprender en él esta raíz nueva y extraña, arrancarla de cuajo antes de que se fortaleciera. Pero para mi confesión bastaban, como explicación de todo cuanto me ocurría, estas dos palabras: la quería.

Transcurrieron días, y semanas, y se acercaba el término del tercer mes de mi estancia en aquella casa. Aquella vida deliciosa y monótona y el aislamiento común, me embriagaban de tal modo que me dejaba sin lucha arrastrar por el encanto de aquella corriente suave.

El recuerdo del pasado, mis aspiraciones para el futuro, el sentimiento de lo falso y desesperado de mi posición, continuó culto en mis, sentimientos bajo la apariencia de una calma engañosa. Aturdido por el canto de la sirena, que dentro de mi propio corazón oía, cerré ojos y oídos a cuanto pudiera señalarme un peligro y navegué acercándome cada vez más a las rocas fatales, de mi desgracia. Me despertó el alba, al fin, acusándome de mi propia debilidad. Fué la más leal, la más bondadosa de todas las luces, porque tácitamente venía de ella. Una noche como las demás nos despedimos. Mis labios, ni ese día ni otros anteriores, habían pronunciado la menor palabra que pudiera traicionarme o sorprenderla con el conocimiento de la verdad. Pero cuando por la mañana volvimos a encontrarnos, se había operado en ella un cambio, y esta transformación me lo dijo todo.

Me horroricé entonces, y todavía su recuerdo me produce espanto, al invadir el más, íntimo santuario de su corazón y abandonarlo a las miradas de los demás, como hice con el mío. Diré tan sólo que la primera vez que ella sorprendió mi secreto fué en el mismo momento, estoy seguro, en que sorprendió el suyo, y ocurrió esto cuando su modo de ser cambió con respecto a mí en una noche.

Demasiado leal para engañar a nadie, era también, al mismo tiempo, demasiado sincera para engañarse a sí misma. Cuando se manifestaron en su corazón los primeros síntomas de lo que yo, con toda cobardía, había callado en el mío, se enfrentó con ellos diciendo resuelta y sencillamente: «Lo siento por los dos».

Yo, entonces, no supe interpretar, que esto, y muchas más cosas, decían sus miradas. Pero, en cambio, supe comprender claramente la transformación que experimentaron sus maneras, el crecimiento de su bondad y de su viveza para cumplir mis menores deseos aun antes de que los expresara; y luego, una desconocida tristeza y tirantez que yo nunca había visto en ella, además de una nerviosa ansiedad que la impulsaba a

ocuparse febrilmente en algo cuando nos quedábamos solos. Ahora comprendía por qué aquellos dulces y rosados labios sonreían de una manera extraña y forzada, y por qué sus dulces ojos azules me contemplaban a veces con una angelical piedad y otras con la perplejidad inocente de un niño. Pero aún llegó más lejos la confusión de todo. Una muda expresión de temor, que era casi siempre un reproche, poníase de manifiesto en la frialdad de sus manos y en la rigidez antinatural y extraña de su rostro.

Si embargo, había algunas sensaciones, experimentadas en común, que, a pesar de estos cambios y tal vez a consecuencia suya, parecían querernos unir más íntimamente, a pesar de que otras sensaciones empezaban ya a separarnos.

En mi confusión y perplejidad, en mi recelo de que algo oculto apareció ante nosotros y que yo, por mí mismo, había de descubrir con mi único esfuerzo, dirigía mis suplicantes miradas a Marian, como si rogara no su ayuda, sino las luces de la verdad.

No era posible, viviendo en una intimidad como la que compartíamos, que se produjera en nosotros la menor alteración sin que los demás, o su interés, se dieran cuenta de ello. El cambio de Laura tuvo un eco en su hermana. Pero a ella no se le escapó siquiera una palabra que pusiese de manifiesto la alteración de nuestras relaciones. Y, sin embargo, sus penetrantes ojos adquirieron entonces, la costumbre de observarme constantemente. Algunas veces me pareció leer en ellos una cólera contenida; otras, el temor, y muchas algo que yo no podía interpretar.

En esta tirantez mutua transcurrió todavía una semana. Agravada mi situación por el conocimiento de mi propia debilidad, y el demasiado tardío de mi posición de asalariado, se me iba haciendo todo intolerable. Me daba cuenta de que era necesario terminar con aquel estado de cosas. Pero para conseguirlo no sabía qué hacer ni qué decir.

Marian me salvó de esta posición humillante y triste. Sus labios me manifestaron la amarga, la necesaria e inesperada verdad. Su bondad enérgica me sostuvo en el golpe terrible que sus palabras, me ocasionaron. Su valor y su buen sentido no tuvieron dificultad en imponerse a mí y hacerme humillar la cabeza ante un suceso que era el más trágico de todos cuantos pudieron ocurrir durante la temporada que pasé en Limmeridge.

X

Cumplíanse aquel martes los tres meses de mi residencia en Cumberland. Cuando por

la mañana bajé al comedor a la hora del desayuno, vi que Marian, por primera vez, no ocupaba su acostumbrado sitio en la mesa. Laura paseaba por el parque. Me saludó desde lejos, pero no se reunió conmigo. Ni de sus labios ni de los míos se había escapado una palabra que pudiera alterar la situación, y no obstante, ambos nos comprendíamos tácitamente y procurábamos no encontrarnos solos. Hasta que llegaba la señora Vesey o Marian, ella esperaba en el parque y yo en el comedor. Y pensaba que, quince días antes, ¡cuán rápidamente hubiera ido a su encuentro y con que alegría hubiese estrechado sus manos!

Transcurrieron algunos minutos y entró, Marian. Parecía preocupada y se disculpó por su tardanza.

—No he podido venir antes —me dijo—. El señor Fairlie me ha hecho una consulta a propósito de asuntos domésticos.

Laura entró en el comedor. Como de costumbre, nos saludamos. Su mano me pareció más fría que otras veces. Estaba pálida y no me miró. Incluso la señora Vesey se dió cuenta de que algo anormal ocurría en cuanto entró en el comedor.

—Tal vez sea el tiempo dijo la —señora—. Se acerca el invierno. Sí, querida, estamos muy cerca del invierno.

Pero en el corazón de los dos, el invierno ya había llegado.

Nuestro desayuno primero, tan lleno antes de animadas y deliciosas discusiones sobre los planes del día, fué esta vez corto y silencioso. Parecía que Laura se sentía oprimida por las largas pausas y que suplicaba a su hermana que las llenara; ésta, después de alguna vacilación totalmente Impropia en su carácter, dijo:

—He hablado con tu tío esta mañana, Laura. Cree que debe disponerse el cuarto púrpura y me ha confirmado lo que, yo ya te había dicho: que es el lunes, y no el martes.

Al pronunciar estas palabras, Laura fijó la mirada sobre la mesa. Sus manos se crisparon sobre, la servilleta. La palidez de su rostro se comunicó a sus labios, y éstos comenzaron a temblar visiblemente. Creo que todos notamos estos síntomas, y, sobre todo, Marian, que, para disimularlo, se levantó de la mesa.

Laura y la señora Vesey salieron juntas de la habitación. Los bellos ojos azules me

dedicaron una mirada en la que se adivinaba la tristeza de una próxima despedida que había de ser eterna. En mi propio corazón, que me advertía amargamente que no tardaría en perderla y que la quería más que nunca, encontré la respuesta.

Cuando se hubo marchado, salí al jardín. Marian, junto a la gran puerta que daba a él, con el sombrero y el chal en la mano, me miraba atentamente.

—¿Me puede usted conceder unos minutos antes de entregarse a su trabajo?

—Con, mucho gusto, señorita Halcombe —contesté—. Siempre puedo hacerlo cuando se trata de servirla.

—Quiero tener una pequeña confidencia con usted —añadió—. Tome usted el sombrero y salgamos al parque. Creo que a estas horas nadie nos molestará.

Al salir nos encontramos con uno de los ayudantes del jardinero, que se dirigía a la casa con una carta en la mano. Marian le detuvo.

—¿Es para mí? —preguntó.

—No, señorita —repuso el muchacho, mostrándosela—. Es para la señorita Laura.

—¡Qué letra más rara! —murmuró Marian, cogiendo la carta y examinándola—. ¿Quién podrá escribirle? —Luego, dirigiéndose al muchacho, preguntó—: ¿Quién te la ha dado?

—Una mujer, ahora mismo, señorita.

—¿Quién?

—Una mujer de alguna edad.

—¿La conocemos nosotros?

—No puedo decirle, señorita, porque no la he visto nunca.

—¿Por dónde se fué?

—Por ahí —dijo el muchacho con resolución, volviéndose y señalando toda la parte sur de Inglaterra con el brazo.

—Es extraño —murmuró Morían, dando vueltas a la carta—. Probablemente se tratará de alguna limosna. Bueno, toma —dijo entregándosela otra vez al muchacho—. Llévala a casa y dásela a una doncella. Si no tiene usted inconveniente, señor Hartrigth, continuemos nuestro paseo.

Pasamos así por algunas avenidas siguiendo el mismo camino del primer día de mi llegada a Limmeridge, y llegamos al pabellón en que por primera vez vi a Laura. Morían rompió entonces el silencio que hasta aquel momento había mantenido.

—Para lo que tengo que contarle, es este el mejor sitio.

Entró en el pabellón, se acercó a una de las sillas y me indicó otra para que me sentara. Yo ya había sospechado lo que iba, a suceder cuando me habló en el comedor; ahora estaba seguro.

Señor Hartrigth —comenzó —, empezaré por hacerle una confidencia leal, y añadiré, sin frases literarias, que detesto, ni adulaciones, que desprecio, que durante su estancia en esta casa, ha logrado usted inspirarme una amistad sólida y sincera. Me he sentido inclinada en su favor desde el primer día que me contó su proceder con la desgraciada mujer a quien halló usted en tan extrañas circunstancias. Quizá haya sido un tanto imprudente su intervención sobre este particular, pero me ha demostrado la delicadeza y compasión de un caballero. Este principio me hizo esperar mucho de usted, y he de confesarle que mis esperanzas no se han defraudado.

Calló un momento, pero con la mano me hizo un ademán de que no necesitaba contestación. Yo, al entrar en el pabellón, había olvidado por completo a la mujer vestida de blanco. Ahora, las palabras de Marian traían a mi memoria la aventura.

—Como buena, amiga suya —continuó— he de decirle, lisa y llanamente porque así es mi forma de ser, que he descubierto el secreto. Pero tenga usted, en cuenta que ha sido sin ayuda ni advertencias de nadie. Con sobrada ligereza, señor Hartrigth, se ha permitido usted enamorarse, y creo que profundamente de mi hermana. No quiero que pase usted por la vergüenza de confesarlo. No le acuso; antes le compadezco por haber alimentado su corazón con un amor sin esperanzas. Sé que usted no ha intentado aprovecharse de ninguna de las ventajas que le concede su posición en esta casa para hablar a mi hermana de ello. Únicamente es culpable de debilidad y desatención a sus

intereses. Nada más. Si hubiera usted procedido, bajo cualquier pretexto o concepto, con menos modestia o delicadeza, le hubiera dado la orden de que abandonara esta casa inmediatamente y sin que hubiese tenido que consultarlo con nadie. Hoy viendo cómo han ocurrido las cosas, culpo tan sólo a la fatalidad, a sus pocos años y a su posición. No le acuso. ¿Quiere usted que nos estrechemos las manos? Lamento tener que hacerle sufrir, pero no es posible evitarlo. Estreche usted primero la mano de su amiga Marian Halcombe y continuaremos después.

Aquella repentina bondad, la enérgica simpatía que con tal franqueza hacía que me hablara, apelando directamente a mi corazón, a mi honor y a mi fortaleza, con una generosidad tan delicada y brusca al mismo tiempo, me conmovieron tan profundamente que intenté sostener su mirada al estrechar su mano y no me fue posible, conseguirlo. Quise darle las gracias, y me faltó la voz.

—Escúcheme, por favor, y concluyamos de una vez —continuó sin observar mi profundo desasosiego—. Experimento un verdadero alivio no teniendo que enfrentarme, en lo que me queda por decir, con ese tema, siempre desagradable y duro, de las diferencias sociales. Una serie de circunstancias me evitan la triste necesidad de herir, a quien ha vivido bajo mí mismo techo. Creo que lo mejor es, señor, Hartrigth, que abandone usted esta casa, en previsión de un mal mayor. Es mi deber manifestarle todo esto, y también sería mi deber decírselo, aunque representara usted la más rica y noble casa de Inglaterra. Debe usted marcharse no por ser un profesor de dibujo, sino por... —Hubo una pausa breve. Me miró fijamente; por encima de la mesa apoyó su mano firmemente en mi brazo y continuó:— No porque, sea usted un profesor, sino porque Laura está prometida y terminar casándose.

Sentí en mi corazón la última palabra como una bala. Mi brazo olvidó la sensación de la mano que se apoyaba en él. No, hablé ni me moví. La brisa fresca de otoño, que movía en el parque las hojas secas, me pareció fría de pronto, y las hojas, ilusiones mías que se dejaban también arrastrar por el viento. Ilusiones. Prometida o no, estaba del mismo modo lejos de mí.

Pero pasó este choque, y sólo dejó en mi alma una amargura general. De nuevo sentí la mano de Marian sobre mi hombro. Levanté la cabeza y la miré. Fijos en mi vi sus grandes ojos negros, espiando mis reacciones. Dijo:

—Aniquile usted sus esperanzas en este momento. Aquí, precisamente, donde la vió usted por primera vez. No vacile como una mujer. Destruyalas como un hombre.

La vehemencia de sus palabras, el poder de su voluntad, que se concentraba en aquella mirada, y la fuerza con que continuaba todavía oprimiéndome el brazo, parece infundirme cierta energía. Ambos nos callamos. Momentos después había logrado justificar su generosa confianza en mí, y con un esfuerzo enorme recobré por último, el dominio de mí mismo.

—¿Es usted dueño de sí?

—Lo suficiente, señorita Halcombe, para pedirle perdón tanto a usted, como a ella. Lo suficiente para seguir sus excelentes consejos y demostrarle de esta forma mi gratitud, y que no tengo otro medio de hacerlo.

—Lo ha demostrado usted sobradamente con estas palabras —me contestó—. Los disimulas ya han terminado entre nosotros. No quiero ocultarle lo que mi hermana, sin darse cuenta, ya le ha descubierto. Tanto por usted como por ella es preciso que salga usted de aquí. Su presencia en esta casa, la intimidad que le une a nosotros, por lo demás inofensiva, la han hecho, desgraciada. Yo, que la quiero con toda mi alma, que creo en su noble, inocente y pura naturaleza como en mi religión, me doy cuenta de la secreta angustia de los remordimientos que sufre desde que tuvo entrada en sus pensamientos la idea de ser desleal a su promesa de matrimonio, aun a pesar suyo. No quiero decirle a usted, por cuanto sería inútil intentarlo después de lo que ha ocurrido, que este matrimonio sea de su gusto. Es un enlace de familia, no de amor. Su padre lo sancionó hace dos años en su lecho de muerte, y ella ni lo deseó ni lo rehuyó siquiera. Lo esperó con cierta tranquilidad. Hasta su llegada a esta casa encontrábase en análoga posición a la de la mayoría de las ricas herederas que contraen matrimonio con hombres que le son indiferentes, a quienes aman o aborrecen después del matrimonio. Con mi mayor interés deseo, y tiene usted que tener también este generoso valor, que las nuevas ideas y sentimientos que han conmocionado la calma y la felicidad de esta niña no hayan arraigado tan profundamente que sus raíces no puedan extirparse. Permítame que le diga que su ausencia ayudará a mis esfuerzos. Cuento con ello, por cuanto confío en su honor, abnegación y desinterés. El tiempo nos ayudará a todos. Es para mí un gran consuelo ver que la confianza que he depositado en usted no ha sido una equivocación, y lo mismo la convicción de saber que ha procedido usted con la misma honradez, consideración y delicadeza varonil para con una discípula cuya condición tuvo la desgracia de olvidar, lo mismo que para con la abandonada desconocida que imploró su ayuda y la obtuvo.

De nuevo la mujer vestida de blanco. ¿Acaso no podía oír hablar de Laura sin que esta misteriosa dama, como una fatalidad inevitable, se interpusiera entre nosotros?

—Le ruego —le dije— que me diga qué clase de disculpa he de dar al señor Fairlie para anular mi contrato. Dígame, además, cuándo debo marcharme, y le prometo mi obediencia.

—Urge hacerlo —contestó—. ¿Recuerda usted que durante el desayuno he aludido al lunes próximo y a la necesidad de disponer una habitación? Pues bien, para el lunes esperamos la llegada de una visita...

No quise oír más. La alteración de Laura durante el desayuno, sabiendo lo que yo sabía, me dijo claramente que esta visita era la del futuro esposo. Traté de dominarme, pero mi impulso que podía más que yo me obligó a interrumpir a Marian y decirle amargamente:

—Déjeme usted que me vaya hoy mismo. Cuanto antes, mejor.

—No, no es posible —contestó prudentemente—. Solamente una razón puede ante el señor Fairlie justificar su partida. Una razón que haga lógica la ruptura del compromiso, algo repentino e imprevisto que le obligue a pedir permiso para regresar a Londres inmediatamente. Debe usted esperar a mañana para decírselo, después de la hora del correo. Con esto se explicará su cambio de idea, asociándolo, naturalmente, con la inesperada llegada de una carta. Ciertamente, no es muy correcto descender a la simulación, aunque la guíen buenas intenciones. Pero conozco al señor Fairlie, y si sospecha que usted trata de engañarle, no le dejará en libertad. Le ruego, pues, que le hable el viernes. En interés suyo y en el del señor, Fairlie, procure hasta ese momento adelantar cuanto le sea posible la restauración de los dibujos. El sábado puede despedirse de nosotros. Para todos, y para usted, señor Hartrigth, será el momento más oportuno.

Iba yo a asegurarle que obraría completamente de acuerdo con sus deseos, cuando oímos precipitados pasos en el parque. Evidentemente, se trataba de una persona de la casa, que venía en busca de uno de nosotros dos. Toda la sangre de mis venas afluyó primero a mi rostro y seguidamente a mi corazón. ¿Sería Laura? ¡Dios mío, y en qué momento!

Se había experimentado tan intenso cambio en mi posición con respecto a ella, que fué para mí un verdadero alivio comprobar que se trataba de la doncella de Laura.

—Una palabra, señorita —dijo la doncella, en extremo turbada.

Marian bajó los escalones del pabellón, apartándose algunos pasos. Mi imaginación, con una tremenda impresión de abandono y desconsuelo, imposible de describir, me llevó a la soledad y desesperación de mi partida a Londres. En mi trastornado cerebro se iluminó el recuerdo de mi madre y mi hermano, que tanto se habían alegrado de esta colocación en Cumberland. Me daba cuenta con remordimiento íntimo de haberlas tenido alejadas de mi corazón. Pero ahora, al primer llamamiento, volvía a encontrar dócil, el cariño de los seres olvidados: mi madre y mi hermana. ¿Qué dirían de mí, viéndome regresar sin haber cumplido el contrato y teniendo que confesarles mi desdichado secreto? ¡Con cuánta esperanza se habían separado de mí la noche última y feliz que pasé a su lado!

De nuevo, Ana Catherick. Incluso el recuerdo de la noche en que me despedí de mi familia, no puede llegar a mí si no es mezclado con la blanca sombra hallada en el camino de Londres. ¿Qué significaba todo esto, qué extraña relación nos unía? ¿Quería decir todo esto que volveríamos a vernos? Podía ser fácil, por cuanto ella conocía mi residencia de Londres. Recuerdo que se la había dicho, pero no puedo acordarme si lo hice antes, o después de sus extrañas preguntas con respecto a mis conocimientos de la aristocracia.

No pude pensar más. Marian volvió de su conversación con la doncella, y parecía algo intranquila.

—Creo que estamos de acuerdo en todo, señor Hartrigth —me dijo—. Nos hemos entendido como dos buenos, amigos. Volvamos ahora a casa. Siento una cierta, intranquilidad con respecto a Laura. Me ha enviado a la doncella para decirme que necesita hablarme inmediatamente, y según dice ésta, estaba un poco inquieta por una carta que acababa de recibir. Tal vez se trata de la misma misiva que le llevaba el ayudante del jardinero.

Rápidamente volvimos sobre nuestros pasos. Aun cuando Marian había ya dicho todo cuanto creía que debía decir, no ocurría lo mismo conmigo. En cuanto me di cuenta de que la esperada visita era el futuro esposo de Laura, experimenté una amarga curiosidad, un ardiente y desleal deseo de saber quién era. Probablemente no se me presentaría otra oportunidad de preguntarlo, y decidí hacerlo mientras nos dirigíamos a la casa.

—Puesto que usted, tan amablemente, ha convenido en que estamos de acuerdo, señorita Marian —le dije—, y además, puesto que puede usted sentirse segura de mi obediencia y de mi gratitud a su bondad, ¿puedo permitirme preguntar quién es el caballero que va a casarse con la señorita Laura?

Comprendí que mi voz se había alterado, pues aun cuando me había acostumbrado a pensar en él, no lo estaba aún para hablar de él. La atención de Marian parecía absorbida por otro asunto, pues me contestó distraídamente:

—Un rico propietario de Hampshire.

Hampshire. El lugar en que había nacido Ana Catherick. Siempre este espectro. Algo fatal había en todo aquello.

—¿Cómo se llama? —pregunté, tratando de fingir la mayor indiferencia y tranquilidad.

—Sir Percival Glyde —me contestó.

Sir. Aristócrata. No había terminado aún de pensar en las extrañas preguntas de la mujer vestida de blanco, cuando aquella respuesta las traía de nuevo a mi imaginación. Me quedé inmóvil, contemplando a Marian.

—Sir Percival Glyde —repitió, creyendo que no la había entendido

—¿Caballero o barón? —pregunté con una inquietud que no me era posible ocultar.

Marian, sin adivinar la causa de mi agitación, contestó una palabra:

—Barón.

XI

Hasta que nos hallamos de nuevo en la casa no se interrumpió nuestro silencio. Marian se dirigió inmediatamente a la habitación de su hermana y yo a mi salón, con objeto de entregarme a la restauración de los cartones. Todos los pensamientos que hasta aquel instante había tratado de contener con tanta energía, volvieron a apoderarse de mí en cuanto estuve solo.

Laura estaba prometida. Su futuro esposo era Sir Percival Glyde, un rico propietario de Hampshire y poseedor del título de barón.

En Inglaterra podían contarse por docenas los propietarios de Hampshire, y por

cientos los barones. Evidentemente, no tenía ningún motivo para creer que las extrañas palabras pronunciadas por la mujer misteriosa del traje blanco aludieran a Sir Percival Glyde. Pero, no obstante, mis pensamientos no se separaban de esta idea. ¿Acaso obedecía esta relación a la asociación que se había efectuado en mi mente entre Laura y Ana Catherick en cuanto descubrí el fatal parecido? Posiblemente, los acontecimientos de la mañana me habían excitado de tal modo, que me encontraba sin defensa ante cualquier ilusión de mi fantasía, sugerida por las más vulgares coincidencias. No podía precisarlo. Sólo puedo asegurar que las palabras cambiadas últimamente con Marian me habían producido una extraña sensación. Algo me hablaba de un peligro escondido en la sombra y que a todos nos amenazaba. Una tremenda duda, que se agrandaba más y más y embargaba mis sentidos, me hacía pensar en que estaba ligado a una cadena de extraños acontecimientos, que ni siquiera mi partida de Cumberland podría romper, como también me ataba la impresión de no saber si alguno de nosotros conseguiría ver el fin de todo aquello. Todas estas impresiones angustiosas, como el sufrimiento que, me producía el triste final de mi breve y desesperado amor, me entregaban a una terrible preocupación, que hacía palidecer la de mi desgracia y que, oscura e implacable, parecía como si algo invisible y aterrador se suspendiera sobre nuestras cabezas.

Había pasado más de media hora trabajando en los cartones. Llamaron entonces a la puerta, y al abrir vi con gran sorpresa mía a Marian.

Estaba nerviosa y agitada. Antes de que yo pudiera ofrecérselo, sentóse en una silla y me hizo un ademán para que me sentase también.

Señor Hartright —me dijo— había creído que, al menos, por hoy, se habían agotado en nuestra conversación todos los temas penosos. Pero no ha ocurrido así. Se está tramando una villanía para impedir el próximo matrimonio de mi hermana. Usted recordará que hemos recibido hace poco rato una carta de letra desconocida dirigida a Laura.

—En efecto —repuse.

—Se trata de un vulgar anónimo, una calumnia dirigida contra Sir Percival. Mi hermana se ha disgustado profundamente y alarmado mucho, tanto, que he tenido que recurrir a toda mi energía para lograr tranquilizarla lo bastante para dejarla sola y venir a verle. Se trata de un asunto de familia y me gustaría consultar con usted ciertas cosas. En este asunto no tiene usted ningún interés directo.

—Perdóneme, señorita Marian —dije sinceramente—. Todo cuanto se relacione con la felicidad de su hermana, o la suya propia, tiene para mí un vivo interés.

—Se lo agradezco y no lo dudo. Es usted la única persona de casa y fuera de ella que puede aconsejarme en este momento. Dado su estado de salud, el señor Fairlie es una persona con quien no podemos contar, y, más aún, por todo su franco horror a lo que signifique una molestia o un simple que hacer. Podíamos recurrir al pastor, que no es mala persona, pero es un hombre débil e ignorante de todo lo que no se trate de su ministerio. Nuestros vecinos son personas superficiales, cómodas y egoístas, que nada quieren saber de molestias ni peligros. Y me interesa saber una cosa. ¿Cree usted que debo inmediatamente dar pasos, para descubrir al autor del anónimo? O bien, ¿le parece más oportuno dejarlo en manos del abogado del señor Fairlie? Tengo la impresión de que, lo importante es ganar o perder un día. Le ruego que me dé usted su opinión, señor Hartright. Si las circunstancias no me hubieran forzado a tenerle por confidente de muy delicados asuntos, tal vez ni la situación de soledad en que me encuentro tuviera bastante poder para disculparme. No obstante, después de lo que ha ocurrido, y de nuestra conversación, creo que tengo el derecho de olvidar que su amistad cuenta sólo tres meses.

Me entregó la carta. Estaba escrita como transcribo a continuación:

«¿Cree usted en los sueños? En su interés, espero que sí. Lea la Biblia y vea lo que dice con respecto a los sueños y su realización (Génesis, XL, 8, XLI, 25; Daniel, IV, 18-25). Tenga, pues, en cuenta la advertencia que le hago antes de que sea demasiado tarde.

»Soñé la otra noche con usted, señorita Fairlie. Estaba yo ante el altar de una iglesia, y el sacerdote, vestido de blanco y con el misal en la mano, a su lado. No tardaron en llegar a la iglesia y dirigirse a nosotros un hombre y una mujer que querían contraer matrimonio. Usted era la mujer, y estaba muy bella con su traje de seda blanco y un largo velo que la envolvía como una nube. Mi corazón sintió una infinita piedad y las lágrimas anegaron mis párpados.

»Así Dios la bendiga, señorita. Eran lágrimas de piedad, pero en lugar de caer de mis párpados, como todas, convirtiéronse en dos rayos de luz que se posaron sobre el pecho del hombre que la acompañaba. Los rayos se transformaron después en dos arco iris que iban de mis ojos a su pecho. Le miré entonces, y vi hasta lo más íntimo de su corazón.

»El hombre con quien usted iba a casarse era muy agraciado. No era ni alto ni bajo. Sin embargo, tenía una estatura menor que la mediana, activo e inteligente, y de unos cuarenta y cinco años. Era lo que se dice un hombre elegante. Su rostro era pálido y tenía sobre la frente muy escasos cabellos, pero era brillante y oscuro en el resto de su cabeza. Su barba estaba cuidadosamente recortada. Tenía los ojos negros, grandes y brillantes, y la línea de la nariz era tan correcta, que no afearía la cara de una mujer. Tenía, además, las manos perfectas. De vez en cuando tosía y se llevaba la mano a los labios, y entonces veíase en el dorso de ésta una cicatriz. ¿Verdad que he soñado exactamente el hombre? Nadie mejor que usted, señorita Fairlie, puede decirlo, y usted sabrá si me equivoco o no. Le suplico que continúe leyendo la carta y tome en cuenta lo que le digo.

—A través de los dos arco iris vi lo más recóndito de su corazón. Era negro como la noche. En él estaban escritas las rojas y brillantes letras de los ángeles malos: «Impío y sin remordimientos. Sembró de miserias el camino del prójimo, y vivirá para sembrar de miserias el camino de la mujer que está a su lado». Esto fué lo que leí y en este instante los rayos de luz se desviaron e incidieron sobre sus hombros. Y allí, a su lado, estaba un demonio sonriendo. De nuevo, los arcos se movieron y señalaron un hombro suyo. Entonces, detrás de usted apareció un ángel llorando. Por tercera vez volvieron a moverse los arcos y se situaron entre ustedes dos, separándoles y haciendo imposible la unión. Quiso entonces el pastor leer las oraciones rituales del matrimonio, pero al intentar hacerlo, éstas habían desaparecido del libro. El pastor, obedeciendo a este misterioso aviso, cerró el libro sagrado y yo me desperté. Tenía los ojos llenos de lágrimas y oprimido el corazón, porque yo creo en los sueños.

»Cuando menos, por esta vez, le suplico que, por usted misma, crea como yo creo. Jacob y Daniel, y aun muchos más personajes divinos, como podemos ver en las Sagradas Escrituras, han creído en los sueños. Procure enterarse de la vida que ha llevado hasta ahora el hombre de la cicatriz, y antes de conocerle no pronuncie esas palabras que la convertiría en su desgraciada compañera. Nada tengo yo que ver con todo cuanto le digo, y no tengo interés alguno en estos consejos. Me impulsa a ello el afecto que siento por usted y que ha de durar todo lo que dure mi vida. En mi corazón tendrá siempre un lugar la hija de su madre, porque ésta fué mi mejor, mi única y primera amiga.»

De este modo terminaba la carta que no firmaba nadie.

Estaba escrita en papel color de rosa, y la caligrafía era pequeña, vulgar y nada la distinguía. Sin duda alguna, la mano que la trazó era insegura y débil, y de vez en cuando aparecían en la carta algunas manchas. Todo esto no permitía hacer cábalas de

ninguna especie.

—Esta carta —dijo Marian— no parece escrita por una persona ignorante, y, a la vez, tiene muchas falta, de que ninguna persona educada y de alta posición social hubiera cometido. Estas referencias hechas a un traje de seda, a un velo y a otras cosas, me hacen suponer que sea una mujer quien la haya escrito. ¿Usted qué opina, señor Hartright?

—Lo mismo que usted. Creo que la carta esta escrita por una mujer, y me atrevería a asegurar que está...

—¿Algo trastornada? —preguntó Marian—. También yo tengo esa idea.

Distraídamente, hablando, me fijé en la última frase de la carta:

«En mi corazón, tendrá siempre un lugar la hija de su madre, porque ésta fué mi mejor, mi única y primera amiga.»

Todo esto, escrito de esta forma, y mi sugerencia de la perturbación mental de quien había escrito el anónimo, me hicieron por un momento concebir una idea que ni aún en secreto me atrevía a admitir. Llegué a creer incluso que era yo quien tenía perturbadas las facultades mentales, o, por lo menos, amenazados de perder mi equilibrio. Había en mi una especie de monomanía en relacionar cada suceso, hecho o palabra con la misma fuente secreta y con la misma influencia trágica. Con objeto de defender mis sentidos y mi razón, decidí negarme a aceptar conclusión alguna que no estuviera fundamentada en los hechos, negándome a admitir la más mínima relación con una suposición cualquiera.

—Si los fuera posible descubrir a la persona que ha escrito esta carta —dije entregándosela a Marian—, me parece que no haríamos mal en aprovecharla. Opino que debemos interrogar de nuevo al muchacho del jardinero, a ver si nos informa sobre la mujer que le dió la carta, y si es posible encontrarla en la aldea. Sin embargo, ¿me permite usted que le haga una pregunta? Usted me ha hablado de consultar mañana al abogado del señor Fairlie. ¿Por qué no lo hace antes? ¿No podría consultarle hoy mismo?

—Esta mañana no me ha parecido oportuno hacerlo no teniendo medio de relacionarlo con el próximo enlace de mi hermana —contestó Marian—. La venida de Sir Percival tiene diversos objetos, y el más importante es fijar la fecha de la boda, cosa que en

realidad, no hemos hecho todavía. El está particularmente interesado en que se celebre la ceremonia antes de fin de año.

—¿La señorita Fairlie conoce este deseo? —pregunté con ansiedad.

—Ni siquiera lo sospecha, y después de lo que ha ocurrido no quiero hacerme responsable de comunicárselo. Únicamente lo sabe el señor Fairlie, quien me lo ha comunicado a mí añadiendo que en su calidad de tutor de Laura está dispuesto a satisfacer este deseo. Ha escrito al señor Wilmore, notario de la familia, que vive en Londres, pero ahora este señor se ha trasladado a Glasgow, y ha dicho que pasaría por aquí antes de regresar a la ciudad. Lo esperamos mañana, y estará algunos días con nosotros, los suficientes para concretar el asunto de Sir Percival. Si este asunto se gana, el señor Wilmore, a su regreso a Londres, ya tendrá instrucciones para extender el contrato de matrimonio. ¿Comprende usted ahora el porqué de mi decisión de esperar hasta mañana? Podemos fiarnos del señor Wilmore mucho más que de nadie, por cuanto es un excelente amigo y lo ha sido también de dos generaciones de Fairlies.

¡El contrato de matrimonio! El solo sonido de estas palabras me llenaba de celos y de desesperación, envenenando mis mejores y más elevados sentimientos. Lo que voy a decir a continuación es muy duro de confesar, pero nada quiero omitir en esta historia que me he propuesto reconstruir ahora, y así he de decir que por primera vez acaricié la idea de que en el fondo de las terribles acusaciones formuladas por el anónimo existiera algo de verdad. Pensé en la posibilidad de probar la veracidad de todas aquellas acusaciones, antes de que llegara el momento en que las palabras sacramentales se pronunciaran, y romper así aquel contrato. Desde entonces he tratado de convencerme en todo momento de que el sentimiento que me inspiraba una resolución; así era en interés de la señorita Fairlie. Sin embargo, no he logrado nunca engañarme, y no es este el momento para engañar también a los demás. Nacía este sentimiento en el odio y un desesperado afán de venganza que me inspiraba el hombre con quien iba a casarse la mujer que yo amaba.

—Creo —comencé, hablando influido por todos estos pensamientos— que si algo hemos de descubrir no debemos perder un solo instante. Preguntemos inmediatamente al jardinero y vayamos después al pueblo.

—En ambos casos —dijo Marian levantándose— creo poder serle útil. En efecto, vayamos allá y hagamos las cosas lo mejor que nos sea posible.

Me disponía a abrir la puerta para dar paso a mi acompañante, cuando me detuve para

dirigir a ésta una pregunta que yo juzgaba de excepcional interés.

—Si no recuerdo mal, en un determinado párrafo de la carta se hacían ciertas descripciones. He visto también que no se citaba el nombre de Sir Percival Glyde, pero, ¿sabe usted si esas descripciones concuerdan con el caballero?

—Exactamente, y lo mismo por lo que respecta a su edad que es de cuarenta y cinco años.

¡Él caballero tenía cuarenta y cinco años y Laura no había cumplido veintiuno!

Hombres de esta edad se casan frecuentemente con jóvenes de la edad de Laura, y se ha demostrado que, por lo general, estos matrimonios suelen ser felices. Yo sabía esto, y, sin embargo, comparando las dos edades, la diferencia entre ambos, me exasperaba sin saber por qué. Mi odio y mi desconfianza se acrecentaron entonces.

—Exactamente —repitió—, incluso la cicatriz de la mano derecha. Es el recuerdo de una herida que se produjo, hace años, en un viaje a Italia. Sin duda alguna, la persona que ha escrito el anónimo conoce perfectamente a Sir Percival.

—Si no recuerdo mal, hablaba, además, de una tos seca.

—También es exacto. El no le concede ninguna importancia, pero ha llegado a preocupar a sus amigos.

—¿Y ustedes no han oído nunca nada que hiciera posible la verosimilitud de lo que dice el anónimo?

—¡Por Dios, señor Hartright! Supongo que no será usted tan injusto como para dejarse influir por un anónimo.

Me ruboricé, porque en efecto, me había dejado influir por él.

—En efecto —contesté—, no me he dejado influir, y probablemente no haya tenido derecho para hacer esta pregunta.

—No lo lamento —dijo Marian—, sobre todo porque me permite hacer justicia a los méritos de Sir Percival. Nunca ni mi familia ni yo, hemos oído el más pequeño rumor

con respecto a él. Ha sido elegido dos veces, y de las elecciones su fama ha salido incólume. En Inglaterra, esto es señal de muy buena conducta.

Silenciosamente abrí la puerta de la habitación y seguí a mi acompañante. No podía decir que me hubiese convencido. En aquel momento, ni siquiera un ángel que hubiera bajado del cielo hubiera tenido fácil poder para convencerme de lo contrario e infundir a mi espíritu tranquilidad.

Entregado a su trabajo habitual, encontramos al joven auxiliar del jardinero. Ni una sola respuesta de interés provocaron nuestras numerosas preguntas, estrelladas ante la estupidez del muchacho. Dijo que quien le había entregado la carta era una mujer de edad, que no le había dicho nada y que se marchó rápidamente hacia el Sur. No pudimos saber otra cosa. El pueblo estaba hacia el Sur y allí nos dirigimos.

XII

Entre todas direcciones y clases de gentes comenzamos pacientemente en Limmeridge nuestras averiguaciones, sin ningún éxito. Unos aldeanos los aseguraron haber visto a una mujer desconocida, pero como no se habían fijado demasiado en ella, no pudieron describírnosla y decirnos exactamente qué dirección había tomado. Estas excepciones, que fueron tres, que encontramos en todo el pueblo, no nos fueron de ninguna utilidad, como es de suponer.

Nuestras pesquisas nos llevaron al extremo del pueblo, donde se encontraba la escuela que había fundado la señora Fairlie. Al pasar ante el edificio destinado a los niños, propuse a Marian hacer una visita al maestro, ya que, en su calidad de tal, había de ser, por lo menos, el hombre más culto, de la localidad.

—No creo que adelantemos nada —me dijo Marian—. Cuando pasó esta mujer, tanto a la ida como a la vuelta, probablemente estaría ocupado dando lección a sus discípulos. Sin embargo, podemos intentarlo.

Al entrar en el patio de recreo y pasar ante los ventanales de la clase, antes de llegar a la entrada, abierta al final del edificio, me detuve un momento para mirar a través de ella.

En un elevado pupitre aparecía sentado el maestro. Se dirigía a sus alumnos, que se agrupaban en torno suyo, a excepción de uno de ellos, un chiquillo fuerte y vigoroso,

con el pelo rubio, casi blanco, que se encontraba solo en un rincón, como un pequeño Robinsón Crusoe, aislado, en la isla desierta de un castigo temporal.

La puerta, estaba abierta, y cuando nos paramos un momento en el umbral, la voz del maestro llegó hasta nosotros, claramente.

—Fijaos en lo que voy a decir —decía ésta—; al primero que pronuncie en este colegio una sola palabra referente a fantasmas, lo castigaré duramente. No hay fantasmas ni nada semejante. Quien crea en ellos cree en lo que no existe, y quien pertenezca a esta escuela y crea en lo que no existe es un indisciplinado, niega el progreso y se hace acreedor de un severo castigo. Mirad en ese rincón a Jacobo Posttelhwacte; a eso le han conducido sus errores. Castigado, no por haber dicho que ha visto un fantasma, sino por insistir en que lo ha visto, desoyendo la razón después de haberle explicado yo que no existen. Sentiré tener que recurrir a los azotes para sacar de su equivocación a Jacobo Posttelhwacte, y sentiré más aún que alguno de vosotros se contagie con estas necedades, porque me veré obligado a azotarlos a todos.

—Creo que es un momento poco oportuno —dijo Marian, entrando seguidamente después de haber obtenido el consentimiento del maestro.

En la escuela produjo nuestra entrada una profunda impresión. Por las caras de los chiquillos nos pareció que sospechaban que habíamos llegado al colegio para presenciar la ejecución del niño que había cometido errores tan tremendos.

—Idos todos a comer —dijo el maestro—, pero Jacobo que se quede aquí, y ya que le gusta el fantasma, que el fantasma le traiga la comida.

La presencia de ánimo del muchacho se desvaneció ante la marcha de sus compañeros y la posibilidad de quedarse sin comer. Confuso, sacó las manos de los bolsillos, se las miró con singular atención y puso delante de sus ojos sus puños cerrados, comenzando entonces a emitir periódicamente esos inarticulados sonidos que en todo país representan las tragedias infantiles.

—Queríamos hacerle a usted una pregunta —dijo Marian—, y le encontramos ahora anatematizando a un fantasma. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, señorita. Este chiquillo, que ha asustado a toda la clase diciendo que anoche había visto a un fantasma. Insiste todavía en ello, a pesar de que hago todo lo posible en demostrarle lo contrario.

—Es raro —repuso Marian—. No me parece que ninguno de todos estos niños tenga imaginación para ver a un fantasma. Deseo, señor Dempster, que en este nuevo caso de su dura labor salga, como siempre, triunfante. Y ahora, si usted me lo permite, le explicaré lo que me lleva a su presencia.

Marian interrogó al profesor casi con las mismas palabras con que habíamos interrogado a distintos aldeanos, y obtuvo de él la misma respuesta negativa. El señor Dempster, no había visto siquiera a la desconocida.

—Señor Hartright —dijo Marian, volviéndose a mí—, creo que debemos volvernos a casa. Me parece que no nos será posible tener indicación alguna sobre este particular.

Hizo una inclinación de cabeza al maestro para despedirse, y se disponía a salir, cuando el desventurado Jacobo, ante quien pasamos en aquel momento, y, que continuaba llorando y restregándose los ojos, ofreció un estado tan lamentable, que la joven se compadeció de él y le cogió bondadosamente la barbilla, diciéndole:

—Pero, tonto, ¿por qué no le pides perdón al maestro y prometes no pensar nunca en estas cosas?

—¡Pero si yo he visto al fantasma! —repuso el chico—.

—Todo eso son tonterías —le replicó Marian—. ¿Qué fantasma es ese?

—Perdóneme, señorita —interrumpió el maestro, intranquilo—. Creo que es mejor no preguntarle nada. Su terca estupidez está por encima de toda ponderación. Por ignorancia, podría usted inducirle a...

—¿Por ignorancia? —preguntó ella.

—Heriría sus sentimientos —contestó el maestro, confuso.

—Señor Dempster, me hace usted muy poco favor diciendo eso, creyendo que un chiquillo pueda herirme con sus palabras —sonrió irónicamente y comenzó a interrogar al muchacho—. Ven —le dijo—, me interesa saber lo que has visto. Explícamelo. ¿Cuándo ha sido eso?

—Ayer, al anochecer —respondió el muchacho con terquedad.

—Bien. ¿Al anochecer? ¿Qué aspecto tenía?

—Era blanco, como todos los fantasmas —contestó con aplomo, como si tuviera grandes conocimientos sobre el particular.

—¿Y dónde estaba?

—Muy, lejos, en el cementerio, donde están los verdaderos fantasmas.

—Pero, ¿cómo es eso? No seas majadero. Hablas como si conocieras, perfectamente las costumbres de los fantasmas. Estás tan convencido de lo que dices, que cuando te veamos de nuevo seguramente ya sabrás quién es.

—También lo sé ahora —contestó el muchacho, dándose tono y como satisfecho de sus conocimientos.

El desventurado señor Dempster había estado durante todo el tiempo que duró esta conversación haciendo señas al muchacho para que se callara, y no pudiendo contenerse, más dió un paso.

—Perdone, señorita Halcombe, permíname si le digo que interrogándole le hace usted persistir en su error.

—Nada más que una pregunta, señor Dempster —contestó ella—. Le prometo que me daré por contenta. —Y luego, volviéndose al muchacho, preguntó: — Vamos a ver, ¿quién era ese fantasma?

—El alma de la señora Fairlie —contestó el chico bajando la voz.

El efecto que la imprevista contestación causó a Marian justificó con creces la desazón del buen maestro por impedir que llegara a sus oídos. Su faz, después de enrojecerse de indignación, se contrajo duramente, cosa que asustó al pequeño Jacobo, haciéndole gemir de nuevo. Marian se dirigió al maestro, pero hablando del discípulo.

—Me parece innecesario hacer responsable a esta criatura de sus palabras. Indudablemente, otro ha metido esta idea en su cabeza. Le aseguro a usted, señor Dempster, que si ha habido alguien que en este pueblo ha olvidado la gratitud y respeto que debemos a la memoria de mi madre, yo no tardaré en saber quién ha sido, y puedo asegurarle a usted que si tengo alguna influencia sobre el señor Fairlie, se

arrepentirá de esto.

—Espero, señorita Halcombe, es decir —añadió el maestro apresuradamente—, estoy plenamente convencido de que se engaña usted. Todo esto no es obra más que de la estupidez y maldad de este chiquillo. Ha visto, o le ha parecido ver, a una mujer vestida de blanco de pie al lado de la cruz de mármol del mausoleo de su madre. Indudablemente, al pasar por allí, le ha impresionado el lugar. Esta circunstancia y su imaginación han sido la causa de esta respuesta que la ha lastimado.

Marian era, a pesar de su enfado, lo suficientemente justa para no comprender la razón del profesor y su verosímil respuesta. No dijo nada y se limitó a dar las gracias por sus atenciones, prometiéndole darle conocimiento de lo que hubiera de nuevo con respecto a ese particular. Luego, inclinándose, salió de la escuela.

Yo no había perdido una sola palabra de la conversación, y de ella hice mis conclusiones. Una vez en la calle, me preguntó Marian si tenía alguna opinión sobre este asunto.

—Sí —le contesté—, y por cierto muy firme. A mi entender, todo lo que cuenta este muchacho tiene una base real. Pero primeramente me gustaría ver la tumba de la señora Fairlie y sus alrededores.

—Pues va amos a verla.

Anduvimos un rato en silencio, y finalmente añadió:

—Esta historia ha distraído de tal modo mi atención, que me encuentro un poco desorientada cuando quiero volver al asunto del anónimo. ¿Cree usted, señor Hartright, que tenemos que renunciar a obtener alguna información, y que debemos resignarnos a dejarlo todo en manos del Wilmore?

—En modo alguno, señorita Halcombe —le contesté—. Por lo menos a mí, todo lo ocurrido en la escuela me da nuevos ánimos para continuar las investigaciones.

—¿Y cómo es posible?

—Porque todo me afirma más en la primera sospecha que despertó en mí el anónimo.

—Supongo, señor Hartright, que habrá usted tenido poderosas razones para ocultármelo hasta ahora.

—Perdón, incluso yo mismo me negaba a aceptarla. Me parecía inverosímil y, a veces, he llegado a considerarla como una aberración de mis sentidos. Ahora ya no me es posible negar la evidencia. Tanto las respuestas del muchacho a sus preguntas, como la frase del maestro, queriendo hallar una explicación al hecho, han convertido en certidumbre esta sospecha. Estoy seguro, señorita Halcombe, de que el fantasma del cementerio y la autora de la extraña carta son una misma persona.

La joven se detuvo, palideciendo. Me miró fijamente y me dijo:

—¿Qué persona?

—Inconscientemente, ya lo ha dicho el maestro. Cuando trató de explicar la visión del niño en el cementerio, dijo que era una mujer vestida de blanco.

—¿Se refiere usted a Ana Catherick?

—En efecto, me refiero a ella.

Marian se cogió a mi brazo con fuerza, y con voz baja y contenido me dijo:

—No puedo explicar por qué, pero hay algo en todo esto que me sobresalta y aterroriza. —Guardó silencio durante algunos minutos y consintió: Voy a enseñarle a usted, señor Hartright, el sepulcro, y volveré inmediatamente a casa. No quiero dejar a Laura tanto tiempo sola. Es mejor que le haga compañía.

Casi habíamos negado ya al cementerio. La iglesia era un sombrío edificio de piedra gris, y estaba sepultada en un valle que la protegía contra los vientos procedentes del mar. Desde la iglesia y por la falda de la montaña se extendía el cementerio, rodeado de una grosera tapia de piedra, franqueada por una puerta de hierro. Un grupo de sauces constituía todo un arbolado, y precisamente entre ellos, y visible desde todos los puntos de aquel lugar, distinguiéndose sobre las demás, veíase la cruz de mármol blanco del sepulcro de la señora Fairlie.

—Creo que no es necesario que le acompañe a usted más lejos —dijo Marian, señalándome la cruz—. Ya me dirá usted si lo que descubra confirma sus sospechas.

Pronunciadas estas palabras, se alejó. Entré en el cementerio y me acerqué a la tumba.

En torno a esta, el césped era demasiado corto y excesivamente dura la tierra para que conservara huella alguna. Un poco chasqueado, examiné la cruz atentamente y lo mismo el toque que le servía de base y la lápida que contenía la inscripción. La blancura del mármol estaba alterada por unas pequeñas manchas, sobretodo en el lugar en que se hallaba grabado el nombre de la muerta. Una de las partes de la sepultura estaba completamente limpia, y esto llamó particularmente mí atención, por cuanto, la línea que separaba lo limpio del lo sucio era demasiado recta para no ser artificial. ¿Quién había comenzado a limpiarla? ¿Por qué no lo habían terminado?

Miré en torno mío; como buscando una solución a aquel problema. Ni el menor síntoma de vida se advertía en aquellas soledades. El cementerio parecía pertenecer eternamente a los muertos. Me dirigí a la iglesia y examiné todo el edificio. La parte posterior de la construcción daba a una cantera abandonada, y apoyándose contra ésta levantábase una pequeña casa, o, mejor dicho, una cabaña, ante la cual se hallaba lavando una mujer ya entrada en años. Me dirigí a ella y comenzamos a hablar del cementerio. Casi de primera intención me dijo que su marido hacía las veces de enterrador y sacristán. Elogié el mausoleo de la señora Fairlie, y la mujer movió la cabeza diciendo que aquellos días estaba muy descuidado, debido a la enfermedad de su marido, quien había estado en cama durante algunos meses y se había levantado únicamente para enterrar a los muertos y cumplir con su obligación en la iglesia los domingos. Añadió que ya se encontraba mejor y que al cabo de unos días podría empezar a limpiarla, porque le hacía mucha falta.

Todo esto pertenece a un interminable relato llevado a cabo con el más puro dialecto de Cumberland, pero era todo cuanto necesitaba. Le di una propina y regresé inmediatamente a Limmeridge.

Evidentemente, la parcial limpieza del sepulcro había sido efectuada por un desconocido. Relacionando todo cuanto yo había descubierto y la leyenda del fantasma en el cementerio, resolví vigilar durante la noche la tumba de la señora Fairlie. Una vez se hubiera puesto el sol, y procurando no ser visto, volvería al cementerio. La labor del desconocido o desconocida no había sido terminada, y, por tanto, cabía suponer que quien fuera volvería para llevarla a cabo.

Al volver, le dije a Marian lo que pretendía, y pareció sorprenderse e intranquilizarse, pero no combatió mi proyecto. Se limitó únicamente a decir:

—Dios quiera que todo salga bien.

Al marcharse, la, detuve, y con toda la tranquilidad de que me sentía capaz de fingir, le pregunté por la salud de Laura. Me dijo que estaba más sosegada, y que esperaba poder convencerla para dar un paseo antes del anochecer.

Volví a mi, cuarto y me entretuve restaurando los cartones. Para mí, fué aquello, una labor necesaria, porque entretenía mi imaginación impidiéndola contemplar la desolación del triste porvenir que me aguardaba. De vez en cuando suspendía este trabajo para vigilar desde mi ventana el cielo y calcular el tiempo que había de tardar para que el sol desapareciera en el horizonte. Así, pude ver en una ocasión una solitaria figura avanzar por la alameda, debajo de mi propia ventana, Era Laura Fairlie.

No la había visto desde por la mañana, y apenas si le había hablado desde entonces. Me quedaba tan sólo un día de permanencia en Limmeridge y ya no volvería al verla nunca más. Fué esta idea la que hizo que me detuviera ante la ventana, y corrí la persiana para que ella, si por casualidad miraba, no me viese. Pero no tuve valor para impedir que mis ojos la siguieran durante su paseo.

Vestía un sencillo traje de seda y un abrigo de color claro. Llevaba el mismo sombrero del primer día que la vi, y sujeta a él, una gasa que le velaba el rostro. Corría a su lado un perro gris, italiano, compañero de todas sus excursiones, sobre cuyos lomos lucía una pequeña manta encarnada, con objeto, de preservar su piel del nuevo clima. Laura parecía no darse cuenta de la presencia del animal. Caminaba en línea recta y su cabeza se inclinaba ligeramente a un lado. Bajo el abrigo había cruzado los brazos. Ahora, aquellas mismas hojas que se habían arremolinado ante mí al recibir la noticia de su matrimonio, arremolinábanse a su paso mientras caminaba, sola, durante aquella tarde inolvidable de otoño. El perro tiritaba de frío, buscando calor en las faldas de su dueña y deseoso de recibir de ésta alguna caricia. Pero Laura no se daba cuenta de ello. Alejábase de mí lentamente, rodeada por el torbellino de las hojas secas, y no tardé en perderla de vista, quedándome a solas con mi corazón desgarrado.

Una hora más tarde había terminado la restauración. Comenzaba a ponerse el sol y cogí el sombrero y el gabán del vestíbulo, saliendo afuera sin haber vistos a nadie.

El horizonte cubríase de nubes y el aire del mar soplaba sobre los árboles con ráfagas violentas y frías. A pesar de que me hallaba muy lejos de la playa, mis oídos se

llenaron del estruendo de las olas al entrar en el cementerio. No se veía a nadie. El recinto estaba más triste que nunca, y más solo. Me escondí en un lugar de donde me era fácil observar la cruz del sepulcro de la señora Fairlie, y esperé.

XIII

El lugar que había escogido para esconderme había sido buscado cautelosamente. El descubrimiento efectuado en el cementerio me obligó a proceder así. Un pórtico saliente resguardaba de las lluvias la puerta que ponía en comunicación la iglesia con el campo santo. Después de haber vacilado un momento, a causa de la repugnancia que me inspiraba el ocultarme, entré decididamente bajo el pórtico. Por uno de sus lados veíase enteramente la tumba de la señora Fairlie, y por una pequeña ventana cubierta de yedra, situada en el muro, veíase la solitaria cantera y la cabaña del sacristán. Ante mí se veía la entrada principal del cementerio. No se oía el menor rumor. Ni vista ni oído percibían el menor ser vivo, ni orase el vuelo de los pájaros ni el ladrido lejano de los perros. Los intervalos de silencio producido en el bramido de las olas se llenaban con el viento que movía los sauces sobre las tumbas. Lúgubre hora y triste escena. Hacíanse eternos los minutos contados en mi refugio bajo el pórtico de la iglesia.

Llevaría media hora así, sin que hubiera desaparecido totalmente el último rayo del sol, cuando oí pasos y una voz de mujer. Acercábanse los pasos por el otro lado de la iglesia.

—No se preocupe usted por la carta, querida —decía la voz—. Sin ninguna dificultad se la entregué al muchacho, y éste se hizo cargo de ella sin decir una palabra. Cada uno tomamos nuestro camino y le puedo asegurar que no me siguió nadie.

Mi curiosidad se excitó dolorosamente ante estas palabras. Hubo una pausa, pero los pasos continuaban avanzando. Pronto pude distinguir a dos personas, mujeres las dos, que se dirigían al sepulcro y por tanto, me volvían la espalda. Una de ellas, a la moda campesina, llevaba cofia y mantón, y la otra, un largo abrigo de viaje con la capucha sobre la cabeza. El borde de su vestido sobresalía un poco por debajo del abrigo, y al ver su color experimenté un estremecimiento: era blanco.

Momentos después, la pareja se detenía, y la mujer del abrigo se volvió a su compañera, pero protegían sus facciones la sombra de su capucha.

—Procure no desabrigarse —dijo la misma voz que había hablado antes—. Además,

la señora Todd tiene razón diciendo que estaba usted ayer demasiado llamativa vestida de blanco. Mientras usted termina, yo me daré una vuelta por ahí. Contrariamente a usted, no me gustan los cementerios. Termine pronto lo que quiere hacer y vayámonos.

Dichas estas palabras, volvió sobre sus pasos y avanzó hacia mí. Parecía una mujer de edad, morena, arrugada y fuerte. Su rostro no ofrecía la menor sospecha. Cerca de la puerta de la iglesia, se detuvo un momento para componer los pliegues de su mantón.

«Qué rara es —murmuró—. Siempre con esas extrañas maneras y caprichos. Desde que la conozco es así. Pero la pobre es tan inofensiva como un cordero».

La buena mujer suspiró. Miró luego al cementerio con desconfianza, movió la cabeza con un movimiento de desaprobación y desapareció tras uno de los ángulos de la iglesia.

Durante un momento dudé si debía seguirla o no, pero mi deseo de encontrarme con la extraña desconocida pudo más, y no me moví. En cualquier momento, y a su regreso al cementerio, podría pararla, si lo deseaba. Pero, de todos modos, no sé por qué me pareció que no me podría facilitar los informes que quería. Ahora, tampoco importaba mucho la identidad de la persona que había entregado la carta.

Lo importante era saber quién la había escrito. Esa era la única fuente de información. Y la persona que lo había hecho era, indudablemente, la que se encontraba ante mí en el cementerio.

Mientras se producían en mí todas estas ideas, vi a la mujer del abrigo acercarse al sepulcro y detenerse para contemplarlo durante unos instantes. Miró luego en torno suyo. De debajo del abrigo sacó un trapo blanco o un pañuelo y se dirigió a un pequeño regato. Mojó la tela en el agua y de nuevo se dirigió a la tumba. Besó el epitafio y se arrodilló para limpiar.

Pensé cuál sería el mejor modo de presentarme a ella, asustándola lo menos posible, y decidí dar la vuelta a la iglesia y entrar en el cementerio de modo que ella pudiera ya verme a alguna distancia. Pero tan atareada estaba en su ocupación, que no me vió llegar hasta casi encontrarme a su lado. Me miró, entonces y se puso de pie de un salto, quedando inmóvil y silenciosa como la estatua del miedo.

—Le ruego que no se asuste —le dije—. Espero que me recordará usted todavía. Si

hasta aquel momento conservé alguna duda con respecto a su identidad, ahora podía desecharla. Junto al sepulcro de la señora Fairlie me contemplaban los mismos ojos que vieron por primera vez los míos en plena noche y en una carretera cercana a Londres.

—¿No se acuerda usted de mí? —le pregunté— No hace mucho nos hemos encontrado, y yo la acompañé a regresar a Londres. Por lo menos esto no lo habrá olvidado, ¿verdad?

Sus rasgos perdieron algo de su rigidez y exhaló un suspiro de alivio. Observé entonces que una expresión de gratitud intentaba borrar la pálida rigidez que el terror había sembrado en su rostro.

—No me hable usted ahora —le dije—. Tranquilícese y convéncese de que le habla un amigo.

—Es usted muy bueno para mí. Tanto, como lo fué la vez primera que nos encontramos —murmuró.

Calló y los dos guardamos silencio. Además de querer darle tiempo para coordinar a sus ideas, yo también necesitaba ordenar las mías.

A la débil luz del crepúsculo de otoño aquella misteriosa mujer y yo volvíamos a encontrarnos al lado de una sepultura, en pleno cementerio y rodeados por solitarias montañas.

La hora, el lugar y las circunstancias en que los dos volvíamos a encontrarnos frente a frente en aquel siniestro valle, la impresión de que todo, el porvenir de Laura Fairlie dependería tal vez de nuestra conversación, según lograra yo obtener o no la confianza de aquella desventurada criatura, que ahora se apoyaba temblorosa en la tumba de su madre, todo ello contribuía a alejar de mí la fortaleza y clarividencia que tanto necesitaba en aquellos instantes. Aproveché, pues, esta tregua para ordenar y reunir todas mis facultades.

—¿Está usted más serena? —pregunté, cuando creí oportuno reanudar nuestra conversación—. ¿Puede usted hablar conmigo sin temor ni olvidar que soy amigo suyo?

—¿Cómo está usted aquí? —me preguntó, sin contestarme.

—¿Recuerda que le dije que iría a Cumberland al día siguiente? Desde entonces estoy aquí. Vivo en la casa señorial de los Fairlie.

—¡En Limmeridge! —Se animó su pálido rostro y sus inquietos ojos demostraron un vivo interés en su mirar. —¡Oh, qué feliz debe de ser usted! —y pronunció estas palabras con exaltación, sin una sombra siquiera de su primitiva desconfianza.

Aproveché aquel instante favorable para observar su rostro con el interés y curiosidad que para no alarmarla había contenido hasta entonces.

La miré atentamente, a pesar de que mis ojos estaban llenos de otro rostro adorable, que en cierta ocasión me había recordado a ella una noche en la terraza y bajo la luz de la luna. Había hallado una extraña semejanza entre Laura Fairlie y Ana Catherick, y ahora, en ésta, encontraba la de aquélla, tanto más cuanto que las de semejanzas estaban tan presentes en mi imaginación como los parecidos. En las líneas generales de su rostro, en las bellas proporciones de su cabeza, en el color de los cabellos y corte de los labios, en su estatura y proporciones de su cuerpo, tuve ocasión de observar el más exacto parecido que vieron jamás mis ojos. Y aquí terminaba la semejanza. Las diferencias veíanse en los pormenores. La belleza del cutis de Laura, la clara transparencia de sus ojos, el frescor sonrosado de sus mejillas y el rojo cereza de sus bellos labios, faltaban en aquel rostro marchito prematuramente que se encontraba ahora delante de mí. A pesar de que en ese momento llegué a aborrecerme a mí mismo por haber sido capaz de concebir, esta extraña, idea, no pude evitar, al ver ante mí aquella dolorosa imagen, que se grabara vivamente en mis pensamientos la idea de que un porvenir desgraciado, había de completar la semejanza que ahora era tan imperfecta en distintos aspectos.

—Si llegaba algún día en que los sufrimientos clavarán sus garras en el rostro ideal de Laura, sólo entonces sería perfecto el parecido, y cada una de las dos podría ser considerada el vivo retrato de la otra.

Ante este pensamiento me estremecí. Había algo horrible en la ciega y descabellada desconfianza que me inspiraba la suerte de aquella rica heredera. Me alegró que Ana Catherick interrumpiera todos estos pensamientos tocándome en el hombro. Su contacto fué rápido y seco, el mismo que me dejó petrificado la primera noche en que nos encontramos.

—Está usted mirándome y pensando en otra cosa —me dijo con su rápida e incolora manera de hablar—. ¿En qué piensa?

—En nada —contesté—. Pensaba cómo ha venido usted aquí.

—Con una buena amiga mía. Hace dos días que he llegado.

—¿Estuvo usted también aquí ayer?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Lo supongo.

Me volvió la espalda y se arrodilló ante la sepultura.

—¿Adónde he de ir que no sea este lugar? —me dijo— La única persona que tengo que visitar en Limmeridge es una amiga que fué para mí más que una madre. ¡Cómo me duele el corazón viendo estas piedras sobre ella! Y véalas, qué sucias están. Debieran de estar como la nieve. Ayer empecé a limpiarlas, y he vuelto hoy para terminar. ¿Qué mal hago con ello? Seguramente, ninguno. Por mucho que haga, será siempre muy poco lo que pueda y deba hacer por la memoria de la señora Fairlic.

La idea dominante en el cerebro de la pobre criatura era, como puede verse, la gratitud exaltada hacia su bienhechora. Ninguna otra amable impresión de su primera infancia habíase quedado grabada en su limitada y estrecha inteligencia. Me di cuenta entonces de que el mejor procedimiento para obtener su confianza era animarla en la tarea que la había llevado a aquel lugar. Por consejo mío, la emprendió de nuevo. Era realmente conmovedor verla tocar el mármol, con tanto cuidado como si fuera un cuerpo sensible y frágil, deletreando una y otra vez las palabras del epitafio, del mismo modo que si fuera una niña que aprendiera a leer sentada en las rodillas de la señora Fairlie.

Preparando cautelosamente el terreno, con objeto de preguntarle lo que tenía intención de saber, le dije:

—Supongo que no ha de extrañarle a usted oírme decir que me produce una verdadera satisfacción, y al mismo tiempo una gran sorpresa, verla en este lugar. Debe, por otra parte, suponer que me sentí muy intranquilo dejándolas en el coche.

—¿Intranquilo? ¿Por qué? —me preguntó.

—Cuando nos separamos, tuve un extraño encuentro. Dos caballeros que iban en un coche se cruzaron en mi camino. No me vieron porque los árboles lo impedían, pero se detuvieron cerca de donde yo estaba y hablaron con un guardia.

La joven suspendió instantáneamente su tarea. La mano que sostenía aún el trapo cayó sin fuerzas a lo largo de su falda, y con la que tenía libre se asió a la cruz convulsivamente. Me miró, cubierto el semblante con una máscara de terror.

Me arriesgué a ir más lejos, pues comprendía que era demasiado tarde para retroceder.

—Hablaron los dos con el policía —continué—, y le preguntaron si la había visto a usted. El guardia contestó que no, y uno de los caballeros dijo que se había usted escapado de una casa de salud.

Se puso en pie de un salto. Me dió la impresión de que parecía tener a su lado a sus perseguidores.

—Escuche usted el final —dije, deteniéndola—. Se convencerá, usted de que soy un buen amigo suyo. Me hubiera bastado, decirles una palabra para que dieran con usted. Pero no lo hice. La ayudé a escapar, asegurando el éxito de su huida.

Más que mis propias palabras, influyó en ella mi tranquilidad. La vi hacer visible esfuerzos para coger esta nueva idea. Cambió de mano el trapo del mismo modo que había hecho la famosa noche con su saquito de viaje. Por último, las razones expuestas por mí parecieron abrirse paso lentamente a través del tropel confuso de sus ideas. Sus facciones se fueron dulcificando poco a poco, y lo que perdían de terror lo ganaban en curiosidad.

—Usted no cree que debo volver a la casa de salud, ¿verdad? —me preguntó.

—Claro que no —repuse—. Por eso la ayudé a huir y me alegra mucho verla ahora.

—Sí, sí, es verdad; me ayudó usted —dijo, como si pensara otra cosa—. Me ayudó en lo más difícil. Fué muy fácil salir de allí. Si no, no hubiera podido hacerlo. No sospechaban de mí como de las demás. Yo era tan dócil y obediente, y me asustaba de tan poca cosa... Lo más difícil fué hallar el camino de Londres, y en eso me ayudó usted. ¿Le di las gracias? No lo recuerdo. Si no lo hice, se las doy ahora.

—¿La casa de salud estaba lejos de donde nos encontrábamos? Tenga confianza en mí y considéreme lo suficientemente amigo para decirme dónde está. Me lo dijo. Pude darme cuenta de que no era un lugar demasiado distante de donde la había encontrado. Después, sintiéndose intranquila ante el uso que yo podía hacer de su confidencia, repitió:

—¿Verdad que no querrá usted que me encierren de nuevo?

—Le repito que celebro que no se encuentre usted allí, y que me alegra mucho que le haya ido a usted bien desde que nos separamos. Usted me dijo que tenía un amigo en Londres, a cuya casa tenía la intención de ir. ¿Encontró usted a ese amigo?

—Sí. Es una amiga mía. Era muy tarde cuando llegué, pero una muchacha que estaba cosiendo me abrió la puerta de la casa de la señora Clements. Es una amiga mía, muy buena y cariñosa, pero no como la señora Fairlie. No hay nadie que se parezca a ella.

—La señora Clements, ¿es una antigua amiga suya? ¿Hace tiempo que la conoce usted?

—Sí; cuando vivíamos en Hampshire era vecina nuestra. De pequeña me quería mucho. Cuando se marchó a Londres, hace años, me mandó un libro de oraciones en el que estaba su dirección escrita, y me dijo que si alguna vez Ana necesitaba de alguien, que acudiera a ella. No tenía marido que le pidiera cuentas ni hijos a quienes cuidar. Me decía esto, añadiendo que así podía ocuparse de mí. ¿Verdad que es muy cariñosa? Por eso recuerdo todo lo que me dijo, y me acuerdo de muy pocas cosas, de muy pocas.

—¿No ha tenido usted padres que la cuidaran?

—¿Padre? No he oído hablar nunca de él. No le he visto jamás. Seguramente habrá muerto.

—¿Y su madre?

—No nos llevamos bien las dos. La una es tanto una molestia como un temor para la otra.

Me pareció que estas palabras hablaban demasiado claro, y sospeché que su madre era quien había intentado encerrarla.

—No me pregunte usted nada de ella —continuó—. Hablemos de la señora Clements. También, como usted, cree que no deben encerrarme en una casa de salud, y está contenta de que me haya escapado. Al saber mi desgracia, lloró mucho, y dijo que debíamos guardar el secreto para todo el mundo.

¡Su desgracia! ¿Cómo había que interpretar esta palabra? ¿Cabría la explicación del anónimo en su interpretación? ¿Debía interpretarse éste en el mismo sentido tan vulgar que lleva a muchas mujeres a impedir con anónimos el matrimonio del hombre que causó su desventura? Y antes de que se cruzaran entre los dos nuevas palabras, intenté averiguar la verdad.

—¿A qué desgracia se refiere? —pregunté.

—A la de estar encerrada —contestó, un poco sorprendida por mi pregunta—. ¿Qué otra desgracia podría ocurrirme?

Decidí obrar con toda la cautela posible, ganando terreno por este camino.

—Hay otras —le indiqué— que pueden caer sobre una joven y apenarla o avergonzarla toda la vida.

—¿Cuáles? —me preguntó, interesada.

—La de confiar excesivamente en la propia virtud y en el honor del hombre a quien se ama —le contesté.

Me miró con la sorpresa con que puede mirar un niño. No advertí en ella la menor confusión, ni rubor siquiera. Aquel rostro sin artificio, que transparentaba todas sus emociones, reflejaba sorpresa nada más. Ninguna de cuantas palabras hubiera podido pronunciar me convenció tanto como sus miradas y sus maneras y no vi nada que me indicara el motivo del anónimo. En esto no cabía duda, pero había que admitir otra posibilidad distinta de ésta. En la carta se aludía a Sir Percival Glyde, aunque no se le nombraba. Indudablemente, existía un poderoso motivo, o una injuria tremenda, para que fuera denunciado a la señorita Fairlie en los términos en que se había hecho la denuncia. Ahora estaba seguro de que este motivo no era la pérdida de la inocencia. Cualquiera que fuese el agravio, la naturaleza era distinta. ¿Cuál podía ser?

—No le comprendo —me dijo por último, esforzándose inútilmente en interpretar mis últimas palabras.

—No importa —le contesté—. Ahora, si no cree usted que es demasiada molestia, le ruego me diga cuánto tiempo ha permanecido usted en Londres con la señora Clements y cómo ha venido hasta aquí.

—¿Cuánto tiempo? He estado allí hasta que hemos venido aquí, hasta hace dos días.

—¿Vive usted entonces en la aldea? —pregunté—. Me extraña no haber oído hablar de usted estos días.

—No, no vivo en la aldea, sino en una hacienda situada a tres millas. Tal vez la conozca usted; es Todd's Corner.

Recordaba el lugar perfectamente. Frecuentemente había pasado por él durante nuestros paseos. Era una de las más viejas haciendas de los alrededores, y estaba situada en un lugar solitario y protegido por dos montañas.

—Viven allí unos parientes de la señora Clements, y le han rogado frecuentemente que los visitara. Ella dijo que iría conmigo, para beneficiarme del aire puro y fresco del campo. ¿Verdad que es tener muy buen corazón? Con mucho gusto hubiera ido a cualquier sitio, con tal de estar tranquila, pero cuando supe que Todd's Corner estaba cerca de Limmeridge me puse muy contenta. Con toda seguridad, hubiera andado a pie y descalza todo el camino para poder volver a ver la escuela, el pueblo y la casa señorial. Toda la gente de Todd's Corner es muy buena, y creo que nos quedaremos allí una temporada. Sólo hay algo que no me gusta, y que tampoco le gusta a la señora Clements.

—¿Qué es?

—Me critican porque me visto de blanco. Dicen que esto es muy llamativo. Ellas no saben nada. La señora Fairlie lo sabe mejor, y se enfadaría si me viera con este horrible abrigo oscuro. Toda su vida tuvo una gran afición por lo blanco. Por eso descansa ahora bajo estas piedras blancas, y yo las quiero dejar más blancas todavía. Vestía muchas veces de blanco, y también su hijita. Y Laura, ¿está bien? ¿Es feliz? ¿Viste de blanco como cuando era niña?

Al hacer estas preguntas acerca de Laura, se alteró su voz y volvió la cabeza como queriéndola esconder a mis ojos. Me pareció comprender en su agitación que se daba cuenta del riesgo en que había incurrido al enviar un anónimo, y decidí enseguida aprovechar su inseguridad.

La señorita Fairlie no se encontraba muy bien esta mañana y creo que tampoco era feliz.

No pude comprender las palabras que murmuró confusamente y en voz muy bajo.

—¿Cómo no me pregunta usted por qué la señorita Fairlie no estaba bien esta mañana ni si se sentía feliz?

—No — contestó precipitadamente—, no lo pregunto, ni lo quiero saber.

—Pues yo se lo diré —contesté—. La señorita Fairlie recibió esta mañana la carta que usted había escrito.

Antes de que yo le hablara de este modo se había arrodillado y puesto a limpiar los últimos restos de mármol. La primera de las frases pronunciadas por mí la hizo paralizar el trabajo y volver lentamente la cabeza para mirarme. Pero la segunda frase la dejó petrificada. El trapo se le cayó de las manos. Vi claramente cómo se entreabrían sus labios y desaparecía de sus mejillas el poco color que las adornaba, dando paso a una mortal palidez.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó desmayadamente— ¿Quién se lo ha dicho? — Una violenta reacción enrojeció su semblante, al darse cuenta de que sus propias palabras la habían traicionado. Con voz entrecortado comenzó a hablar, juntando las manos desesperadamente. —Yo no la he escrito. Yo no sé nada.

—Sí —repuse con firmeza—, usted la ha escrito. Usted sabe muy bien de qué se trata. Ha hecho usted mal en escribirla y peor en enviársela a la señorita Fairlie para asustarla. Si cree usted que tiene algo que decir que valga la pena de ser escuchado, debió haber ido usted a Limmeridge y contárselo personalmente a la señorita Fairlie.

La desventurada se encogió contra la cruz, ocultó su rostro entre las manos y permaneció en silencio.

—La señorita Fairlie —continué— será con usted tan buena como lo fué su madre, si es que usted se lo merece. Ella, si es necesario, le guardará su secreto y no permitirá que le ocurra nada. ¿Quiere usted verla mañana, en la casa, o prefiere, encontrarla en el jardín de Limmeridge?

Con apasionado acento, dirigiéndose a los restos encerrados bajo la lápida de mármol, murmuró con desfallecida voz:

—Si pudiera morir y esconderme aquí con usted... Bien sabe usted cuanto quiero a su hija, sólo porque es suya... ¡Oh, señora Fairlie, señora Fairlie! Dígame qué puedo hacer para salvarla. Sea de nuevo mi madre y dígame cómo he de proceder para su bien.

Ví cómo besaba la piedra y cómo sus brazos la estrechaban apasionadamente. El sonido del beso y el espectáculo de su ternura me conmovieron íntimamente. Me acerqué a ella y cogí entre mis manos las suyas para consolarla.

Fué inútil. Las retiró enseguida y no separó su cabeza de la piedra. Dándome cuenta de que era urgente tranquilizarla fuera como fuere, apelé al interés que había tenido en convencerme de que sus facultades mentales no estaban perturbadas.

—Procure usted tranquilizarse —le dije con afecto—. Si no, me hará creer que debo perder el buen concepto en que la tenía. No me obligue a pensar que quien la recluyó en una casa de salud tuvo razón para hacerlo...

No me dejó concluir. En el momento en que hice esta alusión a la persona que la había encerrado en la casa de salud se incorporó sobre sus rodillas. Ví la rapidez con que se producía en ella un cambio extraordinario. Su rostro, tan conmovedor hasta ese momento, por su melancolía y debilidad, se obscureció de pronto bajo un gesto de odio y miedo al mismo tiempo, que comunicaba a cada uno de sus rasgos una dura y sobrenatural expresión. Sus ojos parecieron querer desorbitarse y sus pupilas adquirieron una fijeza brillante. Como si hubiera sido una criatura viva a la que sintiera el deseo de exterminar, se precipitó sobre el trapo blanco, retorciéndolo brutalmente, tanto, que la poca humedad que en él quedaba cayó en breves gotas sobre las piedras.

—Hábleme usted de otra cosa —dijo entre dientes—. Si usted insiste en esto, me perderá.

Ahora parecían completamente borrados los dulces pensamientos que momentos antes la embargaran. Como ya había supuesto, la impresión que las bondades de la señora Fairlie habían dejado en ella no era la única que predominaba. Además de los amables recuerdos de sus días de colegio en Limmeridge, había en su corazón un odio ilimitado hacia quien, cometiera con ella, la injusticia de encerrarla en una casa de

salud. ¿Quién era el autor de esta injusticia? ¿Era acaso su misma madre?

Era para mí muy duro abandonar la idea de continuar hasta el fin mis averiguaciones, y me esforcé en aplazar para otro momento más oportuno la continuación de esta conversación. Viéndola cómo se encontraba, hubiera sido cruel por mi parte pensar en algo distinto a la necesidad de calmarla inmediatamente.

—No hablaré de nada que pueda disgustarla —le contesté respetuosamente.

Me doy cuenta de que usted quiere algo —dijo, desconfiada—. No me mire de ese modo y dígame qué es.

—Que se tranquilice usted y que piense en lo que le he dicho.

—¿En lo que me ha dicho? —Calló durante algunos momentos, continuó retorciendo el trapo entre las manos. Luego pareció añadir para sí: —¿Qué es lo que ha dicho? —Me miró y con la impaciencia grabada en su semblante me preguntó: —¿Por qué no me ayuda usted?

—Sí, sí —me apresuré a contestarle—, le ayudaré a recordar. Le he dicho que debería usted ver mañana a la señorita Fairlie y decirle la verdad cerca de la carta.

—¡Ah! ¡La señorita Fairlie, Fairlie, Fairlie! —El sólo sonido de aquel amado nombre parecía tranquilizarla. Se dulcificó su rostro y recobró su acostumbrada expresión.

—No tema usted nada de la señorita Fairlie, ni tampoco que se la moleste a causa del anónimo. Le ha contado ya usted tanto que no tendrá inconveniente en decirle el resto. La carta no menciona nombres, pero de sobras sabe la señorita Laura que usted alude a Sir Percival Glyde.

Apenas pronunciado este nombre, se puso en pie de un salto. Lanzó un estridente grito que despertó los ecos del cementerio y me dejó paralizado de terror. La sombría expresión que había deformado su rostro creció con gran intensidad. El grito lanzado al oír aquel nombre y la mirada feroz de odio y terror que le siguió me lo revelaron todo. Ya no tuve duda alguna. Quien la había encerrado en el manicomio era Sir Percival Glyde, y no su madre.

Pero el grito habla llegado a otros oídos distintos de los míos. Oí el ruido que

producía la cabaña del sepulturero al abrirse, y luego a mis espaldas, la voz de la mujer del mantón, a quien la dama vestida de blanco llamaba señora Clements.

—Ya voy, ya voy —gritó esta última desde un grupo de árboles, y no tardé, en efecto, en presentarse ante nosotros—. ¿Quién es usted? —me preguntó, encarándose conmigo resueltamente—, ¿Cómo no le avergüenza asustar así a una indefensa mujer? —Y antes de que yo pudiera contestar, hallábase al lado de Ana, rodeando su talle con el brazo. —¿Qué te ocurre, querida? ¿Qué es lo que te ha hecho este hombre?

—Nada— contestó la desventurada—. Me he asustado.

La señora Clements se volvió hacia mí sinceramente indignada, lo que me produjo más respeto hacía ella.

—Si mereciera esa mirada de reproche —le dije—, me avergonzaría de mí mismo, y puedo asegurar a usted que no la merezco. Sin saber por qué, he tenido la desgracia de asustarla. No es esta la primera vez que la veo. Pregúnteselo usted misma, y ella le dirá si me cree capaz de hacerle el menor daño.

Hablé claramente, para que Ana Catherick pudiera oírme y comprenderme al mismo tiempo, teniendo la satisfacción de que así ocurriera.

—En efecto —afirmó—, para mí ha sido muy bueno. Fué él quien me ayudó...

Y terminó la frase al oído de su compañera.

—Todo esto es muy extraño —dijo la señora Clements, perpleja—, pero ya que es así, perdóneme que le haya hablado con tal brusquedad. Usted mismo comprenderá, caballero, que ha habido motivos para despertar alguna sospecha. De todos modos, yo tengo más culpa que usted, por no haberme negado a sus caprichos y haberla dejado sola en un sitio como este. Vamos a casa, querida.

Ignoro por qué me pareció que aquella buena mujer sentía un cierto temor a caminar a aquellas horas, y me ofrecí a acompañarlas hasta cerca de la hacienda. Cortésmente me dio las gracias la señora Clements, pero declinó el ofrecimiento. Luego me dijo que en cuanto llegara a la carretera estaría segura de encontrar algunos mozos de la hacienda.

—Le ruego a usted que me perdone —le dije a Ana, cuando ésta, disponiéndose a marchar, se cogió al brazo de su vieja amiga, y a pesar de lo involuntario que por mi parte habla sido el penoso incidente, no pude mirar aquel pobre rostro descompuesto y pálido sin conmoverme.

—Lo intentaré —me contestó—, pero ahora sabe usted demasiado, y me da miedo que me asuste siempre.

La señora Clements me miró significativamente y movió la cabeza con dolor.

—Buenas noches, caballero —dijo la buena mujer—. Ya veo que no ha podido usted remediarlo. Hubiese preferido ser yo la asustada y no ella.

Se alejaron unos pasos. Creí que me habían dejado ya, pero Ana se detuvo de pronto, se separó de su amiga y dijo:

—Espere un poco. He de despedirme.

De nuevo se dirigió a la sepultura, y sus brazos rodearon la cruz, de piedra. Luego la besó con tanta devoción como cariño.

—Ya estoy mejor. —Suspiró, y mirándome más tranquila, me dijo—: Le perdono a usted. —Se reunió de nuevo con su amiga y salieron las dos del cementerio. Un poco más lejos de la iglesia, se pararon con la mujer del enterrador, que había salido de su cabaña al oír el grito de Ana, y que observaba aquella escena la una prudencia distancia. Continuaron después el camino por el lado del bosque. Con la vista seguí a Ana hasta que desapareció en las sombras de la noche, y tuve el presentimiento de que era la última vez que veía, en este mundo de amargura y miseria, a la misteriosa mujer del traje blanco.

XIV

Media hora después estaba de regreso y le daba cuenta a Marian de todo lo que había ocurrido. Desde el principio hasta el fin me escuchó con silenciosa atención, que en una mujer como ella era la mayor prueba que podía darme del profundo interés que aquel relato le inspiraba.

—Tengo un presentimiento —fué cuanto dijo al terminar— que me hace no tener

confianza en el porvenir.

—Del modo que empleemos el presente dependerá el porvenir —le dije—. Hay que creer que Ana Catherick hable todavía con mayor franqueza a una mujer, y si la señorita Fairlie quisiera...

—No hay que pensar en absoluto en ello —me interrumpió Marian vivamente.

—Permítame, entonces, decirle que trate usted de ver a esa desgraciada y procure usted obtener su confianza —continué—. Por mi parte, me asusta la idea de alarmar de nuevo a esa desventurada, como ya involuntariamente lo hice.

—¿Tendría usted alguna dificultad en acompañarme mañana a la hacienda?

—Ninguna. Iré a todas partes y haré cuanto sea necesario por los intereses de ustedes.

—¿Cómo dice usted que se llama ese sitio?

—Lo conoce usted sobradamente. Se llama ' Todd's Corner.

—En efecto. Es una de las fincas del señor Fairlie. Una de las doncellas es hija del arrendador. Constantemente va y viene de casa a la hacienda, y es casi seguro que haya oído algo que nos sea útil. Vamos a preguntar si está abajo.

Tocó la campanilla y envió a un criado con el mensaje. Le informaron inmediatamente, diciendo que la doncella no se encontraba en la hacienda desde hacía algunos días y que no había visto a sus padres. El ama le había dado permiso un par de horas.

—Mañana le hablaré —dijo Marian, en cuanto el criado hubo salido—. De momento, quiero concretar el objeto de mi entrevista con Ana. ¿Está usted seguro de que la persona que la ha recluido en una casa de salud es Sir Percival?

—No me cabe la menor duda. Lo único que tenemos que descubrir es el motivo que le ha impulsado a ello. Si tenemos en cuenta la gran distancia que separa a los dos por su posición social, y que, naturalmente, excluye toda posibilidad de parentesco, es importantísimo descubrir la razón, aun a pesar de que su estado mental lo haga indispensable, que ha impulsado a una persona a la grave responsabilidad de un acto semejante.

—Según usted ha dicho, se trata de una casa de salud, y no de un manicomio.

—En efecto, y en ella se debe haber pagado por asistencia y manutención una suma importante que ninguna gente pobre puede desembolsar.

—Ya me doy cuenta adónde le conducen a usted, señor Hartright, estas dudas. Le prometo que, nos ayude o no Ana Catherick, tendré una explicación de todo esto. Sir Percival Glyde no puede continuar en esta casa sin dar de todo una explicación satisfactoria al señor Wilmore y a mí. El primero de mis cuidados en esta vida es el porvenir de mi hermana, y tengo sobre ella la suficiente influencia para que cuanto se relaciona con su matrimonio lo deje en mis manos.

Sin más palabras, nos despedimos hasta el día siguiente. Los acontecimientos de la tarde anterior habían borrado de mi memoria un obstáculo que me impedía la ida inmediata a la hacienda. Era aquel el último día que debía vivir en la casa de Limmeridge, y, por lo tanto, en cuanto llegara el correo, siguiendo los consejos de Marian, había de presentarme al dueño de la casa rogándole me permitiera marchar inmediatamente a Londres, adonde asuntos imprevistos de familia reclamaban mi presencia.

Por suerte, para aumentar las apariencias de esta actitud, me trajo el correo dos cartas de dos amigos de Londres. Las llevé conmigo a mi habitación, y poco rato después llamé a un criado y le ordené que preguntara al señor Fairlie cuándo podría recibirme sin molestia por su parte, para tratar de un importante asunto para mí.

Libre de todo temor con respecto a cómo habría recibido el señor Fairlie mi solicitud de audiencia, aguardé la contestación. Con o sin su consentimiento, estaba decidido a marcharme. Dado ahora el primer paso en el terrible camino que había de separarme de Laura, parecía haberse embotado mi sensibilidad para todo aquello que se refería a mi persona e intereses. Nada me importaba ya, ni mi orgullo de hombre ni mi vanidad de artista; y ni siquiera podía herirme la menor insolencia del señor Fairlie, si se permitía ser insolente esta vez.

Volvió el criado con un mensaje que no fué para mí ninguna sorpresa. El señor Fairlie lamentaba que su estado de salud no le permitiera recibirme, como era su deseo, durante todo el día. Por este motivo, me rogaba que, al mismo tiempo que tuviera a bien disculparle, le comunicara por escrito el objeto de la entrevista. Ya había recibido varios recados de esta forma durante los tres meses de permanencia en la casa. Durante todo este tiempo, el dueño de ella se había felicitado repetidas veces

porque yo estuviera a sus órdenes, pero nunca había tenido el suficiente buen estado de salud para verme una segunda vez. Los dibujos que estaba restaurando, a medida que los concluía se los entregaba a un criado, quien, a su vez, los dejaba en manos del señor Fairlie con todos mis respetos, y volvía luego trayéndome las felicitaciones y expresivas gracias de su propietario, juntamente con el pesar sincero de verse obligado a encerrarse solitario en su cuarto a causa de su mal estado de salud. Ninguno de los dos hubiéramos deseado mejores relaciones.

Inmediatamente me senté a escribir la carta, redactándola con toda la cortesía, claridad y brevedad que me fué posible. El señor Fairlie no tuvo prisa en contestar. Más de una hora tardó en llegar a mis manos su respuesta. La carta estaba escrita con una letra clara y muy bella. Era un modelo de igualdad. La tinta era de color violeta, y el papel de color marfil y casi tan grueso como la cartulina. Decía así:

«El señor Fairlie se complace en saludar al señor Hartright. El señor Fairlie lamenta tener que decir que se encuentra más desagradablemente sorprendido de lo que su actual estado de salud requiere, con respecto al mensaje del señor Hartright. Como el señor Fairlie no es hombre de negocios, ha consultado con el mayordomo, que sí lo es. El mayordomo ha confirmado al señor Fairlie su opinión de que no hay caso que justifique la ruptura de un contrato semejante, excepto en caso de vida o muerte. Si en algo puede aminorarse el sentimiento de estimación altísima que el señor Fairlie experimenta por el arte y los artistas en general, y que constituye el solo consuelo de su existencia de enfermo, la conducta inesperada del señor Hartright lo hubiera aminorado. No ha sido así, excepto el referido señor Hartright. Habiendo manifestado de este modo su opinión, si es que los dolorosos sufrimientos por que pasa le permiten tener alguna, el señor Fairlie no tiene por qué añadir más a la forzosa resolución adoptada ante el improcedente recado. El señor Fairlie, teniendo una necesidad imperiosa de reposo físico y moral, no permitirá que éste se altere con la permanencia en la casa, dadas las actuales circunstancias especiales, del señor Hartright. El señor Fairlie, en consecuencia, levanta su mano diestra en señal de despedida, con el único objeto de conservar su tranquilidad, e informa al señor Hartright que puede marcharse cuando guste.

Doblé la carta y la coloqué entre otros papeles de mi pertenencia. En otra ocasión me hubiera herido tanto como un insulto. Hoy, constituía para mí la autorización escrita para proceder a la ruptura de mi contrato. Cuando bajé al comedor y le dije a Marian que estaba dispuesto a acompañarla a la hacienda, ya no pensé más en ello e incluso lo olvidé. Cuando salimos de la casa, me preguntó ella:

—¿Le ha contestado satisfactoriamente el señor Fairlie?

—Sí. Me permite que me marche —contesté.

Me dirigió una rápida mirada y por primera vez desde que la conocía tomó por iniciativa propia m brazo. No hay una sola palabra que hubiera podido explicar con tanta delicadeza que comprendía perfectamente los términos en que se me había autorizado a marchar, y me concedía así su estimación como amiga. La insolente carta del señor Fairlie no me produjo ninguna sensación. Pero sentí una viva gratitud por el proceder de Marian.

De camino a la hacienda combinamos el plan a seguir. Marian entraría sola, y yo permanecería fuera, para entrar en cuanto me llamara. De este modo comenzamos nuestra actuación, y adoptamos este proceder temiendo que mi presencia, después de lo ocurrido la noche anterior en el cementerio, renovara el terror nervioso de Ana y aumentara su desconfianza ante la presencia de una mujer a quien desconocían por completo.

Marian se separó de mí con la intención de hablar primero con la mujer del arrendador. Ella estaba segura de la buena voluntad de ésta en ayudarla. Yo había de esperar sus órdenes junto a la puerta. Estaba convencido que la entrevista sería larga, y me disponía a esperar un gran rato. Pero con gran sorpresa mía, apenas transcurridos cinco minutos regresó Marian.

—¿No quiere verla Ana Catherick? —le pregunté.

—Ana Catherick se ha marchado —me contestó.

—¡Marchado!

—Se ha ido con su vieja amiga. Las dos salieron a las ocho de la mañana.

No pude decir nada más. Me di cuenta de que nuestra última probabilidad de averiguar algo había desaparecido con ellas por completo.

—Lo único que se sabe de la arrendadora con respecto a sus huéspedes, yo también lo sé —continuó Marian—, y lo mismo que ella, no sé nada de este asunto. Anoche llegaron ambas sin que nada les hubiera ocurrido, una vez lo hubieron abandonado a usted. Como de costumbre, pasaron la primera parte de la velada con la familia de los colonos. Unicamente antes de cenar, Ana se desmayó y los asustó a todos así. La noche que llegaron a la hacienda ya había sufrido un ataque como éste, y la señora Todd lo

atribuyó a haber leído algo desagradable en un diario local, que ella había recogido de la mesa minutos antes.

—¿No sabe usted si la señora Todd se enteró de lo que le había afectado del periódico? —le pregunté.

—No —me repuso Marian—. Ella dice que lo miró, pero que no vió nada que pudiera haber afectado a alguien. Le rogué que me dejara ver el periódico, y vi que en la primera página habían agregado a las notas de sociedad el matrimonio de mi hermana, insertándola juntamente con otras noticias de matrimonios aristocráticos en los diarios de Londres. Comprendí en seguida que ese párrafo debió de haber sido el que impresionó tanto a Ana, y no me extrañaría, que hubiera motivado la carta que envió a Laura al día siguiente.

—No cabe la menor duda, pero, ¿le han dicho a usted algo relacionado con su segundo ataque, o su desmayo de anoche?

—Nada. Todo es un misterio. No había persona extraña en la habitación. Nuestra doncella, que, como ya le dije, es hija de la señora Todd, era la única persona que se encontraba allí y se conversaba sobre asuntos locales. De pronto oyeron un grito, y vieron que se ponía pálida como una muerta, sin causa alguna que lo justificara; después, perdía el conocimiento. La señora Todd y la señora Clements la llevaron a su habitación, y esta última se quedó con ella. Cuando recobró el conocimiento habló largo rato. Muy temprano, por la mañana, la señora Clements, llamó a la arrendadora y la sorprendió diciendo que tenían que marcharse enseguida. Lo único que la señora Todd ha podido averiguar, teniendo en cuenta las palabras de su huésped, es que ha ocurrido algo que, aunque no es culpa de nadie de los que se encuentran en la hacienda, hace imposible, la permanencia de Ana en estos lugares. Todo cuanto se hizo para obtener de la buena mujer contestaciones más explícitas, fué inútil. Se limitó a mover la cabeza, rogando que por el bien de la joven no se le hiciera ninguna pregunta más. Repetía constantemente, muy agitada, por cierto, que Ana tenía que marcharse enseguida, y que ella la acompañaría, y que el lugar adonde iban a dirigirse tenía que ser un secreto para todos. Le evitaré a usted la relación de todas las demostraciones de hospitalidad que le hizo la arrendataria. Cedió finalmente a sus ruegos, y hará unas tres horas que las llevó a la estación más cercana en su carro. Por el camino intentó que hablaran más francamente, pero no pudo conseguirlo. Lastimada y ofendida por la descortesía de aquella pronta, marcha, como también por la falta de confianza que les habían demostrado, las dejó a la puerta de la estación y se marchó sin despedirse de ellas. Esto es todo lo que ha sucedido, señor Hartright. Ahora, piense usted y dígame sí algo de lo que ocurrió ayer en el cementerio puede darnos la

clave de la inesperada marcha de las dos mujeres.

—Quisiera conocer antes, señorita Halcombe, el porqué del súbito cambio experimentado por Ana en la hacienda y que tanta alarma produjo, horas después de que nos separáramos y transcurrido ya el tiempo suficiente para desvanecer cualquier desagradable impresión que hubiera yo tenido la desgracia de causarle.

¿Preguntó usted con todo pormenor el tema de la conversación que sostenían cuando se desmayó?

—Sí, lo hice, pero la atención de la arrendadora parece que estaba distraída por sus tareas domésticas lo mismo que por su conversación, y me contestó que hablaban de lo corriente. Yo supongo que esto quiere decir, de los chismes del momento.

—Tal vez la memoria de la hija sea mejor que la de la madre —le dije—. Me parece, señorita Halcombe, que lo mejor, es que interrogue usted a su criada en cuanto lleguemos a casa.

En cuanto estuvimos de regreso se llevó a cabo mi consejo. Marian me llevó al departamento de la servidumbre. En el cuarto de la plancha encontramos a la joven limpiando objetos dorados con las mangas recogidas.

—Hanah, he traído a este señor para que vea estas habitaciones. Me encanta verlas tan bien arregladas como las tenéis siempre.

La muchacha enrojeció e hizo una reverencia, murmurando que procuraba siempre cumplir con sus obligaciones y tener limpias y arregladas las cosas.

—Acabamos de llegar de casa de sus padres —continuo Marian—. Me han dicho que ayer estuvo usted allí y que encontró huéspedes en su casa.

—Sí, señorita.

—También que uno de ellos se puso malo, y, según me han contado, perdió el sentido. Supongo que ustedes no hablaría de nada que pudiera asustarla. ¿Era muy terrible lo que decían?

—¡Oh, no, señorita! —dijo la joven sonriendo—. Hablábamos de las cosas que pasan.

—Es decir, de lo que ocurre en Todd's Corner, ¿no?

—Sí, señorita.

—Y contaría usted las novedades de Limmeridge...

—Sí, señorita, pero puedo asegurarle que no dije nada que pudiera asustarla u ofenderla. ¡Pobre! me eché a temblar cuando la vi de aquel modo. Como yo no me he desmayado nunca...

En estas palabras, llamaron a la puerta de la cocina para que se hiciera cargo de una cesta de huevos. Al salir, le dije a Marian:

—Pregúntele si casualmente nombró la noche que se esperaban visitas aquí.

Con una mirada me demostró Marian que me había comprendido, y en cuanto la muchacha regresó le hizo la indicada pregunta.

—¡Oh, sí, señorita! —dijo la joven sencillamente—. Claro que se lo dije. Y además, el accidente ocurrido a la vaca roja. Era todo lo que tenía que contar.

—¿Nombrasteis a alguien? Por ejemplo, que esperábamos a Sir Percival Glyde el lunes, ¿no?

—Sí, señorita. Dije que Sir Percival llegaría de un momento a otro. Creo, que no habré hecho mal ni que haya ofendido a nadie.

—¡Oh, no, nada, nada! Señor, Hartright, acompáñeme. Robaríamos el tiempo de esta muchacha si nos entretuviéramos.

Al salir de la habitación nos quedamos parados, mirándonos.

—Ahora, señorita Marian —le dije—, ¿le queda a usted también alguna duda?

—Señor Hartright, a Sir Percival le toca el desvanecerla, o Laura Fairlie no será nunca su esposa.

XV

Al llegar ante la puerta principal, vimos detenerse ante ella un cochecito de los de la estación. Marian se adelantó entonces a saludar a un anciano que bajó ágilmente. Era el señor Gilmore.

Cuando nos presentaron, le miré con un interés y curiosidad que no pude ocultar. Aquel afortunado anciano continuaría en Limmeridge después de haberme marchado yo. Él había de oír las explicaciones de Sir Percival, y con las luces de su experiencia ayudaría a Marian a formar su juicio. Estaría allí hasta que la cuestión del matrimonio se resolviera satisfactoriamente, y aquella mano que estrechaba yo ahora, si era afirmativa su decisión, sería la que había de extender el contrato fatal que unirla irrevocablemente la suerte de Laura con la de aquel odiado y sospechoso Sir Percival. Hasta ese momento, yo lo ignoraba todo, en comparación con lo que más tarde he sabido. Sin embargo, miraba al abogado como a un miembro de la familia, con un interés tan grande que nunca me había inspirado la presencia de un hombre desconocido totalmente para mí.

El exterior del señor Gilmore era, el más opuesto al convencional y clásico del abogado de confianza. Su cara era de tonos rosados, sus cabellos blancos, algo largos y pulcramente peinados, el traje, negro y bien cortado, le sentaba maravillosamente, y sus elegantes guantes de cabritilla, color habana hubieran honrado las manos de un banquero distinguido. Sus maneras eran muy agradables. Las distinguía la gracia seria y culta de una antigua escuela cortesana, animada por la agudeza de ingenio y la astucia de un caballero cuya carrera le obliga constantemente a conservar en buen estado sus facultades. Era un temperamento sanguíneo y sano, consecuencia de una próspera carrera y una larga y acreditada honradez. En resumen, se trataba de un anciano de buen humor, respetado y diligente. Esta fué la primera impresión que me produjo al serme presentado, y he de obrar en justicia añadiendo que, el trato que hemos tenido posteriormente, lejos de debilitarla, me ha fortalecido en la primera idea.

Dejé en la casa al abogado y a Marian, esperando que hablaran de los asuntos de familia sin cohibirse con mi presencia. Para dirigirse al salón, cruzaron el vestíbulo y yo descendí de nuevo los escalones y me puse a caminar sin rumbo, por el solitario parque.

Estaban contadas mis horas en aquella casa. Para la mañana siguiente se había fijado mi marcha de una forma irrevocable. Podía dar por terminada mi primera parte en las investigaciones que había hecho necesarias la carta anónima. A nadie más que a mí

podía perjudicar el que continuara aun allí por breves momentos, libertar a mi corazón del frío yugo y disimulo cruel que me obligaba a infligirle la necesidad, y me despidiera de aquellos paisajes que, se asociaban con el corto sueño de mi felicidad y de mi amor.

Encontré al señor Gilmore al pasar por la terraza. Me di cuenta de que me buscaba, pues apenas me vió apresuró el paso hasta encontrarme. Mi estado de ánimo no era el más a propósito para conversar con un desconocido. Pero como era inevitable, resolví salir de aquel apuro como pudiera.

—Precisamente quería verle —me dijo—. He de cambiar con usted unas palabras, si usted no se opone a ello, y aprovecharé esta oportunidad. En resumen, Marian y yo hemos hablado de asuntos de familia, asuntos que motivan mi presencia aquí. La conversación nos ha llevado a hablar del desagradable incidente del anónimo y de la parte que ha tenido usted en todo esto, y todo ello habla muy bien de su tacto y discreción. Comprendo perfectamente que estas circunstancias hacen que sienta usted un interés especial con respecto al curso que han de seguir en lo sucesivo las investigaciones, que usted ha comenzados y por cierto con tan excelente fortuna. Sobre este particular, puedo tranquilizarle. Me encargo yo de continuar las pesquisas.

—Por su edad, experiencia y carrera, creo yo que es usted un caballero mucho más adecuado que yo para aconsejar y dirigir esta clase de asuntos. ¿Sería indiscreto por mi parte preguntarle si ha formado usted un plan de acción?

—Señor Hartright, tengo decidido ya todo cuanto es posible decidir de antemano en casos como este. Comenzaré por enviar una copia del anónimo, acompañada de un breve relato de este asunto, al notario de Sir Percival Glyde, que vive en Londres y con quien tengo relaciones profesionales. Conservaré el original para averiguar el paradero de las dos mujeres, enviando a un discreto criado del señor Fairlie con objeto de hacer averiguaciones en la estación. A este hombre se le ha facilitado dinero e instrucciones para seguirlas en cuanto descubra sus huellas. Todo esto es lo que se puede hacer hasta el lunes, o sea, hasta la llegada de Sir Percival. Sé positivamente que se apresurará a facilitarnos cuantas explicaciones se puedan exigir de un hombre de honor y de un perfecto caballero. Mi querido señor, Sir Percival ocupa una posición muy elevada, una posición eminente, digamos, y su reputación está por encima de toda sospecha. Me siento muy tranquilo con respecto a los resultados de estas gestiones. Nos demuestra la experiencia que cosas de este tipo suceden casi todos los días: cartas anónimas, mujeres desgraciadas... Es el triste estado de nuestra sociedad. No puedo negar que en este caso especialísimo hay determinadas complicaciones, pero en sí el caso es vulgar, desgraciadamente, muy vulgar.

—Me temo, señor Gilmore, no estar, de acuerdo con esta opinión.

—Es muy probable, amigo mío, usted es muy joven, yo ya soy viejo, y tomo las cosas bajo un punto de vista práctico. Usted verá antes el lado romántico de las cosas. No disputemos sobre puntos de vista tan diversos. Profesionalmente, vivo ya en una atmósfera de discusión, y me siento muy feliz pudiendo, como en este momento, escapar de ella en algunas ocasiones. Tengamos paciencia y esperemos a los acontecimientos. Sí, creo que lo mejor es esperar. Excelente finca ésta, ¿verdad? ¿Hay mucha caza? Pero supongo que no la haya, porque ninguna de las líneas de esta familia está acotada. No importa, sin embargo. Es una finca maravillosa y no es mala gente la de por aquí. Creo, señor Hartright, que es usted un pintor de excelente habilidad, según me han dicho. ¿Qué estilo le gusta más?

Comenzamos una conversación general, o, mejor dicho, habló el señor Gilmore y yo le escuché. Mis pensamientos estaban muy lejos de él y de su conversación. El solitario y desconocido paseo había ya producido en mí sus efectos, haciéndome aferrar a la idea de apresurar mi partida de Limmeridge. No tenía razón en prolongar un solo minuto aquella cruel y eterna despedida. Nadie necesitaba nada más de mí. Ninguna utilidad hubiera reportado el que yo hubiera prolongado mi estancia en Cumberland. La rescisión del contrato debía tener efectos inmediatos. ¿Por qué no había de concluir de una vez?

Determiné hacerlo. Quedaban aún algunas horas del día y, no sabía por qué, mi regreso a Londres no podía efectuarse de noche. La primera excusa cortés, que se me ocurrió la empleé para separarme del notario, y volví a la casa.

Yendo a mis habitaciones encontré a Marian, que se disponía a bajar las escaleras. Inmediatamente, dada la prisa de mi paso y el cambio de mis maneras, comprendió que se había apoderado de mí una nueva idea. Me detuvo para preguntarme lo que me ocurría.

Yo le conté entonces las razones que tenía para apresurar mi marcha, tal como hasta aquí acabo de decir.

—No —me contestó ella, con una firmeza bondadosa váyase de esta casa como un amigo nuestro. Siquiera una vez más, comamos juntos. Quédese hasta mañana. Comamos todos en compañía hoy y pasemos así la última velada poniendo todos cuanto podamos de nuestra parte para que esta última sea tan encantadora como lo fué la primera vez. En mi nombre, en el de la señora Vesey y... —añadió después de una

corta vacilación— en el de Laura también, se lo pido.

Le prometí hacerlo. Dios sabe perfectamente que no quería que mi marcha dejara en ninguna de las tres mujeres la menor sombra de una penosa Impresión. Hasta que la campana nos anunciara la comida, mi cuarto era para mí el mejor refugio. Esperé allí el momento de bajar al comedor.

No había hablado con Laura y ni siquiera la había, visto durante todo el día. Para mi disimulo, y supongo también que para el de ella, fué una dura prueba el primer momento de nuestra mutua presencia en el comedor. Había hecho ella toda clase de esfuerzos para que la noche última renovara la gloria del tiempo pasado, que ya no había de volver. Se había vestido con el traje que intuitivamente consideraba mi preferido. Era de seda azul y estaba guarnecido con antiguos encajes. Con la rapidez de los días felices, se acercó a mí y del mismo modo se apresuró a ofrecerme sus manos, con el cómodo e inocente ademán que le era característico. Los dedos fríos, que temblaron entre mis manos; las manchas de rubor que adornaban febrilmente sus mejillas, mientras el resto de su rostro conservaba el color del marfil, y su débil sonrisa que pugnaba por fijarse en sus labios trémulos y que desapareció en cuanto se cruzaron nuestras miradas, eran síntomas que me decían a costa de qué sacrificios lograba mantener su calma aparente. Si mi corazón hubiera sido capaz de contener un amor mayor, la hubiera amado en aquel momento más que nunca.

A todos nos fué muy útil la presencia del señor Gilmore. Estaba de excelente humor y dirigía con infatigable verbosidad nuestra conversación. Marian lo secundó resueltamente, y yo hice cuanto pude para imitar su ejemplo. Aquellos ojos azules y angelicales, cuyos más insignificantes cambios de expresión interpretaba yo tan bien, me dirigieron una mirada que parecía decir: «Ayude a mi hermana y yo se lo agradeceré». ¡Dulce y encantadora criatura! Tendría yo que estar muerto para no obedecerla.

En apariencia al menos, transcurrió la comida felizmente. Cuando se levantaron las señoras de la mesa, y el notario y yo nos quedamos solos en el comedor, tuvo efecto un nuevo incidente que ocupó nuestra atención, ofreciéndome la oportunidad de recogerme en mí mismo unos minutos de silencio. Fue el caso que el criado que habían enviado en seguimiento de Ana Catherick y de su vieja amiga volvió y fué introducido inmediatamente en el comedor, al objeto de dar cuenta de su misión.

—¿Qué es lo que ha averiguado usted? —le preguntó el notario.

—Las dos mujeres tomaron billete para Carlyle, señor.

—Naturalmente, usted habrá tomado esa dirección enseguida, ¿no es cierto?

—En efecto, señor, pero no he encontrado rastro de ellas.

—¿Preguntó usted en la estación?

—Sí, señor.

—¿Y en posadas y hospederías?

—Sí, señor.

—¿Dió usted aviso a la policía?

—Sí, señor.

—Ha hecho usted cuanto ha sido posible. También lo he hecho yo, y no tenemos más que esperar los acontecimientos. Señor Hartright, hemos jugado todos nuestros triunfos —me dijo el anciano, una vez nos hubo dejado el criado—. En este momento, las mujeres nos han despistado. Sólo tenemos que esperar la llegada de Sir Percival, y, por lo tanto, aguardar hasta el lunes. ¿Quiere usted otra copita? Es un excelente oporto. Gran sabor, pureza y años. No obstante, yo lo tengo mejor en mi bodega.

—Volvimos al salón donde yo había pasado las veladas más felices de toda mi vida, el salón que vería aquella noche por última vez. Desde que las tardes eran, más cortas y el tiempo más frío, algo en él se había transformado. Las grandes puertas de cristales que daban a la terraza estaban ahora cerradas y cubiertas con espesas cortinas. La dulce semiobscuridad en que solíamos sentarnos daba paso ahora a la luz brillante de las lámparas que deslumbraban mis ojos. Todo, exterior e interiormente, estaba cambiado.

Marian y el señor Gilmore se sentaron juntos a la mesa de juego. La señora Vesey se acomodó en el sitio de costumbre y yo no sabía dónde estar para sentirme menos violento. Laura se dirigió al plano. En otra ocasión me hubiera acercado a ella, pero ahora me detuve sin saber qué hacer ni dónde ir. Laura me miró, y cogiendo una pieza de música, me preguntó:

—¿Quiere usted que toque alguna de esas melodías de Mozart que le gustan tanto?

Abrió la pieza nerviosamente, sin separar los ojos de ella. Antes de que yo pudiera darle las gracias, se sentó al piano. Junto a ella estaba vacía la silla, en que yo solía sentarme. Sonaron entonces unos arpeggios. Miró, en torno suyo y volvió a mirar el pentagrama.

—¿No quiere usted sentarse en su sitio de siempre? —me dijo hablando rápidamente y en voz baja.

—Lo haré por última vez.

No contestó. Concentró toda su atención en la música, qué sabía de memoria y que había tocado mil veces sin papel. Comprendí que me había oído y que me sentía a su lado, viendo palidecer sus mejillas hasta quedarse casi blancas.

—Lamento mucho que se vaya —me dijo con una voz casi ininteligible y sin separar los ojos del papel de música, mientras sus dedos recorrían las teclas con una nerviosa energía que yo ignoraba en ella.

—Durante toda mi vida recordaré estas cariñosas palabras, señorita Laura.

La palidez aumentó, y volvió su rostro para no verme.

—Le ruego que no me hable de este modo —dijo—. Dejemos que la música hable por nosotros en esta noche, con un lenguaje más feliz que el de nuestras palabras.

Temblaron sus labios. Se escapó de su pecho un suspiro, que quiso contener en vano, y sus dedos, que continuaban recorriendo el teclado, tocaron una falsa nota. Confusa, trató de enmendar su error, y luego, viendo inútil su esfuerzo, dejó que sus manos cayeran con desaliento sobre la falda. Marian y el señor Gilmore la observaron muy sorprendidos desde el lugar en que se encontraban jugando. La señora Vesey, que dormitaba sobre su butaca, se despertó de pronto ante el brusco silencio y preguntó qué era lo que ocurría.

—Señor Hartright, ¿juega al *whist*? —me preguntó Marian, mirándome significativamente.

Comprendí la intención y que su actitud era razonable. Me levanté y me dirigí a la mesa de juego. Al separarme del piano, Laura volvió la página y tocó entonces con mano más segura.

—La he de tocar —dijo hiriendo nerviosamente las teclas y arrancando de ellas violentos sonidos—. Por última vez quiero tocarla.

—Señora Vesey, tenga la bondad de venir —dijo Marian—. El señor, Gilmore y yo estamos cansados de jugar. Juegue usted con el señor Hartright.

El ahogado sonrió con sorna. Su mano había vuelto en aquel instante un rey y atribuyó el cambio de jugadores a una maniobra femenina para Marian no declararse vencida.

El resto de la noche transcurrió sin que cambiara con Laura ni una sola palabra y ni una mirada tan sólo. Continuó al piano y yo a la mesa de juego. Laura tocaba sin cesar, como si la música fuera su único recurso. A veces, sus dedos acariciaban las notas con una ternura suave y una ideal melancolía; otras, corrían maquinalmente sobre el marfil, como si su pensamiento estuviera muy lejos. Pero a pesar de estos cambios de expresión, continuaba tocando. Tan sólo se resignó a dejarlo cuando nos levantarnos todos para deseamos las buenas noches.

La señora Vesey era la que más cerca se hallaba de la puerta y fué la primera en despedirse de mí.

—Señor Hartright, yo ya no le veré mañana —me dijo estrechándome la mano—. Lamento muy de veras su partida. Ha sido usted conmigo muy afectuoso y atento, y nosotras las viejas, agradecemos siempre el afecto y las atenciones. Le deseo que tenga mucha suerte y me gustaría volverle a ver.

Después fué el señor Gilmore.

—Señor Hartright —me dijo—, espero que tendremos ocasión de renovar nuestro breve conocimiento, y espero también que le complacerá saber que ese pequeño asunto está en mis manos. ¡Qué frío hace! No quiero a usted detenerle a la puerta. *Bon voyage*, mi joven amigo, *bon voyage*, como dicen los franceses.

Marian salió.

—Hasta mañana a las siete y media —y me dijo en voz muy baja—: Lo he visto todo, y su conducta de esta noche, le hace a usted amigo mío para toda la vida.

Laura fué la última. Me sentí sin fuerzas para mirarla, teniendo su mano entre las mías y acordándome de la mañana siguiente.

—Me voy muy temprano —le dije—, probablemente antes de que usted...

—No, no —añadió rápidamente—, no antes de que yo salga de mi cuarto. Bajaré con Marian. No soy tan ingrata como para olvidar estos tres meses... —Se ahogó su voz. Su mano estrechó nerviosamente la mía y se desprendió de pronto. Antes de que yo pudiera desearle las buenas noches, se había marchado.

Como llegó la luz aquella mañana para Limmeridge, llega por fin inevitablemente el final.

No eran las siete y media cuando bajé, pero, las dos hermanas me esperaban en el comedor. En aquella atmósfera fría, y a la escasa luz de aquella mañana triste, nos sentamos los tres a la mesa y tratamos de comer y hablar. Tan doloroso como inútil era el esfuerzo por salvar las apariencias, y yo me levanté para terminar con ello.

Al tender yo la mano y estrechármela Marian, que era la que se hallaba más cerca de mí, su hermana se volvió de pronto y salió apresuradamente de la habitación.

—Más vale así —dijo Marian—. Mejor para usted y para ella.

Esperé antes de poder hablar. Era muy duro tener que alejarme para siempre de ella, sin una palabra o una mirada de despedida. Hice sobrehumanos esfuerzos para dominarme. Intenté despedirme de mi bondadosa discípula, pero todas mis intenciones se redujeron a esta frase:

—¿He merecido que usted me escriba?

—Ha merecido usted noblemente todo lo que yo pueda hacer por usted mientras viva. Cualquiera que sea el final de todo, usted también lo sabrá.

—Y si yo le puedo ser útil en algo, sea cuando sea, cuando ya no quede recuerdo de mi presunción y haya sido olvidada, mi locura...

No me fué posible añadir más. Se alteró mi voz y mis ojos se empañaron.

Ella cogió mis dos manos y me las estrechó con la energía de un hombre. Brillaron sus grandes ojos y su moreno rostro se embelleció bajo la pura y noble piedad que trascendía.

—Confiaré siempre en usted como si fuera un amigo mío y de mi hermana, o, mejor dicho, como un amigo nuestro. —Me atrajo hacia sí fraternalmente y me besó en la frente diciéndome conmovida—: Dios le bendiga, Walter —y añadió—: Para no prolongar estos momentos, espere usted a que venga el coche y yo le veré marchar desde el balcón.

Salió. Me volví hacia la ventana, donde nadie podía ver mi semblante, excepto el triste y solitario paisaje de otoño. Me volví para dominarme y buscar un poco de tranquilidad, antes de partir siempre de aquellos lugares tan queridos.

No creo que hubiera transcurrido un minuto cuando oí abrirse la puerta suavemente y el roce de un vestido sobre la alfombra. Mi corazón casi se ahogaba cuando me volví. Desde el otro extremo de la habitación acercábase a mí la ideal figura de Laura.

Cuando nuestros ojos se encontraron y vió que estábamos solos, se detuvo vacilante. Entonces, con esa energía que tan fácilmente pierden las mujeres en pequeñas ocasiones, continuó avanzando hacia mí, intensamente pálida, apoyándose con una mano sobre la mesa y ocultando la otra en los pliegues de su vestido.

—Fui al salón a buscar esto —me dijo—. Le recordará los días que ha pasado usted en esta casa y los amigos que ha dejado en ella. Usted dijo que era uno de los que estaban mejor, y he pensado...

Volvió su cabezas y me ofreció un dibujo que había hecho ella sola. Era una vista del pabellón en que nos habíamos conocido. Cuando me lo dió, temblaba en su mano y tembló aún más en la mía.

Tenía miedo de hablar y decir más de lo conveniente. Contesté tan sólo:

—No me abandonará nunca. Lo conservaré toda mi vida, como mi más precioso tesoro. Se lo agradezco mucho, y le agradezco también que no me haya dejado marchar sin una palabra de despedida.

—¡Oh! —exclamó con su angelical inocencia—, ¿cómo había de dejarle marchar después de los felices días que hemos vivido?

—Ya no volverán nunca, señorita Laura. Nuestros destinos son muy distintos en esta vida, pero si llega una ocasión en que todas las fuerzas de mi alma y toda la sangre de mi corazón puedan proporcionarle un momento de felicidad, o evitarle uno de dolor, ¿querrá usted acordarse de su pobre maestro de dibujo, que no la olvidará nunca? Marian, ha prometido tener siempre confianza en mí. ¿Quiere usted también prometérmelo?

En sus hermosos ojos azules brillaba la tristeza a través de las lágrimas que se acumulaban en ellos.

—Se lo prometo —dijo con voz entrecortada—. ¡Oh!, no me mire usted de ese modo. Se lo juro con todo mi corazón.

Me aventuré a dar unos pasos hacia ella.

—Usted tiene muchos amigos que la admiren y la quieran, señorita Laura, y su futura felicidad es el objeto de muchas esperanzas. ¿Me permite usted asegurarle ahora que también es el objeto de todas las mías?

Las lágrimas corrieron por su rostro. Su mano temblorosa buscó el apoyo de la mesa para poder sostenerse, mientras me tendía la otra. La tomé entre las mías, estrechándola con firmeza. Cayó mi cabeza sobre aquella mano fría. Mis lagrimas la humedecieron y mis labios se apretaron contra ella. No fué un beso de amor. Fué una contracción de agonía desesperada.

—Déjeme usted, por amor de Dios —dijo débilmente.

Aquellas palabras fueron la confesión de sus sentimientos. No tenía el derecho de oírlas ni de contestar a ellas. Al confesar su sagrada debilidad, me arrojaba de aquel lugar. Todo había concluido. Dejé caer su mano y no dije nada más. Las lágrimas que cegaban mis ojos me impedían verla, y las enjuagué para contemplarla por última vez. Vi cómo se dejó caer sobre una silla. Se apoyaron sus brazos sobre la mesa y la rubia cabeza se desplomó pesadamente sobre ellos. Una mirada más de eterna despedida y se cerró la puerta tras de mí. Había empezado a abrirse entre nosotros el inmenso abismo de la separación. La imagen de Laura Fairlie pasaba desde ese momento a ser el más querido de todos mis recuerdos.

FIN DE LA NARRACIÓN DE WALTER HARTRIGHT

CONTINUA LA MISMA HISTORIA VICENTE GILMORE, NOTARIO DE CHANCERY LANE

Escribo las presentes líneas a ruego de mi buen amigo Walter Hartright. Con ellas pretendo aclarar ciertos acontecimientos que afectaron seriamente los intereses de la señorita Fairlie, y que ocurrieron después de la marcha del referido señor de la casa señorial de Limmeridge.

No creo necesario decir si mi opinión personal sanciona o no la publicación de este secreto familiar, notable en más de un concepto y del que mi relato constituye una parte importante. Toda la responsabilidad la ha tomado sobre sí el señor Hartright, y las circunstancias que aquí se describen demostrarán que ha obtenido ampliamente su derecho y, si así lo desea, puede ejercerlo. El plan que él ha adoptado para presentar al público esta historia requiere, según lo exija la marcha de los acontecimientos, que cada parte sea contada por la persona que intervino directamente en los hechos en que éstos ocurrieron. Mi presencia aquí como narrador es la consecuencia necesaria de estas decisiones. Estuve presente durante la visita de Sir Percival Glyde a Cumberland, y me encontré personalmente mezclado en los importantes sucesos que se desarrollaron en el breve tiempo que permanecí bajo el techo del señor Fairlie. Creo, pues, mi deber, añadir estos eslabones a la cadena de acontecimientos, y hacerme cargo de ésta en el mismo punto que sólo temporalmente la abandonó el señor Hartright.

Mi llegada a Limmeridge ocurrió el viernes, día 2 de noviembre. Yo había de permanecer en aquella casa hasta la llegada de Sir Percival Glyde. Si durante esta visita se llegaba a tener efecto un acuerdo con respecto al día en que debí el matrimonio del barón con la señorita Fairlie había yo de recoger las instrucciones necesarias, y una vez llegada a mi despacho de Londres, ocuparme en la redacción de la carta de dote y del contrato de matrimonio.

No tuve el gusto de ser recibido por el señor Fairlie el mismo día de mi llegada. A causa de sus inveterados e imaginarios sufrimientos dicho señor no estaba, o pretendía no estar, en estado de poder soportar una entrevista conmigo. Por esta razón, la señorita Marian fue la primera persona de la familia a quien tuve ocasión de ver. Me recibió a la puerta de la casa. Me presento al señor Hartright, que había permanecido en aquella casa por algún tiempo. Hasta más tarde, a la hora de la comida, no vi a la

señorita Laura. Vi con pena que no tenía buen semblante. La señorita Fairlie es una criatura dulce y adorable, atenta y cariñosa con todos, lo mismo que su inolvidable madre, aunque es el vivo retrato de su padre. La señora Fairlie era morena y tenía los ojos negros. La señora Halcombe, su hija mayor, la recuerda mucho. Después de comer, por la noche, la señorita Fairlie tocó el piano, pero me parece que no estuvo tan inspirada como en otras ocasiones. Jugamos una partida de «whist», que fue la más grande profanación conocida que he visto de este juego. El señor Hartright me produjo una impresión muy favorable, pero no tardé en comprobar que no carece de las faldas de que hoy día adolecen, por desgracia, los jóvenes de su edad. Hay tres cosas que ningún muchacho de la actual generación sabe hacer bien: beber el vino de sobremesa, jugar al «whist» y hacer un cumplido a una dama. El señor Hartright no era una excepción en esta regla. Aparte de estos pormenores, me pareció un muchacho modesto, simpático y muy distinguido.

Transcurrió así el viernes. Nada digo de los asuntos más serios que ocuparon mi atención en aquel día, tales como la carta desconocida que recibió la señorita Fairlie, las medidas que creí prudente adoptar en cuanto me fue expuesto el caso y la convicción que sentía de que todo había de explicarse favorablemente en cuanto llegara Sir Percival, porque, según me ha parecido comprender, ya todo esto queda explicado en las narraciones anteriores.

Al día siguiente, o sea el sábado, al bajar a almorzar, el señor Hartright se había ya marchado. La señorita Fairlie no salió en todo el día de su habitación, y me pareció que la señorita Halcombe estaba triste y preocupada. Aquella casa ya no era la de costumbres, cuando sus anteriores y difuntos dueños. Por la mañana paseé un poco para recorrer los distintos lugares que he conocido en las diferentes ocasiones que los asuntos de aquella familia han hecho necesaria mi presencia en Limmeridge. También estos han cambiado.

A las dos recibí por fin un recado del señor Fairlie diciéndome que le parecía tener las suficientes fuerzas para mantener conmigo una entrevista. Esta es la única persona que no ha cambiado desde que la vi por vez primera. Su charla es la de siempre. Gira constantemente sobre sus sufrimientos, sus monedas y sus curiosos objetos de arte. En cuanto traté de hablar de los asuntos que me habían llevado a la casa, cerró los ojos y dijo que le atropellaba hablándole de ese modo. Continué atropellándole. Todo cuanto pude conseguir fué la convicción de que daba como cosa hecha el matrimonio de su sobrina, ya sancionado por su hermano, y que sancionaba él también. Dijo que era un brillante partido, y que, personalmente, se daría por satisfecho cuando hubieran transcurrido todas estas molestias. Por lo que respecta a las condiciones, me dijo que lo mejor sería que yo hablara con la interesada, y que luego, teniendo en cuenta los

grandes conocimientos que poseía yo con respecto a los asuntos de la familia, lo arreglara todo como más oportuno me pareciera, siempre, naturalmente, que limitara sus funciones como tutor a dar en el momento necesario su aprobación. Conmigo y con todos los demás estaría él siempre de acuerdo. Mientras tanto, él se encontraba clavado en aquel potro de tormento y confinado en su rincón. No puedo decir que tuviera el aspecto de un hombre a quien todo le fastidia, y no comprendía por que le fastidiaban.

Indudablemente, hubiese podido mostrarme algo sorprendido de esta manera extraordinaria de eludir las responsabilidades anejas a una tutoría, si mi largo conocimiento de los diversos individuos de la familia no me hubieran hecho clasificar al señor Fairlie entre las más perfectas personificaciones del egoísmo. Visto esto, el comportamiento del dueño de la casa no pudo ni sorprenderme ni producirme la menor ofensa. El resultado de aquella entrevista fué tal y como yo esperaba que fuese. No tengo por qué hablar más de ello.

El domingo fué un día triste, lo mismo dentro de la casa que fuera de ella. El notario de Sir Percival Glyde me envió una carta acusando el recibo de la mía con la copia del adjunto anónimo. La señorita Fairlie se reunió por la tarde con nosotros. Era muy distinta de otras veces; estaba pálida y triste. Hablando con ella, eludí con delicadeza a Sir Percival, pero no se dió por enterada y no contestó. Por otra parte, seguía gustosa toda clase de conversación, pero este tema lo eludía siempre. Todo esto me hizo sospechar que la señorita Fairlie comenzaba a arrepentirse de su próximo matrimonio.

Llegó entonces Sir Percival, el lunes, como había anunciado.

Por lo se refiere a sus maneras y su porte, lo encontré correctísimo. Tenía más edad de la que yo había supuesto. Estaba calvo y su semblante un poco ajado. Pero, en cambio, sus movimientos eran ágiles y conservaba aún buen humor juvenil. Con una encantadora naturalidad y afectuosa cortesía, saludó a la señorita Halcombe, y tan agradable y atenta fue la acogida que me dispensó cuando me presentaron a él, que nos tratamos inmediatamente como antiguos amigos. Cuando llegó, no se hallaba presente la señorita Fairlie, pero no tardó en aparecer en el salón, y entonces el barón se levantó y la saludó respetuosa y galantemente. Al ver su fatigado y doliente aspecto, manifestó un vivo interés por su salud, hablando con escogidas frases tan llenas de ternura y atención, que honraban doblemente a sus buenas maneras y a su excelente gusto. Observé con sorpresa que, a pesar de ser otras las circunstancias, la señorita Fairlie continuaba sombría e intranquila, y aprovechó la primera oportunidad para salir del salón. Sir Percival pareció no darse cuenta de la frialdad de la acogida ni de su brusca marcha. Mientras estuvo presente, no la abrumó con atenciones, ni molestó

tampoco a la señorita Halcombe, aludiendo su inesperada retirada.

Su buen gusto y su tacto no desmintieron durante su permanencia en Limmeridge. En cuanto a la señorita Fairlie se hubo retirado, nos evitó a todos la molestia de mencionar al anónimo, abordándola por su propia iniciativa. Viniendo de sus posesiones de Hampshire, había visto a su notario al pasar por Londres, y este le había continuado su viaje a Cumberland, deseoso de satisfacerlos con una explicación clara y concreta.

Oyéndole expresarse en términos tan precisos, le ofrecí el original que con este objeto había conservado, pero ni siquiera quiso verlo, añadiendo que estaba muy bien en mis manos. La explicación que dio de todo ello fue tan sencilla y satisfactoria como yo había anticipado. Según nos informó, la señora Catherick era una persona muy conocida de él y de su familia, a consecuencia de los buenos servicios que les había prestado en otras épocas. Tuvo la desgracia de casarse con un hombre que la abandonó, y tener una hija cuyas facultades mentales estuvieron perturbadas desde su más tierna infancia. A pesar de que su matrimonio la obligó a vivir en un lugar de Hampshire, situado muy lejos de sus posesiones, cuidóse de no perder de vista a la desventurada mujer, tanto en consideración a sus servicios pasados como por su simpatía, que cada día aumentaba hacia ella, a causa de la admiración que le producía la paciencia con que soportaba su desgracia. A medida que fué pasando el tiempo, la afección mental de su hija se hizo tan grave, que hubo que ponerla en manos de la ciencia. La propia señora Catherick comprendió esta necesidad, pero le repugnaba de una forma invencible internar a su hija en una casa de salud. Sir Percival quiso respetar este escrúpulo, del mismo modo que respetaba todo lo que fuera una manifestación de la delicadeza de sentimientos. Como testimonio de agradecimiento a los servicios prestados por la señora Catherick a él y a su familia, resolvió costear privadamente los gastos que causara la permanencia de su hija en una casa de salud. Pese a todo cuanto su madre hizo, la desventurada descubrió la parte que él había tenido en su ingreso en esa casa benéfica. Con este motivo, concibió contra él un odio y desconfianza intensos. De ambos dió evidentes pruebas mientras estuvo asilada, como lo demuestra después el anónimo escrito cuando su fuga. Y a ese momento había que atribuirlo. Dijo, demás, que si tanto la señorita Halcombe como yo no éramos de este parecer y queríamos saber algo más con respecto a la casa de salud, estaba dispuesto a contestar a cuantas preguntas le hiciéramos y nos dió las señas de la casa y las direcciones de los médicos bajo cuyos certificados fué admitida la paciente. Con respecto a la desdichada joven, había cumplido su deber, dando amplias instrucciones a su notario para que no mirara en gastos ni molestias con objeto de encontrarla y ponerla de nuevo bajo los cuidados que requería su estado mental. A partir de este momento se declaró incondicionalmente a disposición de la señorita Fairlie y de su

familia para cuantas averiguaciones quisiéramos hacer, porque estaba deseoso de cumplir con su deber.

Yo fui la primera persona que contestó a sus palabras. Claramente estaba trazada la conducta que había de seguir en lo sucesivo. Una de las grandes bellezas de la Ley es esa elasticidad que permite darle toda clase de formas y aplicarla en todos los casos que sean. Yo habría obrado de otro modo si hubiese sido llamado para exponer una queja contra la conducta de Sir Percival. Pero siendo allí mis funciones puramente privadas, y reduciéndome a considerar la explicación que acabábamos de escuchar, teniendo en cuenta la fuerza con que la investía la personalidad del caballero que la ofrecía, y decidir luego en consecuencia si le eran favorables o adversas las circunstancias que había expuesto, mi honrada convicción fué que le eran favorables, y lo declararé así, apreciando como completamente satisfactoria la aclaración que nos había hecho.

La señorita Halcombe, luego de dirigirme una mirada investigadora, pronunció en este mismo sentido unas palabras pero no sin ocultar cierta vacilación, que no creo que las circunstancias justificaran. No puedo decir sí esta actitud fué advertida o no por Sir Percival. Creo, sin embargo, que si, porque volvió a tratar del mismo asunto, aunque, a mi entender, hubiera podido dejarlo ya como cosa resuelta.

—Si esta sencilla exposición de hechos —continué luego—, hubiera sido dirigida tan sólo al señor notario, creería innecesaria otra aclaración de este desventurado asunto. Me atrevo a esperar que el señor Gilmore fiará en mi palabra de caballero y dará por terminada la discusión entre los dos, haciéndome justicia. Mi posición con respecto a una dama es muy distinta. Estoy dispuesto a conceder lo que no concedería a ningún hombre: una prueba de la veracidad de mis afirmaciones. Usted, señorita Halcombe, no puede pedirme esa prueba, y comprendo que mi deber para con usted y su hermana es ofrecérsela. Le ruego, por tanto, que escriba inmediatamente a la madre de esta enferma, a la señorita Catherick, y le pida que le confirme cuanto le he dicho.

Inmediatamente vi que la señorita Halcombe cambiaba de color y se sentía molesta. Aunque muy cortésmente hecho, el ofrecimiento de Sir Percival le pareció, tanto a ella como a mí responder delicadamente a la pequeña desconfianza manifestada por ella unos momentos antes.

—Espero, Sir Percival —dijo vivamente— que no me hará usted la injusticia de creer que desconfío de usted.

—En efecto, señorita. Únicamente le ofrezco mi proposición como pura cortesía. Pero, ¿me permite usted que insista sobre ello?

Diciendo estas palabras, se acercó al escritorio, trasladó a él una silla y abrió la gaveta donde se encontraba el papel.

—De nuevo le suplico que escriba usted esa carta —dijo como un favor especial a mí. No tardará usted más de unos minutos. Ha de hacer tan sólo dos preguntas: si con su consentimiento y aprobación hice ingresar a su hija en una casa de salud, y si le parece que yo fui en esta ocasión merecedor por su parte de alguna gratitud. Con respecto a tan desagradable asunto, el señor notario ya está tranquilo. Usted, señorita Halcombe, afirma también lo mismo, pero le ruego ahora que me tranquilice a mí escribiendo estas líneas.

—Me obliga usted a hacerlo, aunque preferiría no ceder a su petición.

La señorita Halcombe se dirigió al escritorio. Con una inclinación, Sir Percival le dió las gracias, ofreciéndole la pluma. Después, se situó junto a la chimenea, ante la cual hallábase tumbado el perro predilecto de la señorita Fairlie. El barón alargó la mano para acariciarle, diciéndole alegremente:

—Ven acá , «Nina». Tú y yo somos buenos amigos.

El animal, gruñón y caprichoso, como suelen serlo los animales muy mimados, le miró con desconfianza y huyendo de su mano se refugió debajo del sofá. Parecía increíble que se hubiese molestado por tan poco, como era el desagrado de un perro, pero así fué y Sir Percival se levantó y se dirigió a la ventana. Probablemente tenga el genio irritable algunas veces. Esto será para mí un nuevo motivo de simpatía, porque mi genio también lo es a veces.

No tardó la señorita Halcombe en concluir la carta. Cuando la hubo terminado, se la enseñó a Sir Percival, quien se inclinó, y sin leerla la encerró dentro de un sobre, puso en él las señas y se la devolvió a la señorita Halcombe sin decir una sola palabra. Jamás he visto mayor gracia y corrección que la empleada por el aristócrata durante esta breve escena.

—¿Insiste usted en que se envíe, Sir Percival? —preguntó la señorita Halcombe.

—Se lo ruego —contestó él—. Ahora que ya está escrita y cerrada, permítame que le

pregunte algo con respecto a la infeliz muchacha. He leído la comunicación que este caballero tuvo la bondad de enviar a mí notario. En ella se describen las circunstancias según las cuales se llegó a la identificación de la persona que la había escrito. Pero hay un punto que quisiera aclarar. ¿Ha visto la señorita Fairlie a Ana Catherick?

—No.

—¿La ha visto usted?

—Tampoco.

—¿Sólo el señor Hartright ha sido, de esta casa, el único visto por ella en ese encuentro casual en el cementerio?

—En efecto.

—Según creo, ese individuo estaba aquí desempeñando el cargo de profesor de dibujo, ¿no es cierto? ¿Pertenece a alguna academia o sociedad?

—Creo que sí —contestó la señorita Halcombe.

El barón calló durante algunos instantes, como si pensara las últimas palabras. Luego dijo:

—¿Conoce usted la dirección de la casa en que vivía Ana Catherick cuando estaba en estas cercanías?

—Sí, es la hacienda llamada Todd's Corner.

—Tenemos un deber para esta pobre criatura —continuó Sir Percival—. Tal vez la gente de la hacienda sepa algo que permita dar con sus huellas, y voy a hacer averiguaciones sobre este particular. Por otra parte, como no me es posible discutir este asunto con la señorita Fairlie, le ruego que sea usted quien tenga la bondad de dar las necesarias explicaciones de todo esto, difiriéndolas, sí le parece bien, hasta que le contesten la carta que ha enviado usted a su madre.

La señorita Halcombe le prometió hacerlo. Él le reiteró su gratitud y después de

saludarnos se dirigió a las habitaciones que le habían sido destinadas. Al abrir la puerta, el malhumorado perro le saludó como despedida con un ladrido furioso.

—Señorita Halcombe —le dije cuando estuvimos solos bien hemos aprovechado la mañana. He aquí un día de inquietud terminado felizmente.

—En efecto —repuso ella—, no hay ninguna duda sobre ello. Me complace verle a usted tan satisfecho.

Sí, lo estoy —contesté—, y también lo estará usted con esta carta en la mano.

—¡Oh, sí! —contestó—, no tengo otro remedio —y añadió, hablando mas para sí que para mí—: Pero hubiera deseado que se encontrara presente el señor Walter Hartright, con objeto de saber la opinión que le merecía la proposición de escribir esta carta.

Me sorprendió y me hirió un poco el oír estas palabras.

—Bien es verdad que los acontecimientos han mezclado de una forma muy directa a este señor en el asunto de la carta —le dije—, y admito francamente que su conducta merece todos sus elogios por su delicadeza y discreción. Sin embargo, no puedo comprender qué benéfico influjo hubiera ejercido en este momento su presencia, para lograr tranquilizarla más que lo que han debido hacer las explicaciones de Sir Percival.

—Tiene usted razón. Olvide usted esto —murmuró vagamente—. No discutamos más sobre ello. Sobre este particular, su presencia, señor Gilmore, será mi mejor guía.

No me gustó en forma alguna esta manera de descargar sobre mis hombros toda la responsabilidad. Si la señorita Fairlie lo hubiera hecho, no me hubiera sorprendido, pero la señorita Halcombe, tan inteligente y decidida, era la última persona en el mundo que yo esperaba retrocediera ante la idea de expresar una opinión propia.

—Sí todavía le atormenta a usted alguna duda —le dije—, ¿por qué no me la manifiesta francamente? ¿Tiene usted algún motivo para desconfiar de Sir Percival? Dígamelo claramente, se lo ruego.

—No, ninguno.

—¿Le parece a usted verosímil o contradictoria su explicación?

—¿Cómo, después de las pruebas que me ha dado de la veracidad de sus palabras? ¿Qué testimonio puede haber mejor que el de su propia madre?

—Ninguno, en efecto. Si es favorable la contestación a esta carta, no veo por qué hemos de esperar más de Sir Percival sus amigos.

—Entonces, enviemos esta carta al correo —dijo, levantándose con objeto de salir de la habitación—, y no hablemos hasta que llegue la respuesta. No le preocupen a usted mis vacilaciones. La única explicación que tienen es que he sufrido mucho estos días a cansa del porvenir de Laura. Los nervios mejor templados, señor Gilmore, los desequilibra el sufrimiento y la inquietud.

Me dejó de pronto y su voz, tan firme y sonora por lo general, se alteró al pronunciar estas palabras. ¡Qué naturaleza tan sensible, valiente y apasionada, poseía esta mujer, única entre diez mil, en una época tan frívola e intrascendente! La conozco desde sus primeros años, y en más de una difícil crisis de familia he tenido ocasión de admirarla. Sus palabras y sus vacilaciones tienen por esta razón, para mí, una importancia que no concedería a ninguna otra mujer. Sin embargo, yo no veía motivos para intranquilizarme y desconfiar, a pesar de que sus palabras habían bastado para iniciar en mí esta intranquilidad y desconfianza. En mi juventud me hubiera abofeteado por la irritación que este irresoluto estado de mi ánimo me hubiera producido. Pero ahora, a mis años, me lo tomé con calma y me fui a dar un paseo.

II

Nos reunimos todos a la comida. Sir Percival se encontraba de tan ruidoso buen humor, que apenas si reconocí en él al hombre cuya exquisita corrección y delicadeza me habían impresionado tan favorablemente durante la entrevista de la mañana. Lo único que pude observar de su anterior modo de ser fué su manera de conducirse ante la señorita Fairlie. Bastaba una mirada o una palabra suya para cortar su más estrepitosa carcajada, para aminorar el río de sus palabras y atraer hacia ella toda su atención, prescindiendo de la de las personas que nos hallábamos sentadas a la mesa. A pesar de que no trató en modo alguno de emprender con ella aparte ninguna conversación, tampoco perdió la menor oportunidad de intercalar en la conversación general las frases que las circunstancias le permitían decir.

La señorita Fairlie agradecía las atenciones, sin creerse obligada a devolverlas. Se

turbaba cuando él la dirigía ardientes miradas o frases que encubrían mal sus aspiraciones, pero, desde luego, parecía no compartirlas lo más mínimo. Posición, fortuna, buena educación, el respeto del caballero y la pasión del enamorado, todo lo ponía a sus pies. Pero por las apariencias, la oferta no se aceptaba gustosamente.

Al siguiente día, Sir Percival se dirigió a la hacienda de Todd's Corner, llevando como gula a uno de los criados. Según he sabido más tarde, no dieron resultado sus investigaciones. Tuvo, a su regreso, una entrevista con el señor Fairlie, y por la tarde paseó en coche con la señorita Halcombe. No ocurrió otra cosa digna de mención. La velada fué igual que la anterior. Ni en él ni en la señorita Fairlie se produjo el menor cambio.

El correo del miércoles trajo la respuesta de la señora Catherick. Del documento saqué una copia, que conservo entre los originales y que creo oportuno dar a conocer en este momento. Decía así:

«Señora: Por la presente, acuso recibo de su carta, en la que pregunta si mi hija Ana fué recluida en una casa de salud con mi conocimiento y autorización, y si la parte que en ello tuvo Sir Percival Glyde merece mi gratitud. Le ruego que acepte usted mi respuesta afirmativa en ambos casos, y tenga siempre la seguridad del respeto de su atenta —*Juana Ana Catherick.*»

Era una misiva corta, seca y concluyente. En la forma me pareció observar demasiada concisión para una mujer, y en el fondo, una clara confirmación de las palabras de Sir Percival. Esta fué mi opinión y, tal vez, con algunas reservas, la de la señorita Halcombe. Cuando le mostramos la carta a Sir Percival, no pareció sorprenderse por el laconismo con que había sido escrita. Nos dijo que la señora Catherick era una mujer de muy pocas palabras, muy inteligente, pero que carecía de imaginación y nunca decía más de lo que quería.

Ya que la respuesta había llegado y era completamente satisfactoria, quedaba únicamente poner en conocimiento de la señorita Fairlie cuanto se relacionaba con la explicación de Sir Percival. La señorita Halcombe tomó a su cargo esta tarea, y nos dejó para entrevistarse con su hermana. Pero entró de pronto otra vez y se sentó junto a la butaca en la que yo leía la prensa. Hacía un instante que Sir Percival había salido para visitar las cuadras y en la habitación no había nadie más que nosotros.

—Creo —me dijo ella, dando vuelta entre los dedos a la carta recién recibida— que hemos hecho cuanto era posible hacer.

—Si nos consideramos amigos de Sir Percival, le apreciamos y tenemos confianza en él, hemos hecho todo y más de lo necesario —contesté un poco molesto ante la reaparición de la desconfianza—. Ahora bien, si somos enemigos y sospechamos de él...

—No pensemos en ello —me interrumpió—. Somos amigos de Sir Percival y debemos ser todos admiradores suyos al mismo tiempo, si la generosidad y la tolerancia consiguen aumentar nuestra estimación por él. ¿Sabe usted que ayer se entrevistó con el señor Fairlie y salió por la tarde a pasear conmigo?

—Sí, les vi a ustedes pasar en el coche.

—Comenzamos hablando de Ana Catherick y del extraño modo como la encontró el señor Hartright. Pero dejamos esta conversación enseguida. Sir Percival habló entonces en términos menos egoístas, tratando de su compromiso con mi hermana. Me dijo que se había dado cuenta de la melancolía y reserva de Laura, y mientras no le diéramos otra razón, atribuiría este cambio al desdichado anónimo. Ahora bien, nos suplicaba que si esta transformación en las maneras de su futura esposa para con él durante la visita actual tenía un motivo más serio, que ni el señor Fairlie ni yo violentáramos sus inclinaciones. En este caso, nos rogaba que le recordásemos a Laura y le pidiéramos que tuviera en cuenta por última vez las circunstancias en que tuvo efecto su compromiso que recordara también lo que su conducta había sido desde el primer día en que la consideró su prometida, hasta el momento actual. Luego, si después de reflexionar sobre este particular deseaba ella que desistiera él de sus pretensiones a ser su esposo, se lo dijera francamente. El se sacrificaría retirando su palabra y dejándola completamente libre.

—Señorita Halcombe, no hay hombre que pueda decir más en este caso le contesté y mi experiencia sabe de muy pocos.

Ella calló y me miró con una expresión de perplejidad y tristeza. De pronto dijo bruscamente:

—No acuso a nadie ni sospecho nada, pero ni puedo ni quiero influir en mi hermana, ni tomar sobre mí la responsabilidad de este matrimonio.

—Eso es, exactamente, lo que ha dicho Sir Percival —contesté yo sorprendido—. ¿No le ha dicho acaso que no quiere que nadie violente sus inclinaciones?

—Pero me obliga indirectamente a hacerlo, si cumplo su encargo.

—No comprendo.

—Observe usted el conocimiento que tiene de mi hermana, señor Gilmore. Si la obligo a sentimientos más poderosos que su carácter, el amor a la memoria de su padre y su respeto por cumplir los compromisos contraídos, impedirá, ya lo sabe usted, que falte a su palabra. Sabe usted también que contrajo este compromiso durante la última enfermedad de su padre quien en sus últimos momentos habló en este sentido de sus deseos.

He de reconocer que me sorprendió al observar la cuestión desde este punto.

—¿Pretende usted insinuar —le pregunté que Sir Percival cuenta de antemano con el resultado de lo que acaba usted de mencionar?

Su rostro franco y expresivo contestó por ella antes de que lo hiciera su boca.

—¿Le parece a usted —me contestó con el entrecejo fruncido—, que permitiría la compañía de un hombre capaz de una bajeza semejante?

Algunas veces, me gustaba verla enfadada de veras. En mi profesión vemos muchos disimulas y pocos arranques de este estilo.

—Permítame que le recuerde —continuó— que nos apartarnos de la cuestión. Sir Percival, sean las que sean las circunstancias, tiene perfecto derecho a exigir que su hermana recuerde toda clase de pormenores que le hicieron adquirir semejante compromiso, antes de reclamar la anulación del mismo. Si el anónimo es la causa de todo, vaya usted a decirle que tanto a ojos de usted como a los míos se ha justificado plenamente. Después de esto, ¿qué otra desconfianza? ¿Qué es lo que puede oponer para cambiar el concepto que posee de un hombre a quien ha aceptado como futuro esposo hace más de dos años?

—Ante la ley y la fría razón, señor Gilmore, creo que ninguna. Si ella vacila, vacilo yo. Haga usted lo que quiera. Atribuya a capricho nuestro esta extraña conducta. Soportaremos las dos la reputación que se nos haga lo mejor que podamos.

Y sin decir más, se levantó bruscamente y salió. El noventa y nueve por ciento de los

casos en que una mujer inteligente, apelando a una salida agria, evade contestar cuando se trata de una cuestión seria, es señal de que tiene algo que esconder. Continué la lectura de mis periódicos, sospechando que la señorita Fairlie y su hermana tenían un secreto que ocultar a Sir Percival y a mí. Sobre todo, para el primero, me pareció muy dura esta actitud.

Mis dudas, o, hablando con mayor propiedad, mis convicciones, se confirmaron plenamente ante el lenguaje y las maneras de la señorita Halcombe, cuando volví a verla más tarde, aquel mismo día. Dándome cuenta de su entrevista con su hermana, fué muy breve. La señorita Fairlie la había oído tranquilamente mientras habló de la carta. Pero cuando la señorita Halcombe le declaró que el motivo de la visita del barón era rogarle que fijara el día de la boda, cortó toda disensión pidiendo tiempo. Si momentáneamente quería Sir Percival excusarla, se comprometía a dar una respuesta definitiva antes de terminar el año. Pidió de tal modo, con tanta ansiedad y agitación este plazo, que la señorita Halcombe le aseguró que usaría de toda su influencia, en el caso de ser necesaria, para obtenerlo. Así terminó la discusión con respecto a la boda.

Esta momentánea solución fué quizá muy de su agrado, pero, dejaba en una situación un poco embarazoso al autor de estas líneas. El correo de la mañana me trajo una carta de mi socio obligándome a regresar a Londres la tarde del siguiente día. Probablemente no tendría ocasión de visitar de nuevo Limmeridge antes de fin de año. Suponiendo que la señorita Fairlie se decidiera por último a cumplir su palabra, sería imposible mi comunicación personal con ella antes de la fecha fijada. Tendríamos entonces que tratar por escrito cosas que resultaban siempre mejor discutidas de palabra. Sin embargo, nada se podía resolver antes de saber si Sir Percival concedía el solicitado plazo. No obstante, ella lo dió por descontado, considerándole un caballero demasiado galante para no complacer inmediatamente los deseos de una dama.

Cuando me informó de todo la señorita Halcombe, le dije que era de todo punto necesario hablar con su hermana antes de abandonar Limmeridge. Quedó así convenido. Yo hablarías la joven novia a la mañana siguiente, y en sus habitaciones particulares. La señorita Fairlie no bajó aquel día a comer, ni la vimos durante la velada. Dió como excusa una ligera indisposición, y me pareció ver que Sir Percival se contrariaba al saberlo.

Terminado el almuerzo del día siguiente, me dirigí a las habitaciones de la señorita Fairlie. Estaba pálida y abatida, y salió a recibirme con una dulzura tan afectuosa que mi deseo de amonestarla severamente por su indecisión y capricho se desvaneció instantáneamente. La acompañé hasta la silla de la que se había levantado y me senté

ante ella. A su lado encontrábase el malhumorado perro, y me dispuse a una ruidosa recepción. Pero aquel extraño y caprichoso animal defraudó esta sospecha, y apenas me hube sentado saltó confiadamente sobre mis rodillas y colocó su hocico en mi mano.

—Cuando era usted pequeña —dije a la señorita Fairlie—, se sentó muchas veces en mis rodillas. Ahora, el perro imita a la dueña y la sucede en el trono vacante. ¿Es obra suya esta preciosa acuarela?

Le señalé un álbum abierto que se hallaba a su lado y que hojeara cuando entré. Mi pregunta era ociosa, pero no sabía cómo hablarle tan de repente de negocios.

—No —me contestó ruborizándose, sin que yo comprendiera esta razón—, no es obra mía.

Recordaba que desde niña sus dedos tenían la costumbre de jugar con lo primero que encontraban a mano, mientras alguien le hablaba. Ahora, aquellos mismos dedos recorren el álbum, acariciando distraídamente los márgenes de los dibujos. Una expresión de melancolía hacía cada vez más viva en su semblante. Sus ojos no miraban al álbum ni a mí. Pasaba su mirada de un objeto a otro de la habitación, como sospechando el motivo de mi visita. Dándome cuenta de ello, me decidí a abreviar.

—Querida mía, una de las causas que me traen a usted es la de despedirme —le dije—. He de volver a Londres hoy mismo y quisiera antes charlar un rato en su compañía con respecto a sus intereses.

—Lamento mucho su partida, señor Gilmore —dijo, mirándome con bondad—. Su presencia me recuerda tiempos felices, ya pasados.

—Creo que no tardaré en volver. Juntos, podremos renovar entonces las memorias de tan gratos días —le dije—. Pero como la fecha de mi regreso es todavía incierta, aprovecho la oportunidad para hablarle ahora. Usted no ignora que soy su antiguo abogado y un amigo de toda la vida. Estos dos títulos me dan derecho a hablarle, sin ofenderla, de su proyectado enlace con Sir Percival.

Su mano se separó de pronto del álbum. Pareció como si éste se hubiera convertido en un carbón ardiente. Sus dedos se entrelazaron. Fijó en el suelo su mirada y en su semblante apareció una expresión de dolor físico.

—¿Es necesario que hablemos de mi matrimonio? —me preguntó con voz baja y trémula.

—Sí —le contesté—, pero sin que usted sufra ninguna imposición. Tan sólo necesito saber al se casa usted o no. En el primero de los casos, he de prepararlo todo para redactar el contrato y la carta de dote. No puedo hacer nada de esto sin consultarle, aun cuando no sea más que por mera cortesía. Tal vez no tenga otra ocasión de poder recibir de usted sus deseos con sus propias palabras. Supongamos, entonces, que usted se casa. Permítame que le exponga brevemente cuál es su actual posición y cuál será la de su futuro, si usted quiere.

Clara y concisamente le expuse los intereses que figurarían en su contrato de matrimonio. Le dije lo que recibiría a su mayor edad, como herencia de sus padres, y lo que había de obtener a la muerte de su tío. Le hablé de la diferencia que existía entre los bienes en usufructo y los de libre propiedad. Me oía atentamente, pero su rostro tenía la misma tirantez y sus dedos continuaban entrelazados.

—Ahora —le dije—, piense usted si en este caso que acabamos de suponer desea que se intercale alguna cláusula especial, teniendo en cuenta que necesita usted del consentimiento de su tutor, puesto que todavía no es usted mayor de edad.

Se movió en su silla con inquietud. Levantó la cabeza y, mirándome con un visible esfuerzo, dijo débilmente:

—Si llegara el caso en que me...

—Sí —añadí, ayudándola en que se casara usted. ¿Qué es lo que desea?

—Que no permita a mi tutor que me separe de Marian —dijo con súbita energía—. Se lo ruego, señor Gilmore. Ponga usted como condición que Marian viva siempre a mi lado.

En otra circunstancia cualquiera me hubiera divertido tal vez ver esta interpretación esencialmente femenina de mi pregunta, y del párrafo legal con que la había preparado. Pero diciendo aquellas palabras, su voz y su aspecto no sólo me lo impidieron, sino que me dejaron profundamente desolado. A pesar de la brevedad de la frase, se demostraba un desesperado deseo de prolongar un pasado que auguraba muy malo para el porvenir.

—El que su hermana viva en su compañía es cuestión a resolver mediante un convenio privado —le dije—. Creo que usted no ha interpretado bien mis palabras. Me refiero a sus intereses, al empleo que quiera usted dar a su dinero. Supongamos que al llegar a su mayoría de edad quiere usted hacer testamento. ¿A quién nombraría su heredero?

—Marian ha sido para mí más que una hermana: una madre dio con los ojos brillando, de gratitud ¿Se lo puedo dejar todo a ella, señor Gilmore?

—Claro querida —le contesté—, pero debo recordarle que se trata de una gran fortuna. ¿Lo quiere usted dejar todo a ella?

La señorita Fairlie vaciló. Cambió varias veces de color y su mano acarició de nuevo el álbum.

—No, todo no —dijo—. Además de Marian hay alguien...

Calló. Sus mejillas eran del color de la púrpura, y sus dedos, como si tocaran alguna melodía favorita, tecleaban en los márgenes de las acuarelas.

—Alguien —continué alguien a quien quisiera dejar un recuerdo... Si yo muero primero...

Calló otra vez. Me miré y volvió la cabeza. Al cambiar de postura cayó su pañuelo al suelo, y de pronto escondió el rostro entre las manos y se echó a llorar.

La tristeza que me ocasionaba su dolor me hizo olvidar los años transcurridos y el cambio que nuestras respectivas posiciones habían experimentado. Acerqué a la suya mi silla, recogí el pañuelo y, apartando suavemente las manos de su rostro, le dije:

—No llore más, querida —y sequé con el fino pañuelo las lágrimas, como lo hubiera hecho diez años antes.

Fijé el mejor procedimiento para tranquilizarla. Escondió su cabeza en mí pecho y, sonriendo débilmente a través de las lágrimas, me dijo:

—Lamento mucho haber olvidado hasta este punto... Pero desde hace tiempo estoy muy débil y nerviosa lloro a veces sin motivo. Estoy mejor y le podré contestar a todo lo que usted quiera.

—No, no, querida —le dije—. No hablemos más por hoy. Ha dicha ya usted bastante para que me cuide de sus intereses, como es mi deber. En otra ocasión, ya nos ocuparemos de lo que usted quiera.

Empecé otra conversación, y diez minutos después su semblante se había animado. Me levanté entonces para despedirme.

—Vuelva a verme —me dijo insistentemente—. Venga otra vez y verá cómo seré más digna del interés que usted me ha demostrado. ¿Verdad que volverá?

—Espero encontrarla mejor cuando vuelva —le dije mejor y más feliz. Dios la bendiga.

Me ofreció la frente, y dejé en ella un beso paternal. También los abogados tienen corazón, y el mío sufrió mucha en aquella ocasión.

.....
...

Acercábase la hora de mi partida. Por medio de un criado mandé recado al señor Fairlie diciéndole que me hubiese despedido gustosamente de él, pero que tenía que ser inmediatamente, porque la premura de tiempo me lo impedía. Por medio del mismo criado me envió su respuesta en una hoja de papel, según estas líneas:

«Muchos recuerdos y buen viaje, querido Gilmore. Para mí una de las cosas más perjudiciales es la prisa. Cuídese y hasta pronto»

Antes de marchar pude hablar con la señorita Halcombe.

—¿Ha hablado usted con Laura? —me preguntó.

—Sí —repuse—. Está muy débil y nerviosa. Me alegro de que usted le haga compañía.

La penetrante mirada de la señorita Halcombe se clavó en mí.

—Veo —me dijo— que ha cambiado usted con respecto a Laura. Hoy está más dispuesto a complacerla que ayer.

Sin una gran preparación, no debe nunca un hombre complicarse en discreteos con una mujer, y menos con una de tan sutil ingenio como la señorita Halcombe. Por esta razón, me limité a contestar:

—Téngame al corriente de lo que ocurra. No haré nada sin sus noticias.

De nuevo me miró fijamente, diciendo después:

—Deseo que todo esto termine de una vez, y usted también lo desea.

Sin más, nos despedimos, estrechándonos cordialmente las manos.

Sir Percival tuvo empeño en acompañarme cortésmente hasta el coche.

—Si alguna vez pasa usted por mis posesiones —me dijo—, no olvide que será para mí un placer verle de nuevo. En cualquier sitio donde yo esté será siempre muy bien recibido el leal y antiguo amigo de esta familia.

Era, realmente, un hombre encantador, cortés, considerado y de una simpatía verdaderamente irresistible. Al arrancar el coche que debía conducirme a la estación, estaba completamente convencido de que haría gustosamente cualquier cosa en obsequio de aquel caballero tan cumplido. Todo, menos redactar su contrato de matrimonio.

III

Desde mi regreso a la capital transcurrió todavía una semana sin que hubiera recibido noticias de la señorita Halcombe. Sin embargo, al octavo día hallé sobre mi despacho una carta de su puño y letra. En ella me daba cuenta de que Sir Percival Glyde había sido aceptado definitivamente y que según los deseos de los contrayentes, se celebraría, la boda antes de final de año. Con toda seguridad, la ceremonia tendría efecto en la segunda quincena de diciembre. La señorita Fairlie cumplía veintiún años el próximo mes de marzo. Por tanto, sería esposa de Sir Percival tres meses antes de entrar en su mayoría de edad.

Estas noticias no debían sorprenderme ni darme motivos para que me entristeciera. Pero he de confesar que ocurrieron en mí las dos cosas. A estas sensaciones se mezclaba, además, cierto disgusto ocasionado por el laconismo de la carta, lo que

contribuyó a ponerme de mal humor durante todo el día. Mi reservada corresponsal me anunciaba la boda en seis líneas, y en tres más me decía que Sir Percival había abandonado Limmeridge y había regresado a su castillo de Hampshire. Por último, con dos frases finales me anunciaba que el estado de salud de Laura le hacía necesario un cambio de aires y que, para probarlo, había decidido llevarse a su hermana durante una temporada, que emplearía en visitar a unos amigos de Yorkshire.

Así terminaba la carta, sin añadir una sola palabra que explicase los poderosos motivos que habían impulsado a la señorita Fairlie a aceptar su matrimonio, días después de la entrevista que había tenido conmigo.

De esta repentina mudanza tuve tiempo más tarde una completa explicación. Pero ni el tiempo es oportuno ni corresponde a mí su publicidad. Estas circunstancias se verificaron en presenciado la señorita Halcombe. Cuando su relato suceda al mío, ella las describirá tal y como sucedieron. En tanto llega ese momento, en virtud del cual deje la pluma a otro y desaparezca de la escena, referiré tan sólo el acontecimiento relativo a mi intervención en el matrimonio de la señorita Fairlie, o, lo que es lo mismo, a la redacción del contrato.

Resulta imposible hacer una descripción inteligible de este documento sin tener en cuenta antes determinados pormenores respecto a los intereses económicos de la novia. Trataré de ser breve y claro, absteniéndome de frases profesionales, que harían obscura esta relación. El asunto de que se trata es de gran importancia y advierto a los lectores de estas líneas que la herencia de la señorita Fairlie es una parte muy importante de esta historia. Por lo tanto, si se quiere comprender el resto de la misma, debe leerse con toda atención lo que a continuación voy a decir.

La fortuna de la señorita Fairlie componíase de dos partes, y comprendía la probable herencia de su tío, integrada por fincas rústicas, terrenos, etc., los cuales pasarían a ser de su propiedad a la muerte de aquél, y, además, la fortuna personal de su padre, de la que se haría cargo una vez llegara a su mayoría de edad.

Detengámonos un momento en las fincas rústicas. Desde tiempos del abuelo de la señorita Fairlie, a quien llamaremos, a partir de ahora, el señor Fairlie el viejo, se estableció en Limmeridge el siguiente orden de sucesión: el señor Fairlie el viejo murió dejando tres hijos, Felipe, Federico y Armando; el primero, que era el mayor, heredó las fincas; si moría éste sin hijos, la herencia había de pasar a Federico, y en defecto de sucesión masculina al hijo más pequeño, o sea, a Armando; pero murió Felipe Fairlie sin dejar más que una hija, la que, conocemos por Laura, y, según las disposiciones de la ley, los bienes patrimoniales recayeron en el hijo segundo, o sea,

en Federico, que era soltero; el tercer hermano, Armando, había muerto ya hacía mucho tiempo, antes que su hermano mayor, y dejó un hijo y una hija; el primero, a los dieciocho años, se ahogó en Oxford, y su muerte dejó a Laura, hija de Felipe, como presunta heredera de todos los bienes patrimoniales de que debía entrar en posesión a la muerte de su tío Federico, dado el caso de que éste muriera soltero y sin sucesión masculina.

En el caso de que Federico Fairlie se casara y tuviera un hijo, cosas las dos completamente improbables, su sobrina Laura heredera todos los bienes, pero ya se recordará que únicamente como usufructuaria. Si muriera soltera o sin hijos, los bienes recaerían en su prima Magdalena, la hija de Armando Fairlie. Ahora bien, si ella contraía matrimonio según contrato extendido debidamente, es decir, tal como el que yo haría, durante toda su vida podría disfrutar de las rentas de los bienes, que eran unas tres mil libras anuales. En el caso de que muriera ella antes que su marido, debía de quedar todo arreglado de modo que éste disfrutara también vitaliciamente de las rentas. En el caso de que Laura tuviera un hijo, su prima Magdalena quedaba excluida de la herencia.

Por lo tanto, a Sir Percival su matrimonio con la señorita Fairlie le ofrecía la perspectiva, en cuanto a intereses materiales se refiere, de estas dos ventajas a la muerte de la que había de ser su mujer: el disfrute de una renta de tres mil libras al año, si no tenía hijo alguno, y si lo tenía, la herencia de Limmeridge. Toda esta gran fortuna, que ni a la joven ni a mí nos había ofrecido la menor dificultad, podía ofrecerlas muy serias al abogado de Sir Percival y a mí como abogado de Laura.

La fortuna personal, o sea, el dinero que la señorita Fairlie debía poseer a su mayoría de edad, es el que hay que tener en cuenta como segundo punto. Esta parte de la herencia era ya por sí una fortuna nada despreciable. Se detallaba en el testamento de su padre, y alcanzaba la cifra de veinte mil libras esterlinas. Tenía, además, el derecho al usufructo de otras diez mil, que pasarían a su muerte a su tía Leonor, única hermana de su padre. Con objeto de que el lector comprenda con facilidad y claramente los asuntos de la familia, haré un breve paréntesis explicando por qué la tía tenía que esperar la muerte de su sobrina para entrar en posesión de la herencia correspondiente. El señor Felipe Fairlie vivió siempre en buena armonía con su hermana mientras ésta fué soltera, pero a su tardío matrimonio con un noble italiano llamado el conde Fosco, su hermano desaprobó su actitud tan radicalmente que se negó a mantener, toda clase de relaciones con ella, llevando incluso su odio a no nombrarla en el testamento. Todos los demás componentes de la familia encontraron más o menos exagerado este resentimiento. Aunque no rico, el conde Fosco no era tampoco un mendigo ni un aventurero. Tenía una pequeña y al mismo tiempo suficiente

fortuna propia. Durante muchos años había vivido en Inglaterra, ocupando en la sociedad una posición distinguida. Sin embargo, estas cualidades no fueron apreciadas por don Felipe Fairlie. Tenía muchas opiniones de los ingleses de la antigua generación. Una de ellas era aborrecer a los extranjeros por el hecho de serlo. Lo único que al cabo de los años, y gracias a la mediación de la señora Fairlie, se pudo conseguir, fué que consintiera en volver a escribir el nombre de su hermana en el testamento, a condición de que no entrara en posesión de su herencia hasta después de la muerte de su sobrina. En el caso de que Leonor hubiese fallecido, al ocurrir su muerte las diez mil libras pasarían a manos de Magdalena, la hija de Armando Fairlie. Teniendo en cuenta las edades de las dos damas, las posibilidades de tía Leonor en el disfrute de las diez mil libras era muy dudosa. La condesa Fosco acusó el resentimiento de su hermano como suele hacerse casi siempre, es decir, con injusticia, negándose a visitar a su sobrina y a creer en el desinterés de la señora Fairlie. Esta es la historia de las diez mil libras. Sobre tal punto creo que no surgirán dificultades con el consejero legal del barón. La cláusula era terminante. La esposa disfrutará de las rentas, y a su muerte pasará el capital a su tía o a su primo, si aquella hubiera ya fallecido.

Hechas estas aclaraciones preliminares, llegamos al punto interesante de la cuestión, es decir, a las veinte mil libras. La señorita Fairlie disponía absolutamente en propiedad de esta suma, y podría usar libremente de ella en cuanto cumpliera su mayor edad, en el caso de que yo lograra conseguir para ella un ventajoso contrato. Las restantes cláusulas eran puras formalidades que ni siquiera valen la pena de ser mencionadas. Pero la referente al dinero es tan importante que no puede pasarse por alto. Bastarán unas líneas para dar un breve extracto de ella.

Estipulé lo siguiente: el total del capital debía colocarse de modo que las rentas pasaran íntegras a manos de su propietaria mientras ésta viviera. A su muerte, el esposo de la difunta dispondría de ellas durante toda su vida. El capital constituiría la herencia de los hijos habidos en este matrimonio. Si se diera el caso de que no hubiese herederos directos, la dueña dispondría de su fortuna por medio de un testamento, por lo cual se reservaba el derecho de testar. En resumen; si Lady Glyde muere sin hijos, su hermanastro, la señorita Marian Halcombe, y otras personas que ella desee, pueden, a la muerte del marido, repartirse el dinero que les asigne en su testamento. En el caso de haber hijos, el derecho de éstos se impone a los demás. Esta es la cláusula, y espero que quienes la lean me harán la justicia de reconocer que era imparcial para todos.

Ahora veremos cómo fueron acogidas mis proposiciones por parte del marido. Cuando recibí la carta de la señorita Halcombe, me hallaba más ocupado que de costumbre.

Sin embargo, hice un esfuerzo y antes de una semana de haber recibido el anuncio oficial del matrimonio había ya redactado el borrador del contrato y enviándolo al consejero legal del futuro esposo, con objeto de someterlo a su aprobación. Después de un intervalo de dos días, me lo devolvió el notario de Sir Percival con determinadas notas y enmiendas. En general, sus objeciones y propuestas carecían de importancia, y más eran cuestión de forma que de fondo, hasta los que se refiere a las veinte mil libras. Debajo de esta cláusula había una nota subrayada doblemente con lápiz encarnado. Decía así: «Inadmisibile. El capital debe recaer sobre Sir Percival Glyde en el caso de que falleciera su esposa sin descendencia».

Es decir, ni una sola de las veinte mil libras pasarla a la hermana de la difunta o a otra parienta o amiga, y en el supuesto de no haber herederos forzosos, la suma total pasaría a manos del viudo. Mi contestación a esta propuesta audaz fué todo lo corta y seca que supe hacerla.

«Muy, Sr. mío: En el matrimonio de la señorita Fairlie mantengo íntegra la cláusula que usted rechaza. Queda de usted atto., etc.»

Un cuarto de hora después llegó la contestación:

«Muy Sr. mío: Con respecto al contrato matrimonial de la señorita Fairlie, mantengo íntegramente la nota a la cláusula a que usted se refiere. Se reitera de usted, etc.»

Dado el estado de cosas, no teníamos más remedio que recurrir cada uno a nuestros clientes respectivos, y como quiera que la mía era de menor edad, había de encendérmelas con su tío, el señor Federico Fairlie, que hacía las veces de tutor. Por lo tanto, aquel día le escribí exponiéndole claramente el caso, y no sólo apuré todos los argumentos que tuve a mano para que no modificara la cláusula, sino que resalté los motivos puramente mercenarios en que se fundaba la oposición. El conocimiento que había adquirido yo, forzosamente, del estado de la fortuna de Sir Percival, al examinar los documentos que me entregaron, me demostró claramente que las deudas e hipotecas que pesaban sobre sus propiedades eran muy cuantiosas, y que sus rentas, aunque nominalmente muy grandes, eran casi nada para un hombre de sus exigencias. El norte de la existencia de Sir Percival era la necesidad de adquirir dinero en metálico, y la nota que imponía su abogado lo expresaba claramente.

La respuesta del señor Fairlie llegó a vuelta de correo, y traducida a un lenguaje más claro diría poco más o menos esto:

«Querido Gilmore: Le ruego se digne no molestar a su amigo y cliente con semejantes bagatelas como la contingencia remota de que me habla. No creo probable que una mujer de veinte años muera antes, que un hombre de cuarenta y cinco. Por otra parte, no es posible, en un mundo tan miserable como el que vivimos, apreciar con exactitud el valor de la paz y de la tranquilidad. Comprendamos que esos dones divinos son muy superiores a una trivialidad terrenal como veinte mil libras. No nos preocupemos más. Esperando que, como siempre, estaremos de acuerdo, etc.»

Tiré la carta al suelo con repugnancia, y rodaba aún por él cuando me anunciaron una visita, que resultó ser la del notario de Sir Percival. Existen muchas variedades en la especie de funcionarios de la ley. Una de las más peligrosas es el leguleyo, que anonada a una persona bajo el disfraz de un constante buen humor.

El tipo más desesperante es un hombre de negocios gordo, bien alimentado, sonriente y afable. El señor Merriman era esta personificación.

—Vaya, ¿cómo se encuentra el excelente señor Gilmore? —me preguntó estrechándome la mano y resplandeciendo en el calor de su afabilidad—. Me encanta verle a usted gozar de una salud tan envidiable. Pasé ante su puerta y he pensado, subiré a ver si mi erudito colega tiene algo nuevo que comunicarme. Tratemos ahora de arreglar, verbalmente si es posible, esa pequeña diferencia. ¿Tiene usted noticias de su cliente?

—Sí, ¿y usted?

—¡Ah, querido colega, qué más quisiera yo! Le aseguro que deseo con toda el alma que me libren de esta preocupación, pero no es posible. Mi cliente es un hombre obstinado, o, mejor dicho, resuelto. No me deja ni a sol ni a sombra. Me ha dicho: Merriman, haga usted lo que más convenga a mis intereses, y tenga en cuenta que responsabilidad ha desaparecido hasta que el asunto esté zanjado. Esas son textualmente sus palabras de hará un mes. Lo único que he conseguido es que me las repita de nuevo. Bien sabe usted, señor Gilmore, que yo no soy un hombre duro. Particularmente le aseguro a usted que cogería la nota y la haría mil pedazos, pero si Sir Percival no quiere darme su opinión si deja ciegamente sus intereses en mis manos, ¿qué puedo hacer sino defenderlos? Usted bien ve que tenga las manos atadas, amigo mío.

—Por lo que veo, mantiene usted al pie de la letra la nota de la cláusula.

—Sí, el diablo se la lleve. No me queda otro recurso.

Se dirigió a la chimenea, canturreando con una hermosa voz de bajo una canción de moda, y se calentó las manos.

—Y su cliente de usted, ¿qué dice?

Me avergonzaba decirlo. Intenté ganar tiempo. Luego hice algo peor. Se impusieron mis instintos profesionales y traté de regatear.

—Veinte mil libras es mucho —dije— para que los parientes las dejen escapar con facilidad.

—De acuerdo —dijo Merriman, mirándose pensativamente las botas—. Encuentro muy acertada, acertadísima, su observación.

—Habría que llegar a un arreglo en que se pusieran a salvo los intereses de la familia de la contrayente, al mismo tiempo que los del marido. Vamos a ver si transigimos cada uno de nosotros un poco para llegar a esto. ¿Con qué suma se daría usted por satisfecho?

—La suma con que nos daríamos por satisfechos —dijo el notario alegremente— sería la de diecinueve mil novecientos noventa y nueve libras, diecinueve chelines, once peniques y tres *farthings*. ¡Ja, ja, ja! Perdona usted, señor Gilmore. Siempre, sin darme cuenta, me permito una broma.

—Esta broma bien vale el *farthing* que usted me deja —dije sin poder disimular mi indignación.

El señor, Merriman pareció encantado de mi respuesta. Sus risas atronaron el silencio del despacho, hasta que yo, volviendo a los negocios y deseando poner fin a aquella desagradable entrevista, las di por terminadas.

—Hoy es viernes —le dije—. Denos usted de plazo hasta el próximo jueves y le contestaremos definitivamente.

—Perfectamente —contestó el notario—. Si usted quiere más tiempo, pídale. —Cogió el sombrero para marcharse, pero se detuvo y continuó: —Por cierto, ¿no ha

vuelto usted a saber nada de la loca que escribió el anónimo?

—Nada —le contesté—. ¿Sabe usted algo de ella?

—Todavía no —me contestó—. Sin embargo, no perdemos las esperanzas. Sir Percival tiene la sospecha de que alguien la esconde, y estamos vigilando a ese alguien.

—¿Se refiere usted a la vieja que la acompañaba en Cumberland?

—Al contrario, mi querido amigo —contestó el señor Merriman—. Tampoco hemos conseguido coger a la vieja. El alguien ese de que hablo es un hombre. No le perdemos de vista aquí, en Londres, y sospechamos fundadamente que estuvo mezclado en la fuga de la enferma. Sir Percival quería entenderse directamente con él, pero yo le dije que era mejor que le vigiláramos. Ya veremos lo que ocurre. Así, pues, esperemos hasta el miércoles, fecha en que espero tener el gusto de recibir sus gratas noticias.

Y, sonriendo afablemente, salió de la habitación.

Estaba tan preocupado con las condiciones de aquel contrato que apenas si presté oídos a las últimas palabras de mi colega. En cuanto me hube quedado solo comencé a cavilar en lo que debía hacer. Si mi cliente hubiera sido otro, yo hubiera seguido sus instrucciones sin tener en cuenta mi opinión personal. Pero yo no podía contemplar con tanta indiferencia los intereses de la señorita Fairlie. Experimentaba por ella un verdadero afecto mezclado con el respeto que la memoria de sus padres me inspiraba y estaba decidido a no perdonar la menor cosa con objeto de poner a salvo sus intereses. Hubiera sido inútil escribir de nuevo al señor Fairlie. Tal vez una entrevista sería el medio de conseguir algo de él. El siguiente día era sábado. Me decidí a tomar un tren, saqué billete de ida y vuelta y metí otra vez mis huesos en un vagón, con objeto de convencer al contumaz egoísta. Tenía pocas probabilidades de éxito, pero no quise dejar de dar este paso. Una vez dado, mi conciencia quedarla tranquila sabiendo que había hecho todo lo posible por proteger los intereses de la hija de un buen amigo mío.

Hacía un día magnífico cuando me dispuse a marchar. Mi médico me había recomendado el ejercicio, y acordándome de ello le di la maleta a un criado y me dirigí a la estación a pie. En la esquina de Holborn se acercó a mí un joven y me saludó. Era el señor Hartright. Si él no me hubiera saludado el primero, no lo hubiese

reconocido, tan cambiado estaba. Su rostro aparecía ante mi pálido y demacrado; inseguras sus maneras, y su traje, que en otra ocasión me había llamado la atención por su sencillez elegante, me hubiese avergonzado verlo vestir a uno de mis escribientes.

—¿Hace tiempo que ha vuelto usted? —me preguntó— Creo que ya han sido aceptadas las explicaciones de Sir Percival. ¿Está decidido el matrimonio? ¿sabe usted, cuándo ha de verificarse?

Hablaba tan precipitadamente que no podía ni contestarle. Ignorando que su intimidad con la familia Fairlie llegase al extremo de tener que darle cuenta de sus asuntos privados decidí comunicarle lo menos posible con respecto al matrimonio.

—El tiempo lo dirá, señor Hartright. Ya lo verá usted en los periódicos —le dije—. Lamento verle a usted tan desmejorado.

Una mueca nerviosa, que contrajo su semblante, me hizo arrepentir de haberle contestado tan ligeramente.

—Tiene usted razón —repuso con amargura—. No tengo ningún derecho a preguntar por este matrimonio, y debo esperar leerlo en los periódicos, como todo el mundo. En efecto, señor —continuó antes de que yo pudiera disculparme, he estado enfermo. Ahora me voy fuera de Londres a cambiar de aires y de ocupaciones. La señorita Halcombe ha tenido a bien usar en mi favor de su influencia y he sido aceptado. Voy muy lejos, pero no importa. No me importa ni el clima ni lo que dure mi ausencia —y al hablar, miraba recelosamente a los transeúntes, como si sospechara que le seguía alguien.

—Le deseo mucha suerte y un rápido y feliz regreso —le dije, para aminorar mi anterior impertinencia. Y añadí —: Voy ahora a Limmeridge a tratar de negocios. Las dos señoritas están pasando unos días en Yorkshire. —Brillaron sus ojos y pareció que iba a decirme algo. Pero una segunda mueca se dibujó en su semblante, y estrechándome fuertemente la mano se alejó con rapidez. A pesar de que para mí era casi un extraño, continué inmóvil viéndole marchar, sintiendo dentro de mí una mezcla de pena y de reproche. Indicábame mi experiencia que aquel muchacho se desencarrilaba y cuando me senté en el vagón no tenía ninguna confianza con respecto al porvenir de Walter Hartright.

Llegué a Limmeridge a la hora de comer. Esperé que la buena señora Vesey me acompañara, pero estaba enferma a causa de un resfriado, y los criados, al verme de improviso, comenzaron hacer toda clase de suposiciones absurdas. Al anuncio de mi llegada, me contestó el señor Fairlie que tendría sumo gusto en verme al día siguiente, puesto que la noticia de mi imprevista visita la había postrado para todo el resto del día, con palpitaciones.

Durante la noche, el viento, impetuoso, hizo crujir todas las maderas de la casa. No recuerdo nunca haber dormido tan mal. Me levanté de pésimo humor, y no contribuyó a aminorarlo mi solitario desayuno. Me vinieron a buscar a las diez de parte del señor Fairlie. Como de costumbre, estaba en su cuarto, y también como de costumbre hundido en su butaca, y, como de costumbre, asimismo, en el insoportable estado físico y moral. Al entrar, su ayuda de cámara, el despreciable extranjero de abyecta sonrisa, sostenía ante el señor Fairlie un tremendo infolio repleto de antiguos grabados, del cual su dueño descubría sus prodigiosas bellezas ayudado por una lupa.

—¡Oh, el más excelente de los amigos! —exclamó sin mirarme—. ¿Cómo está usted? ¡Qué amable es usted viniendo a visitar a un enfermo solitario!

Hasta ese momento había esperado a que se retirara el criado, pero no sucedió así. Continuaba ante su amo, y éste proseguía dándole vueltas a la lupa.

—He venido con la intención de hablar de asuntos muy importantes, y le ruego que me perdone si le indico que estaríamos mejor solos.

El desventurado criado me miró con gratitud, mientras su amo repetía mis últimas palabras, como si no pudiera comprenderlas.

—¿Estaremos mejor solos?...

Yo no estaba de humor para perder el tiempo, y, señalando al criado, dije:

—Le ruego que permita a este hombre que se retire.

—¿Hombre? —dijo el aristócrata con sarcasmo— No comprendo cómo puede usted llamar hombre a esto. ¿No se da cuenta usted de que es un atril que sostiene mi libro?

—¿Cómo puede molestarle un atril?

—No lo sé, pero me molesta. Por tercera vez, señor Fairlie, le ruego que me deje hablarle a solas.

Mi tono y mi actitud le obligaron a decir al criado:

—Deje estos grabados y retírese. Cuidado con perder la señal. ¿Está usted seguro de que no la ha perdido? Déjeme el timbre al alcance de la mano. ¿Ya está? Entonces, ¿por qué diablos no se va de una vez?

Salió el criado y el señor Fairlie se acomodó en la poltrona y comenzó a limpiar la lupa con un finísimo pañuelo de batista.

Era muy difícil aparecer tranquilo ante aquel hombre, pero me contuve.

—A costa de muchas molestias he venido a verle —dijo con la intención de salvar los intereses de su familia y, particularmente, los de su sobrina. Como pago, reclamo su atención.

—Le ruego que no me atropelle —dijo el sibarita cerrando los ojos y dejándose caer hacia atrás—. No me atropelle. No podría resistirlo.

Le expuse claramente todo, cuidando de poner de relieve todos los peritos espinosos. Me escuchó con los ojos cerrados. Cuando terminé, cogió un pomo de sales y, aspirándolo, me dijo:

—Querido Gilmore, ¡qué desinterés! Usted es una excepción de la especie humana.

—Le ruego que me dé una contestación sencilla para una sencilla pregunta, señor Fairlie. Si su sobrina no tiene hijos, la fortuna deberá quedar entre su familia. Sir Percival no tiene motivo ninguno para pretender lo contrario, y cederá. Ya lo creo que cederá. De no ser que quiera demostrar plenamente que le impulsan a este matrimonio los intereses más bajos y mercenarios.

—Vaya con el viejo Gilmore —dijo el señor Fairlie amenazándome con el pomo de sales—. ¡Qué horror tiene usted a los aristócratas! Usted Aborrece a Sir Percival porque es barón, ¿no es cierto? Es usted un hombre radical. ¡Dios mío, qué radical!

Puedo sufrir muchas injurias, pero dados los principios conservadores de toda mi

vida, aquello era demasiado. Mudo de indignación, salté de mi silla.

—¡Por Dios, no mueva usted el suelo! —exclamó aquella calamitosa persona—. Por favor, ¡no lo mueva! Por Dios, no se ofenda usted, mi digno amigo. Yo soy tan liberal que no comprendo como puede usted ofenderse por tan poca cosa. En fin, prescindamos de esta enojosa cuestión y admire estos magníficos grabados. Permítame que le explique sus singulares bellezas.

Mientras decía él esta serie de tonterías, yo había ya recuperado el dominio de mí mismo. Cuando hablé de nuevo, pasé en silencio su impertinencia, sin darme por aludido.

—Se equivoca usted al suponer que el título de Sir Percival influya en mí en una forma u otra. Lo único que hago es mantener un principio de justicia, reconocido universalmente. Si usted quisiera consultarlo con cualquier abogado de mediana conciencia, él le diría como extraño lo mismo que yo, le aconsejo como amigo. Le diría que el abandonar el total y que es, además, peligrosísimo dar a este un interés de veinte mil libras a la muerte de su mujer.

—¿De veras, Gilmore? —preguntó el tutor—. Si se permitiera usted decir otra cosa tan horrible como ésta, me apresuraría a llamar a Luis para que le acompañara a la puerta.

—Por interés hacia su sobrina y por la memoria de su padre, le ruego que no me saque usted de quicio, señor Fairlie. Si insiste usted en no impedir una concesión tan deshonrosa, entiendo que acepta usted toda responsabilidad.

—No, no, por favor, Gilmore. Está visto que quiere usted atropellarme y atropellar a Laura y a Sir Percival. Todo, por lo más miserable: el dinero. No hablemos más de este asunto.

—Así, debo comprender que insiste usted en las ideas expresadas en su última carta, ¿no es cierto?

—Exactamente. Me alegro mucho de que por fin nos hayamos entendido. Siéntese un poco más, por favor.

Me dirigí a la puerta y desde ella dije por última vez:

—Sucedá lo que suceda, recuerde que he cumplido con mi deber. Como antiguo servidor y amigo de la familia, pongo en su conocimiento que jamás consentiría yo en casar a mi hija según un contrato como el que usted obliga a hacer a su sobrina.

Atento a la campanilla, el ayuda de cámara apareció en el umbral de la puerta.

—Luis —dijo el señor Fairlie como si no me hubiera oído—, acompañe a este caballero y vuelva a sostenerme los grabados. Señor Gilmore, coma usted aquí antes de marcharse, haga que estas bestias de criados le preparen un buen almuerzo.

Estaba demasiado disgustado para contestar. Salí sin decir una palabra y volví a Londres en el tren de las dos.

El martes envié el contrato con la deseada enmienda, según la cual quedaban desheredadas las personas que la señorita Fairlie me había recomendado. Pero yo no podía hacer más, pues de haberme negado a hacerlo hubiesen acudido a otro notario.

Mi labor ha concluido. Otras plumas más aptas que la mía darán cuenta de los extraños sucesos que acaecieron a aquella familia. Preocupado y triste, terminó esta breve exposición de los míos, y preocupado y triste repito aquí, como final, las mismas palabras que dije al despedirme del señor Fairlie.

Jamás consentiría yo en casar a mi hija según un contrato como el que éste obliga a hacer a su sobrina.

FIN DEL RELATO DEL SEÑOR GILMORE

CONTINÚA LA HISTORIA SEGÚN LOS FRAGMENTOS DEL DIARIO DE MIRIAN HALCOMBE

Día 8.

El señor Gilmore se ha marchado esta mañana.

Según parece, le ha conmovido más de lo que quiere confesar su entrevista con Laura. Me temo mucho que ella le haya dejado sospechar la causa de su verdadera pena. Para salir de dudas, me excusé de acompañar a Sir Percival durante el paseo, y fui a ver a mi hermana.

Al entrar, estaba paseando por la habitación, con el rostro animado por la fiebre. Antes de que yo pronunciara una palabra, me dijo:

—Te necesito. Siéntate aquí, conmigo. Yo no puedo sufrir más. Tiene que terminar todo esto. Tenía en las mejillas demasiado color, demasiada energía en la actitud y en la voz demasiada firmeza. El álbum de dibujos de Hartright estaba en una de sus manos, y comencé a retirarlo suavemente, con objeto de que no lo viese.

—Cálmate, querida, y dime qué es lo que quieres hacer —le dije—. ¿Qué te ha aconsejado el señor Gilmore?

—Ha sido muy bueno conmigo. Yo le he apenado echándome a llorar. Soy una tonta que no sabe dominarse. Tanto para mí como para todos, necesito tener valor para hacer lo que pienso.

—¿Valor para romper tu compromiso?

—No, para decir la verdad —dijo con una sencillez admirable, y me echó los brazos al cuello.

Frente a nosotras había una miniatura de su padre, y mientras hablaba no separaba de ella su mirada.

—Marian —dijo—, yo no puedo romper este compromiso. Me bastaría para hacerme desgraciada toda la vida la idea de que había desobedecido las últimas palabras de mi padre.

—¿Qué te propones, entonces? —pregunté.

—Decir a Sir Percival la verdad y atenerme a la que determine.

—¿Qué es lo que vas a decirle? Basta tan sólo con que sepa que este matrimonio se opone a tus deseos.

—Yo no puedo decir eso de un matrimonio obra de mi padre y que yo he consentido. Sin entusiasmo, pero satisfecha, quizá hubiera cumplido mi palabra si... —Se detuvo y ocultó en mi pecho su rostro para continuar luego: —Si no hubiera llenado mi corazón otro amor que no existía cuando prometí ser esposa de Sir Percival.

—Laura, es imposible que te rebajes a esto.

—Lo haré si me libero de la inquietud de tener que ocultarle lo que debe saber.

—El no tiene el menor derecho de saber...

—Te equivocas, Marian, te equivocas. No debo engañar a nadie, y menos al hombre que mi padre me ha destinado como marido.

Cogí su cabeza entre mis manos y la miré sorprendida. Por primera vez en la vida se habían cambiado nuestros papeles. Ella era la que tenía resolución y yo la que se mostraba indecisa. Contemplé aquel rostro tan pálido, tan joven y tan lleno de interés para mí. Ví en aquellos ojos azules, tan puros, el reflejo de un corazón más puro todavía, y las mundanas objeciones que asomaron a mis labios murieron en el vacío.

—No te enfades, Marian —dijo interpretando de otra forma mi silencio.

La abracé sin contestarle.

—Hace días que estoy pensando en esto —continuó acariciando mi cabello con sus manos—. Lo he pensado muy seriamente y estoy segura de que tendré valor para hacerlo, puesto que mi conciencia me dice que debo proceder así. Mañana le hablaré

delante de ti. Nada diré de malo, ni de que tú y yo tengamos que avergonzarnos. Pero no tener que disimular producirá a mi corazón un extraordinario alivio. Una vez me haya escuchado, que obre como quiera.

Tuve para el porvenir tristes presentimientos, pero no quise hacerla partícipe de ellos. Me limité a decirle que haría lo que ella quisiera. Me besó y me dió las gracias.

A la hora de comer se reunió con nosotros y estuvo más tranquila y atenta con Sir Percival. Por la noche aceptó tocar algo al piano, pero no tocó ninguna de las dulces melodías de Mozart, cuyo libro bahía escondido desde el día en que se fué el pobre Hartright.

Al despedirse de Sir Percival, le dijo tranquilamente que deseaba hablarle al día siguiente, y que después del desayuno la encontraría en el salón.

El palideció más que de costumbre, y al darme la mano me pareció notar en ella un cierto temblor. Comprendía perfectamente que aquella conversación que había de celebrarse decidiría su vida futura.

Al entrar como de costumbre en la habitación de mi hermana, para darle un beso, en el mismo lugar en que escondía cuando niñas sus juguetes preferidos, debajo de la almohada vi el álbum de Hartright. Comprendió que lo había visto y dándome un beso me suplicó:

Déjame por esta noche.

Día 9.

Para animarme, no fué muy a propósito el primer acontecimiento de esta mañana. Recibí una carta de Walter Hartright. Era contestación a aquella en que yo le participaba la forma satisfactoria en que Sir Percival había contestado a nuestro interrogatorio con respecto al anónimo de Ana Catherick. Respondía con amargas y breves frases diciendo que no tenía derecho alguno a opinar sobre este particular. De toda la carta, lo que más me ha afligido es el párrafo en que habla de sí mismo. Cuenta que ha estado enfermo, y que la vida allí se le hace insoportable. Me dice, me suplica, que si le inspiro algún interés utilice éste en procurarle una colocación en algún sitio muy lejos, donde vea otros paisajes y otras personas. Las últimas frases de su carta son las que me han producido mayor alarma. Añade que no ha vuelto a saber nada de Ana Catherick, y dice bruscamente que le vigilan constantemente, y que vive día y

noche rodeado de espías. Esto me ha producido un cierto temor, pues me asusta que el desolado fin de sus amores trastorne su razón. Inmediatamente pondré en juego todas mis influencias para sacarlo de Londres. En las grandes crisis de la vida, a su edad, un cambio radical siempre resulta beneficioso.

Con gran satisfacción por mi parte, Sir Percival nos envió un recado diciendo que su correspondencia le impedía acompañarnos al desayuno, pero que a las once estaría a nuestra disposición.

Durante toda la mañana, Laura estuvo asombrosamente tranquila, y cuando nos reunimos para esperar a Sir Percival me dijo:

—No temas, hermanita. Me puedo dejar dominar por mis sentimientos ante un amigo tan bondadoso como el señor Gilmore, pero no delante de Sir Percival.

Yo la miraba y escuchaba con la mayor sorpresa. Ninguna de las dos hubiéramos esperado en ella tal fuerza de carácter, oculta hasta que el amor y el sufrimiento la pusieron de manifiesto. A las once Sir Percival llamó a la puerta. En su contraído semblante se leía la ansiedad. Su apagada tos seca, peculiar en él, parecía molestarle más que de costumbre, y cuando se sentó ante nosotras era el más pálido de los tres.

Después de unas cuantas frases sin importancia, con las cuales procuró disimular su turbación, se produjo un momento de angustioso silencio, después del cual Laura comenzó a hablar.

—Tengo que hablarle de algo muy importante para nosotros dos. Me acompaña mi hermana, porque su presencia me infunde una gran confianza. Antes de empezar, le ruego que crea que no ha tenido ella nada que ver en todo cuanto tengo que decirle, y que todo es de mi iniciativa particular. —Sir Percival se inclinó silenciosamente y Laura continuó: —Marian me ha dicho que está usted dispuesto a devolverme mi palabra si así se lo pido. Por su parte, es esta una acción grandemente generosa a la que le quedo muy reconocida, pero que no puedo aceptar. —Uno de los pies de Sir Percival golpeaba nerviosa e incesantemente la alfombra. —No he olvidado —continuó mi hermana— que antes de honrarme con su petición formal obtuvo usted el permiso de mi padre, y espero que tampoco habrá olvidado mi respuesta. Le dejé entrever en ella que la influencia de mi padre y sus consejos eran únicamente los que me decidían a entregarle mi mano. Para mí siempre fué el mejor de los amigos, y, una vez muerto, sus órdenes y consejos me son tan sagradas como si viviera.

Por primera vez se alteró su voz y sus dedos, nerviosos hasta entonces, se agarraron a mi mano.

—Me atrevo a preguntar —interrumpió Sir Percival— si se me puede acusar de algo que haga desmerecer la confianza con que me honró su difunto padre, y que para mí es el timbre máspreciado.

—No tengo nada que reprocharle. Confieso que a pesar de que intentara recoger mi palabra, usted no me ha proporcionado ninguna excusa para hacerlo. Las palabras que le digo son para reconocer que su conducta ha sido digna de la confianza de mi pobre padre. Todo ello demuestra la imposibilidad en que me encuentro de faltar al compromiso contraído. Así, pues, Sir Percival, la ruptura de nuestras relaciones o de nuestro matrimonio será únicamente obra suya.

El pie nervioso se paró instantáneamente.

—¿Obra mía? —preguntó sorprendido—. ¿Qué razón puedo yo tener para hacerlo?

La respiración de mi hermana se hizo más anhelante y su mano se quedó fría entre las mías.

—Una razón que para mí es muy dura de confesar. En mi se ha producido un cambio que justificaría plenamente el que usted retirara su palabra.

El semblante de Sir Percival se puso lívido, hasta el punto de que el livor llegó hasta sus labios. Apoyó su cabeza en una de sus manos, de modo que sólo el perfil era visible para nosotros, y preguntó con ahogado acento:

—¿Qué cambio quiere usted decir?

Laura estrechó mi mano y prosiguió sin mirar a su prometido:

—He oído y lo creo que el mayor de todos los amores debe ser aquel que la mujer dedique a tu marido. Cuando le di a usted mi palabra, este amor no había encontrado en mí objeto. Estaba en usted el haberlo conquistado. Perdóneme si le digo que hoy ya es tarde.

El no contestó, y continuó inmóvil. No podía saberse si era pena o cólera lo que

contenía aquella cabeza que parecía de cera.

Para cortar la violencia de la situación, decidí yo tomar la palabra.

—Sir Percival, ¿no tiene usted nada que decir cuando mi hermana ya ha dicho tanto, mucho más aún de lo que un hombre de su posición tiene derecho a exigir? Esta última frase, hija de mi enérgico carácter, le dió pie para contestar.

—Perdóneme, señorita Halcombe; no he reclamado ese derecho.

—Espero que mi penosa confesión no habrá sido en vano y que, por lo menos, me habrá conquistado la confianza de usted para lo que todavía me queda por decir.

—Puede usted contar con ella —dijo él lacónicamente.

—Le ruego que no crea que me guía ningún móvil egoísta. Excúseme del cumplimiento de la palabra y no me dejará usted para que me case con otro, sino para continuar soltera el resto de mi vida. La infidelidad solamente ha existido en mis pensamientos, entre la persona a quien por primera y última vez aludo ante su presencia. No se ha cambiado entre nosotros la menor frase de amor, y lo más probable es que nunca volvamos a vernos. Le suplico que no me obligue a decirle más, y a que crea en lo que acabo de contarle. He cumplido con lo que creía mi deber para con usted, y me queda sólo decirle que me perdone y que guarde mi secreto como corresponde a un caballero.

—Puede usted sentirse tranquila con respecto a ambas cosas —dijo, y continuó mirándola como si esperara oír más de ella.

—He dicho cuanto tenía que decir —dijo Laura con calma—, más de lo necesario para justificar el que usted se retire.

—Ha dicho usted más de lo necesario —contestó él para justificar más que nunca mi deseo de ser su esposo.

Se levantó entonces y dió unos pasos hacia el lugar en que nos encontrábamos.

Laura se estremeció violentamente y dejó escapar un grito de sorpresa. Su alma pura y recta no podía comprender que se obrara de este modo. Pero yo desde el primer

momento lo había temido.

—Usted deja a mi elección, señorita Fairlie, el rechazarla o no, y yo no tengo valor para rechazar a una mujer que me demuestra tanta nobleza y lealtad.

—No —contestó Laura con energía—, querrá usted decir tanta desgracia, si ha de entregarse en matrimonio a un hombre sin darle su amor.

—Y en lo porvenir, si la única aspiración de su esposo es merecerlo, ¿no podrá ¿usted entregárselo?

—Nunca. Si usted persiste en el matrimonio, Sir Percival, seré siempre una esposa fiel, pero no espere nunca que sea una esposa amante.

Estaba tan irresistiblemente hermosa pronunciando estas palabras que su belleza era la única disculpa que Sir Percival podía ofrecer.

—Acepto con gratitud su fidelidad. Lo que usted me ofrece es más de lo que merece ningún hombre en el mundo.

Cogió la mano derecha de mi hermana, que pendía inerte, y la llevó a sus labios. Luego se inclinó ante mí y salió elegante y correctamente.

Laura no se movió ni dijo una sola palabra. Continuó, blanca y fría, como una estatua de mármol. La estreché entre mis brazos, y estuvimos así durante largó rato, hasta que me dijo nerviosamente:

—Marian, he de someterme. Mi nueva vida me impone penosos deberes que llevar a cabo, y debo de cumplir ahora uno. —Recogió todos sus materiales de dibujo, los metió en una gaveta de escritorio, lo cerró y me dió la llave—. Quiero separarme de todo lo que le recuerda. Haz lo que quieras con la llave. Nunca te la pediré.

Sin darme tiempo a que pronunciara una palabra, cogió el álbum de dibujos y acuarelas de Hartright, lo miró un momento y se lo llevó a los labios para cubrirlo de apasionados besos.

—¡Oh, Laura, Laura! —dije, no con enfado, sino con infinita tristeza.

—Marian, es por última vez. Me despido de él para siempre. —Lo dejó sobre la mesa, quitóse el peine que sujetaba su peinado, dejando caer su espléndida cabellera como una cascada de luz. Separó de ella un pequeño huele, lo cortó y lo prendió con un alfiler de la primera página. Luego me entregó el álbum. —Sé que le escribes —continuó—. Mientras viva, mi querida Marian, siempre que te pregunte por mí dile que estoy bien. No le digas nunca que soy desgraciada. Pero si me muero, dale este álbum como te lo entrego ahora. Esto no puede ser malo si he muerto. Dile que puse yo este mechón con mis propias manos, y dile también, ya que yo no podré decírselo nunca, cuánto, cuánto le he querido.

Se precipitó en mis brazos, repitiendo estas últimas palabras, como si compensaran los esfuerzos hechos para disimular durante tanto tiempo. Se desprendió luego de mis brazos y se dejó caer en el sofá, llorando amargamente.

A fuerza de afecto y de ternura, conseguí que cediera su pena, quedándose un rato amodorrada.

Para nosotras terminó así aquel tristísimo día.

Día 10.

Viéndola más tranquila de lo que yo esperaba, decidí abordar el penoso asunto rogando que me autorizara a hablar con Sir Percival y con el señor Fairlie, con más libertad de la que ella, como interesada, podía hacerlo con respecto a aquel desagradable matrimonio.

Dulcemente, pero con firmeza, me interrumpió diciendo:

—Le dije ayer que decidiera. Ya lo ha hecho, y ahora ya es demasiado tarde.

Por la tarde, Sir Percival me habló de su entrevista con mi hermana, asegurándome que la gran confianza que ella le había demostrado le había hecho comprender los grandes tesoros de pureza y bondad que poseía aquella niña, que en su inocencia exageraba la importancia de una simpatía infantil que se olvidaría pronto en los amantes brazos de su esposo. Añadió que no sentía ni había sentido un solo momento los más pequeños celos por el desconocido, y la prueba de ello era que no haría la menor averiguación por saber quién era, contentándose y dándose por satisfecho con lo que le había dicho Laura.

Calló y aguardó a que yo le diera una respuesta, pero tuve miedo de que mi carácter impulsivo descubriera mi injustificada antipatía y desconfianza, y me limité a expresarle que lamentaba que su generosidad no le hubiese llevado a dar un paso más y dejar a Laura libre de su compromiso. Me desarmó contestando con sentidas frases que pedirle que rechazara la mano de Laura era pedirle que renunciara a las esperanzas de toda su vida. Dijo que la conducta de mi hermana el día anterior había aumentado su amor y admiración por ella, y que luchar con estos sentimientos era para él imposible; que podía llamarle egoísta, débil y cuanto quisiera, y que él se inclinaría respetuosamente ante mi opinión, pero que me rogaba no le exigiera sacrificios que estaban por encima de toda resistencia humana.

Le contesté, porque una mujer encuentra siempre algo que contestar, aunque sea una tontería, pero no porque sus bellas frases me convencieran: mi único deseo era que el motivo de su egoísta conducta fuese, como pretendía, su indomable pasión por Laura.

Antes de cerrar mi diario hasta mañana, anotaré que he escrito a dos antiguos amigos de mi madre, recomendándoles con todo interés a Walter Hartright. Quiera Dios que puedan hacer algo por él. Excepto por Laura, no he sentido por nadie tanto interés como por él. Creo haber obrado bien mandándole al extranjero. Me alegraré mucho de que tenga suerte.

Día 11.

Sir Percival tuvo una entrevista con el señor Fairlie, y éste me llamó para que yo estuviera presente durante la misma. Le encontré muy satisfecho de saber que estábamos todos de acuerdo con respecto a la molestia de la familia, porque así llamaba a la boda de su sobrina. Yo estaba decidida a no intervenir directamente mientras me fuera posible, pero cuando vi al señor Fairlie asegurar con gran aplomo que lo mejor sería quitarlo de en medio inmediatamente, tuve la alegría de asaltar los nervios de este señor protestando violentamente de que se empujara a Laura a cumplir su compromiso en plazo tan corto. Sir Percival protestó diciendo que él no había hecho ninguna insinuación en este sentido, y que estaba muy lejos de su deseo producir la menor molestia a su encantadora prometida. El señor Fairlie, echándose hacia atrás en su sillón y cerrando los ojos, afirmó que ambas honrábamos a la especie humana, y repitió su proposición tan tranquilamente como si no me hubiese escuchado. Me levanté, asegurando que no influiría para nada en el ánimo de mi hermana obligándola a aceptar semejante impertinencia. Sir Percival estaba muy contrariado y el señor Fairlie estiró sus piernas sobre la alfombra, diciendo:

—Querida Marian, cómo envidio la fortaleza de tus nervios. Hazme el favor de no

cerrar de golpe la puerta.

Al entrar en la habitación de Laura supe que me había llamado y que la señora Vesey le informó que estaba con el señor Fairlie. Me preguntó lo que había ocurrido y se lo dije sin ocultarle el enojo que me produjo la conducta de su tío. La respuesta de Laura me dejó asombrada; jamás la hubiese esperado.

—Mi tío tiene razón. A él y a todos he producido bastantes molestia. No quiero cansar más a nadie. Que Sir Percival decida.

Le hice unas cuantas observaciones, pero no pude convencerla.

—He roto con mi antigua vida —me contestó—. Aunque yo intenté retrasarla, llegará el día fatal. Te repito, Marian, que mi tío tiene razón.

Día 12.

Sir Percival, durante el almuerzo, me hizo algunas preguntas con respecto a mi hermana, que no pudieron impedir, que le repitiera lo que Laura me había dicho. Estando hablando, llegó ella con aquella misma tranquilidad que ya no la abandonó desde que había decidido su destino. Después del almuerzo le preguntó Sir Percival si tenía aún la idea de concederle el privilegio de fijar la fecha de su enlace. Ella repuso afirmativamente, manifestándole que me participara su resolución.

No tengo paciencia para continuar escribiendo. En todo, Sir Percival ha conseguido lo que se proponía. Siempre ha quedado bien y siempre se ha hecho su voluntad. Con el feliz apresuramiento de un novio enamorado, que corre dispuesto a preparar su casa para recibir a la elegida de su corazón, se ha marchado en el tren de las tres. Si no ocurre un milagro que lo impida, se casará Laura precisamente el día que él quería cuando vino aquí: antes de fin de año. Mis dedos arden al escribir estas palabras.

Día 13.

No he podido dormir pensando en mi hermana. De madrugada he adoptado una resolución. Voy a ver si un cambio de aires logra animarla. Después de algunas consideraciones, me he decidido a escribir a la familia Arnolds, en Yorkshire. Son gente buena y sencilla. Laura los conoce desde niños. Escribí la carta y la mandé al correo; luego se lo dije. Para mí hubiera sido un consuelo una protesta suya o una objeción, pero me dijo solamente:

—Sí, voy contigo; iré a donde tú quieras. Tienes razón. Tal vez me siente bien.

Día 14.

He escrito unas líneas al señor Gilmore, participándole la fecha del matrimonio y comunicándole mi decisión de llevarme a Laura a Yorkshire. Por falta de valor, no he entrado en pormenores. Ya tendré tiempo más adelante..., a fin de año.

Día 15.

He recibido tres cartas. La primera, de los Arnolds, encantados de nuestra visita. La segunda, de uno de los amigos a quienes escribí interesándome por Walter, que me comunica su satisfacción de poder complacer mi deseo, añadiéndome que así se lo ha comunicado al interesado, enviándole las credenciales correspondientes. La tercera es de Walter. ¡Pobre muchacho! En los términos más calurosos, me agradece que le proporcione una oportunidad de abandonar su patria, su casa y sus amigos. De Liverpool parte una comisión científica para unas excavaciones en América Central. El corresponsal artístico se ha arrepentido a última hora y Walter le sustituye, contratado por seis meses y con opción a prorrogar el contrato. Termina su carta prometiéndome despedirse de mí cuando esté embarcado. Dios quiera que esto le haga bien. Me aterroriza la responsabilidad que he contraído con este empleo. Pero tal vez, dado su estado de ánimo, fuera peor que permaneciera inactivo en medio de sus recuerdos.

Día 16.

El coche está a la puerta, y Laura y yo nos dirigimos a Yorkshire Polesdean Lodge Yorkshire.

Día 23.

A Laura le ha sentado bien una semana transcurrida entre éstos afectuosos amigos y nuevos paisajes, pero no tanto como yo esperaba. He decidido prolongar esta visita durante otra semana. Mientras no sea necesario, es inútil volver a Limmeridge.

Día 24.

El correo de hoy me ha traído tristes noticias. Ayer zarpó la expedición para América

Central. Hemos perdido a un fiel amigo: Walter Hartright ha salido de Inglaterra.

Día 25.

Ayer, tristes noticias, y hoy también. Sir Percival ha escrito al señor Fairlie, y éste ha escrito a Laura y a mí, llamándonos a Limmeridge. ¿Se habrán atrevido a fijar en nuestra ausencia el día de la boda?

II

Limmeridge, 27 de noviembre.

Mis temores estaban justificados. La boda se celebrará el día 22 de diciembre. Al siguiente día de nuestra marcha para Yorkshire, el señor Fairlie recibió una carta de Sir Percival donde le comunicaba que, a consecuencia de que las obras de reparación de su castillo eran mucho más importantes de lo que había creído en un principio, le rogaba que fijase la fecha exacta de la boda, con objeto de calcular oportunamente las reparaciones que pudieran efectuarse.

A esta carta, el señor Fairlie repuso pidiendo a Sir Percival que sugiriese un día para la boda, sujeto siempre a la aprobación de la prometida, ya que el señor Fairlie se comprometía a que buenamente aceptase la que él propusiese. Estos pormenores me fueron comunicados por el señor Fairlie, rogándome que los pusiera en conocimiento de Laura. Lo prometí, pero sin comprometerme a obtener su conformidad con los deseos del novio.

Cuando comuniqué lo sucedido a Laura, su conformidad, o, mejor dicho, la compostura que mantenía con inigualable resolución desde la partida de Sir Percival, no soportó el choque de estas noticias. Palideció y exclamó con violencia:

—¡No tan pronto, oh Marian, no tan pronto!

Inmediatamente me levanté para defender sus derechos ante el tutor egoísta. La menor insinuación me bastaba para prepararme al embate, pero al poner mi mano sobre el picaporte de la puerta, ella me detuvo cosiéndome de la falda.

—Déjame salir —le dije—. Tengo necesidad de decirle a tu tío y a Sir Percival que no siempre deben cumplirse sus caprichos.

—No —exclamó ella, desanimada—, es tarde, Marian, es muy tarde.

—Nunca es demasiado tarde —contesté— cuando se tiene razón.

Pero ella me rodeó con sus brazos.

—Lo único que harás será disgustarte con mi tío y que vuelva Sir Percival aquí con nuevos motivos de queja.

—Mejor —exclamé—, me tienen sin cuidado sus quejas —dije con rabia— ¿Acaso esperas que se te parta el corazón para dejarlo tranquilo? No hay hombre que merezca tu sacrificio.

Las lágrimas, pobres lágrimas de una débil mujer, anegaron mis ojos. Tristemente, me las enjugó con su pañuelo, sonriendo con ternura.

—¡Oh, Marian! —me consoló—. Tú llorando... Tú, por mi causa, hermana mía... Piensa en lo que me dirías si se trocaran nuestros papeles y fuesen mías esas lágrimas. Ni tu valor, ni tu cariño, ni tu abnegación podría impedir o alterar lo que tien que suceder tarde o temprano. Deja que mi tío haga lo que quiera. No nos entristezcamos más, no atenecemos nuestro corazones, cuando mi sacrificio puede evitar tales sufrimientos. Di que quieres vivir conmigo cuando me case, y no diga más.

Y una vez hubo obtenido esta promesa de mí, a pesar de mis insistencias y súplicas, me preguntó de pronto vacilando:

—Cuando estuvimos en Polesdean recibiste una carta, Marian —el tono de su voz, el temblar de sus labios le impidieron terminar la frase.

—Creí, Laura, que nunca más querías volver a hablar de él —observé con ternura.

—¿Era carta suya? —insistió.

—Si —le contesté, sin atreverme a negarlo.

—¿Volverás a escribirle?

Nada sabía del viaje ni de la expedición. No me atreví a decirle que viajaba ahora

hacia lugares de donde las cartas tardarían meses o quizá años en llegar.

—Supongamos que le escriba —dije—, ¿y qué?

Sus mejillas enrojecieron y, bajando la cabeza, me dijo:

—No le digas nada del 22 —murmuró—. Prométemelo Marian. Prométeme que ni siquiera mencionarás mi nombre cuando vuelvas a escribirle.

Después se dirigió a la ventana. Después de un breve instante, hablé otra vez, sin volverse, sin que yo pudiese averiguar las emociones que pasaban por sus ojos:

—¿Vas al cuarto de mi tío? Dile que lo acepto todo. Ve querida Marian. No tengas miedo de dejarme un momento sola. Me repondré antes.

Me dirigí al cuarto del señor Fairlie. Si con un solo ademán hubiera podido lanzar al centro de la tierra al señor Fairlie y a Sir Percival, lo hubiera hecho sin piedad ninguna. Pero tuve que contentarme abriendo violentamente la puerta, tropezando con los muebles y diciéndole a voz en grito: «Laura está conforme en que sea el día 22» Luego, salí, dando un portazo, con la ilusión y la esperanza de haber alterado para todo el día sus nervios.

Por la mañana volví a leer la carta de despedida de Walter, y no sé si obro bien ocultando a Laura su partida. Por los pormenores de su contenido se da cuenta perfectamente de los peligros que entraña esta expedición, y creo una crueldad inútil aumentar la amargura de mi hermana con la inquietud que habría de causarle forzosamente el tener conocimiento de tales riesgos.

Todavía no sé si debiera quemar esta carta, por temor de que caiga en manos indiscretas, porque no solamente habla de Laura en términos que deben ser un secreto entre quien la escribe y yo, sino que se afirma en sus sospechas de que ha sido vigilado desde su llegada a Londres. Reafirma su seguridad de que ha visto de nuevo los rostros de los dos espías de Londres, presenciando en Liverpool su marcha, confundidos entre la multitud, y añade que le pareció oír el nombre de Ana Catherick en el momento de subir al bote que había de llevarle a bordo. Sus propias palabras dicen que el misterio de Ana Catherick no está aclarado, y añade que no la verá más, pero que si se cruza en mi camino aproveche la menor oportunidad que tenga para su dilucidación. Me habla completamente convencido y me ruega que no olvide sus palabras. Naturalmente, yo no olvido ninguna palabra de Walter Hartright, y menos las

referentes a Ana. Me doy cuenta de lo peligrosa que puede ser esta carta. No sé en qué manos puede ir a parar. Puedo estar enferma, morirme... Haré mejor quemándola y tendré así una preocupación menos.

He quemado la carta. Esta epístola de despedida de un leal corazón es en este momento un montón muy breve de cenizas blancas. ¿Será acaso el triste epílogo de una triste historia?

Día 29.

Ya han empezado los preparativos de boda. Hoy ha llegado de Londres el modisto que ha de ponerse a las órdenes de Laura. Ella continúa impasible y no ha dado una sola orden. Deja que el modisto y yo dispongamos como mejor queramos de todo. ¿Qué distinta sería su conducta si el novio fuera Walter Hartright?

Día 30.

Diariamente recibimos noticias de Sir Percival. En su última carta nos dice que las obras del castillo no podrán terminarse hasta muy entrada la primavera. Teniendo en cuenta la delicada salud de Laura y la crudeza del invierno, propone que el viaje de bodas les lleve a Italia, donde residirán hasta el verano. En el caso de que Laura no quiera, está dispuesto, sin embargo, a vivir en Londres, en el hotel que crea más conveniente.

Sin tener en cuenta mis sentimientos personales, creo que el primer plan me parece mejor. Es inevitable, en ambos casos, una separación, más larga si van al extranjero. Pero compensa la salubridad del clima, y el natural interés que despertará en ella viajar por un país tan hermoso, donde tantas satisfacciones tendrán sus aficiones artísticas.

Parece imposible que yo pueda hablar tranquilamente, y aun escribir, todas estas cosas. Pero es que aun no creo que pueda llegar el día en que mi hermana sea esposa de Sir Percival. Me aterrorizan estas palabras como si en lugar de su boda presenciara su entierro.

Día 1 de diciembre.

Casi no tengo valor para escribir en este día tan triste.

Al darle cuenta a Laura del plan para el viaje de novios, la pobre mira, pues todavía es una niña en muchas cosas, suponiendo que yo la acompañaría a todas partes, se alegró ante la idea de ver las maravillas de Florencia, Roma y Nápoles. Casi se desgarraba mi corazón al tener que privarla de esta ilusión inocente. He intentado hacerla comprender que ningún hombre tolera la presencia de un rival, aunque éste sea una hermana, en los comienzos de la vida conyugal, y sobre todo, en el viaje de bodas. Pero puesto que hemos de vivir siempre juntas, no es conveniente que me busque una antipatía con una imposición ridícula, que, por otra parte, todos habrían de reprobar. Sobre el inocente corazón de Laura he derramado, gota a gota, toda la vulgaridad de los prejuicios sociales. Ahora ya lo sabe todo. Tampoco puede realizarse la última ilusión de su vida de soltera. Aprendió esta lección inevitable y dolorosa, y fui yo quien se la hizo aprender.

Se aceptó el primer proyecto. Irían a Italia, y contando yo con el permiso de Sir Percival, habría de esperar su regreso a Inglaterra para unirme a ellos. Por primera vez en mi vida tenía que pedir un favor personal a una persona a quien menos que a nadie tenía interés en deberle alguno. Sin embargo, no importa. Me siento capaz de todo por el bien de Laura.

Día 2.

Releyendo lo escrito anteriormente, me doy cuenta de que siempre que me refiero a Sir Percival lo hago en los peores términos. Con el curso que tomaron los acontecimientos, debo perder, y acabaré perdiendo, la voluntad que tengo para con él.

No sé si la repugnancia que siente Laura en convertirse en su esposa me indispone contra él, o acaso la antipatía perfectamente comprensible de Hartright me han contagiado y me siento injusta con quien ha de pertenecer a mi familia. Acaso la carta de Ana Catherick ha fijado en mi espíritu esta desconfianza, que continúa emboscada todavía, a despecho de la explicación de Sir Percival y de las pruebas que ha dado de la veracidad de ésta. Si me acostumbro a aludir a él con esta actitud indelicada, debo corregirme, y acabaré por rectificar esta tendencia reprochable, aunque me sea preciso fechar este diario pasada la época del casamiento.

Día 16.

Han transcurrido quince días. Tengo ya escrito mucho en este diario para volver a él con mejores y más confesables opiniones. Por lo menos, así lo espero con respecto a Sir Percival.

No hay mucho que recordar con respecto a las dos semanas transcurridas. Los trajes casi están terminados, los baúles acaban de llegar de Londres. La pobre Laura no se aparta un instante de mi lado. La última noche, como no podíamos dormir, ella se trasladó a mí cama con el propósito de charlar conmigo.

—Voy a perderte, Marian —dijo—. Debo aprovechar tu compañía cuanto pueda.

Se casará en la iglesia de Limmeridge. El único invitado será nuestro viejo amigo el señor Arnolds, que vendrá de Polesdean para despedirse de Laura. El señor Fairlie, entre sus nervios y el mal tiempo, no se atreve a salir de su habitación.

Día 17.

Sir Percival llegó hoy. Me pareció que estaba un poco nervioso y preocupado, pero, como siempre, se mostró cortés y correcto. Ha traído consigo joyas de verdadero valor, que han sido recibidas por Laura con toda cortesía, por lo menos aparentemente. La única señal que he podido observar reveladora de su lucha para conservar las apariencias es su oposición a quedarse sola. Así como antes prefería encerrarse en sus habitaciones, ahora no lo quiere en modo alguno.

—Búscame siempre cualquier ocupación —me dijo—. Haz que siempre esté en compañía de alguien. Por favor, Marian, no me dejes pensar, no me dejes pensar, te lo ruego.

El novio continúa portándose con toda corrección. Es casi un modelo de ella. He de confesar, a pesar de mi presunción injustificada, que el futuro marido de mi hermana es un hombre guapo y de trato muy agradable. Sin embargo, pueden reprochársele dos pequeños defectos: una cierta inquieta excitabilidad, probablemente consecuencia de la energía de su temperamento, y la severa, dura y orgullosa forma de tratar a la servidumbre, lo que, indudablemente, puede ser defecto de la costumbre. No importa, sin embargo. He de repetir que el novio de Laura es un hombre muy distinguido, guapo y agradable. Creo no haberle hecho justicia hasta ahora, y me satisface hacerlo constar en este momento.

Día 18.

He tenido esta mañana un poco de dolor de cabeza. He dejado a Laura con la señora Vesey, y con objeto de dar un paseo, he ido a Todd's Corner. Me ha causado una gran sorpresa encontrarme en el camino con Sir Percival. No esperó a que yo le preguntara

y me ha notificado apresuradamente que venia de llevar a cabo infructuosas pesquisas con objeto de averiguar algo con respecto a la infortunada Ana Catherick y su paradero.

Esté encuentro ha tenido la virtud de demostrarme una de las buenas cualidades del carácter de Sir Percival. Es un hombre que demuestra gran altruismo, preocupándose la víspera de su matrimonio del destino de una pobre loca. Se priva de la compañía de su prometida para recorrer en pleno invierno un puñado de millas por pura caridad. Tendremos que hacer santo a este hombre, y manifiesto que no lo digo con ironía.

Día 19.

He efectuado nuevos descubrimientos en la mina inagotable de las virtudes de mi futuro cuñado. Por la mañana, cuando le hablé de una forma velada del proyecto de mi estancia en su casa, una vez regresaran a Inglaterra, no me dejó terminar; me estrechó afectuosamente las manos y me aseguró en termino calurosos que lo que te proponía no se había atrevido él a hacerlo, y le alegraba mucho mi decisión, ya que yo constituía para él la compañera ideal que deseaba para su esposa.

Le di las gracias en nombre de Laura y mío, hablamos entonces de su proyectado viaje a Italia y de la colonia inglesa que vivía en Roma, a la cual se proponía frecuentar. Tuvo ocasión de citar varios nombres, ingleses todos ellos, excepto uno: el del conde Fosco. Este nombre y la seguridad de que había de encontrarlo en Italia me ha demostrado la única ventaja, hasta ahora, del matrimonio de Laura. Es posible que así termine una antigua enemistad de la familia. Por lo que me ha dicho Sir Percival, el conde Fosco y él son vicios e íntimos amigos, y su mujer, tía de Laura, habrá de tratarse con ella. Esto dará ocasión a que deponga la condesa el resentimiento que ha manifestado siempre hacia su sobrina por el modo como el señor Fairlie y el hermano de éste la trataron en ocasión de su boda. De soltera, la condesa fué una de las mujeres más impertinentes del mundo; era vana, caprichosa y exigente hasta lo absurdo. Si su marido ha conseguido hacerla entrar en vereda, merece la mayor gratitud por parte de toda la familia.

No puedo comprender por qué tengo un gran interés en conocer al conde Fosco. Jamás le he visto. Unicamente de él conozco dos anécdotas. Una me la ha contado Sir Percival. Hace años, cuando éste fué atacado en el monte de la Trinidad, en Roma, por unos bandidos, que le produjeron la herida cuya cicatriz conserva en la mano, y estaban dispuestos ya a asesinar el se salvó gracias al inaudito valor del conde. La otra anécdota se refiere a cuando se trató de su matrimonio con la hermana del señor Felipe Fairlie. Este, desde el primer momento, manifestó una tenaz y resuelta

oposición. El conde le dirigió una sentida y sensata carta, que, desgraciadamente, quedó sin contestación. Todo esto es lo que sé del amigo de Sir Percival. Nadie sabe si algún día volverá a Inglaterra, y si yo llegaré conocerle.

Día 20

Aborrezco con toda mi alma a Sir Percival. Niego radicalmente que sea un hombre guapo, y proclamo que se trata del hombre de genio más insufrible que puede existir. Llegaron ayer las tarjetas del nuevo matrimonio, y al ver la cartulina, donde Laura Fairlie se convierte en Lady Glyde, sonrió con una complacencia odiosa y murmuró a oídos de mi hermana unas palabras que la hicieron palidecer, sin prestar el menor cuidado a su mortificación. Es un salvaje y no tiene consideración ni delicadeza. Repito que le odio con toda mi alma.

Día 21

Todo es confusión y tristeza en este día. No sé cómo podré escribirlo, y, no obstante, me doy cuenta de que cualquier cosa es mejor que continuar entregada a mis sombríos pensamientos. La buena señora Vesey, a quien todos hemos descuidado un poco durante los últimos tiempos, nos ha dado una triste mañana, probablemente sin querer. La buena señora se ocupaba desde hacía tiempo en confeccionar un chal de lana, blanca como regalo de boda para su discípula. La señora Vesey y Laura se han abrazado llorando. Yo apenas si he tenido tiempo de enjugar mis lágrimas, para acudir a presencia del señor Fairlie, que me había llamado para notificarme todas las precauciones que habían sido adoptados con el objeto de preservar su preciosa persona del tumulto y del fastidio en el anormal día de la boda. A cambio de todas estas manifestaciones egoístas y órdenes de la misma naturaleza, me dispuse a decirle unas cuantas cosas desagradables de las que yo acostumbro, cuando me anunciaron la llegada del señor Arnolds.

No podría describir el resto del día. Creo que nadie de la casa sepa nunca cómo transcurrió. Nos apresurábamos todos a hacer alguna cosa, aun cuando fuera deshacer algo que otros ya habían hecho, para hacerlo de nuevo, particularmente, Sir Percival estaba casi en pleno ataque de nervios. No podía continuar cinco minutos en el mismo sitio. Sus tos breve y seca no le abandonaba un solo momento. En medio de todo este maremágnum, Laura y yo, por primera vez en nuestra vida, evitábamos encontrarnos a solas. Nos destrozaba el alma la idea de la demasiado próxima separación. No sé qué será de mi vida futura, pero cualesquiera que sean los sufrimientos que me estén reservados, contemplaré siempre este 21 de diciembre como el más insoportable e interminable día en mis recuerdos.

Día 22.

Hace un día espantoso. La mañana fué horrorosamente fría y nevó sin descanso. Laura se levantó más tranquila de lo que estuvo ayer. A las diez estaba ya vestida. Realmente, parecía un ángel. Nos hemos besado prometiéndonos tener valor. Para no perderlo, me he refugiado un momento en mi alcoba. De mi imaginación no escapa la idea de que pueda ocurrir todavía algo que impida el matrimonio. Ignoro si el novio comparte esta preocupación, pero constantemente mira al camino, como si temiera que de él llegara algo desagradable. No puede ocultar su ansiedad. Me doy cuenta de que estoy escribiendo tonterías. Dentro de media hora saldremos para la Iglesia.

Son las once de la mañana. Todo ha terminado. Se celebró la boda.

Ahora, a las tres de la tarde, me dejan. Las lágrimas me impiden ver más. No quiero continuar escribiendo.

FIN DE LA PRIMERA EPOCA

CONTINUA LA HISTORIA MARIAN HALCOMBE

I

Blackwater Park Hampshire.

Día 11 de junio de 1850.

Estoy en el castillo de Blackwater, en Hampshire. Es un antiguo e interesante castillo solariego de los ilustres varones de Glyde, según cuentan las crónicas de la provincia. Ahora puedo añadir yo que es la residencia actual de Marian Halcombe. Ayer dejé Limmeridge. Laura me escribió desde París, y he llegado aquí para esperarlos. Probablemente pasarán en el castillo el verano y el otoño. Laura, para reponerse de las fatigas producidas por los viajes y las diversiones, y su marido, de los gastos que le han proporcionado ambas cosas. Creo que estaremos todos contentos.

De todos mis amigos, el primero que acude a mi imaginación es Walter Hartright. Me escribió desde Honduras no hace mucho tiempo. Un mes después supe por un periódico americano que la expedición había partido hacia el interior. Desde entonces carezco de noticias suyas. Ni Walter ni los periódicos han hablado más de la expedición.

La misma sombra y el mismo misterio rodean a Ana Catherick. Incluso el notario de Sir Percival ha perdido las esperanzas de encontrarla.

El buen señor Gilmore ha tenido un pequeño ataque apoplético, y se ha visto obligado a dejar su despacho en manos de su socio. El médico le ha ordenado que guardara un absoluto reposo intelectual durante una larga temporada. Ahora ha ido a Alemania, vive en casa de unos parientes allí establecidos. Con él he perdido también a otro buen amigo y excelente consejero. Espero, sin embargo, que no sea para mucho.

Como era imposible dejarla sola en Limmeridge, he acompañado a la buena señora Vesey a casa de una hermana suya más joven. Tiene un pensionado. Vivirá allí algunas temporadas, y el resto aquí, con nosotras.

No creo cometer injusticia ninguna diciendo que el señor Fairlie se ha alegrado infinitamente de que le dejáramos libre la casa. Todas éstas son las personas que ocupan mi imaginación en estos momentos. No sé qué decir de la que llena todo mi corazón. No sé qué recordar de ella antes de cerrar mi diario. Únicamente conservo sus cartas, para guiarme en lo que he de decir. Pero cierto es que en ellas no pueden tratarse aquellos asuntos que más me interesan. No sé si él la trata bien, ni tampoco si es más feliz ahora que cuando nos separamos. En una u otra forma, se encontraban siempre en mis cartas estas preguntas, y siempre me ha contestado como si fueran hechas con respecto a su salud y no a su felicidad. Dice que está bien que le gusta mucho viajar, que por primera vez pasa el invierno sin resfriado ninguno. Pero nada más. No había ni uña sola palabra del carácter de su esposo, de su relación con él, parece como si viajara con un amigo, en lugar de un marido, y esta reserva no solamente la hace extensiva a Sir Percival, sino a las frases que dedica al antiguo e íntimo amigo de su esposo, al conde Fosco.

No sé por qué razón, el lugar donde pensaban pasar el invierno estos señores ha sido trasladado de Roma a Viena, y únicamente esta primavera, en el Tirol, se han encontrado ambos matrimonios. Me escribe Laura que su tía ha cambiado mucho en su favor, que se ha tranquilizado: más y que ahora es mucho más agradable que de soltera. Pero el conde, que me interesa más que su mujer, es para mí un misterio. Laura guarda silencio con respecto a él. Me dice que no quiere influir en modo alguno en mi opinión y que prefiere que ésta la forme yo sola. Todo esto, me hace sospechar que la impresión de Laura no es precisamente favorable con respecto a este ilustre extranjero. Tendremos paciencia. Supongo que no tardaré en esclarecer mis dudas.

Son ya las doce. He dado un vistazo desde la ventana, antes de decidirme a dejar de escribir. La noche es bochornosa. En el cielo brillan pocas estrellas, y su luz parece velada. Los árboles, que impiden ver más allá, parecen una oscura muralla de rocas. En las aguas del estanque croan las ranas. Ignoro cómo será todo esto a la luz del día. Lo que sí sé decir es que de noche no me gusta nada.

Día 12.

He descubierto y averiguado mucho, y todo es más interesante de lo que yo esperaba.

La parte principal del edificio, que es grandiosa, data del tiempo de la reina Isabel. La edificación del ala antigua corresponde al siglo XIV. He sabido por el ama de llaves que se considera una joya arquitectónica, según el dictamen de personas muy entendidas. Pero probablemente estas gentes no le tienen miedo a la humedad, ni a las ratas. Como yo sí lo tengo, me di prisa en demostrar mi incompetencia, sacudir el

polvo de mis faldas y obtener la aprobación de la buena señora. Nos dirigimos después al ala derecha, y me dijo que había sido construida en tiempos de Jorge II. Esta es la parte de la casa que se ha habilitado como vivienda. Ya he dicho que mis habitaciones se encuentran en el primer piso, como también los demás dormitorios. Las salas destinadas a recibir, situadas en la planta, están amuebladas según el gusto moderno, y no carecen de ningún refinamiento. Tienen tanta riqueza como lujo y buen gusto. Ante la casa se encuentra un pequeño jardín cerrado a ambos lados por las dos alas del edificio, y dando frente a la puerta de acceso. En su centro hay un estanque en el que se ven peces de colores, y está bordeado por un suave césped. A su orilla estuve hasta la hora de comer. Después, con mi gran sombrero de paja, comencé a recorrer el parque. Mi impresión es la misma que anoche. Demasiados árboles por todas partes. A la izquierda sé encuentra otro jardín lleno de flores, y fui a él a ver qué podía encontrar de nuevo entre ellas. Poco trabajo me costo ver que era un jardín pequeño y mal cuidado. Continué andando y vi que terminaban de pronto los árboles, y que me encontraba ante el lago de las aguas negras que daban nombre al castillo. Es muy grande, y por una parte está rodeado de ciénagas, en las que las ranas y las ratas de agua han construido sus viviendas. A la orilla se ven los restos de un pontón. Vi que dentro conservábanse aún algunas sillas, un banco y una mesa. Entré para descansar allí un momento. Apenas me hube sentado, oí a mis pies unos débiles gemidos. No se alteran mis nervios fácilmente, pero en aquella ocasión me levanté de un salto, pues aquel paraje no podía ser más siniestro y solitario. Haciendo acopio de valor, levanté la silla en que me había sentado. En un rincón, acurrucado, hallábase la inocente causa de mi terror: era un pobre y pequeño perro blanco y negro. Aullaba débilmente, y aunque le llamé, no se movió. Me acerqué a él y vi que el pobre animal estaba manchado de sangre y sus ojos se vidriaban por momentos. Lo cogí y haciendo de mi falda una especie de hamaca lo deposité en ella, procurando hacerle el menor daño posible. Como quiera que no se hallaba nadie en el vestíbulo, volví a mi habitación, acomodé al pobre animal sobre un chal mío y tiré del cordón de la campanilla. A la llamada acudió una de las criadas más gordas y estúpidas de la casa. Tenía en los labios una sonrisa imbécil, capaz de dar fin a la paciencia de un santo.

—¿Por qué se ríe usted de ese modo? —le pregunté— ¿Sabe de quién es este perro.

—No, señorita —dijo acercándose. Luego, viendo la herida, exclamó señalándola y riendo de nuevo—: Es cosa de Baxter.

—¿Y quién es ese bruto que se llama Baxter? —pregunté con exasperación.

La doncella rió con mayor franqueza y me contestó:

—Con el permiso de la señorita, es el guarda. Tiene la orden de tirar a todos los perros que encuentre. Creo que éste se morirá. No me cabe duda que es cosa de Baxter.

En aquel momento hubiera deseado que hubiese disparado sobre la doncella, en vez de hacerlo sobre el pobre animal. Comprendiendo, por otra parte, que era inútil esperar nada de aquella imbécil, le dije que llamara al ama de llaves, que siempre me había parecido más sensata y con cierta educación. Se presentó con un poco de leche caliente, pero en cuanto vió al perro cambió de color y dijo:

—¡Dios nos ampare! Seguro que es el perro de la señora Catherick.

—¿Cómo? —pregunté sorprendida.

—¿Conoce usted a la señora Catherick, señorita? —me preguntó también sorprendida el ama de llaves.

—Personalmente, no. Sin embargo, he oído hablar de ella.

—¿Tiene, alguna noticia de su hija?

—No, señorita. Vino aquí a ver si sabíamos algo. Según contó, ayer había oído por estos alrededores que una señora, cuyas señas eran las de su hija, encontrábase por las inmediaciones. Pero nosotros nada sabemos de esto, y tampoco en la aldea, donde mandé a preguntar. Estoy casi segura que traía consigo a este perro, sin duda, se habrá perdido por el parque y habrán hecho fuego sobre él. ¿Dónde lo encontró usted, señorita?

—En aquella cabaña que hay al lado del lago.

—Claro. Se habrá escondido allí para morirse. Los perros siempre hacen lo mismo. Pruebe usted a darle un poco de leche, que yo, mientras, le lavaré la herida. Me parece que es demasiado tarde, pero nada perdemos haciéndolo.

La señora Catherick. Continuaba sonando en mis oídos este nombre, y cada vez me recordaba las recomendaciones de Walter Hartright. Desde aquel momento, me decidí a averiguar todo cuánto me era posible.

—¿Ha dicho usted que la señora Catherick vive en los alrededores? — pregunté.

—¡Oh, no! Me parece que al otro lado del condado.

—¿La conoce usted desde hace mucho tiempo?

—Siento una gran lástima por esa pobre mujer, y me hubiera gustado verla. ¿Estuvo aquí mucho rato?

—Sí, señorita. Y probablemente hubiera estado más tiempo si en aquel momento no me hubieran llamado para recibir a un caballero que preguntó si había venido ya el señor. En cuanto la doncella me dió el recado, se despidió de mí apresuradamente, rogándome que no le dijera a Sir Percival que había estado aquí. Todo esto me parece, muy raro.

A mí también me lo parecía, sobre todo recordando que Sir Percival había hablado de la confianza existente entre él y la madre de la desventurada loca.

—¿Le dió a usted algunos pormenores sobre su hija? —le pregunté.

—No, señorita —me contestó el ama de llaves—. Unicamente parecía contrariada por la falta de noticias. No me pareció que estuviera triste. Dijo que tendría que darla por perdida, y luego comenzó a hacerme preguntas sobre la señora. Me preguntó si era bella, amable, fuerte y joven. ¡Oh, Dios mío! El pobre animal ya ha acabado de padecer.

El perro había muerto. Había muerto exactamente al pronunciar las palabras amable, fuerte y joven. Tuvo una pequeña convulsión y murió en pocos segundos.

Son las ocho de la noche. He terminado mi solitaria cena y abro el diario para calmar con él mi impaciencia y aguardar a que lleguen los viajeros. Qué enorme silencio en esta casa. ¿Faltarán todavía muchos minutos para abrazar a Laura? ¡Pobre perro! ¡Cuánto siento que el primer día de mi estancia aquí se mezcle al recuerdo de una muerte, aun cuando sea la de un animal!

Welmingham... Ahora comprendo, al releer estas páginas, que este es el sitio en que vive la señora Catherick, porque así lo indicaba en la lacónica misiva que me envió. En cuanto me sea posible, y tenga oportunidad para ello, iré a verla. Me gustaría

averiguar por qué quería que Sir Percival no se enterase de esta visita. Contrariamente a lo que opina el ama de llaves, creo que Ana debe de andar por los alrededores.

Ahora si me parece haber oído ruido. Los criados se dirigen corriendo hacia la puerta. El coche ha llegado ya al patio.

15 de junio.

Ha pasado ya la agitación de los primeros momentos. Desde hace dos días, los viajeros se encuentran en el castillo. De nuevo empieza a funcionar regularmente el motor de nuestras vidas.

He de empezar haciendo una observación. Cuando dos personas se separan durante algún tiempo, y estas personas son tan queridas como nosotras, cuando se vuelven a ver, siempre hay algo extraño en ellas. Esto mismo me ocurrió con Laura. Después de la inmensa alegría de vernos y abrazarnos, inmediatamente experimenté una sensación extraña. Ahora ha pasado todo. Me asegura que está lo misma que antes, pero para mí ha cambiado mucho. No es que sea menos bella de lo que fué. Lo es de otro modo. Posiblemente, su belleza se encuentra ahora en pleno apogeo, pero aquella dulce e inocente ternura que iluminaba sus ojos, que se reflejaba en todo su semblante, que no puede describirse, y, como el pobre Walter decía, ni pintarse, se ha perdido.

He notado otro cambio más. Se muestra muy reservada en todo lo que se refiere a su vida matrimonial. Sus cartas ya me habían preparado a esta transformación. La primera vez que intenté aludir a este asunto, me tapó los labios con la mano, diciéndome:

—Si aceptamos la vida tal como es, si hablamos de ella lo menos posible, seremos muy felices una al lado de otra, querida Marian —y añadió luego abriendo y cerrando con nerviosismo la hebilla de mi cinturón—: Te contaré todo lo que quieras, querida, si tus preguntas no aluden a nada más de todo esto. No es porque haya ocurrido nada terrible, pero tanto por ti como por él y por mí, debemos prescindir de todo esto. ¡Ah, querida Marian! Qué alegría siento viendo otra vez tu cara de gitana buena. —Se sentó en mis rodillas y me dijo de pronto —: Prométeme que no te casarás nunca, ni me dejarás. Créeme; a no ser que se quiera mucho, infinitamente, al marido, se está mucho mejor soltera. —Me cogió las manos, se tapó el rostro con ellas y me preguntó—: ¿Cuántas cartas has escrito, hermanita? —Luego bajó la voz y me preguntó apresuradamente— ¿Qué sabes de él? ¿Está bien? ¿Es feliz? ¿Sabes si me ha olvidado?

Reconozco que no debiera haberme hecho estas preguntas. Debí haberle recordado la prohibición que ella misma me había impuesto. Pero no hay ninguna mujer que tenga el valor suficiente para borrar de su corazón la imagen que ha grabado el amor en él. Por los libros sabemos que no existen seres tan sobrenaturales, pero lo niega la experiencia.

Hube de contestarle la verdad, es decir, que no había recibido carta alguna de él ni tenía de su vida la menor noticia.

En nuestra primera entrevista me han entristecido muchas cosas. Primero: que entre nosotras comienza a haber un asunto prohibido; segunda, que por todo ello comprendo que las relaciones de Laura y de su marido distan de ser las que debieran, y la tercera, la seguridad de que su desgraciado amor alienta en su alma con más fuerza que nunca. De todo esto tan triste, lo único que me consuela es que para mí ha vuelto como siempre, encantadora, tierna y cariñosa.

Teniendo que hablar de sus compañeros de viaje, el primer puesto debe ser ocupado por su marido. Está más delgado que antes; su tos es la misma de siempre, pero su inquietud y nerviosismo son ahora mayores que nunca. Por lo que a mí respecta, sus maneras son menos ceremoniosas que antes. La noche de su llegada me saludó con un ligero apretón de manos, diciéndome:

—¿Cómo está usted, Marian? Me alegro de verla.

No dijo nada más. Me parece dominado por un constante malhumor. Un cuchillo fuera de su sitio, o un periódico sobre una silla es lo bastante para que mire con reconcentrado a la servidumbre. Tal vez sea que está algo contrariado. Prefiero que sea así. Creo que uno de los motivos es el siguiente: cuando llegó, le preguntó al ama de llaves si había venido a preguntar por él alguna persona, y ella le contestó que, en efecto, así había sido, y habló del caballero que preguntó si Sir Percival estaba de regreso cuando vino la señora Catherick. Sir Percival preguntó su nombre, pero el caballero no lo había dado. Preguntó con objeto de saber qué quería, pero el desconocido no había dicho nada. Sir Percival se enfureció; dió una patada en el suelo, frunció el entrecejo y entró en el castillo sin preocuparse de nadie. No puedo explicarme por qué le incomodó tanto esta fruslería. Lo mejor será que no me preocupe de ello hasta que el tiempo me dé ocasión de saberlo. Ahora me toca hablar de los dos huéspedes. Hablaré primero de la condesa, para terminar cuanto antes. Laura tenía, en efecto, razón cuando me dijo que la encontraría cambiada. Nunca he visto que el matrimonio cambie de una forma tan radical a una mujer. Cuando se casó, a los treinta y seis años, era una charlatana presumida. Sus exigencias y sus

extravagantes caprichos la hacían insoportable y verdadero azote de la paciente humanidad. Ahora, como condesa Fosco y con cuarenta y tres años, es una matrona ataviada sin pretensiones, que durante largas horas puede permanecer inmóvil sin pronunciar una palabra. Se entretiene en interminables bordados de cañamazo, o bien haciendo unos cigarrillos especiales para su marido. Bajo esta compostura inalterable he creído descubrir una única pasión: los celos reprimidos, esos que siente una mujer hacia cada mujer que se acerca a su marido, aunque se trate de una criada. Prescindiendo de lo que sus ojos demuestran en estas ocasiones, es siempre la misma estatua de piedra, fría e impenetrable. Yo no puedo explicarme este cambio, y no sé por qué me empeño en ver algo siniestro en esta calma aparente. El tiempo dirá si me equivoco o no.

¿Qué decir ahora del mago que ha logrado esta transformación maravillosa? ¿Qué hablar del conde? Procuraré describirle con breves palabras. Me parece un hombre capaz de domar todo lo que tenga al alcance de la mano. Creo que si se hubiera casado con una leona la hubiera domesticado, y si lo hubiera hecho conmigo, yo estaría ahora liando los cigarrillos y, como hace su mujer, le obedecería con una sola mirada.

Este hombre, grueso, según puede verse, y viejo, según cuentan, posee una ligereza y elasticidad de movimientos realmente sorprendentes, y a pesar de la enorme fuerza de carácter que se revela en su mirada de hombre excepcional, es tan sensible y nervioso como una mujer. Cualquier rumor imprevisto le impresiona más que a Laura, y ayer tuve ocasión de verle estremecerse de pies a cabeza cuando vió a Sir Percival dar un latigazo a un perro. Esto me hace recordar otra de las cualidades de su carácter: el amor que profesa a los animales.

Según cuenta él mismo ha dejado algunos de ellos en Italia, y se ha traído consigo un loro, dos canarios y unos ratones blancos. Atiende a las necesidades de todos ellos, y realmente conmueve el cariño que le profesan todos sus animales. El loro es todo lo traidor y malo que puede ser un ave, pero parece enamorado de él. En cuanto abre la jaula de los canarios, los pajarillos vuelan con confianza y cariño sobre sus hombros, y cuando él les tiende la mano, se posan en sus dedos y cantan hasta desgañitarse. Los ratones viven en una especie de pagoda de alambre, dibujada y construida por el conde. Como los canarios, son mansos y cariñosos, y corren sobre aquel cuerpo de gigante con la confianza de recibir siempre una caricia. Es curioso ver que si un inglés tuviera estas debilidades del conde, se avergonzaría de ellas y procuraría ocultarlas o disculparse. Pero el conde Fosco no ve nada de ridículo en el contraste que pueden ofrecer sus animales y su ciclópea figura. Parece como si fuera capaz de acariciar a sus blancos ratoncillos en medio de una reunión de cazadores de zorros, y aun se le cree capaz de compadecerse de éstos, como si fueran bárbaros, cuando se rieran de él.

Realmente, parece increíble que este hombre, que mimra a su loro como pudiera hacerlo una soltera, hable, cuando hay motivo para ello, con una independencia tan revolucionaria de sus ideas como la que expresa siempre y posea tan vasta erudición y conocimiento tan completo de todo cuanto se ha publicado en todos los idiomas. Todas estas cualidades le conquistan inmediatamente un lugar destacado en todas partes. Por otro lado, este constructor de pagodas es, según Sir Percival, uno de los químicos más eminentes de nuestra época. Entre otras cosas maravillosas, ha inventado el medio de petrificar el cuerpo humano después de la muerte, de tal modo, que se conserva duro como el mármol durante un tiempo incalculable.

El gran interés que a pesar mío siento por este hombre extraño ha hecho que interrogué a Sir Percival sobre su vida pasada.

Sir Percival demuestra saber muy poco de su vida, o no quiere decirlo. Hace ya bastantes años, y en las dramáticas circunstancias que creo haber descrito, el conde y el barón se vieron por primera vez. Frecuentemente, desde entonces, se han visto en distintos países, pero ya nunca más en Italia, donde, desde hace muchos años, no ha estado más el conde. Tal vez haya que pensar en alguna persecución de carácter político. A pesar de todo, parece demostrar un gran interés por sus compatriotas. La primera noche de su estancia en el castillo preguntó si se hallaba muy lejos la ciudad más próxima, y si en ella se había establecido algún italiano. Con frecuencia recibe numerosas cartas con sellos de todo el mundo. Hoy he visto ante su plato, a la hora de comer, una lacrada en rojo, que denunciaba un origen oficial. Esto me hace desconfiar de mis sospechas al considerarlo como expatriado político.

Sea como fuere, he de confesar que este hombre ha alcanzado sobre mí un incomprensible ascendiente, y he de confesar también que éste ha aumentado en el breve plazo de dos días. No puedo explicarme si esto se debe a simpatía o temor. Digamos, como el conde diría en su bellísimo idioma: «Chi lo sa».

16 de junio.

Aparte de mis impresiones personales, tengo algo más que contar. Ha llegado hoy una visita desconocida, tanto para Laura como para mí, y, al mismo tiempo, inesperada para Sir Percival.

Estábamos comiendo. El conde, que come los pasteles como si fuera un niño, acababa de pedir el cuarto trozo de *cake*, cuando un criado hizo su aparición en el comedor y dijo, dirigiéndose al dueño de la casa:

—Señor, el señor Merriman, de Londres.

Sir Percival experimentó un estremecimiento y miró al criado entre colérico y alarmado.

—¿El señor Merriman? —repitió, como si no creyera en lo que sus oídos habían escuchado.

—Sí señor. El señor Merriman, que ha llegado de Londres.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca, señor.

Sin decir palabra, se levantó y salió del comedor precipitadamente.

—¿Quién es Merriman? —me preguntó Laura.

—Lo ignoro —le contesté.

El conde habíase acercado a una pequeña mesa, en la que se encontraba el loro. Con el pájaro sobre el hombro, se volvió hacia nosotras y contestó tranquilamente:

—Es el notario de Sir Percival.

Me sobresaltó su respuesta. Algo muy bueno o muy malo tiene que suceder siempre que un notario haga el viaje inesperado de Londres a Hampshire y cause su visita una extrañeza tan profunda como la que había causado.

Esperamos un cuarto de hora más, por ver si llegaba Sir Percival. Viendo que esto no sucedía, nos levantamos de la mesa. El conde, cuyo loro continuaba en su hombro, nos abrió la puerta, cediendo el paso a Laura y a su esposa. Al pasar yo, me paré de pronto e hice un vago ademán. El conde, como si contestara a mi idea, me dijo:

—En efecto señorita Halcombe, algo tiene que haber sucedido.

Estuve a punto de contestarle que yo no había pensado semejante cosa. Pero una

mirada de sus claros ojos me obligó a bajar los míos y salir rápidamente del comedor.

Encontré a Laura al pie de la escalera. Sus palabras parecían ser un eco de las del conde. Ella también me dijo que tenía el presentimiento de que algo había sucedido.

III

16 de junio.

Muy poco he de añadir antes de acostarme.

Dos horas después de haber dejado a mi cuñado en el comedor, como todas las tardes, salí a dar mi paseo. Al atravesar el salón, vi abrirse la puerta de la biblioteca, y me correcto esperar a que los dos caballeros pasaran dos, creyéndose solos, hablaban con un tono de voz natural.

—Sir Percival, puede usted estar tranquilo —decía el notario—. Lo importante es el consentimiento de Lady Glyde.

Hacía un momento me dispensa retroceder, pero al oír el nombre de mi hermana me detuve. Confieso que si alguien cree incorrecto mi modo de proceder he de decir que soy capaz por mi hermana de escuchar, si hay necesidad de ello, por el ojo de la cerradura.

—Me comprende usted perfectamente —continuó el abogado—. Si usted desea cumplir con todas las formalidades, Lady Glyde tiene que firmar ante uno o dos testigos. Además, ha de escribir sobre la firma estas palabras: «Firmado por mi libre y propia voluntad». Si esto se hace así, tendremos terminado el asunto antes de una semana. La calma renacerá entonces. En caso contrario...

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó mi cuñado—. Le garantizo a usted que si debe de hacerse, se hará.

—De acuerdo, Sir Percival, de acuerdo. Pero toda clase de transacciones es muchas veces una espada de dos filos. A nosotros, los hombres de leyes, nos gusta examinar ambos filos. Si por una de esas extrañas circunstancias, no pudiera lograrse la firma, tal vez consiguiera yo reunir algún dinero en letras, a noventa días, pero no veo el modo de conseguir el dinero ni aun con ese plazo.

—No me interesan las letras. El dinero puede conseguirle por el primero de los medios, que usted me ha dicho. Y yo le repito que se conseguirá. ¿No quiere usted tomarse un vaso de jerez antes de marcharse?

—Muy agradecido, pero tengo el tiempo justo para tomar el tren. Ya me dará usted cuenta del resultado de la gestión. No olvide que ha de obrar discretamente.

—No se preocupe usted. El coche le espera, y el cochero le trasladará inmediatamente a la estación. Bien, si este caballero pierde el tren, tú perderás la cabeza. Hasta la vista, Merrimán. Si vuelca usted por el camino, el diablo se llevará lo, que le pertenece.

Poco era lo que yo había oído, pero me bastaba para comprender que se trataba de un apuro económico, y, además, de que Sir Percival contaba para salir de él con su esposa. Me llenaba de inquietud, inquietud exagerada acaso por mí, ignorancia en los negocios y mi instintiva desconfianza en Sir Percival, la idea de ver a Laura envuelta en las dificultades de su marido.

No salí de paseo. En lugar de hacerlo, corrí a la habitación de Laura para contarle lo que había escuchado. Recibió con tal tranquilidad estas noticias, que me hizo darme cuenta de que sabía perfectamente, mucho más de lo que yo creía, las dificultades económicas de su marido.

—Lo supuse —dijo— cuando oí decir que había venido a verle un desconocido que no quiso decir su nombre.

—¿Supones tú quién sería?

—Probablemente, algún acreedor habrá sido la causa de la visita.

—¿Sabes lo que pide?

—No. Desconozco los pormenores.

—Supongo que no firmarás nada sin enterarte antes.

—No te preocupes, Marian. Le ayudaré en lo que me sea posible, porque creo que es mi deber, pero no me comprometeré a nada. En fin, no hablemos más de esto. Veo que

estas vestida. Voy a arreglarme un poco y daremos un paseo por el campo.

Cuando salimos de casa nos dirigimos a una pequeña avenida de olmos, y encontramos allí al conde Fosco. Cantaba entonces el aria del «Barbero de Sevilla». Su voz poseía esa vocalización prodigiosa que sólo tienen las gargantas italianas, y se acompañaba de una forma magistral con una mandolina. Al darse cuenta de nuestra presencia, interrumpió la canción y se inclinó ante nosotras con la misma gracia con que hubiera podido hacerlo el propio Fígaro.

—Te aseguro, Laura, que este hombre sabe bastante de los apuros de tu marido —le dije a mi hermana, devolviendo el saludo al conde, de quien nos hallábamos aún a respetable distancia.

—¿Por qué lo crees?

—No se explica de otro modo el que supiese que Merrimán era el notario de tu marido. Por otra parte, al salir del comedor me dijo que algo tenía que haber ocurrido. Te repito, Laura, que sabe más que nosotras.

—Pues te ruego que no le preguntes nada. No te confíes a él.

—Me parece que le tienes demasiada antipatía. ¿Ha hecho algo para merecerla?

—Nada, Marian, al contrario. Me ha colmado de atenciones durante el viaje, y en muchas ocasiones ha impedido las genialidades de mi marido. Tal vez me desagrade ver que tiene sobre Percival mucha más influencia que yo. Tal vez, también, no me agrade deberle estos favores. En fin, no sé. Lo único que puedo decirte es que no es santo de mi devoción.

El día transcurrió sin que ocurriera nada digno de mención. Por la noche, después de cenar, jugué con el conde al ajedrez, y me dejó ganar dos partidas por cortesía. A la tercera, me dió mate en cinco minutos. Mi cuñado no habló una sola palabra de la visita del notario, pero, ignoro por qué, parecía de excelente humor. Estaba particularmente atento con su mujer, de tal modo, que hasta la impasible condesa se dió cuenta de ello. ¿Qué significaría esto? Me da miedo averiguarlo, y estoy segura de que el conde lo sabe también. En varias ocasiones he visto a Sir Percival mirarle como si pidiera su aprobación.

Día 17.

Hoy ha sido un día de acontecimientos. Quiera Dios que no tenga que añadir también que lo ha sido de desastres.

Por la mañana, cuando Laura y yo esperábamos a la condesa para nuestro paseo matinal, entró de pronto Sir Percival preguntando por el conde.

—Estamos esperándole —le repuse.

—Tanto a él como a su esposa - me dijo les necesito en la biblioteca. Es un asunto de negocios y es preciso que esté presente también Laura. —Calló un momento y, viéndonos vestidas, preguntó—: ¿Salen o llegan?

—Pensábamos pasear hacia el lago —contestó Laura pero si usted tiene otro proyecto...

—No, no —contestó apresuradamente—. Mis proyectos pueden esperar. Da lo mismo que hablemos después de comer. ¿Conque van ustedes hacia el lago, no? Me parece una excelente idea y desde luego, me sumo a la partida.

Era fácil comprender que por la prontitud con que había pospuesto su proyecto al de los demás, alegrábase retardando la formalidad reparada por el notario.

No tardaron en reunirse los condes a nosotros. La dama llevaba consigo la inseparable bolsa de terciopelo bordada en oro en la que se guardaba el tabaco y, el papel para los cigarrillos. El conde llevaba su pagoda con los ratoncillos, a los cuales sonreía.

—Les pido a ustedes mil perdones por hacerme acompañar de esta pequeña familia, sacándola a dar un paseíto, pero los perros que hay en la casi harían que no me sintiera tranquilo dejándolos expuestos a ellos.

Todos nos dirigimos hacia el lago, y Sir Percival se nos adelantó casi en seguida. Era característico de sus paseos separarse de quienes le acompañaban, y entretenerse luego esperándoles cortando ramas y confeccionando bastones que tiraba en seguida. Todos entramos en la cabaña abandonada, excepto el marido de Laura, que se quedó afuera, arreglando su último bastón.

Laura preparó la labor y la condesa sus cigarrillos. Yo me quedé inmóvil, sin hacer

nada, pues soy tan torpe para las labores como puede serlo un hombre. El conde se sentó en una silla baja, que crujió bajo su peso formidable, y comenzó a jugar con sus protegidos.

El cielo estaba cubierto de nubes. Un viento fuerte baniboleaba las copas de los árboles, y sobre el lago veíase el rápido huir de las nubes, aumentando la desolación del siniestro paraje.

—Hay gentes —dijo Sir Percival— que encuentran este lugar muy pintoresco. A mí me parece abominable. En cuanto me sea posible, lo convertiré en un sembrado. ¿Qué le parece a usted, conde Fosco? ¿No le parece un lugar a propósito para un asesinato?

—Mi querido Percival, los ingleses no tienen vista para nada. No son seguros en sus cosas. Hay que tener en cuenta que estas agrias son poco profundas para esconder un cadáver. La arena que la rodea conservaría la huella del asesino. No me parece éste un lugar a propósito para cometer ningún crimen.

A estas palabras, Laura volvió el rostro y miró con gran antipatía al conde, pero éste hallábase muy ocupado con sus ratones y no la vió.

—Lamento —dijo mi hermana— que considere este paisaje desde tan fúnebre punto de vista, y que rechace la idea del asesinato únicamente por las dificultades del terreno. Hubiera sido mucho mejor rechazarla horrorizado, porque estas cosas inspiran siempre horror a los hombres sensatos.

—Querida señora —dijo el conde—, estas ideas son maravillosas, y muchas veces he tenido ocasión de leerlas en excelentes libros del colegio.

—Conde —replicó Laura—, es muy fácil reírse de todo pero no conseguirá demostrarme nunca que un hombre de talento sea capaz de ser un criminal.

—Como siempre, tiene usted razón, *signora* —observó—. El criminal tonto es el que descubre su crimen. El crimen del hombre de talento está oculto siempre, y, por lo tanto, ése no es criminal.

—Laura, prepare usted sus baterías —dijo Sir Percival Dígale que el crimen lleva aparejado el castigo. Conde Fosco, ésta es también otra máxima moral para usted.

—Yo así lo creo —dijo Laura firmemente.

Sir Percival rió tan ruidosamente que todos nos sobresaltamos, y el conde estuvo casi a punto de dejar caer los ratones.

—También lo afirmo yo —dije, acudiendo en auxilio de Laura.

No sé por qué, Sir Percival, que había acogido tan alegremente la afirmación de su esposa, se incomodó al escuchar la mía, puesto que rompió el bastón que estaba puliendo en aquel momento y, tirando con furia sus pedazos al suelo, salió de la choza.

—Pobre Percival —dijo el conde compasivamente—. Es una víctima del *spleen* inglés. Querida señora, ¿creen ustedes, por cierto, que lleva el crimen aparejado consigo el castigo? Y tú, ángel mío, ¿lo crees también?

—Esperaré conocer más de este asunto —observó Leonor con cierto reproche—, antes de emitir un juicio ante personas tan bien informadas.

Pues, quedamos en que el crimen lleva aparejado el castigo y se descubre siempre al criminal, ¿no es cierto? el conde, acariciando a uno de sus ratoncitos—. ¡Ah, señoras! ¿Cómo pueden ustedes hacerse eco de una dad semejante? Pregúntenle a los jefes de policía si es verdad lo que ustedes dicen. Por ventura, ¿no han ado ustedes nunca en los periódicos noticias con respecto a cadáveres cuyos asesinos no han sido ertos jamás? Ahora bien, sumen ustedes los casos de los cadáveres que se han encontrado, y piensen en los se encontrarán, y piensen también en los casos que se conocen y en los que se ignoran. ¿Qué conclusión ían ustedes como resultado? Muy sencilla: que hay criminales que se dejan coger por tontos y otros que alento y que permanecen desconocidos. Cuando gana la policía, todo el mundo lo sabe, pero todos ignoran pierde. Lo que ustedes dicen está bien por lo que respecta a los crímenes que se conocen, pero no a los que an.

—Todo esto está muy bien razonado —dijo desde la puerta Sir Percival, que había vuelto a la cabaña.

—En efecto, puede estar muy bien razonado —dije yo. Lo que no acabo de comprender el por qué el conde Fosco toma la defensa, o parece tomarla, de los criminales de talento, y por qué Sir Percival la aplaude de este modo.

—¿Qué le parece a usted, Fosco! —exclamó Sir Percival—. Le aconsejo que haga las

paces. No se meta usted nunca con mujeres. Dígalas siempre que lo mejor es la virtud.

El conde rió silenciosamente, pero su risa alarmó a los ratones, que paseaban sobre su chaleco. Cortésmente, dijo:

—Estas señoras son, precisamente, las que deben hablarme de virtud. Son las que la representan sobre la tierra.

—Es asombroso —dijo Sir Percival— lo que se le ocurre siempre a este hombre.

—Por lo, que a mí se refiere —continuó el conde—, en los distintos países que he recorrido he encontrado tantas clases de virtud, y han afirmado todos que la suya es la cierta, que he acabado por no saber a qué atenerme. Y tú, mi querido y lindo ratón, ¿qué opinas de todo esto? Supongo que para ti el hombre virtuoso es el que te proporciona la comida y te da abrigo, ¿no es cierto? Tal vez tengas razón.

—Perdón, conde, un momento —le dije—. En Inglaterra, por lo menos, tenemos la virtud de proteger a los débiles e indefensos, y aborrecemos el derramamiento de sangre inocente, tal como ocurre en los países bárbaros y con el pretexto más trivial.

—Muy bien dicho, Marian —exclamó Laura.

—Le ruego que permitan ustedes al conde que continúe la discusión —dijo la silenciosa condesa—. Siempre sabe qué es lo que tiene que decir.

—Muchas gracias, querida —dijo el conde—. ¿Quieres un bombón? —Sacó entonces una bombonera de plata y nos ofreció su contenido diciendo:

—Chocolate a la vainilla, ofrecido por el conde Fosco en homenaje a esta selecta y encantadora reunión.

—Continúa, conde —dijo su esposa, mirándome rencorosamente— Contesta a la señorita Halcombe.

—Sería necesario ser un sabio o un santo para contestar a la señorita Marian. Yo tengo la desgracia de no ser ninguna de las dos cosas —dijo el italiano cortésmente—. Sin embargo, lo intentaré tiene usted toda la razón, señorita. Inglaterra es como una vieja dama que aborrece los crímenes. John Bull no quiere sangre. Es el primero en

censurar todo lo que hacen sus vecinos, pero no es tan listo que vea sus propias faltas ¿Le cree usted así mejor que las sociedades que él condena? Aquí, como en las demás naciones, el crimen vive con cierta tranquilidad. La cárcel en la que el crimen termina su carrera, ¿es acaso mejor que el asilo donde la virtud termina la suya? Cuando los filántropos se deciden a hacer una buena obra, mejoran, por ejemplo, la comida de las cárceles, que, aunque mala, es, al fin, comida. Y, sin embargo, no se le ocurre socorrer a la gente que se muere de hambre en una mísera choza. ¿Cuál es el profeta que ahora prefieren las damas? Chatterton. Empezó robando y acabó suicidándose... Ven, ratoncito mío. Por un momento conviértete en una virtuosa señorita. Te diré que si te casas con el hombre elegido por tu corazón, y da la casualidad que este es pobre, todos tus amigos te mirarán con lástima y te despreciarán. Pero si por casualidad vendes tus encantos a un rico, aun cuando te repugne, todos se harán lenguas de tu talento y celebrarán tu buena, suerte. El ministro de una religión pura sancionará esta prostitución tan vil. Risas y cumplidos harán coro en torno suyo. *Bien, presto*, conviértete de nuevo en ratón, porque así estarán libre de todas estas cosas... ¡Ah, Lady Glyde...! Usted me considera una mala persona porque digo lo que otros piensan y se callan. Pero voy a poner en movimiento mis piernas de elefante antes de perjudicarme más en su concepto. Voy a pasear un poco, diciendo, cómo su inmortal Sheridan: «En pos de mí dejo la sombra negra de mi fama».

Dejó la jaula sobre la mesa y al contar los ratones lanzó un grito de horror.

—Uno, dos, tres, cuatro... ¡Falta uno! —exclamó—. ¡El más pequeño, el más blanco, el benjamín!

A pesar de que el cinismo del conde nos había trastornado un poco, no pudimos contener la risa ante el espectáculo de un hombre tan grande angustiándose por una cosa tan pequeña. Nos levantamos y no tardaron sus penetrantes ojos en descubrirlo debajo de una silla. Cuando se levantó, después de haberlo recogido, temblaba su mano de tal manera que casi no pudo meterlo dentro de la jaula.

—Percival —exclamó con voz ahogada—, venga aquí.

—¿Qué ocurre?

—¿No ve usted nada ahí? —preguntó, donde el ratoncillo se había encontrado.

—Arena seca y basura —exclamó Sir Percival encogiéndose de hombros.

—No es basura —exclamó el conde—. Es sangre.

Laura se volvió hacia mí estremecida de horror.

—No te asustes, querida —le contesté—. No te alarmes. Es la sangre de un perro.

Todos me miraron estupefactos.

—¿Cómo lo sabe? —exclamó Sir Percival.

—El día que llegué al castillo encontré aquí a un perro moribundo. Según parece, su guarda lo mató.

—¿De quién era? —preguntó Sir Percival.

—¿No trataste de salvar al pobre animal? —preguntó Laura.

—Sí, pero fué inútil. Murió casi enseguida.

—¿De quién era? —volvió a preguntar mi cuñado.

Recordé entonces los deseos de la señora Catherick de que permaneciera oculta su sita. Pero había ya dicho demasiado para poder callar.

—Me dijo el ama de llaves que pertenecía a la señora Catherick.

Sir Percival estaba dentro de la cabaña en aquel momento. Yo hablaba desde fuera. Al oír este nombre, me preguntó con actitud preocupada:

—¿Y cómo sabía el ama de llaves que era suyo?

—Ella lo trajo —contesté con tranquilidad.

—¿Adónde?

—A esta casa.

—¿Y qué diablos venía a hacer a esta casa? —preguntó con una grosería mayor que las palabras, mientras yo protestaba volviéndole la espalda.

—Mi querido Percival —dijo la voz persuasiva del conde, con una gran suavidad.

Sir Percival miró en torno suyo furiosamente, y el conde repitió sus conciliadoras palabras. Sir Percival me siguió algunos pasos. Me quedé atónita cuando le oí disculparse diciendo:

—Perdóneme, señorita Halcombe, estoy nervioso y me irrito sin motivo, pero me gustaría saber qué es lo que buscaba aquí esa mujer. ¿No vió más que al ama de llaves?

—Creo que no.

—Entonces —añadió el conde—, ¿por qué no consultar a esa mujer?

—Creo que tiene usted razón. Hemos de hacer esto. He sido un estúpido no comprendiéndolo enseguida.

Y nos dejó para regresar inmediatamente a casa.

El conde, apenas hubo marchado Sir Percival, pareció de mostrar una viva curiosidad por conocer lo ocurrido. Comenzó a hacerme preguntas con respecto a la señora Catherick, y a pesar de que yo le respondía todo lo más lacónicamente que me era posible, la consecuencia fué que a los pocos minutos sabía tanto como yo del caso.

Resulta muy curioso el efecto de mis informaciones. Estoy segura de que a pesar de la evidente intimidad que existía entre el conde y mi cuñado, no sabía absolutamente nada de cuanto se refería a Ana Catherick. El misterio que rodea a esta desventurada se ha engrandecido a mis ojos al tener la convicción de que Sir Percival lo ocultaba hasta a sus mejores amigos.

Continuábamos hablando y paseando. Al llegar a la casa vimos el coche de Sir Percival que aguardaba a la puerta. Comenzaban a verse los efectos del interrogatorio.

—Excelente caballo —exclamó el conde, con su familiaridad aristocrática—. ¿Va usted a salir? —preguntó al joven que sujetaba al caballo.

—No, señor —contestó el muchacho, señalándose el traje.

—Sale el amo solo.

—¡Ah! —exclamó el conde—. Y cansará a este animalito yendo muy lejos, ¿no es cierto?

—Lo ignoro, señor, pero, si usted me lo permite, le diré que «Molly» es una yegua de enorme resistencia. El amo no la usa sino para largas distancias.

—De lo que se deduce, señorita Halcombe —dijo el conde dirigiéndose a mí—, que Sir Percival se va lejos.

No contesté, pero sospechaba yo también adónde se dirigía.

Al entrar en la casa encontramos a Sir Percival. Me pareció descubrir que estaba pálido y agitado. Sin embargo, nos dijo con toda cortesía:

—Lamento vivamente verme obligado a abandonar la grata compañía de ustedes. Me fuerza a ello un asunto que reclama mi presencia y supongo estaré de regreso mañana por la mañana. Quisiera antes dejar terminada una pequeña formalidad en cuestión de negocios. ¿Quiere usted, Laura, hacerme el favor de pasar a la biblioteca? No la entretendré más de un minuto. Se trata de una pequeña formalidad. Condesa, conde, si no es molestia para ustedes, les necesito como testigos para una firma.

Me quedé sola en el vestíbulo, oprimido el corazón por amargos presentimientos. Lentamente, me dirigí a mi alcoba. Aun no había abierto la puerta cuando oí que me llamaba mi cuñado.

—Le ruego que baje —me dijo—. La culpa es de Fosco, y no mía. Ha puesto determinados reparos a que su mujer sirva de testigo. Esto me obliga a rogarle a usted, señorita Halcombe, que me acompañe a la biblioteca.

Cuando entramos, estaba Laura sentada ante la mesa de escritorio y enroscaba en sus dedos las cintas de su pamea. No muy lejos de ella, la condesa, acomodada en un sillón, contemplaba silenciosamente a su marido. El conde se acercó a mí y me dijo:

—Señorita, le ruego que me disculpe por la molestia que le ocasionó. Habrá usted

oído decir en muchas ocasiones que los italianos somos un poco suspicaces. No pretendo ser el mejor de mi raza. Me parece poco correcto y sujeto a controversia que, siendo yo testigo, lo sea también mi mujer.

—Esto no tiene aquí ningún fundamento —dijo Sir Percival—. Las leyes inglesas lo autorizan.

—Bien. Las leyes inglesas dirán que sí, pero la conciencia del conde Fosco dice que no. Ignoro en qué consiste el documento que va a firmar Lady Glyde, pero la necesidad de dos testigos supone dos opiniones; entre nosotros no hay más que una. Si en alguna ocasión pudiera ser discutido este documento, tal vez se me reprochará haber ejercido una coacción sobre mi esposa, y rechazar por lo tanto su testimonio. Hablo, naturalmente, en favor de los intereses de Sir Percival, no de los míos. Por este motivo, me parece más correcto que actuemos como testigos yo, como el amigo más directo del marido, y la señorita Halcombe, como la pariente más próxima de Lady Glyde. Si quieren ustedes, seré muy meticuloso, y serán muchos mis escrúpulos y minuciosidades. Pero tengo una angosta conciencia y espero sean ustedes tan amables como para concederme este honor en gracia a la suspicacia italiana.

Me parecían justos los escrúpulos, del conde. No obstante, no sé por qué razón, aumentó mi repugnancia de verme mezclada en aquel asunto. Por consideración a mi hermana únicamente consentí en continuar allí.

—Me quedaré aquí —dije—. Serviré de testigo, si no encuentro por mi parte escrúpulo alguno.

Sir Percival me miró como si quisiera decirme algo, y viendo que la condesa, como obedeciendo a una señal de su marido, disponíase a salir de la biblioteca, le dijo:

—No tiene usted por qué marcharse, señora.

La condesa se detuvo, pero habiéndole reiterado la orden el conde, una muda orden, naturalmente, dijo que prefería dejarnos a solas, y salió con decisión.

Una vez solos, Sir Percival abrió uno de los cajones del escritorio y sacó de él un pergamino varias veces doblado. Desdobló únicamente el último pliego, de tal modo que no podía verse lo que estaba escrito antes. Mojando la pluma en tinta, se la ofreció a Laura diciendo:

—Firme usted aquí. La señorita Halcombe y el conde lo liarán luego. Querido conde, venga usted conmigo. Ser testigo de una firma no es tan sencillo como fumar delante de las flores de una ventana.

El conde tiró su cigarrillo y se acercó a la mesa contra la cual Sir Percival apretaba el pergamino, con una expresión siniestra y agitada en el rostro. Parecía más un presidiario ante un juez que un caballero en su casa.

—Firme usted aquí —repitió.

—¿Qué es lo que he de firmar? —preguntó Laura tranquilamente.

—No tengo tiempo de explicarlo. Me espera el coche y he de marcharme inmediatamente. Por otra parte, tampoco usted lo entendería. He de legalizar un documento lleno de tecnicismos, incomprendible para las mujeres. Bien, firme usted enseguida y terminemos cuanto antes.

—Antes de poner mi nombre, Sir Percival, necesito saber de qué se trata.

—Tonterías. No entiende usted nada de negocios.

—Probemos a ver si lo entiendo. El señor Gilmore siempre que ha tratado un asunto conmigo, me lo ha explicado, y no he dejado nunca de comprenderlo.

—No lo dudo. El era un servidor a sus órdenes, y era su deber hacerlo así.

Yo no tengo esa obligación. ¿Hasta cuándo vamos a estar de este modo? ¿Quiere usted firmar, si o no?

Laura continuaba con la pluma en la mano, sin acercarla al pergamino.

—Si mi firma me obliga a algo, necesito saber a qué.

Sir Percival golpeó la mesa diciendo:

—Puesto que tan amiga es usted de decir la verdad, diga que desconfía de mí.

El conde tocó a Sir Percival en el hombro, diciéndole.

—Cálmese, Percival. Su esposa tiene razón.

—Una mujer no tiene nunca razón para desconfiar de su marido.

—Es usted injusto —contestó Laura—. Le ruego que pregunte a mi hermana si soy desconfiada.

—No necesito tener que preguntarle nada. No tiene nada que ver con este asunto.

Yo, hasta entonces, no había dicho una palabra, y hubiera sido mucho mejor que hubiese continuado así, pero me sublevó la injusticia de su cuñado.

—Perdone usted, Sir Percival —le dije. Me ha rogado usted que sirva de testigo. Esto me da derecho a creer que algo tengo que ver con este asunto, y considero que me parece muy razonable lo que Laura dice. Por mi parte, he de decirle que no podré hacer testigo mientras no sepa de qué se trata.

—La próxima vez que se meta usted en casa ajena, señorita Halcombe — exclamó Sir Percival, furioso—, procure usted no pagar la hospitalidad que le den poniéndose de parte de la mujer y en contra del marido.

Me puse en pie, como si me hubieran abofeteado. Si hubiese sido un hombre, en aquel momento le hubiese arrojado algo a la cabeza y habría abandonado su casa para siempre. Pero era una mujer, y quería tanto a Laura que me senté en silencio.

Ella, comprendiendo mi enorme sacrificio, se levantó y me abrazó con los ojos llenos de lágrimas. Llorando, murmuró en mi oído:

—Mi madre no hubiera hecho lo que tú haces.

—Venga usted y firme —dijo Sir Percival desde el otro lado de la mesa.

—¿He de firmar? —me preguntó Laura en voz baja—. Haré lo que tú quieras.

—No —le contesté—. El derecho y la razón están de tu parte. No firmes sin conocer antes el documento.

—Venga usted y firme —repitió Sir Percival gritando,

El conde, que no perdía nada de aquella escena, y cuya mirada estaba fija en nosotras dos, le dijo a mi cuñado:

—Percival, yo jamás olvido que estoy en presencia de señoras. Le ruego que lo recuerde usted también. Sir Percival estaba rojo de cólera, pero los dedos blancos del conde se clavaron en su hombro y la voz firme repitió:

—Le ruego que lo recuerde usted también.

Se cruzaron las miradas de los dos hombres. Sir Percival bajó la cabeza lentamente. Aquella actitud me lo rebeló más como un hombre domado que convencido.

—No he querido ofender a nadie —dijo—. La terquedad de mi mujer es capaz de hacer perder la paciencia a un santo. Ya he explicado que se trata de una formalidad. En una esposa, está mal desconfiar de este modo de su marido. Por última vez, Lady Glyde, ¿quiere usted firmar? Lo haré muy gustosamente si me trata usted como un persona. Siempre que conozca su resultado, no me importa llevar a cabo un sacrificio.

—¿Quién habla de sacrificios? —exclamó con una vaga violencia.

—He querido decir que estoy dispuesta a hacer todas las concesiones posibles, siempre y cuando no perjudique a nadie. Si yo también tengo un escrúpulo, ¿por qué ha de ser usted menos complaciente conmigo que el conde con su esposa?

—¡Escrúpulos! —exclamó Sir Percival completamente encolerizado—. ¡Vaya con los escrúpulos! Ya es tarde para esto. Había supuesto que terminaría usted con ellos y con todas estas debilidades el día que se casó conmigo, haciendo virtud de la necesidad.

Laura, al oír estas palabras, tiró al suelo la pluma y le miró con una mirada que yo jamás había visto en ella y de la que nunca la hubiera creído capaz. Con el mayor desprecio le volvió la espalda.

Me paralizó el terror. Aquellas palabras encubrían para mí algo que yo ni siquiera sospechaba, pero que suponía terrible.

Cuando me levanté para acudir en auxilio de mi hermana, oí al conde murmurar esta palabra: «Imbécil».

Laura se dirigió a la puerta. De nuevo habló la voz de Sir Percival:

—Así, se niega usted a firmar, ¿no es cierto?

—Después de las palabras que usted acaba de decir —exclamó ella con firmeza— le declaro terminantemente que no firmaré nada sin leer desde la primera hasta la última palabra de lo que sea. Marian, acompáñame. Ya hemos estado aquí bastante.

—Perdón, un momento —dijo el conde, interviniendo antes de que Sir Percival lo hiciera—. Perdón, Lady Glyde, se lo suplico.

Laura hubiera salido sin escucharle, pero yo la detuve diciéndole al oído:

—Por lo que más quieras, Laura, no hagas del conde un enemigo tuyo.

Laura obedeció. Se detuvo y volvió a cerrar la puerta. Las dos nos quedamos de pie ante ella. Sir Percival estaba sentado junto a la mesa y apoyaba su cabeza sobre su contraída mano. El conde, en medio de la biblioteca, era dueño absoluto de aquella situación, como lo era siempre en todas partes.

—Lady Glyde —dijo con esa tranquilidad majestuosa tan suya—, le suplico a usted que esté convencida de que mi intervención en este molesto asunto es hija del respeto profundo y sincera amistad que siento por la dueña de esta casa y continuando con seco tono hablando por encima del hombro, dijo—: Percival, esa cosa que aprieta usted con el codo, ¿es necesario que se firme hoy precisamente?

—Así lo es para mis planes y para mi deseo. Pero habrá usted observado que ambas cosas tienen sobre mi esposa muy poca influencia.

—Contésteme usted claramente a lo que le pregunto. ¿Se puede aplazar hasta mañana esa firma?

—Sí, si usted tiene empeño en ello.

—Entonces, no perdamos más el tiempo. La firma puede esperar hasta que usted vuelva.

—Está usted hablándome en un tono que no quiero sufrir más y que no estoy dispuesto

a tolerarle a ningún hombre.

—Por su bien, se lo aconsejo —contestó el conde, con una sonrisa de tranquilo desprecio—. Seréness. Dele usted a Lady Glyde un poco más de tiempo. Seguramente ha olvidado usted que le está esperando el coche. ¿Le sorprende este tono? Es el de un hombre que sabe dominarse. Desgraciadamente, usted no puede decir lo mismo. Váyase, haga lo que tenga que hacer y mañana, de vuelta, insista otra vez, aunque en otros términos.

Sir Percival vaciló durante algunos momentos. Consultó la hora de su reloj y se levantó diciendo:

—Porque no tengo más remedio que marcharme, sigo su consejo, conde.

Cogió el pergamino y le dirigió a su escritorio. Al pasar, lanzó una sombría mirada a su mujer, murmurando:

—Si usted no firma mañana...

El resto de la frase lo ahogó el ruido que se produjo al abrir el cajón. Cerró el escritorio y volvió a la mesa. Cogió los guantes y dijo a Laura como despedida:

—Acuérdese usted de mañana.

Luego salió como si los demás no existiéramos.

El conde lo esperó a que saliera del salón y se acercó a nosotras.

—Han tenido ustedes la desgracia de ser testigos de uno de los malos momentos de Sir Percival. Como me considero amigo suyo, lo siento y me avergüenzo de ello. Pero también, como antiguo amigo, les prometo a ustedes que mañana no volverá a repetirse esta lamentable escena que hemos tenido la desgracia de presenciar.

Le di las gracias cortésmente y salimos de la biblioteca. Le di las gracias, porque tenía el vago presentimiento de que él deseaba que yo continuara en aquella casa, en aquel castillo del que tan cercana me había visto de ser arrojada. En mi soledad no tenía más que su influencia, como único lazo que me sujetara al lado de mi hermana, y era de todo lo que yo tenía más.

El ruido del carruaje al partir nos indicó la marcha de Sir Percival. Laura me preguntó:

—¿Sabes dónde va, Marian? Cada cosa que hace, aumenta mi terror para lo porvenir.

No quise participarle del mío, y dije solamente.

—¿Cómo quieres que sepa lo que tú desconoces?

—¿Has oído lo que ha dicho el ama de llaves a propósito de Ana? ¿No habrá ido a su encuentro?

—Laura, después de lo que has sufrido esta mañana, no debes romperte la cabeza tontamente. Vente a mi habitación y descansa un poco.

Las dos nos sentamos ante la ventana abierta, como deseando que la brisa refrescase nuestras frentes enfebrecidas.

—Después de ese insulto incalificable que por mí has sufrido, Marian, me da vergüenza mirarte. Se me desgarran el corazón pensando en todo esto.

—Calla, querida —dije, abrazándola—. Nada significa este pequeño sufrimiento de mi orgullo al lado de tu pérdida de felicidad.

—¿Oíste lo que me dijo? ¡Ah, hermana mía, si tú supieras cómo me ha tratado...! Y las palabras que me dijo cuando tiré la pluma... Si supieras tú lo que con ellas quería decir... Ahora no puede decírtelas. Me volvería loca de desesperación. No te enfades, Marian. Cuando esté más tranquila te lo contaré. ¡Me duele mucho la cabeza! Hablemos de ti. Si me niego a firmar, creerá que tú tienes la culpa y para evitarlo soy capaz de todo. ¿Qué te parece que debemos hacer? Si tuviéramos a nuestro lado a un fiel amigo en quien fiarnos...

Por un momento, creí iba pronunciar el nombre que llevaba en el corazón. Después de casada, en menos de seis meses, las dos necesitábamos la ayuda de Walter, esa ayuda que tan generosa y desinteresadamente nos había siempre ofrecido.

Intenté que se tranquilizara, diciendo:

—Hablemos con calma y procuremos salir lo mejor que podamos de este mal paso.

Relacionando todo lo que ella sabía con respecto a las dificultades económicas de su marido, y teniendo en cuenta la conversación que yo había escuchado al notario, nos fué fácil comprender que la firma no tenía otro objeto que el de procurarse dinero. Pero aquella oposición en dejarnos ver el redactado del documento, me demostraba que era poco menos que un fraude. ¿Qué se podía esperar de un hombre brutal y egoísta, que durante todo el tiempo de prueba había representado un papel completamente ajeno a su verdadero modo de ser?

Después de mucho pensarlo, me decidí a escribir al único que podía ayudarnos en aquella desolada situación. Se trataba del socio y amigo del buen señor Gilmore, a quien éste, al verse obligado a abandonar temporalmente sus negocios, me había recomendado como una persona digna y de toda clase de confianza. Además, se trataba de un hombre de gran capacidad en ésta clase de asuntos.

Puestas mi hermana y yo de acuerdo, comencé a escribir inmediatamente la carta. En ella le hablaba claramente de la situación. Nada de lamentos ni retóricas; breve, pero con toda claridad.

Precisamente cuando escribí las líneas en el sobre, se presentó ante nosotras una dificultad.

—¿Cómo nos será posible tener oportunamente su contestación? —me preguntó Laura—. Este señor recibirá mañana la carta, y hasta pasado mañana no tendremos su respuesta.

El único modo de solucionar esta dificultad era usando de un mensajero especial. Añadí una postdata con estas instrucciones, diciendo, además, que en cuanto llegara al castillo el mensajero que no contestara a nada de lo que se le preguntara, y que no dejase la carta en otras manos distintas de las mías.

—En caso de que tu marido regrese antes —le dije a Laura—, creo que lo mejor será que estés en el campo toda la mañana, hasta la hora convenida. Yo me quedaré aquí para recibirle e impedir cualquier contratiempo. De acuerdo con este plan, creo que podremos tener éxito. Vayámonos ahora al salón y no despertemos sospechas estando encerradas aquí.

—¿Sospechas? ¿De quién, si no está Sir Percival? ¿Del conde?

—Tal vez.

—¿También a ti te desagrada?

—No, no es desagrado. Esta palabra implica siempre desprecio, y yo no, desprecio al conde.

—Entonces, ¿le tienes miedo?

—Tal vez sí.

—Pero, ¿no ves que ha intervenido con mucha cortesía por nosotros?

—Me dan mucho más miedo sus cortesías que las violencias de tu marido.

Bajamos la escalera. Entró Laura en el salón y yo me dirigí al buzón del castillo. La puerta de la casa estaba abierta. En la escalinata exterior vi al conde y a su mujer. La condesa llegó a mi apresuradamente preguntó si podía disponer de cinco minutos y concedérselos. Sorprendido por sus palabras, dejé la carta en el buzón y le dije que estaba a sus órdenes. Con un afecto desacostumbrado en ella, me cogió del brazo y se dirigió conmigo hacia el estanque de los peces.

Yo esperaba oír de ella una confidencia extraordinaria, y me asombró ver que se trataba únicamente de decirme que mi conducta durante aquella mañana, según ella misma le había contado a su marido, le había producido la admiración más viva, y añadió que esto había aumentado su amistad hacia mí y su aprecio, y que, además, no ocultaba su desdén ante la incalificable manera de portarse de Sir Percival. Dijo luego que si al día siguiente no moderaba su actitud, estaba decidida a manifestar su desaprobación marchándose de la casa inmediatamente. Por parte de la condesa, una mujer tan fría y reservada, este proceder me pareció asombroso, y más aún después de las escasas simpatías que aquella mañana me había manifestado. Por consiguiente, le contesté con unas corteses palabras, y creyendo que nuestra entrevista había terminado, hice intención de marcharme.

No se dió por vencida la condesa. A pesar de ser la más silenciosa de las mujeres, comenzó a hablarme del matrimonio en general y de su felicidad en particular. Me hizo un minucioso relato de la injusticia de su difunto hermano con respecto a la herencia que le correspondía, y en virtud de todo esto, durante más de media hora estuvimos dando vueltas al estanque con el riesgo de que me mareara.

De pronto, pareció como si se diera cuenta de mi cansancio. Recobró su fría actitud de siempre y dejó caer mi brazo antes de que yo pudiera retirarlo. Cuando entré en el vestíbulo me encontré ante el conde, que depositaba una carta en el buzón. Me sonrió con amabilidad y me preguntó luego dónde había dejado a su esposa. Se lo dije y marchó a reunirse con ella.

¿Por qué me dirigí entonces al buzón, lo abrí y observé mi carta con una desconfianza vaga? ¿Por qué tuve la idea de que sería mejor lacrarla?, Es algo que no he podido nunca comprender.

De todos modos, me felicité por aquella idea. Comprobé que después de tres cuartos de hora de haberla cerrado, apenas rocé el sobre con el dedo se abrió fácilmente. ¿Acaso la habría cerrado yo mal? ¿Tendría algún defecto? ¿O...? No quiero escribir la tercera suposición.

Con respecto al día de mañana, es indispensable tomar precauciones, vigilar al conde y estar al cuidado del mensajero que me ha de traer la contestación.

IV

Día 17.

Laura y yo salimos solas. La tarde era calurosa y de intenso bochorno. Ni un poco de aire movía las copas de los árboles, y en la humedad de la atmósfera se presentía la cercana lluvia.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Hacia el lago, si te parece bien.

—Tienes mucha afición por ese lago triste y siniestro.

—No por el lago, sino por el paisaje que le rodea. Estas colinas arenosas me recuerdan un poco a Limmeridge.

Caminamos sin hablar. Las dos sentíamos la pesadez del aire oprimiéndonos, y nos alegramos cuando pudimos sentarnos en el interior de la cabaña.

—Todo esto es muy siniestro —me dijo Laura—. En efecto, tienes razón, pero aquí estamos más solas que en ninguna parte. —Miró en torno suyo y continuó—: Te dije ayer que te contaría la verdad de mis relaciones con mi marido. Ahora cumpliré mi palabra. Para ti, por duro que me sea e confesar lo que yo misma quisiera olvidar, no quiero tener secretos.

Sin contestar, cogí sus manos y me dispuse a escucharla atentamente.

—He oído que te reías muchas veces de tu pobreza, como tú la llamas — empezó mi hermana—, y me felicitabas por lo cuantioso de mi herencia. No lo hagas nunca más. Dale gracias a Dios por ella, que te defiende del destino que me ha correspondido a mí.

Era un triste principio para una mujer de veinte años y recién casada por añadidura.

—No quiero afligirte contándote cuándo ni cuáles fueron mis primeros desengaños. Basta con que yo los recuerde. Te contaré, sin embargo, un episodio, y por éste comprenderás los demás. Fué en Roma. Hacía un tiempo delicioso y fuimos a visitar la tumba de Cecilia Meteia. Sobre el magnífico paisaje se destacaba claramente las espléndidas ruinas. Viendo aquella obra maestra, consagrada por el amor de un esposo a perpetuar la memoria de su mujer, experimenté el deseo de que mi marido tuviera para mí una palabra cariñosa. «Puesto que antes de casarme afirmaba usted quererme tanto —le dije—, ¿sería capaz, en el caso de que yo muriera antes que usted, de construir para mí una tumba como ésta?» El se rió groseramente. Sólo me supo contestar: «Si yo hiciera construir para usted una tumba como ésta, sería con su dinero. Probablemente también esta mujer se lo habría dejado a su marido». Nada dije, pero los ojos se me llenaron de lágrimas. Él me miró y se limitó a añadir: «Todas las rubias son tontas. ¿Qué es lo que usted pretende? ¿Cumplidos y palabras dulces? Pues supongamos que ya se han dicho.» Esta terrible conducta enjugó mis lágrimas y endureció mi corazón. Desde ese momento, no me he impedido a mí misma el pensar en Walter Hartright. Dime, querida Marian, ¿qué otro, consuelo tengo?

—No me lo preguntes —y volví el rostro, sin ánimo para censurarla.

—Cuando mi marido me dejaba para dirigirse al foyer de la ópera, yo pensaba en Walter. Pensaba en lo que hubiera podido ser mi matrimonio si mi marido hubiera sido él y viviéramos los dos en una casa modesta, y yo vestida sencilla y limpiamente, ocupada en mi que hacer doméstico, mientras él ganaba nuestro pan. ¡Qué inmensa felicidad, renovada todos los días, al reunirnos! ¡Oh, Marian, quiera Dios que él no

esté tan solo ni tan triste y que se vea obligado a pensar en mí de este modo!

Diciendo estas tristes palabras, su voz adquirió las dulces inflexiones del pasado. Sus ojos contemplaron aquel desolado paisaje con la misma tierna mirada que en Limmeridge.

—No hables más de Walter —le dije—. Piensa que este nombre podría llegar a oídos de tu marido.

—No le sorprendería —me dijo con una calma admirable.

—¿Qué quieres decir? —pregunté atónita—. Me asustas Laura.

—No es más que la verdad, y eso es todo lo que quería contarte. Cuando le descubrí mi inocente secreto, no le dije el nombre, pero lo ha descubierto más tarde.

Yo la escuchaba sin poder contestarle. Mi última esperanza había desaparecido con sus palabras.

—Ocurrió en Roma —continuó mi hermana—, en casa de un matrimonio inglés a quien Sir Percival me había presentado. Según decía, la dueña pintaba muy bien. Nos enseñó algunos de sus trabajos. Todos la felicitamos, pero por lo que emprendió que también pintaba. Le dije que, en efecto había pintado en otro tiempo, pero que ya había abandonado la pintura. Ella me dijo: «Hace usted mal. Si se anima a continuar sus estudios, te recomiendo al único profesor que ha conseguido sacar partido de mi. Es un muchacho de gran talento, y, además, un perfecto caballero. Se llama Walter Hartright. Estoy segura que ha de gustarle». Imagínate el efecto que me habían de producir estas palabras, dichas en público y de una manera tan inesperada. Hice lo que pude por disimular, pero cuando levanté los ojos vi los de mi marido fijos en mí y comprendí por su mirada que mis sentimientos me habían traicionado.

Mi marido dijo: «En cuanto volvamos a Inglaterra preguntaremos por él. Creo que tiene usted razón, señora. Me parece que ha de gustarle a Lady Glyde». No se habló más. Tampoco dijimos una sola palabra en el coche que nos llevó al hotel, pero cuando nos quedamos solos en nuestra habitación me arrojó sobre una butaca y, cogiéndome por los hombros me dijo con mayor brutalidad que nunca: «Desde que me hizo usted sus confidencias en Limmeridge, tenía un vivo deseo en saber quién era ese hombre. Hoy lo he descubierto. Su amado, señora, es su maestro de pintura y se llama Walter Hartright. Hasta el último día de vuestra vida os arrepentiréis. Ahora, sueñe

usted con él si se lo permite la señal de mi látigo sobre su cara». Desde entonces, siempre que se enfada, me echa en cara este inocente primero y único amor, y lo hace como si hubiera sido una pasión criminal. Tu misma lo has oído Marian. ¿Qué puedo hacer para evitar todo esto? ¿Dónde encontrar algo que lo haga callar?

Fui yo, entonces, quien ocultó la cabeza entre las manos y quién tembló de emoción y de remordimiento. Sí, de remordimiento, porque mis crueles palabras en Limmeridge, pronunciadas en aquel pabellón, había destrozado el idilio, y mi mano fue la que señaló la puerta a aquel corazón tan noble, obligándole a abandonar su familia, su patria, toso. Era yo quien había separado aquellas dos almas gemelas, y esto para que Sir Percival se aprovechara.

Mi hermana, viendo mi sombría desesperación continuaba toda clase de caricias y consuelos. Viendo que yo continuaba atónita, me sacudió del brazo diciéndome:

—Óyeme, Marian. Tenemos que marcharnos. Empieza a oscurecer y estamos lejos de casa.

—Espera un poco —le dije—. Nada más que minuto.

No me atrevía a mirarla y mis ojos se fijaron en el paisaje. Tenía razón. Era ya muy tarde. La niebla del lago comenzaba a levantarse lentamente desfigurando las líneas y aumentando las sombras del crepúsculo.

—Estamos lejos de casa —repitió Laura—. Vámonos, Marian. —Y luego, de pronto, añadió temblando y mostrándome la puerta: —¿No ves? ¡Mira!

Seguí la dirección de su mano y divisé una sombra que lejos de nosotros, se perdía entre los árboles. Todavía tardamos algunos minutos en decidirnos a abandonar la cabaña. Cuando salimos, los campos estaban casi negros por la oscuridad.

—¿Quién sería, un hombre o una mujer? —dijo mi hermana apretándose contra mí.

—No sé. Parecía una mujer. Pero con esta luz era difícil averiguarlo.

—Espera, Marian. No veo el camino. Tengo miedo. Figúrate si nos siguiera ahora esa persona.

—No tienes motivos para asustarte. Las orillas del lago están cerca de la aldea. Puede ser cualquiera que vuelve a su casa. Lo extraño es que no hayamos encontrado a nadie.

Era tan densa la obscuridad que se hacía difícil no desviarse del camino. Le di el brazo a Laura y comenzamos a andar todo lo de prisa que nos era posible. Apenas habríamos caminado unos diez minutos cuando Laura murmuró aterrada:

—¡Marian, oigo pasos detrás de nosotras!

Presté oído y pude distinguir claramente un suspiro procedente de la masa de árboles.

—¿Quién está ahí? —grité.

Nadie me contestó. Al cabo de un instante de silencio oí el rumor de unos pasos que se alejaban. Sin cambiar una sola palabra echamos a correr y no paramos hasta llegar a casa. A la luz de la lámpara del salón vi a Laura pálida como el mármol y estremecida como una hoja.

—Estoy muerta de miedo —dijo—. No sé quién podría ser.

—Mañana trataremos de saberlo. De momento, no digas nada a nadie.

Hice que Laura se retirara a su alcoba. Me quité el sombrero, alisé mi cabello y subí a la biblioteca con el pretexto de buscar un libro. Encontré allí al matrimonio huésped. Ella liaba cigarrillos y el conde leía abanicándose con un paypay. Los saludé y expliqué el objeto de mi aparición en la biblioteca.

El conde me preguntó:

—¿Ha sido agradable al paseo, señorita Halcombe?

—Mucho —respondí cogiendo el libro.

—¿Puedo preguntar adónde?

—A la cabaña del lago —contesté.

—¿Y no ha tenido usted otra aventura como la del perro moribundo?

—No —dije penosamente, sintiendo en mis ojo la mirada magnética de las pupilas grises del conde. Con la disculpa de entregar el libro a Laura salí precipitadamente de la biblioteca.

Llamé a la doncella de Laura. Interrogada hábilmente adquirí la seguridad de que no había salido de la casa ningún criado. Los condes acababan de demostrarme con su presencia que tampoco eran suyos los pasos que habíamos oído.

¿Quién podría ser la extraña persona? No era posible imaginarlo.

V

18 de junio.

De nuevo me asaltaron en la soledad de mi cuarto los remordimientos que experimenté al escuchar las confidencias de Laura. Bien es verdad que mi intención siempre había sido buena, pero no podía en modo alguno perdonarme la pequeña parte que había tenido en el desgraciado matrimonio de mi pobre hermana. Mis pensamientos me impulsaron a tornar la resolución de que fuera cual fuere la conducta de mi cuñado para conmigo, lo sufriría todo con paciencia antes de abandonar el castillo, abandonando a Laura.

Las reflexiones que hubiésemos podido haber hecho al día siguiente sobre el misterioso perseguidor nuestro de la noche se interrumpieron por una trivialidad que disgustó mucho a Laura. Había perdido un pequeño broche que yo le había regalado durante nuestros días felices. Lo llevaba el día anterior y supuso que lo habría perdido en la cabaña o por el camino.

Le he dicho a Laura que fuera ella misma a buscarlo. Esto disculpará su ausencia mientras llega la contestación del abogado.

Ha dado la una. Todavía no sé si continuaré aquí o saldré a buscarla a la verja. Recelo de todo, y creo mejor la segunda alternativa. El conde Fosco está en el comedor. Desde el vestíbulo se le oye animar a los canarios para cantar. Silba con tal perfección como si pudiera hacerlo un canario gigantesco. Creo que este es el momento para salir sin ser vista.

Son las cuatro de la tarde. En las tres horas que han transcurrido desde que escribí las líneas anteriores, ha cambiado mucho el curso de los acontecimientos, todavía no se si para bien o para mal.

Empezaré a contar las cosas desde donde las había dejado. Como me proponía, salí confiando en que el conde se encontraba en el comedor, pero en el patio encontré a la condesa. Daba vueltas en torno al estanque. Me extraña esta afición. Al pasar la saludé con una inclinación de cabeza y me contestó devolviéndome la reverencia. Pude observar que volvía a la casa, y entró en ella antes de que yo abriera la verja. Antes de veinte minutos llegué a la puerta del parque, y apenas habían transcurrido otros tantos oí el ruido de un coche. Avancé y le hice una seña al cochero. Se detuvo y un viejo de venerable aspecto sacó la cabeza por la ventanilla.

—Perdóneme —le dije—, ¿viene usted de «Aguas negras»?

—Sí, señora.

—¿Trae usted una carta?

—Sí, señora, pero tengo la orden de entregársela personalmente a la señorita Halcombe.

—Puede usted entregármela. Yo soy la persona a quien busca.

El hombre se descubrió y me entregó la carta.

La abrí; estaba escrita en los siguientes términos:

«Muy señora mía: Por la relación que en su carta me hace usted de los hechos, deduzco que Sir Percival quiere tomar en adelanto una gran suma sobre las veinte mil libras de que se compone la fortuna personal de su esposa. Como no hay modo de saber ni de adivinar de qué suma de trata, ni las condiciones en que el documento está redactado, me parece lo más oportuno para Lady Glyde que se niegue a firmar mientras no se me entregue a mí, como notario suyo, el citado documento, ya que yo, en ausencia de mi socio y amigo el, señor Gilmore, desempeño sus funciones. Sir Percival no puede oponer a esta decisión objeción alguna, porque si es legal su propuesta, como me complazco en creer, me apresuraré a sancionarla.

»Me ofrezco a usted para todo cuanto pueda necesitar de mis servicios. Le ruego acepte mi más profunda consideración, *William Kyrle*.»

Quedé muy agradecida a esta carta tan sincera y llena de sensatez. El mensajero aguardaba mis órdenes. Terminada mi lectura, le dije:

—Le ruego tenga la bondad de decir al señor notario que le agradezco mucho sus consejos y que los seguiremos puntualmente.

En este instante, con la carta aún abierta entre mis manos, apareció el conde frente a mí, como si hubiera surgido de la tierra. La súbita aparición me sorprendió grandemente. Con toda cortesía, el mensajero se despidió de mí, subió al coche y partió. No pude ni devolverle el saludo. Me aturdió la idea de haber sido descubierta por la única persona a quien tenía miedo.

—¿Vuelve usted a casa, señorita Halcombe? —me preguntó sin demostrar curiosidad alguna, al verme hablar con un desconocido.

Tuve fuerzas bastantes para hacer con la cabeza un signo afirmativo.

—También yo —continuó—. Será para mi un honor acompañarla, si me lo permite y se digna aceptar mi brazo. Me ha parecido verla sorprendida al verme.

Me apoyé en su brazo, no sin estremecerme involuntariamente, pero no hubiese querido por nada del mundo disgustarle.

—Sí, me ha parecido usted muy sorprendida de verme repitió con una calma anonadadora.

—Es que no esperaba verle aquí. Al salir, le oí en el comedor con sus canarios —dije con toda la tranquilidad que pude.

—Cierto. Pero mi esposa me dijo que la había visto a usted salir, y no pude resistir la tentación de acompañarla un rato. Puedo decir esto a mi edad sin peligro alguno. Así, pues, cerré la jaula, cogí el sombrero y puedo decir que he realizado una de mis aspiraciones, puesto que la he encontrado a usted.

Con su maestría acostumbrada, empezó a hablar, pero no hizo la menor alusión al

desconocido que me había entregado la carta. Todo esto me dió la seguridad de que conocía nuestras relaciones con el notario.

Cuando llegamos ante la casa, vimos a la puerta el coche de Sir Percival. El recién llegado se acercó a nosotros y pude darme cuenta inmediatamente de que el viaje no le había desprovisto de su malhumor.

—¿Cómo? ¿Ustedes dos? ¿Que significa que la casa esta desierta? ¿Dónde está Lady Glyde?

Le conté la pérdida del broche y el motivo de la ausencia de Laura.

—Me tiene sin cuidado el broche —gruño groseramente—. Le dije que no faltara hoy en la biblioteca, y espero que no tardará media hora en comparecer.

Abandoné el brazo del conde con una inclinación de cabeza. El me devolvió una de sus inimitables reverencias. Mientras subía la escalera pude oír al conde que decía al dueño de la casa:

—Le ruego que me acompañe unos minutos al jardín. Tengo que decirle algo.

Presentí que quería hablarle de la firma, de Laura y de mí. Esto me produjo una angustia tan grande que comencé a recorrer la habitación a grandes pasos, con la carta en pecho, sin atreverme a dejarla en lugar alguno. Laura no había regresado todavía. Pensé ir en su busca, pero mis fuerzas se habían agotado con tantas emociones. Traté de descansar un poco en el salón. Apenas me había acomodado en un sillón cuando se abrió la puerta suavemente y entró el conde.

—Perdóneme si la molesto, señorita —dijo—. Me atrevo a hacerlo porque soy portador de buenas noticias. Sir Percival, y ya sabe usted lo caprichoso que es, ha renunciado por el momento a conseguir la firma. Esto, como puedo ver en su interesante rostro, representa un descanso para todos nosotros. ¿Tendrá usted la bondad de presentar mis respetos y felicitaciones a Lady Glyde?

Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra había abandonado la habitación tan silenciosamente como hubo entrado.

Estaba segura de que este cambio obedecía a su influencia y al conocimiento que tenía

de la consulta que habíamos efectuado al notario de Laura. Pero desgraciadamente mi fatiga corporal extendiese a mi cabeza, y me invadió un sopor que me obligó a recostarme en una butaca. Al influjo del silencio de la casa y del dulce y perfumado aire que penetraba del jardín, cerré los ojos. Quedé somnolienta, con una especie de sonambulismo o duermevela que no sé cómo explicar.

Mi corazón parecía querer salirse de mi pecho. Estaba oprimido por una atroz pesadilla. De pronto, se posó una mano en mi hombro, liberándose de ella. Era la mano de Laura, que estaba arrodillada a mi lado. Jadeaba y su mirada, casi enloquecida, me anunció que ocurría algo.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, olvidándome de toda por ella.

Dirigió una mirada en torno suyo y murmuró en mi oído:

—La sombra del lago... Los pasos de anoche eran de Ana Catherick, Marian.

Tan conmovida estaba todavía yo a causa de mi pesadilla que estas palabras me hicieron casi perder el conocimiento.

Mi hermana, amargada por su idea, no se había dado cuenta de mi estado, y continuó:

—He visto a Ana Catherick. He hablado con Ana Catherick, Marian. Ven. Aquí nos interrumpirían. Vamos a mi cuarto.

Yo todavía me encontraba en un extraño estado de estupor, que se aumentaba ahora ante el presentimiento de los sucesos que nos habían ocurrido y cuyas complicaciones se acumulaban sobre nosotros y terminarían por asfixiarnos. Laura se sentó a mi lado y me dijo, señalándose el pecho:

—Mira.

Vi entonces que el broche perdido volvía a ocupar el lugar de antes.

—¿Dónde lo has encontrado? —le pregunté.

No supe decir más que esta vulgaridad.

Lo ha encontrado ella en el suelo de la cabaña. No sé cómo empezar a contarte. Habla de una forma extraña. Está muy enferma y se alejó tan de prisa...

—A ver, cuéntamelo desde el principio y habla todo lo bajo que puedas, porque la ventana está abierta. ¿Dónde la viste?

—En la cabaña. Ya sabes que fui a ella a buscar el broche. Cuando llegué me arrodillé en el suelo para buscarlo. De pronto oí una voz muy baja que me decía: «Señorita Fairlie, señorita Fairlie ...»

—Señorita Fairlie —dije sorprendida.

—Sí, mi tan querido nombre de soltera. Su voz tenía un tono dulcísimo que a nadie podía asustar, pero me sorprendió, levanté la cabeza y la vi a la puerta.

—¿Cómo iba vestida?

—Llevaba una especie de bata blanca, un chal oscuro y un sombrero de paja tan ajado como el chal. Antes de que yo pudiera decir una sola palabra, me dió el broche que tenía en la mano. Me alegré tanto encontrándolo que me acerqué a ella para darle las gracias. Entonces, casi sin tono de voz y sin aliento, me dijo: «¿Querría usted hacerme un favor?» Le contesté que sí, si me era posible. «Entonces —continuó—, le ruego que me permita le prenda yo mismo este broche que he encontrado». Aquella petición era para mí tan inesperada que instintivamente retrocedí. Ella se dió cuenta y dijo con tristeza «Su madre me lo hubiera permitidos. Había una amargura tan grande en estas palabras, pronunciadas con tanta dulzura, que le cogí la mano, la puse sobre mi pecho y le dije: «¿Conoció usted a mi madre? ¿Me ha visto usted a mí en otra ocasión?» Con todo cuidado me prendió el broche. Luego me preguntó: «¿No recuerda usted un día hermoso de primavera en Limmeridge? Su madre fué desde su casa a la escuela, y llevaba a cada lado a una niña. Las niñas éramos nosotras dos. La bella señorita Fairlie y la desgraciada y sin nadie Ana Catherick

—¿Y tú recordabas eso, Laura?

—Sí, y recuerdo también que decían todos que nos parecíamos mucho.

—Y ese parecido...

—Es cierto. Está muy pálida, delgada y envejecida, pero me parece ver mi rostro en un espejo, sobre todo después de una enfermedad. Me produjo tal impresión este descubrimiento que no pude hablar una sola palabra durante un rato.

—¿Se dió cuenta ella de que estabas sorprendida?

—Sí, y hasta incluso creo que le molestó un poco mi sorpresa, porque me dijo: «No tiene usted ni la cara ni el corazón de su madre. Ella era morena y su corazón el de un ángel, señorita Fairlie». Yo le dije: «También me intereso mucho por usted. ¿Por qué me llama señorita Fairlie?» y me contestó vehemente: «Porque me gusta este nombre y aborrezco el otro». Por primera vez vi la locura en sus ojos. «No se enfade —le dije—. Se lo he preguntado por si no sabía usted que estaba casada». «¿No saberlo yo!», exclamó. «¿Por qué cree entonces que he venido aquí antes de reunirme en el cielo con mi madre?» Luego cambió de conversación y habló con rapidez increíble. «¿Me vió usted anoche junto al lago? ¿Me ha oído seguirla por el bosque? Hace mucho días que estoy esperando verla. Por esta razón he abandonado a la única amiga que tengo en el mundo. He corrido el riesgo de que vuelvan a llevarme allí. Todo por usted señorita Fairlie, todo por usted». Sentí una compasión infinita por ella y le dije que se sentara a mi lado.

—¿Y se sentó? —pregunté.

—No. Dijo que prefería quedarse a la puerta para vigilar si venia alguien. Y se quedo allí con las manos apoyadas en el marco. «Ayer estuve aquí», continuó. «La vi hablar con una señora y contarle cosas relativas a su marido, diciendo que quería usted tener algo con que hacer callar. ¡Oh! — exclamó luego, como si tuviera otra idea—. ¡Por qué habré dejado que se casara usted! ¡El miedo, este maldito miedo! ¡Qué cobarde soy!» Yo empecé a asustarme. Tenía miedo de que le diera un ataque, y le rogué que se tranquilizara. Luego le pregunté qué era lo que podía haber hecho para impedir la boda. Y ella me contestó: «Debía haber tenido suficiente valor para ir a Limmeridge sin acobardarme por su presencia. Mejor hubiera sido esto que haberla escrito aquella carta que ha hecho mucho más mal que bien. ¡Oh, qué terrible y espantoso miedo!» La desventurada se retorció las manos. ¡Qué espantoso espectáculo, Marian!

—¿Y no le preguntaste a qué obedecía su miedo?

—Sí, y me dijo: «Usted también tendría miedo de que la encerraran en un manicomio» «Entonces, ¿por qué está usted aquí? ¿Ya no le tiene miedo?» Y me dijo: «¿No sabe usted por qué? Míreme». «Sí», contesté. «Creo que está usted enferma». Me miró

tristemente y me dijo: «Me estoy muriendo. Ya sabe usted ahora por qué no le tengo miedo. Y, dígame, ¿cree usted que encontraré a su madre en el cielo? Yo sospecho que no, hasta que no pueda deshacer el mal que no fui capaz de impedir. He venido aquí por esto». Le rogué entonces que me dijera lo que intentaba. Durante unos instantes pareció dudar, pero murmuró después: «Usted tendrá amigos que la ayudarán. Si usted conociera su secreto, él sería quien le tendría miedo. Nunca se atrevería a tratarla mal». Habiendo pronunciado estas palabras pareció olvidar de pronto lo que estaba hablando. Comenzó a llorar, diciendo repetidamente ¡Si yo pudiera hacer que me enterraran junto con su madre... Me gustaría tanto dormir a su lado eternamente...» Te aseguro, Marian, que estaba temblando de cabeza a pies. Luego se tranquilizó un poco, se enjugó las lágrimas con el chal y continuó: «No, esto no. No puedo dormir bajo la hermosa cruz de mármol que yo misma he limpiado». Luego hizo un esfuerzo como para pensar y añadió: «No sé lo que le estaba diciendo». Con toda la dulzura de que me sentí capaz, se lo recordé. La infeliz volvió a decir con prisa; «Sí, sí, ya que usted no dispone de otra ayuda contra su malvado esposo, voy a contarle un secreto para que sea él quien le tenga miedo. Mi madre lo sabe todo y está aterrorizada por él. Un día me quiso decir algo, y al día siguiente su marido...»

—¡Por Dios, Laura, sigue! ¡Qué te dijo?

—No habló más. Se detuvo y miró afuera. Yo volví a insistir. Ella, con una mirada enloquecida, murmuró: «No, ahora no. No estamos solas. Nos espía alguien. Venga mañana a la misma hora, pero venga sola, ¿comprende?» Entonces desapareció con una rapidez increíble en una persona enferma.

—¡Oh, Laura, hemos perdido otra ocasión! ¿Por qué no la seguiste?

—Tenía mucho miedo, Marian. En cuanto las piernas pudieron sostenerme, vine a contártela.

—¿No viste a nadie al volver?

—No. Me pareció todo tranquilo y solitario.

Durante un momento me paré a pensar en esta tercera persona que Ana suponía había asistido a la entrevista. No podía adivinar si era creación de su imaginación enferma o si realmente existía.

—¿Estás segura de que me lo has contado todo?

—Creo que sí. No tengo una memoria tan buena como la tuya, pero estoy segura, por lo menos, de no haber olvidado nada que tenga verdadera importancia.

—Laura, en este asunto todo tiene una importancia trascendental. ¿No sabemos dónde vive?

—No.

—¿No ha nombrado a una vieja amiga suya que se llama Clements?

—¡Ah sí, ahora recuerdo! Dijo que la señora Clements le había suplicado que la dejara acompañarla, pero ella prefería hacerlo sola.

—¿No te ha dicho dónde ha vivido desde que se marchó de Cumberland? ¿No te ha dicho tampoco cuál es su enfermedad?

—No, no me ha dicho nada. Dime ahora qué piensas, porque yo no sé qué hacer ni qué pensar.

—Laura, si quieres creerme, debes acudir puntualmente mañana a la cita. Yo te seguiré a distancia. Tú no sabes el gran interés que estas palabras pueden tener para nosotras. Nadie me verá, pero yo estaré al alcance de tu voz. Ana Catherick consiguió escapar de Walter, y también ha escapado de ti. Yo te aseguro que de mí no escapara.

Le di un beso a mi hermana y salí de la habitación. Necesitaba estar sola para poner en orden mis ideas. La impresión terrible que me había producido mi pesadilla me hacía temer que cada uno de nosotras avanzaba a ciegas por un extraño camino, rodeado de toda clase de peligros, y presentía que el fin desconocido era aterrador.

Al dejar a Laura, pensé en todo lo que había ocurrido. Las circunstancias en que mi hermana se había separado de Ana me hicieron desear saber cómo empleaban la tarde el conde Fosco y Sir Percival.

Inútilmente registré todos los alrededores del castillo. Entré en él y recorrí todas las habitaciones del piso bajo, pero todas estaban vacías. Al pasar ante la habitación de la condesa, se abrió la puerta y apareció ésta en el umbral. Le pregunté si sabía algo de su marido y mi cuñado, y me dijo que los dos habían salido para un largo paseo. Me extrañó mucho esta información. Era la primera vez que se les ocurría semejante cosa,

Sir Percival no era partidario de otro ejercicio distinto del de montar a caballo, y al conde no le gustaba ninguno.

Al reunirme con Laura, encontré a mi hermana preocupada en extremo por haber olvidado la cuestión de la firma. La tranquilicé enseguida diciendo que Sir Percival había de momento desistido de conseguirla.

—Me parece imposible, Marian —contestó Laura— y mucho más si perseguía el objeto que suponemos: el de conseguir dinero.

—¿Recuerdas la conversación que sorprendí entre tu marido y su notario? A falta de la firma habrán optado por extender letras. Siendo así, por lo menos estaremos tranquilas durante algún tiempo.

—Me temo mucho, Marian, que esto sea verdad. Es demasiado bueno.

—¿No me decías no hace mucho que mi memoria me era muy fiel? Pues puedes fiarte absolutamente de ella.

Nos separó la primera campanada que se dió para la comida. En aquel momento, el amo de la casa acababa de llegar con su huésped. Como siempre, se oyó su voz maldiciendo sin motivo de la servidumbre, y también como siempre se oyó la voz del acompañante recomendándole compostura y calma.

Transcurrió la velada sin ningún acontecimiento importante. Contra su costumbre, Sir Percival estuvo muy amable con todos, especialmente con su mujer. Yo ya conozco lo suficiente a mi cuñado para darme cuenta de que su aspecto afectuoso es el peor de todos. Durante la comida estuvo atentísimo con mi hermana, y el conde, invariablemente, hizo gala de sus amplios conocimientos y de su amena conversación. Cuando pasamos al salón, rogó el conde a Laura que tocara un par de música. Laura lo hizo y él la escuchó atentamente. Sus cumplidos no fueron los de Walter. No era una espontánea expresión de asombro, como la del pobre muchacho, sino el atinado juicio de un conocedor en la materia. Al obscurecer, protestó el conde de que se encendiera luz diciendo que no quería estropear aquella penumbra deliciosa. Yo, alejada de todos, por cuando mis nervios no estaban en condiciones de soportar y mucho menos sostener una conversación, me refugié junto a la ventana, pero el conde se dirigió a mí con el pretexto de conocer mi opinión sobre el alumbrado.

—Probablemente, también le interesa a usted disfrutar de este anochecer admirable.

—Su voz era insinuante y suave—. Por mi parte, he de decir que lo adoro. Siento una admiración innata e infinita hacia todo lo que es grande, noble, bueno y puro. Y así me lo parece esta noche, embalsamada por la brisa. Para mí poseen una inagotable ternura los encantos eternos de la naturaleza. Pero yo ya soy viejo. Las palabras que en sus rojos labios podrían ser admirables serían ridículas en los míos. ¡Cuán triste es la vejez física, cuando el alma es eternamente joven! Observe usted, señorita Halcombe, este matiz luminoso sobre las copas de los árboles. ¿No llega a su corazón como al mío? —Hizo una pausa y en voz baja, contenida, repitió los inmortales versos de Dante dedicados a la tarde. La melodía y ternura de su voz daban a la genial composición nuevos encantos. —¡Bah! —exclamó en cuanto murió en sus labios la última palabra. Soy un viejo loco y, sin duda, la estoy a usted aburriendo. Le ruego que me permita cerrar la ventana de estas ilusiones y regresar al mundo que esta espléndida tarde y su presencia me han hecho olvidar. Sir Percival ha votado por el alumbrado. Lady Glyde mi querida y linda castellana, ¿quiere usted honrarme con una partida de dominó?

Mi hermana se dispuso a hacerlo en atención a su deseo de contemporizar con el conde. En aquel momento hubiera sido imposible que yo lo hiciera. La mirada que el conde había fijado en mí a la vacilante luz del anochecer parecíame sentirla clavada en el fondo del alma, haciendo vibrar al mismo tiempo todos los nervios de mi cuerpo. Por otra parte, el terror que mi sueño me había producido apoderóse de mí, más fuerte que nunca, y la angustia que el porvenir de mi hermana me causaba era tal, que, pese a toda mi voluntad, mis ojos se llenaban de lágrimas y de desconsuelo mi corazón. Nos disponíamos a retirarnos cuando un viento huracanado movió las copas de los árboles.

—¿Ve usted? —dijo el conde al despedirse— Mañana habrá cambiado el tiempo.

19 de junio.

Los acontecimientos de ayer hacíanme presentir que, tarde o temprano, sucedería lo peor. No ha terminado el día de hoy y lo peor ya ha sucedido.

Habíamos quedado Laura y yo en que apenas terminado el almuerzo acudiría ella a la cita en la cabaña, mientras yo me quedaría todavía un rato con objeto de no despertar sospechas, e iría a su encuentro en cuanto me fuera posible.

Como había previsto el conde, tuvo efecto el cambio de tiempo que se inició anoche. Amaneció lloviendo, pero a las doce se despejó el día y el límpido azul del cielo prometía una buena tarde.

La ansiedad que experimentaba por conocer la actitud del conde y de Sir Percival no se tranquilizó al ver que, a pesar del mal tiempo, en cuanto terminaron el desayuno salió el segundo provisto de sus botas altas y su impermeable, sin decir dónde iba, mientras el conde dejó transcurrir la mañana alternando la biblioteca con el salón. Nos reunimos a la hora de la comida, pero no compareció el dueño de la casa.

Diez minutos después de terminar, Laura abandonó la mesa. Sentí un gran deseo de acompañarla, pero, por una parte, temía despertar sospechas, y, por otra, si Ana Catherick veía a Laura en mi compañía, acaso no se atreviera a acercarse y perderíamos con ello una oportunidad. Esperé, pues, pacientemente, hasta que la servidumbre levantó la mesa, y cuando salí del comedor, quedóse en él el conde con un terrón de azúcar entre los dientes y jugando con el loro, que subía por su chaleco para atraparlo. Frente a él, la condesa contemplaba a su marido con una atención tal, como si no lo hubiera visto nunca.

Yendo hacia el lago, pasé por caminos que no pudieran ser vistos desde las ventanas de la casa, y estoy convencida de que no solamente nadie me vió, sino que tampoco persona alguna siguió mis pasos. Eran las tres menos cuarto en mi reloj.

Al hallarme entre los árboles, comencé a andar rápidamente hasta acercarme a la cabaña. Moderé entonces mi paso y me aproximé a ella cautelosamente. Aunque llegué casi a tocarla, no oí el más pequeño rumor. Miré entonces por la puerta y la cabaña estaba vacía.

Llamé primero a Laura suavemente, y después con voz más alta, pero nadie contestó, ni apareció a mi llamamiento. Yo era el único ser viviente que se hallaba a orillas del lago.

Empezó a latir mi corazón violentamente, pero me dominó y comencé a buscar huellas de la presencia de mi hermana.

Por la arena encontré la de dos personas, unas grandes, sin duda alguna de hombre, y otras tan pequeñas, que sólo podían ser las de mi hermana. Próximo a la puerta veíase un hoyo, al parecer reciente, y seguí aquellas pisadas hasta ver dónde me conducían. Después de haber dado varias vueltas, y de haber hallado entre unas matas de espino un trozo de chal de mi hermana, las huellas me llevaron a un camino que terminada en la puerta de la servidumbre del castillo. Esto me produjo una gran alegría, porque me demostraba que Laura se encontraba en la casa. Seguí yo por el mismo camino, y a la primera persona que encontré fué el ama de llaves.

—¿Sabe usted —le pregunté— si ha vuelto la señora del paseo?

—Sí, señorita, pero temo que haya ocurrido algo desagradable.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Un accidente?

—Gracias a Dios, no; pero Lady Glyde ha subido llorando a su habitación y el señor ha despedido a Faniry, dándole solamente una hora de tiempo.

Faniry es la doncella de Laura. Había sido siempre una chica excelente y la servía desde hacía cuatro años. Era la única persona en aquella casa cuya fidelidad para nosotros era segura. Luego de informarme de que la doncella se hallaba en su habitación, subí a ella y la encontré orando y guardando sus cosas en un baúl. Nada me pudo informar con respecto a su repentina despedida. No se le hizo reproche alguno, pero tampoco se le dió explicación de esta decisión. Le habían pagado un mes y prohibido que se despidiera de la señora.

Procuré consolarla, y con amistosas palabras intenté saber qué era lo que iba a hacer. Me repuso diciendo que dormiría en la posada de la aldea. La dueña de ésta era muy querida y conocida de la servidumbre. Luego, al día siguiente, partiría para Cumberland, y de momento se quedaría en casa de su familia. Se me ocurrió entonces que el viaje de esta muchacha podría proporcionarnos un seguro medio de comunicación con Londres y Limmeridge, y le dije que aguardara un recado mío en la posada y aunque de momento nos separáramos, procuraríamos, sin embargo, utilizar sus servicios. Luego me despedí de ella y baje.

Llamé al cuarto de Laura. Inmediatamente me abrió una doncella gorda y desagradable, que se llamaba Margarita. Era la más torpe y terca de todas las criadas. Me abrió y se quedó plantada ante la puerta, riendo como una imbécil.

—¿Qué hace usted ahí parada? —le pregunté—. ¿No se da cuenta de que quiero entrar?

—Sí, pero usted no debe entrar —dijo acentuando más la risa.

—¿Cómo se atreve usted a hablarme de este modo? —dije indignada—. Apártese inmediatamente.

No solamente no me obedeció, sino que extendió sus brazos diciendo:

—Es orden del amo.

Necesité de todo mi dominio para no discutir con ella. Recobrándome, le volví la espalda y fui en busca de Sir Percival. Estaba en la biblioteca con los condes de Fosco. Los tres estaban reunidos, y cuando entré, Sir Percival, que tenía un papel en la mano, escuchaba estas palabras del conde:

—No, de ningún modo.

Me dirigí directamente a mi cuñado. Mirándole cara a cara y conteniendo mi indignación, le pregunté:

—Sir Percival, ¿he de entender que el cuarto de su esposa es un calabozo y la criada un carcelero?

—Sí, precisamente eso es lo que usted ha de entender —me dijo groseramente—, y cuide de que a usted no le pase lo mismo.

—He de advertirle que tenga mucho cuidado con el modo con que trata a su esposa —dije violentamente indignada—. Hay bastantes leyes en Inglaterra que protejan a las mujeres contra los ultrajes y la crueldad. Si toca usted un solo cabello de mi hermana, o interviene, en la forma que sea, contra mi libertad, le juro desde este momento que apelaré a ellas.

En lugar de contestarme se volvió al conde y le pregunto:

—¿Qué era lo que le hablaba? ¿Qué me decía usted ahora?

—Lo que ya antes le dije: qué no.

Pese a la violencia de mi cólera, me daba cuenta de que los ojos penetrantes y tranquilos del conde estaban fijos en mí. Dirigió una mirada a su esposa y ésta, inmediatamente, se acercó a Sir Percival.

—Le ruego que me perdone si distraigo por un momento su atención —dijo con su clara y delgada voz—. Le agradezco infinitamente su hospitalidad, pero no quiero

continuar permaneciendo en un lugar donde se trata a las señoras como usted trata a su esposa y a esta señorita.

Sir Percival dió un paso atrás y quedóse estupefacto.

—Maravilloso —exclamó el conde. Se reunió con su mujer y dijo—: Leonor, estoy a tus órdenes y a las de la señorita Halcombe, si es que se digna aceptar mis servicios.

—¡Por todos los diablos! ¿Qué es lo que usted piensa ahora?

—Acostumbro a pensar lo que digo —dijo el italiano secamente pero en este momento pienso lo que ha dicho mi esposa.

Y comenzó a avanzar hacía la puerta. Sir Percival arrugó el papel que tenía en las manos y se colocó entre la puerta y el conde, diciéndole brusca y torvamente:

—Haga lo que usted quiera, pero piense lo que hace —y se marchó sin pronunciar una sola palabra más.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la condesa, al oír esta brusca salida.

—Querida Leonor, esto quiero decir que tu arranque noble y espontáneo ha hecho razonable a uno de los hombres de genio más endiablado de Inglaterra. Por otra parte, quiere decir también, señorita Halcombe, que ha terminado en este momento la indignidad que se cometía en esta casa con su dueña, y que está usted libre del insulto que se le ha inferido. Le ruego que acepte usted los homenajes de mi más sincera admiración y mi más extraordinario respeto por su admirable y valerosa conducta.

Repuse a estos cumplidos con palabras de cortesía. Mis ojos miraban involuntariamente a la puerta y mi corazón estaba impaciente por ver a Laura. Salió el conde de la habitación, y me disponía yo a hacer lo mismo, cuando se interpuso la condesa entre nosotros, para felicitar me a su vez y celebrar no verse obligada a abandonar una compañía que era tan de su gusto.

Entró de nuevo el conde y dijo:

Tengo el gusto de participarle, señorita Halcombe, que Lady Glyde ha vuelto a ser la dueña de su casa. Me he apresurado a darle esta noticia, porque conozco cuánto ha de

serle agradable.

Se lo agradecí con una inclinación de cabeza, y salí apresuradamente a ver a mi hermana. Laura estaba sentada en un extremo de la habitación y tenía apoyados los codos en la mesa y cubierto el rostro con la mano. Al verme, exclamó con alegría.

—¿Cómo es que has venido? ¿Cómo has podido entrar? ¿Y mi marido?

En mi ansiedad por conocer lo que había ocurrido, le contesté preguntando. Pero la curiosidad de mi hermana podía más y tuve que responder:

—La influencia del conde...

Laura me interrumpió con un ademán de repugnancia y dijo:

—Te ruego que no me hables de él. Es el hombre más vil que conozco. No le da vergüenza de servir de espía miserable.

Antes de que pudiéramos decir otra palabra, oyóse un discreto golpe en la puerta. Seguidamente se abrió ésta, dando paso a la condesa, que llevaba en la mano mi pañuelo.

—Se le cayó a usted en la escalera, y pensando ir a mi cuarto he creído oportuno traérselo.

Su rostro, naturalmente pálido, estaba lívido en aquel momento. Miró a Laura con verdadero odio.

Estaba segura de que nos había oído. En su palidez y en la mirada que dirigió a mi hermana lo comprendí en seguida. Sin esperar a que le contestaran, volvió la, espalda y desapareció. Cerré la puerta y volví al lado de mi hermana, diciendo:

—Laura, ¡cómo nos tendremos las dos que arrepentir de tus palabras!

—También tú las hubieras dicho si supieras lo que yo. Mi conversación con Ana tuvo un testigo.

—¿Estas segura de que fué el conde?

—Completamente segura. El advirtió a Sir Percival de que vigilara a Ana y a mí durante toda la mañana.

—¿Has podido verla?

—No. Le ha salvado no comparecer. Cuando llegué a la cabaña no había nadie.

—¿Y luego?

—Esperé durante unos minutos, no teniendo paciencia decidí salir. Entonces me sorprendió una palabra escrita en la arena. Decía: «Busca». Aparté un poco la arena y...

—¿Hiciste un hoyo pequeño?

—¿Cómo lo sabes?

—Continúa.

—Encontré en él un papel firmado con las iniciales «A. C.»

—¿Dónde está?

—Me lo quito Sir Percival.

—¿Recuerdas lo que decía?

—Exactamente las palabras, no; pero diría poco más o menos esto: «Un hombre grueso y alto nos vió ayer e intentó cogermé. Me he salvado como he podido. Hoy no me atrevo a volver. Le escribo para decírselo. Cuando la vea, le daré a conocer el secreto de su esposo. Tenga paciencia hasta entonces. Le prometo que no tardaremos en vernos. A. C.»

La alusión al hombre que había hecho de espía estaba demasiado clara. Con un interés que es fácil de comprender, me informé de la actitud de Sir Percival.

—Después de haberlo leído una vez —continuó Laura—, entré de nuevo en la cabaña

para volver a leerlo. Cayó de pronto una sombra en el papel y vi a mi marido en la puerta.

—Intentarías esconder el papel...

Sí, pero mi marido me impidió hacerlo. «No se moleste en ocultarlo», me dijo. «Sé lo que dice». Yo le miré con verdadero terror. «Lo desenterré hace dos horas, lo leí y he vuelto a dejarlo en el mismo sitio. Ahora no tengo duda ninguna de que habló usted con Ana Catherick, y ya que no la he cogido a ella, por lo menos la he cogido a usted. Deme la carta». Yo, querida Marian, ¿qué podía hacer? Estaba sola con él y se la di.

—¿Qué dijo cuando se la diste?

—Nada de momento, pero bruscamente me cogió del brazo y me dijo con ira: «¿Qué habló usted ayer, con Ana Catherick? Dígamelo palabra por palabra».

—¿Se lo dijiste?

—Marian, estaba sola con él. Sus dedos me rompían el brazo.

—Déjame ver si todavía tienes la señas.

—¿Por qué?

—Porque nuestra paciencia tiene que tener un límite. Esta señal será un arma contra él.

—No le des tanta importancia, Marian. No me duele.

Me mostró el brazo. Yo, viendo aquellas señales en su inocente carne maltratada, experimenté un acceso de furor. Si mis intenciones se hubieran reflejado en mi semblante, Laura hubiera retrocedido.

—No me duele —repitió, resignada.

—Bueno. ¿Le contaste todo lo que sabías con respecto a Ana?

—No me fué posible hacer otra cosa.

—¿Qué te dijo?

—Me atormentó durante todo el camino, obstinado en que le dijera más de lo que sabía. Por fin, me dijo que puesto que tú y yo nos habíamos puesto en connivencia contra él, cuidaría de que en lo sucesivo no volviéramos a vernos hasta que no confesáramos la verdad. Cuando llegamos a casa, me llevada mis habitaciones, y viendo en ellas a Faniry la despidió inmediatamente. Dándome un empujón, me obligó a entrar en mi alcoba y cerró la puerta. Parecía un loco, Marian.

—Su conciencia le produce esta locura. Esto me da idea de que en todo ello hay un importantísimo secreto que desconocemos. No quiero alarmarte, querida, pero solamente demostrarte la necesidad de que me dejes obrar por mi cuenta mientras todavía sea tiempo.

—¿Y qué podemos hacer, Marian? Si nos fuera posible dejar la casa para siempre...

—No quiero que te creas indefensa mientras yo viva.

—Lo sé, Marian. Pero no se te olvide que la pobre Faniry necesita ayuda.

—La he viste y he quedado en comunicarme con ella esta noche. En el buzón del castillo no están seguras las cartas. Voy a escribir dos, que no quiero que pasen por otras mano distintas de las de Faniry.

—¿Para quién?

—Una para el socio del señor Gilmore. Parece ser que se trata de una persona muy competente, y se ha ofrecido a nosotros con verdadero interés. Desconozco la ley, pero algo debe de haber en ella que proteja a las mujeres contra los malos tratos que nos ha inferido tu marido.

—Pero ten en cuenta el riesgo que corremos.

—Tengo la convicción de que si llegamos a ese punto, él tendrá más que temer que nosotros.

—Pero lograrás que se desespere, y esto aumentará nuestro riesgo.

Me di cuenta de la veracidad de sus palabras, pero en nuestra crítica posición había que arriesgarlo todo, y traté de hacérselo comprender. Mi hermana se limitó a suspirar y preguntó para quién era la segunda carta.

—Es para el señor Fairlie. Es hermano de tu padre y debe conocer nuestra situación.

Laura movió dubitativamente la cabeza.

—Ya sé —continué— que se trata de un viejo egoísta, pero no es un bruto como Sir Percival, ni tiene amigos como el conde, procuraré convencerle de que su intervención le evitará en lo futuro molestias y responsabilidades. Por esto podrá hacerlo.

—Si pudiéramos conseguir volver a Limmeridge...

Me indicaron estas palabras una nueva ruta. Tal vez sería posible, amenazando a Sir Percival con la intervención de la justicia, conseguir de él que permitiera a mi hermana volver a Limmeridge bajo el pretexto de la salud de su tío. El proyecto era atrevido, pero por esta razón me pareció digno de intentarse.

—Tu tío conocerá tus deseos y confío en Dios en que podremos resolverlo bien.

Sin más, me levanté, pero Laura me contuvo, diciendo:

—¿Dónde vas? Te ruego que no me dejes sola. Aquí tienes de todo. Escribe aquí.

Lamenté mucho negarme a sus deseos, pero llevábamos demasiado rato juntas. Le hice comprender que para volvernos a ver teníamos que evitar toda clase de sospechas.

—Luego volveré. Ahora, descansa un rato.

—¿Has visto si está la llave puesta en la cerradura, Marian? ¿Puedo cerrarme con llave?

—Sí, y no abras hasta que yo vuelva.

Nos besamos y salí. Oí, cómo se cerraba la puerta con llave, y esto me tranquilizó un poco.

VII

El mismo día.

El ruido la llave había producido en la cerradura de Laura me recordó la conveniencia de cerrar también mi propia habitación. Me dirigí a ella y no me pareció observar señales de que hubiera estado allí persona alguna. Sin embargo, una cosa me extrañó. Mi sello de lacrar, dos palomas grabadas, estaba colocado en un estuche. Cuando lo usaba, no tenía la costumbre de guardarlo. Lo dejaba siempre donde se me ocurría, pero tal vez aquella vez lo hubiera guardado sin darme cuenta. Esto no me pareció digno de ser notado. Cerré la puerta, me guardé la llave y bajé la escalera.

La condesa estaba sola en el vestíbulo y consultaba el barómetro. Al verme, me dijo:

—Creo que lloverá.

De nuevo, como siempre, estaba tranquila e impasible, pero el terror que experimentaba yo de que hubiera comunicado a su marido que había oído la palabra espía refiriéndose a él en boca de Laura, la antipatía que profesó siempre a su sobrina por su inocente interposición con respecto al desagradable, asunto de las diez mil libras de su herencia, y su posición en aquella casa, me dieron fuerzas para tratar de poner en juego mi influencia en favor de Laura.

—¿Puedo atreverme a esperar de su extraordinaria bondad que me permita hablar unos instantes de un asunto desagradablemente penoso?

Se cruzó de brazos e inclinó la cabeza.

—Cuando usted se tomó la molestia de devolverme mi pañuelo — continué—, temo que oyera una palabra pronunciada por mi hermana que no quiero repetir. Confío en que no le haya concedido usted demasiada importancia y qué no habrá creído necesario ponerla en conocimiento de su esposo.

—No le he concedido importancia alguna —me dijo con voz helada—, pero para mí esposo no tengo secretos. Siento mucho tener que comunicarle que lo he puesto en su conocimiento.

Yo estaba preparada para oír estas palabras, pero, no obstante, experimenté en la

espalda un escalofrío.

—Condesa, le ruego que tenga a bien tener en cuenta el desagradable y triste momento en que mi hermana se encontraba. La injusta conducta de su marido la había anonadado y no sabía lo que decía. ¿Sería exigir demasiado tener la esperanza de que se olvide generosamente su error?

—Sin duda alguna —contestó detrás de mí la voz bien timbrada del conde, que entró, como de costumbre, silenciosamente y con un libro en la mano.

—Cuando Lady Glyde pronunció esa tan poco meditada palabra, cometió para conmigo una injusticia que lamento y que soy el primero en perdonar. No hablemos más de esto. Procuremos, señorita Halcombe, darlo todo al olvido con nuestra mejor buena fe.

—Es usted muy bueno, conde, y no sé cómo agradecer...

Tenía fijos en mí los ojos, y la enigmática sonrisa de aquella máscara blanca me desconcertó. No pude pronunciar una sola palabra.

—Señorita Halcombe, le ruego de rodillas que no diga una palabra más. Ya ha dicho usted demasiado.

Cogió una de mis manos con la delicadeza de un caballero del siglo XVII, se la llevó respetuosamente a los labios y aquella inocente prueba de respeto me produjo una indecible confusión. Con el primer pretexto que tuve a mano, salí para encerrarme en mis habitaciones, y allí lloré secretas lágrimas, avergonzada de tener que confesarme que el hombre a quien debía aborrecer por estar convencida de su infamia era la única persona que tenía y que tenía poder alguno sobre mí.

Por suerte, no tenía tiempo en que pensar. Mis momentos no podían ser empleados más que en cosas útiles. Tenía que escribir las dos cartas, y me dispuse a hacerlo sin vacilar un instante.

En la dirigida al socio del señor Gilmore, nada hablaba de Ana Catherick, pues desconocía totalmente el misterio que rodeaba a la infeliz muchacha. Me limité a atribuirle ignominiosa conducta de mi cuñado a sus dificultades económicas. Le pregunté qué procedimiento legal podría emplearse en el caso de que el esposo de Laura se negara a permitirle pasar conmigo una temporada en Limmeridge, y le

supliqué, a demás, que se pusiera de acuerdo con el señor Fairlie con respecto a los pormenores, suplicándole finalmente que en nombre de mi hermana obrara con toda la rapidez posible y al mismo tiempo con toda energía.

La carta que dirigí al señor Fairlie estaba redactada en los términos que ya había indicado a Laura, puesto que me parecieron los más eficaces para poner en movimiento a aquel egoísta. Incluí una copia de mi carta al abogado, para que viera la gravedad del caso, y le rogué que solicitara el inmediato traslado de Laura a su casa, como único medio que habría de poder librarle de molestas responsabilidades y disgustos en lo por venir.

Escritas y selladas las cartas, pasé a la habitación de Laura para decírselo.

—¿Te ha molestado alguien? —le pregunté.

—No —me contestó—. Sin embargo, me ha parecido oír de vez en cuando el roce de un vestido de seda que pasaba ante la puerta.

Con toda seguridad, espiaba la condesa por orden de su marido. Como acostumbro a usar plumas gruesas y a escribir apretando mucho sobre el papel, es fácil que si ha pasado cerca de tu puerta, se haya dado cuenta de que escribía. Esto era una razón más para no dejar mis cartas en el buzón. Laura observó que estaba pensativa y me dijo con abatimiento:

—Más dificultades, más riesgo...

—No, no —me apresuré a contestar—, riesgos no. Pensaba en la mejor manera de hacer llegar estas cartas a manos de tu doncella.

—¿Las has escrito, por fin? Por lo que más quieras, Marian, no te expongas.

—No temas. ¿Qué hora es?

Eran las seis menos cuarto. Había tiempo de sobra para llegar a la aldea y volver antes de la hora de cenar. Si esperaba un poco más, tal vez me fuera imposible hallar una oportunidad.

—Cierra la puerta y no temas. Si te preguntaran por mí, di, sin abrir la puerta, que he

salido a dar un paseo.

—¿Cuándo volverás?

—Seguramente, antes de cenar. Animo, Laura. Mañana ya tendrás noticias de esa persona leal y activa que se ocupa de tus intereses.

Reflexioné un momento y me di cuenta lo necesario que era saber lo que ocurría en la casa antes de vestirme para salir.

El gorjeo de los canarios y el aroma del excelente tabaco que salía por la puerta entornada de la biblioteca me demostraron dónde estaba el conde. Con verdadera sorpresa, vi que exhibía las habilidades de sus pajarillas ante el ama de llaves. Sin duda alguna, la habría él invitado a esta representación, porque de otro modo ella nunca se hubiera atrevido a mostrarse en su presencia. Como me daba cuenta de que todas las acciones, por pequeñas que fueran, del conde, tenían siempre una justificación, no dudé de que también tuviera ésta sus motivos. Con respecto a la condesa, la encontré dando vueltas, como de costumbre, al estanque. No pude evitar el acercarme a ella. Le pregunté por Sir Percival, y me contestó que le había visto salir.

—¿Iba a caballo? —pregunté, afectando indiferencia—. No. Según parece, iba a hacer averiguaciones para tratar de encontrar a esa Ana Catherick. ¿De verdad está loca?

Lo ignoro, condesa.

Volvimos a la casa y ella entró en la biblioteca. Yo subí a buscar mi chal y mi sombrero. Si quería estar de vuelta para la hora de la cena, no tenía momento que perder. Salí con mis dos cartas, y, por fortuna, no encontré a nadie. Anduve todo lo de prisa que me fué posible, volviéndome de vez en cuando para aseguraron de que no me seguían. Únicamente a cierta distancia vi un carro, cuyas ruedas chirriaban estrepitosamente.

Llegué a la posada sin haber visto a nadie más, y tuve la satisfacción de ver que la posadera había acogido amablemente a Faniry. Esta, viéndome, se echó a llorar. Yo le dije:

—Tranquilícese, Faniry. Tanto mi hermana como yo la queremos a usted y cuidaremos de que su reputación no sufra nada. Ahora le ruego que esté atenta a lo que le diga, porque tengo muy poco tiempo. Voy a darle a usted una prueba de extraordinaria

confianza. Le voy a entregar dos cartas. La primera la echa usted al correo en cuanto llegue a Londres, y la segunda entréguesela personalmente al señor Fairlie en cuanto llegue a Limmeridge. Téngalas usted siempre en su poder y no se las entregue a nadie. La señorita Laura tiene un gran interés en ello.

La buena muchacha se las escondió en el pecho, diciendo:

—Aquí estarán, señorita, hasta que cumpla las órdenes que usted me ha dado.

—Procure no perder el primer tren, y diga al ama de llaves de Limmeridge que temporalmente está usted a mi servicio. Buen viaje. Nos veremos antes de lo que usted cree, y por lo que más quiera no pierda el tren.

—Muchas gracias, señorita Marian. Usted siempre fué muy buena para mí. Salude a la señora. ¡Dios mío, quién la vestirá mañana! Se me parte el corazón al pensarlo.

Llegué un cuarto de hora antes de empezar a cenar. Apenas tuve tiempo de arreglarme y decirle a Laura antes de bajar:

—Las cartas las tiene Faniry. ¿Bajas a cenar?

—No, por nada del mundo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Mi marido ha estado golpeando la puerta, jurando que si no quiero decirle dónde está Ana Catherick, él sabrá obligarme a hacerlo.

—Bendito, sea Dios, por no haber encontrado a Ana.

—¿Bajas, Marian? ¿Subirás luego?

—Sí, pero no te preocupes si tardo. No podré marcharme inmediatamente en cuanto termine la cena.

Sonó la campana y me di prisa en bajar.

Sir Percival ofrecía el brazo a la condesa, y el conde me dió el suyo. Contra lo que era costumbre en él, tenía las manos calientes. ¿Habría salido también antes de comer? Me pareció preocupado, cosa que no podía disimular el gran dominio que sobre si mismo ejercía. De vez en cuando dirigía intranquilas miradas a su mujer y me dedicaba toda su atención. ¿Qué significaba todo esto? No me fué posible adivinarlo. Cuando la condesa y yo nos levantamos para dirigirnos al salón, nos acompañó el conde.

—¿Adónde diablos va usted? —preguntó el dueño de la casa—. Usted, conde Fosco.

—He terminado de comer y no quiero beber más. Le ruego que me perdone si por el momento sigo las costumbres de mi país acompañando a las señoras.

—¡Bah!, eso son tonterías. Beba un vaso de jerez conmigo y charlaremos un rato.

—En otra ocasión.

—No creo que sea esta una manera correcta de portarse con el dueño de la casa —dijo éste con grosería.

Ya había tenido yo ocasión de sorprender las miradas de Sir Percival fijas en el conde, sin que éste se diera por aludido. Esto, y el deseo de tener con él una conferencia y la negativa de éste, me demostraba que entre los dos había algo que uno tenía deseo inmediato de tratar y el otro de demorar. La grosera actitud de Sir Percival no produjo efecto alguno sobre el conde, que nos acompañó hasta la mesa del té. Al cruzar el vestíbulo, vimos al criado abrir el buzón para llevar las cartas al correo.

—¿No tiene usted correspondencia, señorita Marian? —me preguntó sin interés el conde.

—No, señor —le contesté sin mirarle.

El conde sentóse al piano y tocó con verdadera gracia y gran ligereza una canción napolitana, «La mía Carolina». Contra su costumbre, la condesa tomó solamente una taza de té y salió del salón sin hacer ruido. Quise imitarla, pero me detuvo el conde pidiéndome otra taza de té. Se la serví y por segunda vez intenté salir, tanto porque temía una traición de la condesa como porque había decidido no permanecer a solas con aquel hombre para mí tan peligroso. Pero de nuevo me detuvo el conde, sentándose al piano y apelando a mi juicio crítico en una cuestión de música en la que aseguraba estar comprometido su honor nacional. En vano le dije que todos mis

conocimientos sobre este particular eran nulos. ¡ quiso oír mis disculpas y dijo con vehemencia:

—Los alemanes hablan constantemente de sus sinfonías y de sus oratorias, y pretenden que la música italiana no puede elevarse al verdadero arte, pero olvidan al incomparable e inmortal Rossini. Su «Moisés» no es más que un oratorio sublime. La única diferencia es que se canta en un escenario y no en un coro. La sinfonía de «Guillermo Tell» es una magnífica sonata, pero con otro nombre. ¿Conoce usted el «Moisés»? ¿No? Pues le ruego que me escuche y que me diga si ha oído alguna vez algo más sagrado, noble y conmovedor. Tronaba y gemía el piano bajo sus dedos. Su espléndida voz de bajo, la más bella que he oído en mi vida, elevóse en un magnífico canto de una intensidad que hacía daño. Aquel cántico tenía algo de demoníaco y terrible. Comenzaba a girar mi cabeza cuando entró Sir Percival preguntando a qué se debía aquel ruido. Inmediatamente se levantó el conde, diciendo:

Vaya, ha entrado Sir Percival. Necesariamente, el arte tiene que salir, y veo que me abandona también la musa que me ha inspirado. No tengo otro consuelo yo, pobre y viejo trovador, que dejar en el silencio de la noche a mis melodías.

Se metió las manos en los bolsillos, asomóse a la ventana y reanudó a media voz el aria de «Moisés». Al salir yo, entraba la condesa. La conversación apetecida por Sir Percival se aplazaba de nuevo.

A toda prisa me dirigí al cuarto de Laura. Mi hermana me dijo que allí no había estado nadie, y que no había oído tampoco el roce de ningún vestido. Durante un buen rato estuve con ella, y quedamos por fin en que a la mañana siguiente iría a verla en cuanto me levantara. Después de haberle dado las buenas noches y, como siempre, abrazarla, bajé para despedirme de los demás. Estaban reunidos en el salón. Sir Percival bostezaba, el conde leía y abanicábase la condesa. De nuevo, su rostro estaba rojo. Ella, que no había tenido calor jamás, parecía sofocada.

—Condesa —dije acercándome a ella—, me temo que no se encuentre usted bien. Tiene usted la cara enfebrecida.

—Iba a dirigirle a usted una observación semejante. Está usted muy pálida, querida Marian.

«Querida». Por primera vez usaba esta palabra para conmigo, y, desde luego, no se acordaba bien con la inocente sonrisa con que la acompañó.

—Tengo una terrible jaqueca —le dije con frialdad.

—Será falta de ejercicio. Hubiera sido mejor que hubiese dado usted un paseo antes de cenar. Le hubiera sentado a usted muy bien.

Había insistido demasiado la palabra paseo para que yo no comprendiera que se refería al mío. Pero esto me tenía sin cuidado, porque Faniry tenía las cartas en su poder.

—Venga usted, Fosco —dijo Sir Percival levantándose—, vamos a fumarnos un cigarrillo.

—Con mucho gusto, Sir Percival. Esperemos a que las damas se retiren.

—Empezaré yo primero —dije—, a ver si acostándome se me pasa el dolor de cabeza.

Al despedirme, vi la misma sonrisa en la condesa, cuando me dió la mano.

VIII

El mismo día.

Ya tranquila en mi habitación, me preparé a continuar mi diario, pero mi imaginación estaba embargada por la entrevista del conde y Sir Percival y no podía concentrarla en los acontecimientos que pensaba escribir. En espera de mejor ocasión, viendo que mis esfuerzos eran inútiles, cerré el diario. Abrí entonces la puerta que ponía en comunicación mi habitación con un pequeño salón particular destinado a mi uso, y la cerré con objeto de que el aire no apagara, la luz. La ventana de mi saloncito estaba abierta. Me acerqué a ella para refrescarme un poco.

Durante más de un cuarto de hora permanecí así entregada a mis pensamientos. Me disponía a volver a mi alcoba, cuando me sorprendió el aroma del tabaco del conde, y casi al mismo tiempo una pequeña luz que pasaba por debajo de la ventana lentamente. A continuación apareció otra chispa mayor que la, primera. Las dos se encontraron en la oscuridad. Era imposible que me descubrieran.

—¿Qué diablos está usted haciendo ahí parado? ¿Por qué no viene a sentarse? —

preguntó la voz de Sir Percival.

—Espero a que se apague esa luz —contestó la voz del conde.

—¿Y por qué le molesta esa luz?

—Me demuestra que ella no se ha acostado todavía. Es una mujer bastante inteligente para tener la sospecha de que ocurre algo, y lo suficientemente atrevida para intentar saber lo que pasa. Hay que obrar con prudencia, amigo mío.

Se alejaron y ya no pude oír lo que decían. No me preocupó lo más mínimo. Había oído lo bastante para dar al conde la razón con respecto a mi inteligencia y audacia. Antes de que las dos lucecillas se hubieran perdido, yo estaba decidida a que la conversación de los hombres tuviera un testigo. Lo exigía el interés de mi hermana, y ante este interés nada tenían que ver los demás.

Las dos luces entraron en la biblioteca, y yo, con objeto de escuchar aquella conferencia, para mí mucho más interesante, me decidí a pasar por una cornisa de unos tres palmos de ancho que rodeaba aquella parte del edificio, a la altura de las ventanas. La cornisa me permitiría situarme precisamente sobre la biblioteca, cuyas ventanas estaban siempre abiertas. Lo único peligroso de ese plan era el riesgo del vértigo, que me hiciera perder pie y caerme, pero mi cabeza era fuerte y nunca lo había experimentado. Había, además, otro inconveniente; antes de llegar a situarme ante la biblioteca, tenía que pasar ante cinco ventanas, una de las cuales correspondía al cuarto de la condesa. Pero ni siquiera esto me detuvo, pensando que podría así obtener algunas noticias de gran interés para el porvenir de mi hermana. Sin otra vacilación, comencé a andar por el peligroso camino. Al pasar ante la habitación de la condesa, vi que aquélla tenía todavía luz, y vi la sombra de la mujer como si pasara tranquilamente. Procuré pasar sin el menor ruido, y lo conseguí sin duda, porque no se acercó a la ventana. Cuando me instalé en el lugar destinado para mi observatorio, oí el rumor de las mecedoras, lo que me dió a entender, como yo suponía, que se habían sentado ante la ventana. Durante el primer momento me sentí tan alterada por lo arriesgado de mi posición, que pude oír únicamente las palabras de Sir Percival reprochando a su amigo el haber descuidado sus intereses, y oí también la voz del conde Fosco defendiéndose negligentemente. Dijo que valía mucho más dilatar determinadas conversaciones, si no se podían tener todas las garantías de éxito y, sobre todo, de seguridad, pero que ahora nadie les interrumpiría ni les escucharía, y que podían hablar claramente y con franqueza.

—Pasamos por un momento de crisis en los negocios, Percival, y si hay algo que decidir, debemos decidirlo esta noche.

—¿Crisis? —repitió Sir Percival como un eco, y añadió—: Lo peor de todo es que ni siquiera usted supone su alcance. Puedo asegurarle que es gravísimo.

—Así lo creo, teniendo en cuenta su conducta desde hace unos días. Pero antes de hablar de lo que yo no sé, hablemos de lo que sé.

—Un momento, conde. Voy a buscar algo que beber. ¿Qué prefiere usted?

—Agua fresca y el azucarero. Nada más.

—¿Agua y azúcar para un hombre de su edad? Todos los extranjeros son iguales, pero bueno, aquí tiene usted su mezcla y hablemos de una vez.

—Percival, he de exponerle el caso tal como yo lo entiendo. Usted juzgará si tengo razón o no. Los dos hemos regresado del extranjero con los asuntos un poco complicados.

—Diga usted mejor que yo necesitaba unos miles y usted unos cientos, y que si no los encontramos, los dos nos iremos al diablo. Esta es, en pocas palabras, la situación.

—Esto, de acuerdo con su somera elocuencia británica. El caso es que con un aumento en mis pobres cientos hemos decidido obtener el dinero para estas necesidades con la ayuda de su esposa. Pero, ¿qué le dije yo sobre este particular? Y, además, ¿qué le dije también cuando vi la clase de mujer que es la señorita Halcombe?

—Qué sé yo. Dice usted tantas tonterías a veces...

—Pues le dije a usted que el ingenio humano, hasta la fecha, no ha descubierto más que dos procedimientos para damas a la mujer. Uno, a fuerza de golpes, procedimiento puesto en práctica por las clases más bajas de la sociedad y totalmente rechazado por los hombres que poseen un cultivado ingenio. El segundo, más largo y de proceso más difícil, consiste en imponerse a ellas por la fuerza y potencia del carácter lo mismo que se hace con los niños y con los animales. Y tengamos en cuenta que las mujeres no son más que animalitos preciosos. Sobre todo, una de las principales máximas de este sistema consiste en no perder jamás ante su presencia el dominio de uno mismo, y

usted lo único que ha hecho ha sido perderlo en todas las ocasiones que ha tenido usted a mano. Su endiablado carácter hizo fracasar el asunto de la firma, y, además, el que su cuñada escribiera al abogado por primera vez.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir? ¿Ha escrito acaso otra?

—Sí, hoy.

Cayó una silla con estrépito, como si la hubieran aplicado un puntapié, y esto disimuló el ruido que hice al apoyarme sobre la persiana. ¿Me habían seguido? ¿Eran suposiciones nada más? ¿Cómo podía ese hombre saber, puesto que la carta había pasado de mi mano directamente al pecho de la muchacha?

—Dele usted gracias a su buena estrella —continuó el conde—. Dele gracias por estar yo a su lado, y dé gracias también porque yo me negara cuando intentó usted encerrar a la señorita Halcombe, como había encerrado a su esposa. Usted no tiene ojos en la cara para ver la energía y voluntad masculinas que tiene esa mujer. Si yo tuviera una mujer así, movería el mundo con dos dedos. Pero teniéndola por enemiga, yo, a quien usted ha honrado tantas veces comparando con el diablo, tengo que andar por aquí, como se dice vulgarmente, cuidando de no pisarme el rabo. A esta criatura espléndida, que, firme como una roca, se interpone entre esa débil y maravillosa muñeca que tiene usted por esposa y nosotros; a esa magnífica mujer, a quien con toda mi alma admiro, aunque sea enemiga a mis intereses, ¿ha pretendido usted encerrarla como a una niña en la escuela? Percival, he de decirle que ha merecido usted su derrota.

Escribo en este diario estas palabras dedicadas por aquel canalla, para demostrar únicamente mi respeto a la verdad.

—Resulta muy fácil llamarme salvaje y brutal —replicó mi cuñado—, pero no tanto decir lo que hemos de hacer.

—Lo primero, es que no se meta usted absolutamente en nada, y que, a partir de esta noche, lo deje todo en mis manos.

—¿Y qué es lo que piensa hacer?

—De momento, hay que ver cómo se desarrollan los acontecimientos durante estos días. Ya le he dicho a usted, Percival, que su cuñada ha vuelto a escribir al abogado.

—¿Cómo ha logrado usted descubrirlo? ¿Qué le decía?

—El contárselo a usted implicaría perder tiempo. Por ahora, basta con que lo sepa. Ayúdeme a refrescar la memoria con respecto a sus asuntos. Momentáneamente ha conseguido usted el dinero por medio de pagarés. Cuando éstos vengan, ¿qué tiene usted para responder?

—Nada.

—¿Nada, absolutamente nada?

—Absolutamente, excepto en el caso de la muerte de mi esposa.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio. La condesa acercóse a la ventana. Su agudo perfil se destacó en la sombra. Vi extenderse su mano y oí murmurar:

—Lluvia otra vez.

Llovía, en efecto. El oscuro impermeable que me protegía chorreaba agua por todos lados.

—Y si muriera su esposa, ¿qué es lo que usted obtendría?

—No habiendo descendencia, las veinte mil libras de su fortuna personal.

—¿Se le pagarían a usted?

—Se me pagarían.

Se produjo otro momento de silencio.

—Percival —preguntó el conde—, ¿ama usted mucho a su esposa?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta, conde?

—No quiere usted contestar, ¿verdad? Bien. Supongámonos que su esposa muriera antes de terminar el verano...

—Ni una palabra más...

—En éste caso —continuó impasible la voz del conde—, ganaría usted veinte mil libras y quedaría libre de todo compromiso.

—Usted también gana con ello. Por lo visto, su interés hacía mí le ha hecho a usted olvidar que con la muerte de mi esposa cobrará usted también las diez mil libras de su herencia. A pesar de su indiferencia, demuestra usted un capital interés por el legado de la señora Fosco. Por favor, no me mire usted de ese modo. Con esa calma y esas palabras me hace usted temblar.

—¿Se llama así a la conciencia en inglés? Los abogados habían también de muertes posibles al extender un testamento. Nadie se horroriza por eso. En resumen, en el caso de vivir su esposa, necesita usted su firma en el documento para poder pagar, y si se muere paga usted con mi dinero que ya es suyo.

Apagóse en este momento la luz de la ventana de la condesa y quedó así a oscuras todo el primer piso.

—Oyéndole a usted parece como si el pergamino estuviera ya firmado.

—Según mi sistema, no tardará en estarlo. Y ahora que el asunto está arreglado, continúa usted teniéndome a su disposición si quiere consultarme sobre otro particular. Hable, y perdóneme si molesto gustos tomando otro vaso de agua de azúcar.

—Dice usted muy fácilmente que hable, pero no es tan sencillo.

—Bien, le ayudaré yo —insinuó el conde—. Su dificultad estriba en un nombre solamente: el de Ana Catherick.

—Bien, Fosco, los dos nos hemos ayudado el uno al otro siempre que hemos tenido ocasión. En algunos casos, usted me ha tendido una mano para que salvara determinadas situaciones difíciles. Yo también le he ayudado con préstamos en dinero. Esto, sin embargo, no quiere decir que no tengamos secretos uno para el otro.

—Esto quiere decir que tiene usted para mí un secreto.

—Bien. Aunque así fuera, puesto que no le interesa a usted, no tiene por qué demostrar curiosidad.

—¿Acaso la demuestro?

—Claro que sí.

—¡Qué grandes tesoros de inocencia guarda el corazón humano! Tengo que llegar a mis años y darme cuenta de que no soy capaz de disimular un sentimiento de poca importancia. Pero, bueno, le he de confesar a usted que tengo esa curiosidad. Ahora bien, por lo que veo, me pide usted que respete ese secreto y que no trate de averiguarlo.

—Exactamente, es eso lo que le pido a usted.

—Pues bien, se terminó mi curiosidad. Desde este momento, considérela usted muerta.

—Perfectamente, conde. No tengo absolutamente ninguna confianza en sus palabras, porque conozco perfectamente su doblez.

Oí el crujido de la silla indicándome que el conde se había puesto en pie violentamente.

—Percival— oí que exclamaba con indignación—, me convenzo totalmente de qué no me conoce usted. Yo soy un hombre de otra época. Me considero capaz de llevar a cabal los más sublimes actos de virtud, siempre que tenga ocasión para ello. Sin embargo, pocas veces, por desgracia, se han presentado en mi vida. Podría arrancarle a usted ese secreto, y usted lo sabe perfectamente, pero no lo haré. Mis sentimientos no me lo permiten. Esto tiene que reconocerlo usted, y si es así, no hablemos más. Deme la mano y le perdono.

Oí que Percival se excusaba, pero la magnanimidad del conde Fosco no se lo permitió. Preguntó entonces con franqueza:

—Necesita usted una ayuda, ¿verdad?

—Sí, más que nunca.

—Bien, dígame en qué puedo ayudarle.

—Ya sabe usted que he tratado inútilmente, de encontrar a Ana Catherick.

—En efecto, así es.

—Pues, querido conde, si no la encuentro estoy perdido.

—¿Tan grave es eso?

—Gravísimo. Ya conoce usted la carta que encontré en manos de mi mujer. Por ella puede usted comprender sin ninguna dificultad que conoce el secreto, porque bien claro lo dice.

—¿Se lo ha descubierto usted?

—No. Ha sido su madre.

—¡Por Dios! ¿Su secreto en manos de dos mujeres? Realmente, esto es terrible. Comprendo ahora perfectamente la razón por qué la ha encerrado usted en el manicomio. Lo que no acabo de comprender es su fuga. ¿Tiene usted sospechas de algún miembro de la casa?

—No. Era una pensionista de excelente conducta, y esto ha sido motivo de que las guardianas, por imbecilidad, tuvieran en ella demasiada confianza.

—Dígame, Percival, ¿dónde está el peligro? Únicamente sabiéndole podré combatirlo.

—Ana Catherick anda por aquí, y se ha puesto en contacto con mi mujer. Ese es el peligro. Me temo que Lady Glyde conozca ya ese secreto.

—Perdón, Percival. Si el secreto le compromete a usted, ninguna persona más interesada en guardarlo que su mujer.

—Así sería si yo le importara algo, pero para ella soy solamente un estorbo. Cuando

se casó conmigo, estaba enamorada de un desventurado, un pintorzuelo llamado Hartright.

—Esto no tiene nada de particular. A muchos maridos les ocurre lo mismo.

—Perdóneme usted, conde. Aun no he terminado. Hartright fué el que estuvo mezclado con la fuga de Ana Catherick. Fué él, además, la única persona que le habló en Limmeridge. Probablemente, él también conoce el secreto. El interés de los dos sería entonces el de hacerme desaparecer.

—Cálmese, Percival. Tiene usted un juicio muy deficiente de la virtud de su esposa.

—Me tiene sin cuidado la virtud de mi esposa. Creo únicamente en su dinero. Probablemente, ella sola no se atreverá a nada, pero está en manos de ese villano.

—¿Dónde está ese señor Hartright?

—Fuera de Inglaterra.

—¿Está usted seguro de ello?

—Completamente, Fosco. Desde que salió de Cumberland hasta que embarcó, he hecho que le vigilen constantemente, y si quiere conservar la piel, que procure no volver. Por lo que respecta a Ana, he gastado mucho dinero para encontrarla, y ya ve usted que hasta se escapa de mis manos en mi propio castillo. Lo único que faltaría es que volviera ese Hartright de todos los diablos y se pusieran los dos contra mí.

—Comprendo perfectamente que el primer paso que hay que dar es conseguir echarle el guante a la loca. Ví su figura la tarde en que habló con su mujer. Pero me fué imposible verle la cara. Le ruego que me dé algunos detalles, por ver si puedo encontrarla.

—¿Detalles? Se lo diré a usted en pocas palabras. Es exactamente a mi mujer.

—¿Cómo? —exclamó el conde con sorpresa.

—Imagínese usted que Laura ha salido de una grave enfermedad y que su mirada se ha extraviado un poco; tendrá usted entonces a Ana Catherick.

—¿Son parientes?

—No.

—¿Y se parecen tanto?

—Sí.

—Si es así, reconoceré inmediatamente a Ana Catherick. Tranquilícese, Percival. Ya veremos qué es lo que nos trae el nuevo día. Me atrevo a darle a usted mí palabra de honor de que pagará usted sus deudas y que todo se resolverá perfectamente. Se convencerá usted de que soy un amigo digno de haber recibido esa pequeña ayuda económica a la que con tanta delicadeza aludía usted no hace mucho. De nuevo le digo que le perdono. Estrechémonos las manos y tenga usted buenas noches.

No oí ninguna palabra más. Se cerró la puerta y oí a Percival colocar las barras en las ventanas. Durante toda la conversación, la lluvia había caído incansablemente. Cuando intenté moverme, mis músculos se negaron a ello. Estaban entumecidos. Apenas si pude mover mis dormidos pies, que la humedad había traspasado. Apoyándome en la pared de la casa, llegué temblando hasta mi ventana. Cuando entré en mi habitación, era la una y cuarto. Nada había visto ni oído que me hiciera sospechar que habían descubierto mi espionaje.

IX

Día 20 de junio.

Son las ocho de la mañana. Brilla el sol en un cielo magnífico. No me he acostado ni he podido cerrar los ojos. Desde la ventana en que anoche contemplaba la lluvia, contemplo ahora el sol. No puede decir cuándo dejé el lugar de mi observación, ni cómo encontré de nuevo el camino de mi alcoba, así como tampoco cómo conseguí cambiar mi ropa por estos vestidos secos. Sé que he hecho todo esto, pero no sé más.

Mi cabeza dolorida se niega a recordar las horribles palabras pronunciadas que escuché allí, y tampoco recuerdo en qué hora aquel espantoso frío que me estremecía se ha convertido en este intolerable calor. Sé que decidí no decir nada de lo que había escuchado, y que me dispuse a apresurar todo lo posible la marcha de Laura de aquel horrible lugar. Recuerdo que en vez de acostarme trasladé fielmente a mi diario la

conversación sorprendida. Las frases que quedan en él justifican cualquier paso que demos en lo sucesivo. ¿Pero por qué estoy sentada aquí todavía? ¿Por qué canso mis ya fatigados ojos y mi cabeza calenturienta escribiendo más? ¿Por qué no acostarme y combatir de una vez la fiebre que me devora?

Me da miedo este calor que me abrasa y estos golpes que siento en mi cabeza. Me da miedo no poderme levantar si me acuesto.

No sé si han dado las ocho o las nueve. No puedo saberlo. Creo que son las nueve, y en pleno verano estoy tiritando de frío. Tampoco sé si he dormido. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Me da miedo enfermar.

No veo lo que escribo. Tengo frío. Las campanas del reloj me suenan dentro de la cabeza...

NOTA

Aquí termina de ser legible el diario de Marian Halcombe. Las líneas que siguen son rayas y borrones. Hay dos letras escritas al final, y parece que son una L y una A. La página siguiente está escrita con letra masculina. Tiene la fecha del 21 de junio, y dice:

Postdata de un admirador y amigo:

La enfermedad de la incomparable señorita Halcombe me ha proporcionado un placer inesperado para mí: el goce intelectual que me ha producido la lectura de su diario, terminado en este momento. Cada una de sus numerosas páginas ha sido para mí un placer. ¡Qué placer tan admirable! ¡Qué magnífico esfuerzo representa esta obra! La pintura de mi carácter es una obra maestra, y me complace atestiguarlo. ¡Qué gran impresión debo haber producido en ella para que me haya pintado con tan ricos colores y matices! Con toda mi alma me lamento de esta cruel fatalidad que nos obliga á ser enemigos. Si hubiera querido la suerte que nos hubiésemos conocido en más felices circunstancias, esta mujer hubiera logrado hacer de mí un santo. Es la única que en este mundo reconozco digna de mí.

Estos sentimientos son los que hacen que escriba estas líneas como epílogo a su diario. Espero de su juventud y vigorosa naturaleza que se salve de su enfermedad, y esto podría asegurarlo, si el medicucho que la asiste se guiara de mis consejos.

Cierro estas páginas y dejo en ellas, como homenaje de admiración a la mujer perfecta que ha escrito estas líneas, todos los sentimientos humanos que todavía quedan en mi corazón. Y continúo siendo el impasible agente del destino hasta el instante en que la suerte me facilite la hora de entrar en lo desconocido.

Fosco

FEDERICO FAIRLIE, ESQ., PROPIETARIO DE LA CASA SOLARIEGA DE LIMMERIDGE, CONTINUA LA MISMA HISTORIA

Parece que mi destino es que no me dejen en paz.

¿Por qué parientes, amigos y aun extraños tienen ese interés en molestar-me? No obtengo contestación alguna, aunque se lo pregunte a mí mismo, aunque se lo pregunte a Luis.

Lo último que han dejado caer sobre mi cabeza ha sido el obligarme a escribir este relato. ¿Puede, acaso, un hombre, en mi estado de salud, escribir narraciones? Cuando expuse este inconveniente, se me respondió que habiendo ocurrido algunos importantes acontecimientos a mi sobrina y bajo mi techo, era yo la persona más indicada para contarlos. Y como mi resistencia es muy escasa, no he sabido negarme. Por tanto, intentaré acordarme de lo que pueda y escribir lo que pueda, y es posible que de lo que yo no me acuerde se acuerde Luis. Y como es un torpe y yo un inválido, lo haremos, desde luego, lo peor posible. Y empecemos.

En los últimos días de junio, o primeros de julio, no lo recuerdo a ciencia cierta, me encontraba en mi habitación rodeado de mis tesoros, y me hallaba dispuesto a examinar unas curiosas fotografías sobre Numismática egipcia, cuando, sin haberle yo llamado, entró Luis. Esto, de por sí, me pareció un mal síntoma, pero la situación se hizo crítica cuando, con su más meliflua sonrisa, me enteré de que una joven llamada Faniry deseaba verme.

—¿Quién es Faniry?

—La doncella de Lady Glyde, señor.

—¿Y qué es lo que desea la doncella de Lady Glyde?

—Trae una carta, señor.

—Dígale que se la entregue a usted.

—Dice que tan sólo se la entregará a usted en propia mano, señor.

—¿Y quién envía la carta?

—La señorita Halcombe, señor.

Luis aseguróme con toda seriedad que el silencio de sus zapatos. Hizo a la joven que sus zapatos no hacían ruido. Pero, ¿por qué a las criadas les sudarán siempre las manos? ¿Y por qué tendrán los rostros tan inexpresivos? No soy lo bastante saludable para consagrarme a estos estudios sobre la raza sajona; sólo esbozo esta idea para que la desarrollen personas competentes.

—¿Trae usted una carta para mí? Tenga la bondad de dejarla sobre esa mesa. ¿Cómo están Milady y la señorita Halcombe?

No obtuve respuesta. Humedeciéronse los ojos de la joven, ¿Serían lágrimas? Yo me limité a cerrar los ojos y a ordenarle a Luis que procurase enterarse de lo que quería.

No se pretenderá de mí que repita punto por punto la conversación de los dignos criados. Haré solamente un extracto de lo que pude entender.

La chica comenzó por decir que su amo la había despedido —y esto, a mí, ¿qué me importaba?—; que entre las seis y las siete se encaminó a la posada de pueblo —¿y a mí qué?—; que poco rato después llegó la señorita Halcombe y le dió dos cartas, una para un señor de Londres —por mi parte, que lo cuelguen—; que conserva con todo cuidado las dos cartas, y que al irse la señorita Halcombe se sintió tan desgraciada que no pudo probar bocado —soez lenguaje—; sin embargo, a las nueve creyó que podría tomar con gusto una taza de té —así acaban siempre las calamidades de esta clase de gente—; mientras se hallaba calentando la tetera abrióse la puerta y se quedó de piedra al ver entrar a la señora condesa. Doy con satisfacción este título a mi hermana, título con que la designa la doncella de mi sobrina. Mi pobre hermana es una mujer inaguantable, que, siendo ya vieja, casóse con un extranjero. Prosigamos: La señora condesa... No puedo continuar. Me tumbaré y seguiré dictando. Luis tiene un espantoso acento suizo, pero escribe el inglés con bastante corrección. Repito que entró la señora condesa diciendo que iba de parte de la señorita Halcombe, que había olvidado algunos encargos. La joven quiso recibirlos en el acto, pero la condesa, que estuvo extraordinariamente cariñosa, no quiso decir una palabra hasta que la joven

tomara su té, llevando su bondad hasta el extremo de preparar ella misma el brebaje para la estupefacta muchacha y tomar una taza también —no entiendo esta ostentación de ridícula humildad—. La muchacha tomó el té y cinco minutos después, según propia confesión, cayó desmayada por primera vez en su vida. — Esto es muy interesante, indudablemente, para su médico, pero a mí me importa un comino. Cuando una hora después volvió en sí, se halló echada en un diván, sin otra compañía que la posadera. La condesa, según dijo ésta, no había podido detenerse más y partió a los pocos minutos. Lo primero que hizo la muchacha fué buscar en su seno —lamento tener que nombrar esta parte de su cuerpo—, hallando las cartas en su sitio, si bien muy arrugadas. Durante la noche sufrió de mareos, pero a la mañana siguiente pudo proseguir su viaje. En Londres puso al correo la misiva destinada al desconocido residente en aquella capital, y ahora ponía en mis ramos la otra. Esta era toda la verdad, y ahora la muchacha estaba muy intranquila por no haber podido ocuparse de los encargos que le encomendara la señorita Halcombe, que quizá fueran muy importantes, concluyendo por pedirme consejo sobre si debía escribir a la señorita Halcombe o no.

—Deje usted las cosas tal como están —repuse yo—. Por principio, yo dejo siempre todo tal como está.

Tan pronto quedé solo, di una cabezada, que ya se me estaba haciendo indispensable después del pasado esfuerzo.

Tras un rato de descanso, tomé la misiva de Marian. Pero, antes de abrirla, me permito insinuar, como consideración de carácter general, la injusticia de los que hemos permanecido solteros; a fin de quitarnos de encima toda clase de cuidados y molestias, nos vemos en la obligación de compartir los de los casados. Mi hermano Felipe se casó y se murió, y tuvo la desconsideración de encargarme a mí de su hija, bella y encantadora criatura, es cierto, pero que me hacía contraer una atroz responsabilidad. Con grandes trabajos y dificultades pude casarla con el hombre elegido por su padre. Soporta de muy mala gana el matrimonio, y entonces acude a mí, como estoy seguro que dirá la carta. ¡Pobres solteros! Excuso decir que la carta de mi querida Marian es una amenaza; toda clase de calamidades caerá sobre mi inocente cabeza si dudo en convertir a Limmeridge en asilo de mi sobrina. Y, no obstante, vacilo...

He dicho anteriormente que siempre cedo ante los deseos de Marian, pero en este caso la cuestión es grave. Si abro esta casa para Lady Glyde, y la persigue de cerca su marido, furioso, sospecho la serie de escenas que tendrán lugar, a cual más molesta, y en las que, desgraciadamente, tendré un papel principal. Por tanto, he decidido escribir a Marian diciéndole que comience viniendo aquí, y si logra contestar a entera

satisfacción todas mis preguntas y objeciones, tendré entonces mucho gusto en recibir a mi deliciosa sobrina. Antes, de ninguna manera.

Sospecho que Marian vendrá en un estado de virtuosa ira, que se traducirá en portazos. Pero como es posible que los de Sir Percival fueran aún más fuertes, prefiero los primeros, que, por lo menos, me son ya familiares.

Tan continuadas fatigas bien merecían tres días de completa quietud, pero no los tuve. Al tercer día, el correo puso en mis manos la cara de un impertinente que se llama socio de nuestro hombre de negocios —el querido Gilmore, con su cabeza tan parecida a la de un cerdo—; me informaba este individuo que había recibido una carta con el sobre escrito de puño y letra de la señorita Halcombe, pero que no llevaba sino un pliego de papel en blanco; que inmediatamente escribió a dicha señorita pidiéndole alguna explicación, pero que no habló obtenido respuesta; que todo aquello le parecía muy sospechoso, y que por eso acudía a mí —claro—, por si podía darle algún dato sobre el hecho.

Le repuse con una de mis más irónicas cartas —sólo comparable a la que envié, a aquel infeliz de Hartright—, comunicándole lo improcedente de su conducta y suplicándole que me dejara tranquilo.

La carta surtió efecto y no volví a saber más del leguleyo.

Tuve también la agradable sorpresa de no saber nada de Marian. Esto me consuela, pues pienso que las dificultades del matrimonio han concluido y que todos están perfectamente, y yo mejor que todos.

Al sexto día, Luis volvió a aparecer ante mí sin ser llamado.

—¿Qué ocurre? —dije alarmado—. ¿Otra muchacha? No puedo recibirla. El otro día no me sentó bien aquella visita. No, no estoy visible.

—No, señor. Es un caballero.

—Esa es distinto. Mire la tarjeta.

¡Dios santo! Era el marido extranjero de mi inaguantable hermana: el conde Fosco. La primera impresión que tuve fué de que venía a pedirme dinero.

—Luis —pregunté—, ¿cree que se marchará si le da usted cinco chelines?

Luis me miró con asombro, y me asombró a mí también al decirme que mi desconocido cuñado vestía como un príncipe y parecía la personificación de la abundancia. Entonces cambié de parecer, y supuse que el conde tendría dificultades matrimoniales y venía a descargarlas sobre mis espaldas.

—¿No ha dicho qué deseaba?

—El señor conde ha dicho que ha venido porque a la señorita Halcombe le es imposible hacerlo.

¡Más complicaciones! Ya me parecía raro que Marian no lograra salirse con la suya. Me llené de resignación y dije:

—Que pase.

A primera vista, el aspecto del conde me alarmó. Era una persona tan voluminosa, que me hizo temblar el pensamiento de que estremecería el suelo, derribando mis tesoros. Pero ni hizo nada de esto. Vestía irreprochablemente, en tonos pálidos, agradables a la vista, y poseía unas suaves maneras que tranquilizaban el ánimo. En resumidas cuentas: la primera impresión fué muy favorable.

—Permítame que me presente yo mismo. Tengo el honor y la dicha de ser el esposo de su hermana, y vengo de Blackwater.

—Encantado de conocerle. Perdona usted que no me levante, pero soy tan sólo un manojo de nervios.

—He estudiado concienzudamente el interesante funcionamiento de los nervios. Si usted me lo permite, voy a variar un poco la luz de esta habitación.

—Hágalo, si cree usted que ha de aliviarme.

Se dirigió hacia la ventana con silencioso y leve paso, muy distinto al de mi querida Marian.

—La luz —dijo en un tono bajo y armonioso— es un don para los nervios enfermos;

es el primer alimento. La luz estimula, alimenta y preserva. Si a usted, por estar demasiado débil, le es imposible recibir los rayos solares sobre su persiana, deje que entren en su habitación y permita que este calor avive su doliente circulación.

La teoría me parece muy aceptable, y el conde mejoró más en mi opinión.

—Señor Fairlie, le confieso que me siento confuso ante usted.

—Me sorprende usted. ¿Puedo preguntarle a qué se debe eso?

—Al entrar en esta estancia, en la que usted soporta sus dolencias, y verle rodeado de tantos objetos de arte, tan bellos, he pensado que yo, a quien también entusiasma todo lo hermoso, disfrutaría muchísimo pudiendo cambiar impresiones artísticas con un perito como usted. Pero, muy a mi pesar, tengo que dejar a un lado ese placer, pues tengo la necesidad de poner en su conocimiento algunos hechos tristes de orden familiar.

¿Fué en ese instante cuando comencé a darme cuenta de que la charla no resultaba pesada?

—¿Es absolutamente preciso que yo los conozca?

Afirmó con la cabeza.

—Pues hágalo despacio, si no tiene inconveniente —dije, recostándome y entornando los ojos—. ¿Ha fallecido alguien?

—¿Fallecido? —exclamó el conde, exaltándose innecesariamente—. ¿Por qué sospecha usted tal cosa?

—Perdóneme usted, pero siempre tengo por costumbre empezar por lo peor. ¿Está alguien enfermo?

—Esa es una de las malas noticias de que soy portador. Sí, señor Fairlie, tenemos la desgracia de que la señorita Halcombe esté enferma. Es muy probable que esta lamentable noticia no sea inesperada para usted, pues el no tener contestación a su última carta, se lo habrá hecho sospechar, dado su afectuoso interés.

No dudo que mi afectuoso interés se habría figurado, eso y muchas más cosas, pero como mi memoria es tan sumamente débil no puedo recordarlo en este instante. Sin embargo, la sensación que tenía era de sorpresa. ¡Una joven tan fuerte y enérgica! Con toda seguridad, habría ocurrido algún accidente.

—¿Es grave? —pregunté, observando por vez primera la palidez de mi interlocutor.

—Sí, grave, sí bien no mortal. De resultas de una mojadura muy grande, la señorita Halcombe ha enfermado de fiebres.

Cuando oí la palabra *fiebres* y recordé que aquel hombre sin entrañas venía directamente de Blackwater, creí por un momento que me desmayaría allí mismo.

—¡Dios santo! ¿Y las fiebre son infecciosas?

—De momento, no —dijo con espantosa serenidad—. Es posible que lo sean, pero esta complicación no había surgido aún a mi salida del castillo. Puede usted aceptar, mi palabra de que la fiebre, por el momento, no es infecciosa.

Yo no quería aceptar nada de aquel sujeto gordo y amarillo, que parecía la imagen de la peste ambulante. Decidí instantáneamente deshacerme de él lo antes posible. Por tanto, le dije:

—Me disculpará usted, pero las conversaciones largas perjudican extraordinariamente a mi salud. Por lo tanto, le ruego que me diga brevemente el objeto de su visita.

Yo supuse que esta indirecta le obligaría a darme algunas disculpas y, sobre todo, a marcharse. Pero, por el contrario, se acomodó mejor en la silla y me lanzó una mirada gris desagradablemente investigadora.

—Mi visita tiene dos objetos —dijo imperturbablemente—. En primer lugar, vengo a confirmarle, con mi más hondo sentimiento, las desavenencias conyugales de Sir y Lady Glyde. Soy el más íntimo amigo de Sir Percival y tío político de su esposa. Habiendo sido testigo de todo lo allí sucedido, puedo asegurarle que la señorita Halcombe no ha exagerado nada en su carta, y que la solución propuesta por esta encantadora señorita es la única que puede evitar el horror de un escándalo público. Una amistosa separación temporal acabará con todas las dificultades. Que, de momento, se separen, y cuando el tiempo haya apaciguado los ánimos, yo me encargaré de hacer entrar en razón a Sir Percival. Por lo que se refiere a Lady Glyde,

no puede, al dejar la casa de su esposo, ir a otra que a ésta.

En resumidas cuentas: al sur de Inglaterra se desencadena una tormenta matrimonial, en vista de lo cual viene aquí un hombre, portador de enfermedades infecciosas en cada arruga de su ropa, a invitarme a mí a que sufra las consecuencias. Traté de hacérselo comprender, pero, interrumpiéndome, continuó:

—Ya ha oído usted el primer objeto de mi visita. El segundo es sustituir a la señorita Halcombe, a quien su enfermedad impide venir. Como la enferma no hace nada sin consultármelo, me mostró su carta y comprendí al instante las explicaciones que quería usted antes de tener el placer de recibir a su sobrina. Comprendo perfectamente que deseará usted saber si Sir Percival querría, en uso de su derecho, reclamar a su esposa. Para acallar sus escrúpulos, he venido, prescindiendo de molestias personales, a darle mi palabra de honor de que, mientras Lady Glyde se albergue en esta casa, Sir Percival no se acercará a ella, ni dará la menor molestia a sus moradores. Y aún tan pronto como Lady Glyde se encuentre a su lado, él partirá para el continente. ¿Desea usted saber algo más? He venido para eso, señor Fairlie. Pregunte lo que guste.

Aquel individuo me había dicho ya mucho más de lo que yo quería saber, y, a pesar de esto, el asesino parecía dispuesto a continuar. Por lo tanto, le dije:

—El estado de mi salud me impide profundizar en las cosas. Prefiero darme por satisfecho. Espero que tendré otra ocasión de...

Se levantó. Yo pensé que se marcharía, pero el monstruo tuvo la osadía de aproximarse más a mí el foco de infección de su persona.

—Un instante, antes de separarnos —continuó el vil italiano—. Debo hacerle observar lo conveniente que sería adoptar esta medida urgentemente. No es posible pensar en que se restablezca la señorita Halcombe para llevarla a cabo. Está perfectamente atendida, tiene cuantos cuidados precisa, prodigados por personas de cuya fidelidad respondo con mi cabeza. Pero no siendo posible contar con Lady Glyde para que la atienda, por su mismo estado de salud, su posición es cada día más difícil al lado de su esposo, y es posible que en un momento de excitación pudieran, uno u otro, dar un escándalo que sin duda caería sobre la familia. Por eso le suplico que no prolongue usted el instante de escribirle diciéndole que venga inmediatamente, aunque no sea más que por evitarse usted la atroz responsabilidad en que caería si por un pequeño retraso sobreviniera una catástrofe.

Le miré, deseando que mis ojos tuvieran la fuerza de un ariete que lo arrojara en medio del arroyo, pero mi rostro no pareció causarle la menor impresión. Con toda seguridad, no poseía nervios.

—¿Duda usted, señor Fairlie? Comprendo su vacilación. ¿Piensa usted, acaso, que el viaje es demasiado largo para que lo realice una persona tan joven, delicada e inexperta como Lady Glyde, y que tampoco podrá hospedarse en Londres un día, por no encontrarse sola en un hotel? Sus reparos son justos y quiero solucionarlos. Al regresar a Inglaterra, mi esposa y yo pensábamos establecernos en las cercanías de Londres. En la actualidad hemos realizado nuestros proyectos, y poseemos una linda finca en el bosque de Saint John. Escuche usted ahora mi plan: Lady Glyde viaja desde su castillo a Londres, viaje corto y cómodo. Yo la guardo en la estación y la llevo a mi casa, que es la de su tía; allí descansa un par de días, y luego la vuelvo a acompañar a la estación; en la de aquí la espera su doncella, que tan injustamente fué despedida. Veo que adopta usted mi plan, en el que he salvado todos los contratiempos. Ahora, dese usted prisa en escribir ese par de líneas, para que lleve yo mismo el consuelo a su sobrina.

Ya hacia tiempo que debía de haber tomado una resolución desesperada. También hacía tiempo que debía de haber venido Luis a desinfectar la habitación. En tal momento, decidí acabar con la interminable visita y con las dificultades de mi sobrina. Por lo tanto, me dispuse a satisfacer instantáneamente las exigencias del extranjero. Logró sentarme en mi butaca y escribí en mi pupitre portátil:

«Querida Laura: Ven cuando gustes. Descansa un par de días en casa de tu tía. Me entristece la enfermedad de Marian. Le deseo alivio. Te abraza tu tío, etc...»

Le entregué estas líneas alargando el brazo y caí en mi butaca, murmurando:

—Discúlpeme usted. No puedo más. Estoy deshecho. Le suplico que almuerce abajo. Dé usted recuerdos a todos. Buenos días.

El pronunció otro discurso, que yo escuché con los ojos cerrados, cuando hubo concluido me retiré a mi cuarto, mientras Luis fumigaba mi salón. Tales precauciones surtieron el efecto esperado, y puedo felicitar me de que mi estado de salud, ya tan deplorable, no haya sufrido una nueva complicación.

Después de una ligera siesta, desperté fresco y de buen humor. Mi primera pregunta fué para enterarme si ya nos habíamos librado del conde. Efectivamente, se había

marchado en el tren de la tarde. Sólo había almorzado unos pasteles, frutas y leche. ¡Pasteles, frutas y leche! ¡Qué organización la de ese hombre!

Espero que no desee nadie que cuente algo más. Los espantosos acontecimientos que después tuvieron efecto no ocurrieron, por fortuna, en mi presencia. Yo obré como mejor me pareció. Por lo tanto, ninguna responsabilidad me cabe en una desgracia por completo imprevista y que me ha trastornado de tal forma que mi ayuda de cámara asegura que nunca me repondré de ese golpe. ¿Qué otra cosa puedo decir?

CONTINÚA LA HISTORIA ELISA MICHELSON, AMA DE LLAVES DEL CASTILLO DE BLACKWATER

Me piden que cuente claramente la parte conocida por mí de la enfermedad de la señorita Halcombe y de las circunstancias posteriores que hicieron que abandonara el castillo y se dirigiera a Londres. Dicen que mi testimonio aclarará tan obscuro suceso. Soy hija de un pastor, y las necesidades me han reducido a mi condición. Pero el origen de que me enorgullezco me ha enseñado a respetar, sobre toda clase de consideraciones, la verdad. Es esta la sola razón que me fuerza a mezclarme en lamentables asuntos de familia, los cuales yo soy la primera en deplorar.

Como escribo ahora, cuando ya ha pasado tanto tiempo, no recuerdo las fechas con exactitud, pero supongo que no me equivoco creyendo que la enfermedad de la señorita Halcombe comenzó en la última decena de junio.

Aquella mañana, la señorita Halcombe no se presentó en el comedor, a pesar de que era siempre la primera en hacerlo. En vista de ello, se mandó a una doncella a sus habitaciones. Esta volvió al poco rato asustadísima. Al encontrarla yo en la escalera, salí enseguida en busca de la habitación de la señorita, y la encontré dando vueltas por el cuarto, con una pluma en la mano y con una fiebre intensísima. Cuando entró la señora, al verla en este estado, casi perdió el conocimiento. No tardaron en subir los condes, y todos hicimos lo que pudimos por ella. Un criado fué en busca del médico más cercano. Era el doctor Dawson, un hombre muy respetable y muy querido en los alrededores. Llegó antes de una hora y nos asustó a todos diciendo que era un caso muy grave. El conde, con su amabilidad de siempre, converso con el doctor con respecto a la enfermedad, pero el médico le preguntó bruscamente si hablaba con algún colega. El conde le contestó que había estudiado únicamente por gusto, y el doctor le replicó diciendo que no consultaba con aficionados. El conde sonrió, sin hacerle caso alguno, y me dijo que si algo ocurría que fueran a buscarle a la cabaña del lago. No puedo comprender qué era lo que iba a hacer allí, pero durante todo el día, hasta la hora de comer, estuvo en aquel lugar.

La señorita pasó muy mala noche. A la madrugada se puso peor, y como en el castillo no disponíamos de enfermera alguna, la señora condesa y yo la veíamos. Lady Glyde estaba también enferma a causa de la enfermedad de su hermana, y era más propio que la cuidáramos nosotros que cuidara ella a nadie. Es una señora muy cariñosa, pero

llora y se asusta constantemente, y esto hace que no se la permita estar en la habitación de la enferma.

Por la mañana, el señor y su amigo preguntaron por la enferma. El señor estaba un poco turbado y demostraba una cierta agitación, mientras que el conde se mostraba, como siempre, tan cumplido y correcto. En esta casa, es el único que me trata como a una señora. Ciertamente es un hombre muy cariñoso para todos, pues incluso el día en que fué despedida la doncella de la señora se interesó mucho por ella y me preguntó si tenía familia y adónde iría a partir de aquel momento. No puedo recordar las cosas que me preguntó con respecto a ella, pero sí me acuerdo que me enseñaba mientras tanto las habilidades de sus canarios. Los grandes señores se demuestran precisamente en estas cosas.

La señorita Halcombe parecía no mejorar. La segunda noche fué todavía peor que la primera, y como anteriormente, la señora condesa y yo alternábamos velándola. Lady Glyde no quería salir de la habitación.

—Mi lugar está al lado de mi hermana —decía constantemente, y no lográbamos que se retirara a descansar.

Al mediodía bajé para cumplir algunos encargos, y una hora después volví a la habitación de la enferma. Al cruzar el vestíbulo vi al conde, que volvía de excelente humor; en ese momento se abría la biblioteca y Sir Percival, desde la puerta, le preguntaba:

—¿Ha conseguido usted encontrarla?

No a quién se refería.

Sonrió el conde todavía más, pero no contestó. Sir Percival, dándose cuenta de mi presencia, pronunció una palabrota y dijo con brusquedad:

—En tanto haya una mujer en esta casa, tendremos la seguridad de encontrarla siempre en la escalera.

—Querido Percival —dijo el amable señor conde—, esta señora tiene muchas obligaciones que cumplir. Me parece usted demasiado injusto no reconociendo que las cumple maravillosamente.

—¿Cómo está la enferma, querida señora?

—Por ahora no hay mejoría, señor Conde.

—Vaya, por Dios —murmuró, y dijo luego, mirándome—. Está usted fatigada, y lo comprendo. Hay que encontrar a alguien que ayude a mi esposa y a usted. Probablemente, no tardaré en encontrar la ayuda que ustedes necesitan. Además, mi esposa se ve obligada a marchar mañana a Londres. Volverá por la noche. Si está libre, vendrá acompañada de una enfermera que todos conocemos y es de absoluta confianza. Le ruego que no diga nada al doctor. Es un hombre celoso de su deber y sus atribuciones, y no le gustará que escojamos nosotros lo que seguramente cree que debe escoger él. Cuando venga aquí y conozca su habilidad y discreción, la aceptará gustosamente. Lo mismo digo con respecto a Lady Glyde. Tenga la bondad de ofrecer a ésta mis respetos.

Hablaba tan amablemente, y me había defendido en aquella ocasión con tanto efecto, que quise demostrarle mi gratitud por sus atenciones. Pero Sir Percival, con otra palabrota como la que ya antes había pronunciado, me interrumpió llamando a su amigo. Los dos entraron en la biblioteca.

Continué haciendo lo que tenía que hacer, experimentando una viva curiosidad por saber a quién se referían las palabras que había pronunciado el señor. Sin duda, se trataba de una mujer. Dios me libre de cualquier mal pensamiento, pero aquello había despertado en mí una viva curiosidad. Al día siguiente, la condesa, sin decir nada que yo sepa con respecto a su viaje, salió muy temprano para Londres, acompañándola hasta la estación su amable esposo.

Por esta razón me quedé sola para cuidar a la enferma, y solamente se produjo un incidente desagradable entre el señor conde y el doctor. Cuando el señor conde volvió de la estación, entró en el saloncito de la señorita Halcombe, y allí me preguntó por su estado. La señora y el doctor se hallaban junto a la enferma. Yo le contestaba entonces que querían sujetarla a un régimen, y que después de los violentos ataques de fiebre quedaba en un estado de postración completa. Entonces entró el doctor en el saloncito.

—Buenos días, doctor —dijo el conde con toda amabilidad—. ¿Sigue sin mejoría la enferma?

—Yo encuentro mejoría —contestó el doctor.

—¿Insiste usted en tratarla por ese régimen que tanto la ha debilitado?

—Insisto en el régimen que me parece más conveniente.

—Permítame que le haga una pregunta, que no es ni mucho menos un consejo: está usted un poco alejado de los centros científicos más importantes, como son París y Berlín. Tal vez haya usted oído hablar de que los aniquiladores efectos de la fiebre, se combaten por medio de fortificantes, con objeto de animar el decaído estado del paciente. ¿Ha oído usted hablar de esto?

—Cuando sea un doctor quien me haga estas preguntas, tendré sumo placer en contestar a ellas. Ahora, no veo la necesidad de hacerlo.

El conde, habiendo recibido este exabrupto, perdonó la ofensa como un verdadero cristiano y contestó con su reposado tono de voz:

—Buenos días, doctor Dawson.

Ojalá mi querido y difunto esposo hubiera conocido al conde. ¡Qué bien se hubieran apreciado ellas dos almas tan cristianas!

En el último tren regresó la condesa acompañada por una enfermera. Dijeron que se llamaba señora Rubelle. Su aspecto y lo mal que hablaba el inglés denunciaban a todas luces a una extranjera.

Mi nunca bien llorado esposo me inculcó la piadosa idea de que hay que tener una consideración indulgente para con los extranjeros. Por esta razón, no, diré que la señora Rubelle era una persona pequeña y seca, que tendría unos cincuenta años y que por su morenez parecía una criolla. Además, sus ojos eran pequeños e inquietos. Tampoco diré nada de su vestido de seda, que me pareció muy valioso para su situación económica. Desde luego, no diré nada de esto. A mí no me gusta que me critiquen, y por eso no criticaré a nadie. Diré tan sólo que sus maneras eran muy reservadas, y que demostraba la misma desconfianza que los gatos.

Se quedó en que la enfermera comenzaría a actuar él día siguiente. Yo volví a velar a la enferma y vi sorprendida que la señora se negaba a que la enfermera comenzara sus funciones. Esta descortesía para una extranjera me pareció indigna de su educación.

—Señora —me atreví a decirle—, no debemos formar juicios temerarios, y mucho menos cuando se trata de extranjeros.

Lady Glyde comenzó entonces a llorar y a besar las manos de su hermana.

A la mañana siguiente nos llamaron al salón a la enfermera y a mí. Se trataba de presentar a la recién llegada al doctor. Pero en lugar de aparecer éste en el salón, me mandó a buscar al comedor, donde se encontraba. Le oí escandalizada. Bruscamente me dijo que no aprobaba la elección de aquella enfermera buscada por aquel gordo charlatán, como llamaba al conde; que le había pedido a Sir Percival que la despidiera, pero que éste le había dicho que era inconveniente hacerlo sin probar sus servicios, por lo menos en atención, a la tía de la señora, que la había traído. Comprendió el doctor que era justa la proposición, y accedió, a condición de despedirla inmediatamente, si no le satisfacen sus servicios. Por fin, me dijo:

—Comprenda usted, señora Michelson. Le ruego que no se separe un momento de esa mujer, y, sobre todo, preocúpese de que la enferma no tome otras medicinas distintas de las que yo he indicado. ¿Sabe usted dónde está? He de decirle algo antes de entrar en la habitación.

Fuimos al salón. La enfermera, hablando un inglés incomprensible, sostuvo con toda felicidad el interrogatorio a que la sometió el doctor. Después nos dirigimos a la alcoba de la señorita Halcombe. La enfermera miró a la señorita, pero se inclinó ante Lady Glyde, con la consiguiente desconfianza de la señora. Luego ordenó las sillas y se sentó en espera de que se hicieran necesarios sus servicios. Atendiendo a lo que el doctor me había dicho, he vigilado constantemente desde los primeros días a esta extranjera, que, por otra parte, es una persona discreta. He de decir, en honor a la verdad, que cumple fielmente su obligación, y que el doctor no ha tenido que hacerle reproche alguno.

Ocurrió otro acontecimiento. Pasó en la casa, durante una de las ausencias temporales del conde, a quien asuntos particulares reclamaban en Londres. Antes de marchar tuvo una seria conversación con la señora a propósito de la señorita Halcombe.

—Si usted quiere, siga durante un par de días el régimen que el doctor le ha impuesto —le dijo—, pero si no se inicia ninguna mejoría mande usted a Londres por un médico, para que consulte con ese ignorante, aunque se oponga a ello. Créame, Lady Glyde ofenda al médico, pero salve a su hermana. Desde lo más profundo de mi corazón se lo ruego.

Y salió de la habitación más de prisa de lo que acostumbraba. La pena había destrozado a la pobre señora. No contestó, y en cuanto salió el conde me dijo:

—¡Ah, señora Michelson! Me moriré viendo a mi hermana así. No tengo, además, quien me aconseje. ¿Cree usted que se equivoca el doctor?

—Con todos los respetos que sean debidos al doctor Dawson, creo que haría bien la señora en seguir los consejos del señor conde.

—Seguir sus consejos... —murmuró, como si hablara consigo misma— ¡Dios mío!

Si no recuerdo mal, estuvo ausente el conde durante una semana. Sir Percival estaba sumamente inquieto y preocupado. Iba de un lado a otro y preguntaba con frecuencia por la salud de la señorita Halcombe y de la señora. Está demostrado que el espectáculo de la enfermedad purifica el alma, y si en esta circunstancia hubiera conocido a mi difunto y llorado esposo, como persona de alma piadosa, estoy segura de que en él se hubiera verificado un cambio moral muy satisfactorio.

Días después, el estado de la señorita Halcombe, pareció mejorar un poco. Nuestra confianza con respecto al doctor renació algo, pero al tercer día noté un cambio que nos alarmó mucho. La enfermera lo había notado también, pero de común acuerdo no quisimos decir nada a la señora, que, rendida por la fatiga, dormía en un sofá del salón. Precisamente aquel día llegó tarde el doctor. Cuando vió a la enferma, se alteró sumamente, y, aunque se esforzó por ocultarlo, era fácil darse cuenta de que estaba alarmado y confuso. Inmediatamente envió a un criado a buscar desinfectantes, que fueron empleados según sus instrucciones.

—¿Es infecciosa la fiebre? —pregunté.

—Mucho me lo temo. Mañana lo sabremos con toda seguridad.

Ordenó que se le preparara una cama, y que no se dijera nada a Lady Glyde sobre el cambio que se había operado en la enfermedad, añadiendo que se le prohibiera terminantemente la entrada en la habitación. El propio médico lo hizo y esto originó una triste escena.

Al día siguiente, en el primer tren, marchó a Londres uno de los criados. Llevaba una carta para un médico famoso, en la que se le rogaba que viniera inmediatamente. Poco después volvió el conde. Bajó su responsabilidad, la condesa le llevó al cuarto de la

enferma. Esto no me pareció incorrecto, por cuanto el señor conde es un hombre casado y miembro, además, de la familia.

La señorita Marian deliraba en aquel momento, y, por lo que decía, nos consideraba a todos enemigos suyos. Cuando el señor conde se acercó a ella, su mirada, que vagaba por la habitación, se fijó en él con una expresión tan horrible que me acordaré de ella mientras viva. El señor conde parecía estar muy afectado. Con exquisita delicadeza le tomó el pulso y palpó sus sienes. Se volvió al doctor, indignado, demostrándole un desprecio imposible de ser descrito. Luego me preguntó:

—¿Cuándo se ha verificado este cambio?

Se lo dije.

—¿Ha entrado la señora en esta habitación?

Le dije que el doctor lo había prohibido.

—¿Usted y la señora Rubelle saben de qué se trata?

—El doctor teme que la fiebre sea infecciosa.

—Es tifus —dijo el conde.

Durante este tiempo, el doctor había conseguido reponerse de la confusión que le había producido la terrible mirada del conde, y dijo, molesto:

—No es tifus. Protesto de que se mezcle usted en mis asuntos. La única persona que tiene, derecho a hacer preguntas aquí soy yo. He cumplido con mi deber.

El conde le hizo callar con un ademán, y le señaló la cama. Entonces, el doctor, tercamente, repitió:

—He cumplido con mi deber. Vendrá ahora un médico de Londres y consultaré con él el caso, pero con nadie más. Le insisto en que salga de aquí.

—He entrado aquí —dijo el conde majestuosamente— en nombre de un sagrado y elemental deber de humanidad. Volveré a entrar si tarda ese médico a quien espera. Le

repito a usted otra vez que es fiebre tifoidea, y que de ella tiene la culpa su estúpido tratamiento. Si esta mujer se muere, le denunciaré a usted a un tribunal como causante de esta inmensa desgracia. Es usted un ignorante y un obstinado.

Al salir, el conde encontró a Lady Glyde a la puerta del salón, pero hallábase tan alterado que paso ante ella sin verla y no pensé siquiera en prohibirle la entrada. El doctor tuvo más presencia de ánimo, a pesar de los esfuerzos que efectuaba la señora diciendo: «Quiero y tengo que entrar», se opuso a ello resueltamente, diciendo que la fiebre adquiriría un carácter infeccioso que le obligaba a tomar aquellas enérgicas medidas. La señora se desvaneció. La condesa y yo tuvimos que acostarla y logramos al poco rato, a fuerza de cuidados, que recobrarla el conocimiento.

Hasta la llegada del médico, las horas transcurrieron lentamente, pero por fin, a las seis y media, llegó. Parecía inteligente y formal. Me extrañó, sin embargo que le preguntar más a la enfermera y a mí, que al propio médico. Examinó luego a la enferma y confirmó la expresión manifestada por el conde.

—Es un claro caso de tifus.

No dió instrucciones para su tratamiento. Varió el plan que se había seguido con la enferma, y dijo que de momento no podía responder de su vida, hasta que viera la reacción que habían de producir las medicinas por él recetadas. Se despidió diciendo que volvería al cabo de cinco días.

Con, una lentitud desesperante, transcurrió este plazo de tiempo. La enferma empeoraba. La condesa y yo relevábamos a la señora Rubelle en sus cuidados. Lady Glyde, a quien era imposible separar de su hermana, demostraba una impresionante presencia de ánimo, completamente increíble en una mujer tan delicada como ella. Sufría mucho, y sus sufrimientos me recordaban los míos durante la desgraciada enfermedad de mi difunto esposo. Sir Percival y el conde continuaban en la biblioteca, y frecuentemente nos enviaban recados interesándose por la salud de la señorita Marian.

Al cabo de cinco días volvió el doctor. Dijo que una vez se declaraba esta enfermedad, hasta el cabo de diez días no se producía la crisis, en un sentido o en otro, y anunció una tercera visita para esa fecha. Al lugar a este día se apiadó Dios de nuestros sufrimientos. El médico de Londres aseguró que la enferma estaba fuera de peligro y que ya no eran necesarios sus cuidados médicos, sino una esmerada asistencia durante el período de convalecencia. El efecto que estas noticias produjeron

en la señora fué muy grande. Estaba demasiado débil para poder soportar la alegría que le causaron. Inmediatamente cayó en estado de postración, impidiéndole todo movimiento. El doctor Dawson aconsejó reposo y cambio de aires. Al día siguiente se produjo otra disputa entre el conde y el doctor. Se discutía el alimento que había de darse a la convaleciente, pero esta vez la discusión fué definitiva. El doctor se encolerizó y se despidió de nosotros, anunciando que enviaría la cuenta aquella misma tarde.

De este modo nos quedamos sin médico. Como había dicho el de Londres, el estado de la señorita Halcombe no hacía necesarias atenciones facultativas, pero, sin embargo, yo crea que debiera haberla habido todavía durante algunos días.

El señor no tuvo esta opinión. Dijo que en cualquier momento podía buscarse un médico, en el caso improbable de que la señorita recayera. Mientras tanto, el conde nos aconsejaría lo que teníamos que hacer. No me pareció oportuno ocultar a la señora la marcha del médico. Lady Glyde estaba entonces en sus habitaciones, porque la debilidad le impedía salir de ellas. Hubiera sido mejor engañarla con una mentira piadosa, pero no dejaba de ser una mentira, y estas cosas son siempre desagradables para una mujer de mis principios.

Algo más ocurrió aquel día, y con ello se aumentó el estado de desasosiego que desde hacía días veníamos experimentando. El señor me llamó a la biblioteca. Me ordenó que me sentara y comenzó a hablarme:

—Voy a dar cuenta a usted de una decisión que he tomado hace tiempo y que hubiera puesto en práctica ya de no haber sido por las enfermedades por que hemos pasado. Razones de orden económico me obligan a levantar la casa. En cuanto el estado de salud de las Señoras lo permita, nos iremos de aquí. Los condes irán primero a un hotelito que han alquilado cerca de Londres, y yo inmediatamente venderé mis caballos. Usted se quedará a cargo del castillo, y despida a los criados de modo que mañana, a esta hora ya no se encuentren aquí.

Yo estaba asombrada. Sin embargo, me atreví a decirle:

—Señor, no se les puede despedir sin el mes de plazo reglamentario.

He dicho que salieran inmediatamente.

—¿Y quién va a guisar mientras ustedes estén aquí?

—Que se quede Margarita. Supongo que sabrá hacer cualquier guisado, y esto ya basta.

—La muchacha que el señor indica es la más torpe de todas.

—No importa. Le he dicho a usted que la conserve. Busque en la aldea una mujer para la limpieza. Mis gastos han de reducirse inmediatamente. La he llamado a usted para que cumpla mis órdenes, no para que las discuta. Vuelvo a repetirle que despida a todos menos a Margarita. Es una mula y trabajará como una mula.

—Me permito hacer observar al señor únicamente que los criados despedidos de esta forma tienen derecho a un mes de gratificación.

—Pues bien, que se les dé el mes. Esto me ahorrará un mes de glotonería y despilfarro. En la cocina se hace lo que se quiere.

Esta observación era una injusticia que se me hacía en mi celo por los intereses de la casa. Únicamente la caridad cristiana, en atención al estado de las señoras, me impidió presentar en aquel momento la dimisión de mi cargo. No queriendo rebajarme a más, me levanté diciendo:

—Dada su última observación, no tengo nada más que decir. Se le obedecerá en todo lo que ordene.

Y con una inclinación de cabeza, salí.

Al día siguiente se marchó toda la servidumbre. Quedamos solamente Margarita, el jardinero, que tenía la casa en el parque, y yo. Con el castillo en aquel estado, Lady Glyde enferma en su habitación y la señorita Halcombe tan débil como un niño y sin médico, no era extraño que la melancolía se apoderase de mí y con todas mis fuerzas deseara perder de vista para siempre aquel castillo tenebroso.

II

El siguiente acontecimiento fué mi partida, y se verificó según estas extrañas circunstancias.

Dos días después de haberse marchado los criados, el señor me volvió a llamar.

Sobresaltada, obedecí y me presenté otra vez en la biblioteca. Esta vez hallábase presente el conde, y él fué quien comenzó a hablar, diciéndome que habían resuelto, de acuerdo con el dictamen del médico, que las dos enfermas pasaran la convalecencia y una temporada en Torquay; que, por otra parte, era indispensable que una persona de gusto y de competencia fuera primero allí a prepararlo todo; que era necesario, sobre todas las cosas, conocer las costumbres de las dos señoras, con objeto de alquilar una casa que reuniera las necesarias ventajas; nadie podía ser esa persona sino yo, y me rogaban por esta razón, en interés de las enfermas, que me trasladara inmediatamente a aquel lugar.

No hubiera sido posible hacerme nunca una proposición tan desagradable. No obstante, hice algunas objeciones para abandonar el castillo, y la principal fué el dejar a las enfermas sin otros cuidados que los de la torpe Margarita. Los dos señores afirmaron que por unos días se valdrían como pudieran, y que no se separarían un solo momento de las enfermas. Estas palabras, y el convencimiento de que nadie desempeñaría tan acertadamente el cometido que me habían indicado, me hicieron responder que estaba dispuesta a cumplir inmediatamente las órdenes que se me dieran.

Se acordó que marcharía al día siguiente por la mañana. Que en dos días, a lo sumo, visitaría las casas que estuvieran por alquilar y que volvería inmediatamente hubiera encontrado alguna que conviniera. Sir Percival me dió una nota con las ventajas que había de reunir, y el precio máximo al que se podía llegar. Al leer esta nota y el precio que en ella se señalaba tuve la seguridad de no poder alquilar ninguna casa en ninguna estación termal de Inglaterra. Se lo comuniqué así, pero ellos insistieron y no se discutió más. Con la seguridad de las dificultades de mi cometido, me dispuse a marchar. Iba a llevar a cabo un imposible.

Antes de partir, quise cerciorarme de que la señorita Halcombe continuaba mejor. En su rostro vi pintada una expresión de ansiedad y angustia. Estaba demacrada y daba pena verla en ese estado. Sin embargo, su cabeza estaba ya despejada. Me dió carnosos saludos para su hermana, recomendándola que estuviera tranquila y no perdiera así lo que había ganado. Sosegada, la dejé al cuidado de la señora Rubell, tan silenciosa como siempre. Cuando llamé a la puerta de la habitación de la señora, me abrió su tía y me dijo que en aquel momento descansaba un poco. Por esta razón no pude despedirme de ella.

En todo lo que duró mi viaje no dejé de pensar en los extraños sucesos que habían ocurrido en el castillo, y estas circunstancias me parecieron sumamente extrañas, ya que no sospechosas. Claro que yo, en mi situación, no podía cambiarlas. El resultado

de mis gestiones fué exactamente el que había previsto. Volví al castillo y di cuenta de ellas a Sir Percival. El señor me recibió a la puerta, y allí le comuniqué lo inútil de mi jornada. Me pareció muy preocupado, y no dió importancia alguna al desgraciado éxito de mi empresa. Me dijo únicamente que durante mi ausencia se había producido otro acontecimiento. Me comunicó que los condes se habían ido definitivamente a su hotelito de las afueras de Londres, pero no me explicó el motivo de la inesperada marcha. Le pregunté si la señora tenía a alguien a su servicio, y me repuso que a Margarita y que una mujer de la aldea realizaba el trabajo de la cocina.

Estas contestaciones me escandalizaron. No podía concebir que Margarita quedara como doncella y confidente de la señora. Fui a su cuarto y encontré a la doncella instalada en el saloncito, pues la señora no necesitaba de sus servicios, y esto, claro, es exactamente verdad. Le pregunté por la señorita Halcombe me contestó con una de sus respuestas, en virtud de lo cual no pude enterarme de nada.

Mi señora estaba mucho mejor, pero todavía muy débil. Podía ya levantarse sola y pasearse un poco por la habitación, pero se fatigaba mucho. Le preocupaba constantemente su hermana, de quien aquella mañana no había aún recibido noticias. Esto me pareció una tremenda negligencia por parte de la enfermera, pero no dije nada. La ayudé a vestirse, y cuando ya estuvo vestida, apoyándose en mi brazo, se dirigió a la habitación de la señorita. En el pasillo encontramos a Sir Percival, que parecía nos estaba esperando.

—¿Dónde va usted? —le preguntó a su esposa.

—A la habitación de mi hermana —le contestó.

—Le evitaré a usted esta molestia —le dijo diciéndole que ahora no la encontrará usted allí.

—¿Cómo?

—No. Se marchó ayer por la mañana acompañando a los condes.

Lady Glyde no tuvo fuerzas suficientes para soportar este golpe. Palideció terriblemente, se apoyó en la pared y miró a su marido con desorbitados ojos. Yo, estupefacta, sólo tuve fuerzas para decir:

—¡Y en el estado de debilidad en que se encuentra!

La señora se repuso un poco y exclamó entonces:

—¡No es posible! ¿Y el doctor Dawson? ¿Dónde estaba cuando se llevaron a Marian?

—No viene por aquí desde hace días, y eso demuestra que su hermana ya no lo necesita. No mire usted de ese modo. Si cree que la engaño, vea toda la casa.

Sin esperar a que lo repitiera, nos dirigimos a la habitación de la señorita. Allí solamente estaba la bruta de Margarita limpiando la alcoba. Lady Glyde antes de volver a encontrar al señor, me dijo al oído:

—¡Por amor de Dios, señora Michelson, no se marche usted, no se marche!

Y antes de que pudiera contestarle, Sir Percival ante nosotros. Entonces, la señora le preguntó enérgicamente:

—¿Qué significa todo esto, Sir Percival?

—Nada más que su hermana ha tenido suficientes fuerzas para poder aprovecharse de la compañía de los condes y marchar con ellos a Londres, de paso para Limmeridge.

—¿Ha sido usted la última que ha visto a mi hermana? —me preguntó la señora—. ¿Le parece a usted que estaba en disposición de viajar?

—A mi entender, no señora.

Rápidamente se volvió Sir Percival hacia mí.

—Usted misma dijo a la enfermera que antes de marchas la señorita Halcombe parecía mucho mejor y más fuerte.

—En efecto —confesé.

—Ya lo ha oído usted, señora —dijo Sir Percival—. Por otra parte, la acompañan tres personas competentes: los condes y la señora Rubelle, que todavía sigue a su cuidado. Desde Londres, el conde y la enfermera la acompañarán a Limmeridge.

—Pero, ¿cómo me ha dejado aquí? —preguntó la señora.

—Porque su tío no quiere recibirlas a ustedes sin antes haber hablado con su hermana. ¿Olvidó acaso usted su carta?

—No, la recuerdo.

—Entonces, no me explico tanta sorpresa.

—Marian jamás se ha separado de mí sin despedirse antes —y la señora tenía los ojos llenos de lágrimas cuando habló.

—También lo hubiera hecho esta vez, pero en vista del estado de ustedes dos lo hemos impedido. ¿Tiene usted algo más que preguntar? Si es así, diríjame las preguntas en el comedor. Todas estas tonterías me secan la garganta y me hace falta un vaso de buen vino.

Y, sin decir más, nos dejó. Yo procuré convencer a Lady Glyde de la conveniencia de volver a sus habitaciones, pero ella parecía anonadada.

-A mi hermana le ha pasado algo —dijo.

—Señora —le contesté—, recuerde usted, la gran energía de la señorita Halcombe. Es capaz de hacer lo que otras no harían en su lugar ni en su estado, y si siquiera serían capaces de pensarlo.

—Quiero ir a donde está Marian, señora Michelson. Quiero verla. Vamos a ver a Sir Percival.

Desoyendo mis prudentes consejos, me cogió del brazo y me obligó a bajar con ella. Al abrir la puerta del comedor, Sir Percival tenía ante sí un vaso y una botella. Sin vernos, apuró el contenido del vaso de un trago. Luego, al darse cuenta de nuestra presencia, me dirigió una mirada de enojo, en virtud de la cual me apresuré a disculpar mi presencia, pero me interrumpió diciendo:

—Si supone usted que hay en todo esto un misterio, se equivoca. No tengo nada que ocultar ni tapar a nadie y diciendo estas palabras casi a gritos, se sirvió otro vaso.

—Si mi hermana está en condiciones de viajar, también lo estoy yo — contestó la señora con firmeza y le ruego que comprenda la ansiedad que me produce la situación de mi hermana, y me permita marcharme esta misma noche a reunirme con ella.

—Tendrá usted que aguardar a mañana —contestó Sir Percival—, y en caso que no haya inconveniente, que supongo que no lo habrá, podrá usted marcharse. Hoy mismo escribiré al conde:

Hablaba contemplando el vino que tenía en el vaso. No miraba a su esposa, cometiendo así una falta de educación que no puede perdonarse en ningún caballero.

—¿Para qué ha de escribir usted al conde? —preguntó Lady Glyde, sorprendida.

—Para que vaya a esperarla a la estación y pase usted la noche en su casa, en compañía de su tía.

No sé por qué, la mano de la señora comenzó a temblar debajo de mi brazo.

—No tengo necesidad ninguna de detenerme en Londres —dijo.

—Es necesario. Usted no puede hacer el camino de Cumberland directamente. Debe usted descansar una noche en Londres, y, por otra parte, no quiero que vaya sola a un hotel. El conde ha hecho la proposición a su tío, y si quiere puede usted enterarse de lo que me escribe. Con tanto ruido, se me olvidó entregarle a usted la carta esta mañana. Vea lo que dice el señor Fairlie.

La señora cogió la carta y me la entregó.

—Léala, señora Michelson —me dijo con voz apagada. No sé qué me pasa, pero yo no podría hacerlo.

Eran cuatro líneas solamente y decía esto:

«Querida Laura: ven cuando gustes. Descansa un par de días en casa de tu tía. Me entristece la enfermedad de Marian. Le deseo alivio. Te abraza tu tío...»

—No quiero ir a Londres —interrumpió la señora sin dejar que terminara— , no quiero de ningún modo. Por favor, no escriba usted. Se lo ruego, no escriba.

—¿Y por qué? —gritó Sir Percival golpeando la mesa y sobresaltándonos—. ¿Dónde estará usted mejor que en casa de su tío? Pregúnteselo a la señora Michelson.

El proyecto de Sir Percival me parecía el menor y el más sensato, y así lo manifesté. Pero Lady Glyde insistía aún, y Sir Percival gritó entonces enfurecido:

—¡Basta! Si es usted una niña, otros tendrán por usted el juicio que le falta. No se trata mas que de que efectúe usted el viaje en las mismas condiciones que su hermana.

—¡Marian en casa del conde! —exclamó la señora con la mirada extraviada.

—Sí. No tiene nada de particular. Esa noche habrá descansado allí, y mañana descansará usted también. No ponga impedimentos a lo que me propongo. No haga que me arrepienta de dejarla marchar.

Y sin pronunciar una sola palabra, dió una patada a una silla y salió a la terraza.

—Discúlpeme si le aconsejo que no esperemos aquí el regresó del señor. Tal vez haya abusado un poco del vino.

Obedeció mi consejo y salimos del comedor.

Una vez en su habitación, logré tranquilizarla, y le hice comprender las ventajas de un proyecto que su propio tío había aprobado. Pero la pobre señora no podía vencer el horror que le ocasionaba la sola idea de dormir una noche en la casa del conde. A mí me parecía injustificada esta repugnancia, y se lo dije respetuosamente.

—Perdóneme, señora —dije—. El señor conde ha demostrado una gran bondad y un extraordinario interés durante la enfermedad de la señorita. Creo que esto merece su confianza, incluso sus disputas con el doctor eran a causa del interés que sentía por la señorita.

—¿De qué disputas me habla? —preguntó vivamente.

Le conté entonces todo lo ocurrido durante aquellos dramáticos días. Lady Glyde, al oírme, se alarmó aun más.

—Esto es peor de lo que yo me figuraba. Las disputas han tenido solamente el pretexto

de alejar al doctor. El nunca hubiera permitido que mi hermana saliese de viaje en este estado.

—Pero, señora, por favor...

—Le ruego que me escuche, señora Michelson —me dijo la señora febrilmente—. No me convencerá nadie de que esté Marian voluntariamente en poder de ese hombre. Me inspira tanto horror que ni las palabras de mi marido, ni las cartas de mi tío me convencerían para que fuera a ponerme en sus manos. Pero la ansiedad que siento por mi hermana es tan grande que me da valor y fuerzas para todo, incluso para ir a casa del conde.

—Pero la señorita Marian estará ya en Limmeridge...

—Allá veremos. Si por fortuna hubiese marchado, tampoco estaré yo allí. Cerca de Londres vive la buena señora Vese. Le escribiré diciéndole que iré a dormir a su casa. Le ruego, señora Michelson, que se asegure de que esta carta salga esta noche para su destino. Tal vez sea él último favor que le pido a usted.

Se lo prometí, aunque todo aquello me parecía muy extraño, y como cumplo lo que prometo, al anochecer yo misma dejé la carta en el buzón del pueblo.

En toda la tarde vimos a Sir Percival. Por particular deseo de la señora, dormí en la habitación próxima a la suya. Esto fué para mí una alegría, porque aquel edificio tan grande y tan vacío me daba un miedo terrible. Hasta muy tarde estuvo la señora vaciando cajones y rompiendo cartas, como si tuviera intención de no volver nunca más al castillo. Cuando por último se acostó, su sueño fué muy agitado y la oí llorar más de una vez.

El día amaneció hermoso y propio de la agradable estación en que vivíamos. Después del almuerzo se presentó Sir Percival y dijo que un coche nos recogería a las doce, pues el tren no pasaba hasta media hora después por la estación. Dijo, además, que se veía obligado a salir, pero que volvería a tiempo, y añadió que si algún obstáculo se lo impedía que acompañara yo a la señora y procuráramos no perder el tren.

Dijo esto desarticuladamente, paseándose nervioso por la habitación y sin mirar a la cara a su esposa. Cuando concluyó, se dirigió a la puerta. La señora le detuvo, se acercó a él y le ofreció la mano con estas palabras:

—Sé que usted no vendrá a tiempo, y creo que esta es la despedida. Ninguno de los dos sabemos si será eterna. Perdóneme, Percival, como yo le perdono.

Sir Percival la miró aterrorizado, y su frente se llenó de gruesas gotas de sudor. Una intensa palidez invadió su semblante. De forma casi ininteligible dijo que llegaría a tiempo, y salió con una precipitación poco correcta.

A la hora que se había anunciado, el coche apareció ante la verja, pero no Sir Percival. Aunque yo no tenía, responsabilidad alguna en todo aquello, me sentí molesta, y le pregunté a la señora:

—Señora, va usted a Londres por propia voluntad, ¿no es cierto?

—Iría a cualquier parte, con tal de terminar de una vez con esta terrible pesadilla.

Durante el trayecto le pregunté si tendría la bondad de escribirme en cuanto llegara unas líneas comunicándome la forma en que había llegado. Me lo prometió bondadosamente. Dos minutos antes de que pasara el tren, llegamos a la estación. El cochero se ocupó del equipaje y yo del billete. Cuando le entregué éste a la señora en el andén, me cogió por el brazo y me dijo:

—Me gustaría que me acompañara usted.

Si me lo hubiera dicho con antelación me habría preparado, aunque para ello hubiese tenido que dejar a Sir Percival. Ahora ya era tarde, y la señora lo comprendió así. No insistió más. Como ya llegaba el tren, me dió la mano con aquella actitud suya siempre distinguida y franca, y me dijo:

—Señora Michelson, usted ha sido siempre muy buena para mí, en la ocasión en que más sola me he visto. Adiós y que Dios la bendiga por el afecto que me ha demostrado.

—Tenga usted buen viaje, querida señora —dije, a punto de llorar, pero conteniendo mis lágrimas para no entristecerla—. Hasta pronto, señora. Permita Dios que la vea a usted feliz y contenta.

Movió tristemente la cabeza. La campana de la estación sonó y a continuación el silbido del tren. Segundos más tarde echaba a andar el ferrocarril y poco después

perdía de vista su pálido y bello semblante.

A las cinco, aquella misma tarde, hallábame en mi habitación descansando del trabajo de la casa, que pesaba ahora todo sobre mí, y me puse a leer un libro de sermones, el favorito entre todos los que poseía. Aquellas piadosas y consoladoras palabras por primera vez en mi vida, no lograron fijar, mi atención. Me preocupaban demasiado los recientes acontecimientos.

Abandoné el volumen decidí dar una vuelta por el parque, intentando calmar mi inquietud de este modo.

Al dar la vuelta a la casa y llegar al jardín, vi con gran sorpresa mía a una mujer cogiendo flores. Mi sorpresa fué considerable cuando reconocí en ella a la señora Rubelle.

—¿Cómo? —dije casi sin aliento—. ¿Está usted aquí? ¿No ha ido a Londres ni a Limeridge?

—No —contestó la extranjera tranquilamente, aspirando el aroma unas flores que acababa de coger—. No me he movido del castillo.

—¿Y la señorita Halcombe? —pregunté haciendo otro esfuerzo.

—Tampoco sé ha movido del castillo.

Esta noticia tan inesperada hizo que todos mis pensamientos volaran hacia la pobre señora, y hubiera dado la mitad de la vida que me quedaba por haber sabido todo esto cuatro horas antes. Aquella mujer arreglaba tranquilamente su ramillete de flores, como, si en la vida no tuviera otra preocupación.

Apareció entonces Sir Percival, que caminaba rompiendo el tallo de las flores que se ponían al alcance de su bastón. Al verme, se echó a reír con una carcajada violenta y forzada.

—Vaya, señora Michelson, ya lo ha descubierto usted todo. ¿Verdad que no puede creerlo? Venga y se convencerá. —Señaló el centro del edificio y continuó luego: — ¿Ve usted los cuartos que llamamos de la reina Isabel? En el mejor de todos está, sana y salva, la señorita Halcombe. Señora Rubelle, haga el favor de acompañarla, para

que se convenza de que no hay ningún engaño esta vez.

El tiempo que emplearon sus palabras en ser pronunciadas sirvió para tranquilizarme. Si yo hubiera estado sirviendo toda mi vida, no sé lo que en aquel momento hubiera hecho. Pero, aunque soy pobre, mis sentimientos son siempre los de una señora, por esta razón decidí inmediatamente dejar los servicios de Sir Percival, de aquel hombre sin corazón.

—Sir Percival —le dije—, le ruego que me autorice a decirle a solas unas palabras—. Y una vez hecho esto, seguiré a la enfermera a las nuevas habitaciones de la señorita Halcombe.

—¿Qué es lo que usted tiene que decir?

—Que deseo dejar de prestar mis servicios en el castillo de Blackwater, Sir Percival.

—¿Por qué? —preguntó él enojado.

—No es a mí a quien corresponde expresar una opinión sobre los hechos aquí ocurridos. Me limitaré tan sólo a decir que considero incompatible con mi deber hacia mi señora continuar en esta casa un solo momento.

—Y su deber para conmigo, ¿le importa a usted algo? Ya me doy cuenta de lo que ocurre. Con su mezquino criterio juzga usted el engaño a que nos ha obligado nuestro interés por la salud de la señora. Usted misma recordará que el doctor aconsejó un rápido cambio de aires. Lady Glyde no hubiera consentido nunca en marcharse si hubiera creído que su hermana continuaba en el castillo. Eso es todo. Después de esta explicación que no tengo por qué darle, quédese o váyase. Haga lo que quiera, pero recuerde siempre que en el caso de que no tenga cuidado con lo que habla, tengo el brazo muy largo.

Dijo todo esto casi sin respirar, paseándose nerviosamente y golpeando el aire con su bastón. Nada de cuando Sir Percival hubiera dicho para justificar su actitud hubiese cambiado mis opiniones sobre las numerosas falsedades ocurridas el día anterior ante mi presencia, falsedades que habían dado como resultado el separar a aquellos dos seres que tanto se querían, enviando a Londres a mi pobre ama, enloquecida por la ansiedad de saber lo que le había ocurrido a la señorita Halcombe. No quise exasperarle más y le contesté:

—Conozco perfectamente mi posición y mis deberes para no comentar la conducta de mis amos. Puede usted creer, señor...

—¿Cuándo quiere usted marcharse? —me preguntó con su acostumbrada brutalidad.

—En cuanto a usted le interese —dije.

—Nada tiene que ver con esto mi conveniencia. Consulte usted con la señora Rubelle. Por particulares razones, esta señora ha de marchar a Londres esta noche. Como yo también me veo obligado a pasar el día fuera, la señorita Halcombe se verá obligada a quedarse sola en el castillo, sin que haya una persona siquiera para ofrecerle un vaso de agua.

No creo necesario decir que no me sentí capaz de abandonar a la señorita Halcombe en una situación semejante. Le dije a Sir Percival que estaba dispuesta a continuar a su servicio mediante dos condiciones: que se fuera la enfermera y que se autorizara a llamar al doctor Dawson para que continuara asistiendo a la señorita. Sir Percival estuvo conforme con ambas proposiciones, y quedamos en que, como él tenía necesidad de marcharse también, cuando yo quisiera hacerlo me entendería con el notario de la familia, quien me abonaría las cantidades a que hubiera lugar. Todo esto se discutió con pocas palabras. Sin embargo, pude observar la intranquilidad de Sir Percival, cosa que llamó de nuevo mi atención. Sus maneras eran bruscas e inseguras, y sus ojos tenían una expresión inexplicable, mirando a todas partes sin mirar a nadie ni a nada. Sin haber terminado la conversación, dió media vuelta y me dejó con la palabra en la boca.

Durante, todo este tiempo, la señora Rubelle había continuado sentada tranquilamente en un escalón, arreglando su ramillete de flores. Al ver que me acercaba, se levantó y me llevó a la parte central y deshabitada del castillo. Llevaba en el bolsillo una llave y la sacó para abrir una puerta. Abrió la tercera de la antigua galería. Antes de que se retirase, le pregunté cuándo se marchaba.

—Como quiera que he de estar yo en Londres esta noche, y se encarga, usted de la señorita, me iré dentro de media hora, Sir Percival ha autorizado al jardinero para que me acompañe a la estación.

Me hizo una pequeña inclinación de cabeza, y cantando una canción en su idioma se marchó. He de confesar que me ha producido un extraordinario placer no volvería a ver más en mi vida.

Al entrar en la alcoba, la señorita Halcombe dormía. Me di cuenta por su aspecto de que la mejoría continuaba. Por pequeños pormenores de su habitación observé que su servicio no se había descuidado. La alcoba estaba, sin embargo, un poco polvorienta y desmantelada. La cama era limpia y cómoda y el aire se renovaba por la entreabierta ventana. No hay que negar que de aquella triste habitación se había sacado el mejor partido posible. Lo único cruel que había en todo ello, era la separación de estas dos excelentes señoras, tan dignas y tan buenas. No quise turbar el sueño de la señorita, y bajé para dar instrucciones al jardinero, con objeto de que un vez hubiera dejado a la señora Rubelle en la estación, pasara por casa del doctor y le avisara para que viniese al castillo. Yo estaba segura de que vendría en cuanto supiera que el conde no se hallaba en casa.

A su regreso me dijo el jardinero que el doctor no estaba bien; que se encontraba un poco indispuerto, pero que haría todo lo posible por venir al día siguiente. Dado el recado, disponíase el jardinero a marcharse a su casita del parque, pero le detuvo rogándole que por una noche me hiciera el favor de dormir en una habitación cercana, pues me daba un miedo horrible aquellas inmensas habitaciones abandonadas del solitario castillo. Quedamos en que vendría entre las nueve y las diez, y todavía hoy doy gracias a Dios por haberme inspirado tomando aquella precaución necesaria. Alrededor de la hora que dijo, llegó el buen hombre, y se disponía a acostarse cuando oímos un tremendo ruido en el comedor. El jardinero llegóse a él y vió a Sir Percival que sufría una especie de alucinación. Sus maneras, desde hacía dos días, eran ya muy alarmantes, pero en aquella ocasión, no sabemos si por efecto del alcohol maldecía y bramaba como un toro, la emprendía con los muebles, derribándolos como si estuviera loco, temblando de miedo, y con el temor, además, de que el estrépito molestara a la señorita Halcombe, me encerré en mi habitación.

Cuando volvió el jardinero casi una hora después de haberse marchado, me contó que con gran trabajo y exposición por su parte había conseguido que Sir Percival se recobrara un poco, y que había añadido que no quería continuar ni un minuto más en aquel maldito castillo lleno de fantasmas de todas clases. Dijo que quería partir inmediatamente, y que enganchara el único caballo que tenía. El jardinero, temeroso de que si no le obedecía o le contrariaba se le reprodujera el ataque, obedeció. Preparó el carruaje y en cuanto estuvo dispuesto, Sir Percival, que no había cesado un momento de jurar y maldecir, saltó al coche, fustigó al caballo y en cuanto se abrió la verja salió al galope tendido. No tardó en perderse en las sombras de la noche.

No recuerdo quién trajo al día siguiente el coche, diciendo que Sir Percival había marchado en el tren con rumbo desconocido. Desde que salió, como un hombre que huye, del castillo de sus antepasados, no he vuelto a saber de él.

Poco tengo que añadir a esta triste historia. Según supe más tarde, el estado de semiinconsciencia y debilidad de la señorita Halcombe hizo que no se enterara de su traslado a las abandonadas habitaciones del castillo. La enfermera la había tratado siempre con celo y atención. Lo único que puede reprochársela a la señora Rubelle es haber secundado un engaño tan vil como el que ambas hermanas padecieron.

No quiero extenderme en pormenores con respecto al efecto que produjo en la señorita Halcombe la noticia de la partida de Lady Glyde, ni aun de otros hechos lamentables de los que tuvimos noticias. Creo que he cumplido siempre, con mi deber. Las dos abandonamos aquel castillo siniestro. Yo me dirigí a Ystington, a casa de una parienta mía, y la señorita Halcombe a su casa de Limmeridge, en Cumberland.

SE CONTINÚA LA HISTORIA SEGÚN DIVERSOS RELATOS Y TESTIMONIOS

*Narración de Hester Pinhorn, cocinera
al servicio de la casa de los condes Fosco.*

(Extraída de sus propias declaraciones)

Lamento de veras que no sepa leer ni escribir. Durante toda mi vida no he dejado de trabajar, y jamás he tenido tiempo de ir a la escuela. Por esta razón, ruego al señor que escribe todo esto que no haga caso de mi lenguaje y diga las cosa tal como deben decirse.

Sucedió este verano que, por medio de un anuncio, entré a prestar mis servicios en casa de los condes cuya apellido era Fosco. No tenían más servidumbre que una camarera, un poco sucia, pero buena persona, y yo. Pocos días después de estar a su servicio, nos ordenaron a las dos que preparáramos la casa, porque esperaban la próxima visita de una pariente. Me advirtió la señora que Lady Glyde —este era el nombre de la señora que esperaban— estaba muy enferma y, por lo tanto, tendría que esmerarme un poco en la cocina. La señora debió de llegar aquel día, pero es imposible que pueda acordarme cuál fué, ya que para mi todos los días, no siendo los domingos me son iguales. Ya antes he dicho que durante toda mi vida he trabajado y que no pude nunca ir a la escuela. Lo único que sé es que la sobrina llegó y que su llegada nos la hizo pasar buenas. Fué a buscarla el amo. La doncella les abrió la puerta y entraron en el salón. En cuanto la doncella llegó a la cocina, oímos que la campanilla repiquetaba violentamente y la voz de la señora recién llegada que pedía socorro. Las dos corrimos, y al llegar al salón vimos a Lady Glyde, pálida como el mármol, con la cata torcida y presa de espantosos estremecimientos. Dijo el señor que eran convulsiones, y yo eché a correr en busca de un médico. El doctor más cercano que pude encontrar estaba en el consultorio de los doctores Goodrick y Garth, que trabajaban en sociedad y tenían buena reputación y clientela, según oyera decir, en todo Saint John's Wood. Allí estaba el doctor Goodrick y lo llevé conmigo.

La pobre señora salía de un accidente para meterse en otro más fuerte. El médico corrió en seguida al consultorio en busca de medicinas, y se trajo también un aparato en forma de corneta. Acostaron a la enferma, que quedóse rendida y sin conocimiento, y el doctor le colocó la trompeta al lado del corazón y escuchó por la otra punta.

Así estuvo un rato, y cuando terminó de escuchar se volvió para decir a la señora condesa:

—Es muy grave. Escriban ustedes a la familia inmediatamente.

—¿Es enfermedad del corazón? —preguntó la señora.

—Sí —repuso el médico— y de las más peligrosas.

Dijo algunas cosas más que yo no pude entender, pero sí que temía mucho que no se pudiera hacer nada.

La señora recibió estas declaraciones tranquilamente, porque tenía el corazón muy duro y no le conmovía nada, pero el señor aturdió la casa a gritos.

—¡Pobre Lady Glyde, pobre Lady Glyde!

El amo no era mala persona. Sin embargo, yo creo que estaba un poco ido, pues siempre le rodeaban animalitos a los que hablaba como si fueran niños.

Unas cuantas horas después, la enferma pareció mejorar un poco. Yo entré un momento, para preguntar si podía ser útil en algo, y la vi acostada. Si hubiese estado buena, sería sin duda una mujer muy guapa. Poseía un magnífico pelo rubio y ojos azules. Hablaba constantemente, pero no parecía dirigirse a ninguno de los que estaban allí.

Cuando por la mañana entré, ya no se sabía si estaba dormida o desmayada. El doctor llegó acompañado de su socio, el doctor Garth, con objeto de celebrar consulta. Le preguntaron a la señora una serie de cosas y movieron los dos la cabeza tristemente.

Luego, cuando se despertó Lady Glyde, pareció encontrarse mejor. Nos rogaron que no entráramos, para que no la molestásemos. A causa del alivio, el señor parecía de excelente humor.

—Señora cocinera —me dijo amablemente—, tiene usted que hacernos un gran pastel, para celebrar la mejoría de Lady Glyde. Yo me voy a dar una vuelta.

Poco después de haberse marchado el señor, volvió el médico. Por la cara que puso al

examinar a la enferma, no pareció sentirse muy contento de su estado. Lo único que le oí decir es que volvería a las cinco. Momentos antes de esta hora, sonó con violencia la campanilla. La señora salió a decirnos desde la escalera que corriésemos a llamar al doctor, porque Lady Glyde había tenido un desmayo.

Dió la casualidad que, cuando salía, llegaba él, y le acompañó hasta el piso superior. Oí que la señora le decía que su sobrina, después de una pequeña convulsión, había dado un suspiro y se había desmayado.

El doctor se acercó al lecho, puso la mano en el corazón de la señora y al apartarse de ella dijo:

—Está muerta. Lo esperaba desde que la vi.

Mi ama se echó a temblar, murmurando:

—¡Muerta! ¡Dios mío! ¡Tan repentinamente! ¡Qué dirá el conde cuando lo sepa!

El doctor aconsejó a la señora que se retirara un momento a descansar, pues el haber pasado la noche en vela la había dejado muy fatigada. Ella contestó:

—He de preparar al conde para este golpe.

Y se retiró a sus habitaciones.

—¿Es extranjero su amo de usted? —nos preguntó el médico cuando se quedó a solas con nosotras.

—Sí, señor, es italiano —le contestamos.

—¿Creen ustedes que sepa registrar esta defunción?

Le contestamos que nada sabíamos de esas cosas.

—Yo no acostumbro a intervenir en cosas de éstas —dijo al cabo de un minuto de reflexión—, pero como, al fin y al cabo, tengo que pasar por aquí, digan ustedes a su amo que yo me hago cargo de todas las formalidades legales. ¿Tendrán ustedes miedo de quedarse con el cadáver hasta que yo envíe a alguien para que lo amortaje?

Dijimos que no y permanecimos junto a la pobre muerta hasta que llegó una señora llamada Jane Gould, que parecía una mujer entendida y formal.

No he podido saber la impresión que le produjo al amo la noticia de la muerte de su sobrina. Yo no estaba presente entonces. Pero si me pareció después verle más contrariado que triste. La señora se encargó de todo lo del entierro, y debe haber costado mucho dinero, porque, sobre todo la caja, resultó muy bien. Se decidió que la enterraran en Cumberland, en el mismo sepulcro de su madre, y el señor acompañó hasta allí el cadáver. He de decir en honor a la verdad que ofrecía un magnífico aspecto. Estaba vestida de luto riguroso y quedaba muy bien, porque tiene una cara muy solemne. Por lo que respecta a las preguntas que ustedes me hacen diré lo siguiente: Primero: que ni la doncella ni yo vimos en ningún momento que el señor diera a Lady Glyde una medicina; Segundo: que no estuvo nunca solo en la habitación de dicha señora, y Tercero: que no he podido saber la causa que hizo dar a Lady Glyde el grito al entrar en la casa y le produjo aquellas convulsiones.

Este escrito ha sido leído en presencia mía, y aseguro bajo juramento que se halla conforme a la verdad.

Hester Pinhorn (firmado con una cruz)

CERTIFICADO DEL DOCTOR GOODRICKE

Al oficial de registro del distrito en el cual ocurrió la defunción. Yo, por medio de este documento, certifico que asistí a la señora Glyde, de edad de veintiún años; que la visité por última vez el día veinticuatro de julio de mil ochocientos cincuenta; que falleció al día siguiente, en el número 5 de Forest Road, en Saint John's Wood, y que la causa de su muerte fue aneurisma. Desconozco la duración de la dolencia.

Alfred Goodricke

(firmado).

Título profesional: M.R.C.S —Inglaterra, L.S.A.
Dirección: Croydon Garden, 12, St. John's Wood.

CERTIFICADO DE JANE GOULD

Fui la Persona enviada por el doctor Goodricke con objeto de amortajar y velar el cadáver a que el anterior certificado se refiere. He cumplido todos los deberes inherentes a mi cargo y he presenciado el acto de colocar a la finada en la caja y el cierre de ésta, antes de ser trasladada al cementerio a mi misión, y no antes, me ha sido entregado lo que me correspondía y me he retirado. Si alguien requiere mis referencias, puede pedir las al doctor Goodricke, que me conoce desde hace años y garantizará la veracidad de lo que suscribo.

Jane Gould (firmado)

EPITAFIO DE LA LAPIDA

«Consagrada a la memoria de Laura, Lady Glyde, esposa de Sir Percival Glyde, barón de Blackwater, en Hampshire, hija del difunto Philip Fairlie, Esquire de Limmeridge House, en esta parroquia. Nacida el veintisiete de marzo de mil ochocientos veintinueve; casada el veintidós de diciembre de mil ochocientos cuarenta y nueve; fallecida el veinticinco de junio de mil ochocientos cincuenta. R. I. P.»

CONTINUA LA HISTORIA WALTER HARTRIGHT

En los comienzos del verano de 1850, los pocos compañeros míos que habían sobrevivido a la expedición, y yo, abandonamos las selvas de América Central y regresamos a nuestro país. Embarcamos para Inglaterra, pero en las costas mejicanas naufragó nuestro buque. Logré salvarme entre los pocos que se escaparon de la voracidad de las olas. Esta era la tercera vez que me evadía de una muerte casi segura, y que bajo distintas formas se había presentado ante mí: epidemias, salvajes y naufragio.

Logré, por fin, desembarcar en Liverpool, y aquella misma noche llegué a Londres. Este relato no está destinado a recordar mis fatigas y riesgos de explorador. He de decir tan sólo que aquella dura y bárbara vida había fortalecido y templado mis nervios, y que a mi regreso a Europa mi salud era magnífica y mi voluntad se había fortalecido tanto como para contemplar cara a cara mis penas y sufrirías como debe hacerlo un hombre. No quiere decir esto que el único amor de mi vida se hubiera borrado de mi imaginación, ni siquiera empaldecido. No es eso. Continúa Laura en mis pensamientos cuando me marché de Inglaterra, ora volvía con ellos a mi patria. No tengo por qué añadir más palabras a lo que ya ha pasado. Continuaré esta historia si tengo valor y fuerzas para ello.

Al llegar a Londres, mis primeros deseos fueron los de abrazar a mi madre y hermana. Les envié dos líneas dándoles cuenta de mi llegada, y me dirigí por la mañana a mi pequeña casa de Hampstead. Después de las expansiones de los primeros momentos, vi en los ojos de mi madre algo que me encogió el corazón, a pesar de la gran alegría que experimentaba al verme. Vi en ellos una tristeza infinita, y me dolió gravemente verla en aquellos ojos que tanto me querían. Mi madre estaba enterada de la causa de mi eterno dolor y sabía el triste fin por que había pasado mis esperanzas. No sintiéndome capaz de soportar por más rato la impaciencias, le pregunté:

—¿Tiene algo que decirme?

Silenciosamente, se levanto mi hermana y salió de la habitación. Mi madre acercóse a mí, me abrazo con ternura y me dijo con los ojos empañados por el llanto:

—Walter, querido hijo mío, se me destroza el corazón al pensare en lo que vas a sufrir. Has perdido a una persona querida entrañablemente por ti, y, sin embargo, yo vivo todavía.

Anonadado, deje caer mi cabeza sobre sus hombros. Todo lo había perdido.

.....

Era el 16 de octubre. La tercera mañana después de mi llegada. Durante ellos dos días de mi permanencia en Inglaterra, viví en la casa de campo, intentando que mi amargura no envenenara la alegría de mi madre, pero todo era inútil. Mis calenturientos ojos no se refrescaron, con las lágrimas, y mi profundo dolor no podía aliviarse con el cariño de aquellos dos seres tan queridos. Aquel día no pude mas y les dije:

—Les ruego que me dejen visitar los lugares donde la vi por primera vez. Necesito rezar ante su tumba, para que me dé valor para vivir y soportar mi desgracia.

Así, partí para Cumberland. Marché directamente desde la estación hasta el cementerio. Me parecía imposible que después de aquella catástrofe continuara imposible la naturaleza. No podía comprender que el aire continuara siendo tan suave como cuando ella lo respiraba, y que los paisajes fuesen tan bellos como cuando ella los admiraba con aquellos ojos queridos.

Al rodear el camino, descubrí la iglesia gris y el pórtico donde estuve escondido un atardecer. Allí hallábase la cruz blanca que guardaba bajo su pie a la madre y a la

hija. Rápidamente me acerqué a ella y por primera vez desde mi llegada se llenaron mis ojos de lágrimas. No pude leer más que estas palabras: «Consagrada a la memoria de Laura...» Y, sin embargo, yo no veía aquellas líneas. Veía tan sólo aquella bellísima cabeza rubia que tanto amaba, pronunciando las palabras de despedida y rogándome que la abandonara.

Me arrodillé ante la lápida y apoyé mi cabeza en la cruz. ¡Oh, mi querida Laura! ¡Me ha acompañado tu recuerdo al otro lado del mundo, y me acompañará en éste hasta que Dios nos reúna en otro mundo mejor. ¡Oh, Laura, Laura mía!

Embargado por mi amargura, no me di cuenta de cómo avanzaba el tiempo. La tarde había declinado y avanzaban en el cielo las sombras de la noche. Tampoco me di cuenta que dos mujeres entraban en el cementerio y se detenían al verme. Luego continuaron avanzando. Las dos llevaban el rostro cubierto por un velo. En una de ellas, al levantárselo, reconocí al punto el simpático semblante de Marian Halcombe. ¡Pero qué cambiada estaba! Parecía haber envejecido diez años. Estaba tan demacrada que se acentuaban todavía más sus pronunciados rasgos. Sus ojos tenían una expresión extraña. Me acerqué para saludarla, pero ella continuó inmóvil. Sin embargo, su compañera continuó acercándose a mí lentamente. De pronto habló Marian. Su voz no había cambiado; era la misma de siempre. Cayó de rodillas murmurando estas palabras:

—¡Dios mío, protégenos a todos! —y en voz más baja continuó—: ¡Mi visión, mi visión!

La otra mujer continuó avanzando. Como un sonámbulo, veía que se acercaba a mí y dudaba si estaba loco o no. No nos separaba ya más que la tumba. Sobre la piedra que decía:

«Consagrada a la memoria de Laura...», se levantó el velo. Con sus inolvidables ojos azules fijos en mí, me miraba Laura.

CONTINÚA LA HISTORIA RELATADA POR WALTER HARTRIGHT

I

Al cabo de una semana transcurrida después de haber escrito la última página, abro un nuevo período entre el bullicio y estruendo de una calle de Londres. Es populosa, y el barrio pobre. He alquilado con nombre supuesto una modesta casa de dos pisos, cada uno con tres habitaciones. El piso bajo lo ocupa un modesto vendedor de periódicos. Yo ocupo el segundo, y el primero dos mujeres que pasan por hermanas mías. Momentáneamente me gano el pan dibujando y haciendo xilografías para la Prensa. Mis hermanas, al parecer, me ayudan con sus labores. El domicilio, los falsos nombres y las pretendidas ocupaciones no son más que otros tantos medios para ocultarnos en el inmenso caos de Londres. Hemos de escondernos, porque, a juicio de los demás, Marian y yo no somos más que cómplices de una loca llamada Ana Catherick, que pretende usurpar la personalidad y el puesto que corresponde a la difunta Lady Glyde. Así es como aparecemos en la tercera época de esta narración.

Ante los ojos de la razón y de la ley, para parientes y amigos, y de acuerdo con todas las formalidades que exige la sociedad civilizada, Lady Glyde yace al lado de su madre en el cementerio de Limmeridge. Ha sido borrada de la lista de los vivos. Esta mujer, negada para todos por unos y desconocida por otros, vive sólo para su hermana y para mí, para ese pobre maestro de pintura que sólo, desconocido también, sin recursos ni amigos, se propone reñir una tremenda batalla contra el mundo entero para devolverle su puesto en la sociedad. Tal vez crea alguien que su prodigioso parecido con Ana Catherick pudo también confundirme a mí al verla de una manera inesperada, pero no ocurrió esto. Conmigo no podía ocurrir.

Antes de que el sol se hubiese puesto, juntos habíamos recordado unas palabras de despedida: «Si alguna vez llegase el momento en que con toda mi sangre y con todas las fuerzas de mi alma pudiera proporcionarle un instante de felicidad o evitarle un momento de amargura, ¿se acordará usted de su humilde profesor de dibujo?» Dijo esto. Ahora había llegado el momento de ponerlo en práctica.

Con esto quedan explicados los motivos que me impulsaron a seguir esta conducta.

II

LA HISTORIA COMIENZA DONDE CONCLUYÓ EL RELATO DEL AMA DE LLAVES DE BLAKWATER

La partida de Lady Glyde del castillo y las circunstancias en que ésta se llevó a cabo fueron comunicadas a la señorita Halcombe por la bondadosa ama de llaves. A los pocos días siguiente de haber sido recibida la ésta, aunque no recuerda con exactitud la fecha, una carta de la condesa Fosco en la que le ponía en conocimiento de la muerte repentina de Lady Glyde, rogándole que con todas las precauciones necesarias se lo hiciera saber a su hermana, teniendo en cuenta siempre el estado de su salud, con objeto de que cuando se lo comunicara tuviera la suficiente fortaleza para soportar el golpe.

Al día siguiente de haber sido recibida la carta, la señora Michelson comunicó la triste nueva a la enferma en presencia del doctor Dawson, quien pocos días antes había reanudado sus visitas. No creo necesario insistir sobre el efecto que produjo en Marian la desgraciada noticia. Me limito a decir tan sólo que hasta el cabo de tres semanas no pudo ponerse en camino. El ama de llaves la acompañó hasta Londres, y allí se separaron. La buena señora Michelson le dejó sus señas, por si la necesitaba. Marian, antes de continuar su viaje a Limmeridge, visitó en su despacho al socio del señor Gilmore, y sólo a él puso en antecedentes de las sospechas que tenía con respecto a la muerte de su hermana, muerte que no creía natural. El señor Kyrle se interesó grandemente por el suceso, y prometió llevar a cabo toda clase de averiguaciones con objeto de esclarecer aquel delicado asunto. Diremos, para termina que el conde Fosco ayudó de una manera eficaz al socio del señor Gilmore, cuando éste se presentó en su casa para conocer los pormenores de la terrible desgracia. El conde Fosco le puso en contacto con el doctor que la asistió en los últimos momentos, y también con las criadas, y tantos y tan sinceros pormenores le dieron, que el buen abogado dedujo que la pena de la pérdida de su hermana había trastornado un poco a la señorita Halcombe, muy débil ya a consecuencia de su larga y penosa enfermedad. Aquí terminaran las investigaciones del señor Kyrle, socio del señor Gilmore.

Marian regresó a Limmeridge. Reunió allí cuantos informes pudo conseguir. El señor Fairlie recibió la noticia de la muerte de su sobrina por una carta de su hermana en la que le pedía su opinión y parecer con respecto a su entierro en Limmeridge. El señor Fairlie contestó favorablemente. El conde se preocupó de ello y acompañó el cadáver, seguido, como prueba de respeto, por todos los vecinos del pueblo. Se le dió, pues, allí cristiana sepultura, utilizando la tumba de su madre, y al día siguiente se puso el epitafio que ya conocemos.

El día de la inhumación y el siguiente, en que fué celebrado el funeral, el conde Fosco fué huésped de Limmeridge, pero no pudo ver al señor Fairlie, porque éste, a consecuencia de los tristes sucesos, estaba completamente postrado y no se veía con ánimos de recibir a nadie. Por carta le puso el conde en conocimiento de haberse cumplido todas las formalidades y ceremonias, terminando la misiva con una postdata, en la que informaba al señor Fairlie de que la desventurada Ana Catherick, de quien la señorita Halcombe podía darle amplios informes, había sido encontrada y conducida de nuevo a la casa de salud donde ya anteriormente había estado recluida. En la misma postdata advertía al señor Fairlie que a consecuencia del largo periodo en que había carecido de asistencia facultativa, la enfermedad de la desgraciada había empeorado notablemente, que su primera fase de odio hacia Sir Percival había tomado, en la actualidad, otro giro distinto. En su deseo de mortificar y molestar al citado caballero, mezclábase ahora en su idea una manía de grandeza, y este estado mental daba por resultado que la desventurada mujer se empeñara en hacerse pasar por la difunta Lady Glyde, idea que probablemente había aparecido en su cerebro al observar su prodigioso parecido con la difunta.

Poníase en conocimiento del señor Fairlie todo esto, dado el caso de que la loca hallara el medio de escribirle.

La carta fué vista por la señorita Halcombe a su llegada a Limmeridge. Allí le entregaron las ropas y objetos que habían pertenecido a la difunta y que fueron enviados a Cumberland por la condesa. Este era el esto de cosas que halló Marian a su regreso a Limmeridge.

Los sufrimientos morales le produjeron una recaída, que a tuvo postrada durante más de un mes. Al volver a la vida y adquirir la salud, la vigorosa fuerza de su naturaleza y de su juventud, sus sospechas acerca de la muerte de su hermana continuaron siendo las antes.

Mandó vigilar las casas de los condes y de la señora Rubelle, pero inútilmente. La enfermera y su marido, procedentes de Lyon, habían montado una casa de huéspedes para extranjeros. De nada se les podía acusar. Era gente pacífica, que no tenía deudas y que no intervenía en los asuntos de nadie.

A pesar de todos esto fracasos, Marian no se desanimó. Un día decidió visitar el sanatorio en el que Ana Catherick había sido recluida. Desde el primer momento experimento una gran simpatía por la pobre enferma. Ahora más que nunca deseaba comprobar el famoso parecido con su germana y las manías que le llevaron a aquel lamentable estado. A pesar que en la carta del conde no se daba mención alguna de la

casa de salud, Ana, en cierta ocasión que ya nuestros lectores conocen, se lo había participado a Hartright. Marian anotó la dirección en el diario, y allí busco. Con la cara del conde como credencial, el día 11 de octubre partió para la casa de salud.

Pasó en Londres la noche. Su primera intención fue ver a la señora Vesey, pero la pobre mujer se conmovió tanto al verla, que para no aumentar su amargura, la señorita Halcombe pasó aquella noche en una casa de huéspedes de los alrededores. Al día siguiente se dirigió a la casa de salud, e inmediatamente fue llevada a presencia del director. Al principio, no pareció este muy inclinado a satisfacer los deseos de la visitante para ver a su asilada. Pero en cuanto Marian le enseñó la carta del conde, manifestándole que era hermana de Lady Glyde y que por motivos familiares deseaba comprobar la agudeza del trastorno mental de la enferma, el director de la casa de salud dejó de ponerle obstáculos y Marian tuvo la impresión de que el médico obraba de absoluta buena fe. Como demostración, tuvo la señorita Halcombe la franqueza con que se le participó, que habiendo reingresado la enferma el día 27 de julio, acompañada por conde Fosco, no había podido menos de sorprenderse ante los cambios que en ella se habían producido. Por lo general, tales cosas no ocurren en las enfermedades mentales. Sin embargo, tienen precedentes y son siempre muy notables para la Medicina. Imaginemos el efecto que esta declaración produjo en el ánimo de Marian. Tuvo necesidad de varios minutos para reponerse y tener el suficiente valor para seguir al director de la casa de salud al lugar del edificio destinado a las enfermas.

Al preguntar, le dijeron que la paciente Ana Catherick hallábase paseando por el parque del establecimiento. Unas de las enfermeras se ofreció a Marian como guía. Las dos mujeres penetraron en un parque muy bien cuidado y lleno de bellísimos árboles. Al entrar por su alameda, vieron al final de esta a dos mujeres que paseaban.

—Tiene usted ahí a Ana Catherick y a su enfermera. Si quiere usted hacerle algunas preguntas, la enfermera le contestará.

Y después de pronunciar estas palabras, su acompañante saludó cortésmente y se marchó. Marian avanzó entonces, y también lo hizo por su parte la mujer. Apenas se encontraron a diez pasos, la loca miró intensamente a la recién llegada, se soltó del brazo de su acompañante y se lanzó a los de Marian, que la estrechó efusivamente, pues acababa de reconocer en ella a su hermana.

Por suerte, nadie más que la enfermera presencié esta escena, y ésta, estupefacta, no tuvo ánimos ni para pronunciar una sola palabra. Pocos instantes le bastaron a la señorita Halcombe para recobrar su energía, venciendo la gran emoción que

experimentaba. Consiguió que la enfermera la dejara hablar unos minutos con la asilada. No había tiempo para nada, ni para demostraciones de cariño ni de preguntas. Marian limitóse a hacer comprender a Laura que era preciso tranquilizarse, tener un absoluto dominio de si misma, que ya se preocuparía ella de sacarla de allí enseguida. Se dirigió luego a la enfermera y colocó en su mano cuanto llevaba en el bolsillo, unas tres libras, preguntándole dónde, y cuándo podría hablarle sin testigos. La mujer se alarmó al principio, pero cuando Marian le aseguró que quería tan sólo preguntarle algo que a nada había de comprometerla, guardóse el dinero y le dijo que al día siguiente, a las tres de la tarde, la esperaría junto a los muros de la parte norte del edificio, en el lugar de los terrenos por edificar. Marian, para no despertar sospechas, se separó de su hermana prometiéndole darle en breve buenas noticias.

Cuando se encontró con ánimo para reflexionar se dió cuenta de que provocar un proceso legal para que su hermana recobrara la personalidad que le correspondía era algo demasiado largo y de éxito muy dudoso. Contando con la ayuda de la enfermera, se decidió por una inmediata evasión. Al llegar a Londres, se dirigió a casa de su agente de Bolsa, le vendió todos los valores que poseía y esto la hizo dueña de setecientas libras. Había decidido pagar la libertad de su hermana con todo el dinero que poseyera, hasta el último céntimo.

Al día siguiente, la enfermera acudió a la cita puntualmente. Marian comenzó haciéndole gran número de preguntas. Por las respuestas que obtuvo se enteró de que la enfermera que estaba al cuidado de Ana Catherick cuando ésta se escapó por primera vez, había perdido en consecuencia la plaza, aunque había que reconocer que la culpa no había sido suya. En igualdad de circunstancias, lo mismo habría de ocurrirle a ella, y ésta, ahora mas que nunca, tenía un interés muy grande en conservarla, porque tenía novio y necesitaba lo que ganaba para ahorrar las trescientas libras que precisaba para abrir la tienda que se había propuesto. Según lo que había calculado, tardaría aún dos años en ello. Marian, con estos antecedentes, abordó inmediatamente la cuestión. Con breves palabras le dijo que la asilada era una parienta próxima suya, a quien una equivocación fatal había llevado a la casa de salud. Añadió que haría una buena obra permitiéndolas reunirse a las dos, y en compensación a los riesgos que había de correr le ofrecía una importante cantidad. Sacó cuatro billetes de cien libras y se los ofreció.

La enfermera vaciló entre la incredulidad y la extrañeza, pero la señorita Halcombe la supo convencer de tal modo, y era la suma tan tentadora, que en breves palabras se pusieron de acuerdo. Al día siguiente, la señorita Halcombe volvería a aquel solitario lugar y la enfermera, en cuanto pudiese no podía fijar la hora acudiría también, y las circunstancias dirían lo que, había que hacer. Inútil es decir que Marian fué puntual a

la cita. Tuvo que esperar todavía hora y media, pero al cabo de este tiempo vió a la enfermera dar la vuelta a la esquina. Apoyada en su brazo iba Laura. En cuanto estuvieron, juntas, Marian entregó el dinero a la enfermera.

La enfermera, con excelente idea había vestido a Lady Glyde con un traje suyo y un gorro como las que usan las aldeanas. Marian la detuvo para darle inmediatamente una pista falsa. Le dijo que dijera que Ana Catherick preguntaba constantemente sobre Hampshire y el castillo de Blackwater, con objeto de que cuando notaran su desaparición dirigieran por aquel lado las primeras averiguaciones. Convino la enfermera en seguir las instrucciones que se le daban, y se dirigió a la casa de salud para que no fuera notada su ausencia. Tampoco Marian perdió tiempo llevando a su hermana a Londres, sino que desde allí tomaron el tren para Limmeridge, donde llegaron sin novedad.

Durante el viaje, pudo Marian convencerse de que tantos sufrimientos habían debilitado bastante a su pobre hermana, hasta el punto de que sus contestaciones carecían de ilación y eran muy confusas cuando se trataba del trágico período por el que había pasado. Este relato tan imperfecto debe escribirse a continuación, antes de proseguir relatando los hechos que tuvieron lugar en la señorial mansión de Limmeridge.

Los recuerdos de Lady Glyde con respecto a su desagradable viaje, comenzaban con su llegada a Londres. Desgraciadamente, al igual que la señora Michelson, no recordaba con exactitud la fecha en que aquél había tenido lugar. Al llegar a la estación encontró en ella al conde, el cual ordenó que se transportara el equipaje de Laura al coche que los esperaba. Las primeras preguntas que Lady Glyde dirigió al conde fueron para conocer el estado de salud de su hermana. El conde Fosco le contestó que se hallaba todavía en Londres, ya que no le había parecido prudente dejarla marchar sin que descansara unos días. Le preguntó Laura si habitaba en su casa, pero no recuerda exactamente la contestación; si que le dijo que irían en aquel momento a verla. El coche pasó por muchas calles, pero por ningún parte se vieron jardines ni lugares en que hubieran árboles.

El coche se paró ante una casa, y allí descendieron de él. Subieron las escaleras y tampoco puede recordar si se detuvieron en el primer piso o en el segundo. Subieron el equipaje y recuerda que todos fueron recibidos por un hombre con barba que parecía extranjero. A las preguntas dirigidas con respecto a su hermana, el hombre respondió que la vería enseguida, y el conde y él salieron casi enseguida, dejándola sola en aquella pequeña sala, pobremente amueblada y cuya ventana daba a un solitario patio.

No estuvo mucho tiempo sola. Al poco rato entró el conde acompañado de un caballero muy distinguido, que le presentó como amigo suyo, y luego se marchó, dejándola sola con él. El caballero, atenta y correctamente, comenzó a hacerle extrañas preguntas relacionadas con su salud, que, desde luego, ella no acertó a contestar. Momentos después, el caballero se levantó, le hizo un cortés saludo y se retiró. Poco después volvió a entrar el conde, acompañado de otro individuo, y la escena anterior se repitió en todos sus pormenores. Todo ello a consecuencia del delicado estado de su salud y la angustia que le producía la dilación de Marian, le causó una alteración nerviosa imposible de dominar. Cuando de nuevo entró el conde en la sala, estaba Laura muy excitada. Dirigiéndose a él, le preguntó ya con cierta violencia que cuándo verían a su hermana, y qué tenían que esperar para hacerlo.

Durante unos momento el conde vaciló, y dijo por último que por desgracia, no podía ocultar por más tiempo el estado de salud de la señorita Halcombe, pues éste no era todo lo satisfactorio que se esperaba. El tono y la forma con que pronunció estas palabras trastornaron un poco a Lady Glyde. La noticia, recibida en el estado de ánimo en que se encontraba, la afectó de tal modo, que perdió el conocimiento. El conde ordenó traer un vaso de agua y un pomo de sales. Bebió maquinalmente Laura algunos sorbos, y pudo comprobar que el agua tenía un sabor extraño, que, en lugar de calmarla hizo necesaria la inmediata aplicación de las sales. Pero cuando se llevó el pomo a la nariz, perdió el conocimiento de nuevo.

A partir de este momento, sus recuerdos son imprecisos y parecen improvisados de verdad. Según sus impresiones a veces aquella misma tarde recobró el conocimiento, y según lo que se había propuesto, fué á pasar la noche a casa de su antigua, aya, la señora Vesey. Era realmente imposible para ella decir cómo y cuándo salió de la casa adonde la llevó el conde, pero recordaba vagamente que en casa de la señora Vesey le había ayudado a desnudarse la señora Rubelle. Con respecto a la mañana siguiente, sus recuerdos eran todavía más vagos. Tenía la idea de haber viajado en coche en compañía del conde y de la señora Rubelle. A partir de ese, momento hasta su llegada a la casa de salud, se producía una, terrible laguna, imposible de ser dilucidada.

En la casa de salud oyó que la llamaban por primera vez Ana Catherick, y no tardó en convencerse que vestía las ropas de aquella desgraciada. Esto era todo lo que su memoria conservaba; fragmentos incompletos, pormenores y algunos contradictorios. La enfermera, en la primera noche que pasó en la casa de salud, le mostró la marca de todas sus piezas de su ropa, diciéndole:

—Vea su nombre en su ropa y no nos moleste usted más queriendo hacerse pasar por la señora Glyde. Ella está muerta y enterrada, y usted está viva y con salud. Mire

ahora para sus ropas. Ahí están, marcadas con buena tinta, y la misma marca la encontrará en todo cuanto le pertenece y que aquí quedó: Ana Catherick, escrito en todos los sitios.

Allí estaban las marcas, cuando la señorita Halcombe examinó la ropa blanca que su hermana usaba la noche de su llegada a Limmeridge House.

La prudencia de la señorita Halcombe le impidió interrogar a su hermana durante el viaje a Cumberland, sobre todo respecto a lo que había ocurrido en la casa de salud. De sobras comprendía que no estaba dispuesta su cabeza para un esfuerzo semejante. Llegaron tarde a Limmeridge, la noche del día 15, y Marian dejó para el día siguiente la reconquista de la identidad de su hermana.

Muy temprano se presentó en la habitación del señor Fairlie, y tras algunos rodeos, quiso contarle lo ocurrido. Pero el señor Fairlie, con gran sorpresa y alarma de Marian, no la dejó concluir. Le dijo, enojado, que se convertiría en el juguete de una loca peligrosa, cuyo parecido con su sobrina todos conocían y más después de la carta escrita por el conde Fosco, que él le había mostrado ya, añadiendo que se negaba totalmente a semejante persona y consideraba la presencia, de ella en su casa como un insulto dirigido a su familia.

Dominando apenas su violenta indignación, Marian abandonó la alcoba del señor Fairlie. Antes de que éste cerrara las puertas de su casa a su hermana, estaba dispuesta a colocar a tío y sobrina frente a frente, y con esta intención llevó a Laura de la mano al cuarto del maniático.

La escena fué muy breve, y es demasiado penosa para ser descrita. Limitémonos a decir tan sólo que el señor Fairlie no reconoció en Laura a la muchacha nacida y criada en aquella casa. Ni por un momento dudó de que su sobrina yacía en la sepultura de mármol, y concluyó diciendo que recabaría el apoyo de la ley si antes de la noche aquella mujer no había salido de su casa.

Hemos de hacer justicia al señor Fairlie diciendo que si una sombra de duda hubiera empañado su imaginación, no hubiese obrado de este modo.

Marian apeló a los criados, pero tampoco éstos creían en su identidad. Bien es verdad que Laura se parece mucho más en este momento a la pobre loca que la bella heredera de Limmeridge. Esto era bastante razón para que la desconocieran todos y no precisaran sí aquella mujer era la loca o la señorita Laura, y todos, sabiendo que

ambas se parecían tanto, inclinábanse mucho más a lo primero. Sacó la conclusión desconsoladora de que la persona que había usurpado el puesto de su hermana entre los vivos, era, a causa del extraordinario cambio físico y moral producido por tantas amarguras y sobresaltos, el motivo de que no se conocieran Laura ni siquiera en la casa donde nació.

De haber tenido más tiempo, hubiesen esperado al regreso de Faniry, cosa que en aquel momento no era posible. La fiel muchacha, que había estado más tiempo en contacto con Lady Glyde, la hubiera reconocido, sin duda, pero no había tiempo que perder. Las pesquisas, al resultar inútiles en Hampshire, se dirigirían, sobre Cumberland, y dado el humor del señor Fairlie, no era de extrañar su reacción y actitud. La precaución más elemental para salvar a su hermana obligaba a Marian a abandonar la batalla sin pretender obtener justicia, y refugiarse en Londres con Lady Glyde.

La tarde de aquel día memorable exigió un esfuerzo a su doliente hermana. Las dos, aprovechando un momento de descuido, volvieron la espalda y huyeron para siempre de la noble mansión de Limmeridge, que hasta no hacia mucho tiempo había sido su casa.

Pasaban entonces ante los muros del cementerio, y Laura tuvo empeño en despedirse de la sepultura de su madre, y al reunirles Dios a los tres ante ella, selló para siempre el porvenir de aquellas tres vidas desgraciadas.

III

Todo esto, por lo que respecta al pasado. A pesar de que no conocía la mayor parte de los pormenores de lo ocurrido, me di cuenta de que toda aquella conspiración tenía por objeto, aprovechar el parecido fatal de Laura y la mujer de blanco. Ana Catherick se presentaría, sin duda, en casa del conde Fosco, usurpando la personalidad de Laura, y Lady Glyde había sustituido a Ana Catherick en la casa de salud. No cabía duda de que tanto Sir Percival como el conde Fosco, y aun el director de esta casa de beneficencia, habían sido cómplices en este crimen.

Comprendimos que no deberíamos esperar piedad ni de Fosco ni de Sir Percival. Tal como habían quedado las cosas en este momento, la situación les había proporcionado treinta mil libras, veinte a uno y diez a otro, y si habían cometido un crimen para conseguir las, no era de esperar que retrocedieran ante otro para conservarlas.

Esta consideración, muy digna de tenerse en cuenta, hizo que fijáramos nuestra residencia en un barrio obrero de Londres, donde no había gente que tuviera tiempo que perder para preocuparse de la vida de los demás. Por otra parte, teníamos que vivir económicamente, reduciéndonos a lo que yo ganaba con mi trabajo. Teníamos que esperar a que los derechos de Laura se reivindicaran, y a este objeto decidí consagrar toda mi vida.

Marian y yo preparamos el plan que a partir de aquel momento habrían de seguir nuestras existencias. En la casa no había otros inquilinos que nosotros, y de momento acordarnos que ninguna de las dos saliera de ella sin que yo las acompañara, y que no abriesen la puerta a nadie durante mi ausencia. Me presenté luego a un amigo mío, que poseía un magnífico taller de grabados, y le pedí trabajo, diciéndole que por razones particulares tenía que permanecer oculto durante algún tiempo. El grabador creyó que mi ocultación sería obligada por mis deudas. Dejé que lo creyera y acepté el trabajo que se apresuró a ofrecirme. El beneficio era muy reducido, pero momentáneamente bastaba para cubrir nuestras necesidades. Marian y yo reunimos todo el dinero que poseíamos, obteniendo una suma de cuatrocientas libras, las cuales ingresé en un Banco dispuesto a no tocarlas de no ser que los gastos de nuestras pesquisas lo requiriesen.

Por lo que respecta a los trabajos caseros, Marian se opuso terminantemente a que figurara en la casa ninguna persona desconocida. Con esa maravillosa y admirable energía que había poseído siempre, remangóse las mangas del humilde traje que vestía y dominando su debilidad dió comienzo al trabajo. A mi regreso, por la noche, estaba todo en orden y limpio. Marian, con una deliciosa sonrisa, que recordaba su antiguo buen humor, me dijo:

—Desde luego, se me puede confiar en el trabajo la parte que me corresponda — y bajando la voz añadió—: En los peligros también. Recuérdelo.

Lo hice a sí cuando llegó el momento.

A finales de octubre, nuestra vida se había regularizado completamente. Yo adquiría fuerzas para esa desesperada lucha que presentía había de desencadenarse en el porvenir. Momentáneamente, todos nuestros momentos los absorbía el delicado estado de Laura.

Su Parecido con Ana Catherick era realmente extraordinario, tanto, que únicamente a Marian y a mí no podía engañarnos. Había sufrido ahora una transformación moral no

menos considerable. Parecía como si hubiera perdido totalmente la memoria, y los espantosos sufrimientos experimentados desde el momento en que contrajo matrimonio con Sir Percival habían quedado grabados en forma indeleble en sus inquietos y espantosos ojos. Marian y yo la tratábamos como si fuera una niña. Paciente y cariñosamente conseguíamos devolver a su recuerdo apacibles escenas de su vida de soltera, evitando la menor relación o alusión a su vida posterior. Por esta razón, decidí yo obrar sin su conocimiento ni su ayuda.

Habiendo tomado esta resolución, era necesario saber cuál era el primer paso que debíamos dar. Después de haber consultado con Marian, dicidimos, aportando toso los hechos, datos y pormenores que pudiéramos reunir, exponerlos a la discreción reconocida del señor Kyrle, y ver si la ley podría estar de nuestra parte. Con este motivo, me dirigí a casa de la señora Vesey, tratando de saber y asegurarme si los recuerdos dados por Laura, con motivo de sus visitas eran realmente exactos.

Considerando la edad y el estado de salud de esta señora, no quise sobresaltarla, y hablé de Laura nombrándola siempre como la difunta Lady Glyde. No tardé en convencerme de que no se podía confiar lo más mínimo en la memoria de la pobre enferma. La señora Vesey había recibido, en efecto, la carta de Laura, pero no la había visto, y la epístola carecía de fecha. Por tanto, esta señora no había sernos útil en nada. A mi regreso, rogué a Marian que escribiera al ama de llaves del castillo, pidiéndole una relación de los hechos que acaecieron en los últimos tiempos de su estancia en Blackwater. Esperando la contestación, visité al doctor Goodricke, quien me mostró la copia del certificado de defunción que ya se conoce. Por otra parte, me puso en relación con la mujer que había preparado el cadáver, para el entierro, y me indicó, al mismo tiempo el paradero de la cocinera de los condes, quien, en virtud de una discusión tenida en la casa con la condesa, había abandonado su servicio.

Con los testimonios de todas estas personas, que ya en este libro se conocen, me consideré lo suficientemente documentado para efectuar mi visita al abogado.

Aquella mañana entreteníase Laura en corregir algunos de los dibujos que se me habían encargado. Yo me levanté dispuesto a marcharme. Con ansiedad me miró y me dijo:

—Se cansa usted de mí, ¿verdad? Se va porque le aburro, ¿no es cierto? Le aseguro que lo haré mejor y me pondré pronto buena. Walter, ¿me quiere usted lo mismo que antes, a pesar de que esté tan delgada y tan fea?

Hablaba como lo hubiera hecho una niña de diez años. Con la mayor inocencia decía lo que pensaba, y le dije, conmovido profundamente, que la quería más que nunca, que no tardaría en ponerse buena y que hiciera todo lo posible para que esto ocurriera cuanto antes, con objeto de alegrarnos a Marian y a mi.

Al salir, le dije a Marian:

—Creo que volveré pronto, pero si ocurriera algo...

—¿Qué puede ocurrir? —me preguntó Marian sobresaltada—.

—Sir Percival me hizo vigilar antes de que me marchara. Si puede localizarme, volverá a hacer lo mismo. Yo haré lo que sea para que no encuentre la dirección de esta casa. Por esta razón, no puedo decir cuanto tardaré. Pero tarde lo que tarde, no deje usted que entre nadie en la casa, y no se preocupe por nada.

—Lo haré —dijo la joven valientemente—. Le aseguro a usted, Walter, que no tendrá por qué arrepentirse de no tener más ayuda que la de una mujer. De todos modos —añadió estrechándome la mano—, tenga usted cuidado.

La dejé en casa, y comenzó así a iniciarse la terrible aventura por aquel sendero tortuoso y oscuro que comenzaba en la puerta de la casa del abogado.

IV

Nada digno de mención ocurrió hasta mi llegada a casa de los señores Gilmore y Kyrle, en Chancery Lane. Hice pasar mi tarjeta de visita al notario, aunque en aquel momento se me ocurrió que tal vez hubiera sido más prudente citar en otro lugar al abogado, pues el conde conocía sus señas y pudiera muy bien ocurrir que hiciera vigilar su casa. Por precaución decidí en aquel momento no ir directamente a casa desde allí sino dar un gran rodeo.

Esperé algunos minutos, y no tardaron en introducirme en el despacho. El señor Kyrle era un hombre muy atento, pero un tanto frío. Se comprendía, evidentemente, que no entregaba en seguida su simpatía a las gentes, pero, también veíase que en el ejercicio de su profesión no se dejaba desconcertar con facilidad. No hubiera podido encontrar un hombre más a propósito para lo que deseábamos.

—Antes de comenzar, señor Kyrle —dije, después de Saludarle—, debo poner en su conocimiento que, aunque trataré de ser muy breve, experimento el temor de abusar de su tiempo.

—Mi tiempo está hoy por completo al servicio de la señorita Halcombe. Mi amigo, el señor Gilmore, me la recomendó mucho antes de retirarse de los negocios —y diciendo estas palabras, extrajo de un cajón una carta sellada.

—Yo creí que iba a mostrármela, pero de pronto pareció cambiar de idea y la dejó en la mesa ante él. Sin perder un instante con rodeos inútiles, le expliqué todo lo que ya conoce el lector. Luego, le pregunté:

—¿Qué es lo que piensa usted de todo esto?

—Necesito antes hacerle unas preguntas.

Estas fueron tan astutas, que veíase claramente la desconfianza del abogado, desconfianza que me obligó a decir:

—¿Cree usted que he dicho toda la verdad?

—Según usted, sí. Respeto vivamente a la señorita Halcombe. Por lo tanto, no dudo de la veracidad de un caballero que llega a mí por intercesión de ella. Incluso he de decirle que, en atención a la señorita y a usted, admitiré a Lady Glyde como viva, pero particularmente. Ahora bien, ¿quiere usted saber, como ahogado, mi opinión? Pues es ésta: su causa está perdida de antemano.

—Esto que me dice usted es muy duro señor Kyrle.

—Pero es justo, señor Hartright. Le ruego que me perdone si le digo que carece usted de pruebas. Únicamente la señorita Halcombe y usted sostienen que la supuesta Ana Catherick es Lady Glyde. Pero el señor Fairlie no lo ha reconocido así, ni incluso los criados que estaban a su servicio. Todo este castillo de naipes que se levantara sobre la base falsa de los recuerdos de una perturbada mental, no tardaría en venirse abajo a la primera impugnación un poco seria y detenida que se hiciera.

—¿Y usted no cree que pudieran encontrarse pruebas? —pregunté—. Yo dispongo de un par de centenares de libras.

—Piense usted mismo el caso —contestó, moviendo la cabeza—. Lo más difícil de toda la ley es la cuestión de identidad personal. Admitiendo, por otra parte, que tenga usted razón, lo que profesionalmente no puedo admitir, si su parte contraria es poderosa, le opondrá toda clase de obstáculos legales; rebatirá, uno a uno, todos sus argumentos, y le hará gastar, no cientos de libras, sino miles, y aunque haga usted exhumar el cadáver, puesto que usted mismo conviene en el parecido, tampoco esto daría resultado alguno. Créame, señor, su causa no tiene defensa posible.

—¿Y no podrían presentarse otras pruebas distintas de las de identidad? — pregunté, no queriendo darme por vencido.

—Sí. Si pudiera usted, por ejemplo, obtener una discrepancia en las fechas de la muerte, teniendo en cuenta el certificado del doctor y el viaje de Hampshire a Londres, podría, tal vez, hacerse algo.

—Yo las encontraré, señor Kyrle.

—El día que las tenga, seré yo el primero en aconsejarle que acuda a los tribunales.

—Ya veo que todo esto es muy difícil —dije yo casi sin darme cuenta—, porque me parece que las únicas personas que recuerdan exactamente esa fecha son Sir Percival y el conde Fosco.

Por primera vez desde mi visita, el rostro de mi abogado se iluminó con una sonrisa.

—Supongo —me contestó— que por ese lado no esperará usted ayuda.

—Se les obligará a que lo confiesen, señor Kyrle.

—¿Quién lo hará? —preguntó.

—Yo —repuse.

Los dos nos levantamos. El me miró con más atención de lo que había hecho hasta aquel momento.

—Es usted muy decidido. Si alguna vez se decide a emprender la causa, disponga de mis conocimientos y experiencia. Le advertiré tan sólo que, aunque consiga establecer

su identidad, será más que difícil obtener el dinero. Ya conoce usted las dificultades económicas de Sir Percival...

—Le ruego que no continúe —le interrumpí—. No he sabido nunca nada de los negocios de Lady Glyde. Lo único que ahora sé es que su fortuna se ha perdido. Pero yo he consagrado a ella mi vida y lo único que me interesa es que entre llave daba inútilmente vueltas a la cerradura. La voz comenzó a gritar. Era la de un hombre en el máximo grado de terror y angustia. Pedía socorro.

—¡Dios mío! —exclamó el criado—. ¡Es mi amo! ¡Es Sir Percival!

—Dios se apiade de su alma —exclamó el sacristán temblando—. Maldita cerradura. No se puede abrir por dentro. Golpeé como pude la puerta. Aquella idea que durante tanto tiempo había dominado mis pensamientos, se desvaneció instantáneamente. No recordé las iniquidades de aquel hombre la destrucción de mi felicidad, el injusto odio con que me había perseguido. Todo se borró como una pesadilla y dejó en su lugar el sentimiento humano de querer salvar de una muerte horrible a un hombre.

—Por la otra puerta, salga usted por la otra puerta. Por la de la iglesia. La cerradura está rota. Apresúrese.

Los gritos de socorro habían cesado. La llave no giraba ya en la cerradura. Crujía la madera y caían hechos mil pedazos los cristales del tragaluz.

Miré a mis dos acompañantes. La linterna la sostenía ahora el criado y parecía un imbécil. Seguía con la vista todos mis movimientos, como si fuera un perro. Temblando y musitando oraciones, el sacristán se había sentado sobre una de las tumbas del cementerio.

—Venga —le dije al criado—, sosténgame; voy a subir sobre sus hombros, para llegar al tejado. Voy a ver si puedo descolgarme por el tragaluz.

Apenas intenté este temerario proyecto, una inmensa llama surgió por el tragaluz. Los cristales, al romperse, dejaron penetrar el aire, que animó aquella inmensa hoguera. Allí, a escasos pasos de nosotros, un hombre necesitaba nuestra ayuda y no podíamos prestársela. Me enloquecía esta idea.

La escasa población de la barriada abandonada se reunió en torno nuestro. Alguien dijo que se habla avisado a los bomberos, pero que tardarían por lo menos un cuarto

de hora en llegar.

No podíamos permanecer inactivos durante todo ese tiempo.

Entre los hombres más débiles que acudieron al espectáculo distribuí linternas para alumbrarnos mientras buscábamos entre las casas derruidas alguna viga con la que poder echar abajo la puerta. Por fin encontramos una a propósito. Reuniendo todos nuestros esfuerzos, golpeamos, los macizos tablones de encina, que resistieron pesadamente a nuestros embates, como habían resistido a los del tiempo. Por último, cedió la puerta y arrastró un trozo de muro en su caída. Las llamaradas que salieron por el hueco nos hicieron retroceder. Dentro, era todo una inmensa hoguera. El criado, mirando a través de las llamas como un idiota, preguntó:

—¿Dónde está?

—Se ha convertido en polvo y en ceniza —comentó el sacristán—. Lo mismo que los libros. Pronto a toda la iglesia le pasará lo mismo.

De pronto llegó a nuestros oídos un sonido áspero. Era la bomba contra incendios. Dos minutos después estaba colocada. La gente salió a su encuentro y el sacristán quiso imitarla, pero no tuvo fuerzas para levantarse de la sepultura sobre la que se había sentado. Apoyado en ella, continuaba murmurando:

—¡Salvad la iglesia!

El criado, inmóvil, contemplando atónito las llamas, repetía constantemente:

—¿Dónde está?

Quedó montada la bomba poco después. Si ahora hubiese sido necesaria mi ayuda, no hubiera podido prestarla. Me habían abandonado todas mis fuerzas. Como un sonámbulo, contemplaba el incendio. Vi el chorro de agua caer sobre las columnas de fuego rompiendo su brillo. La luz vivísima iba haciéndose más opaca y las llamas eran reemplazadas por el humo y las chispas. La policía se posesionó entonces de la puerta. Se produjo un breve comentario. Dos hombres se destacaron del grupo y entre la pública ansiedad penetraron en una de las casas en ruinas y salieron con una puerta. Con ella se dirigieron a la ardiente entrada de la sacristía. La gente les abrió paso. Los dos guardias entraron y la muchedumbre se acercó aun más, con objeto de oír y ver mejor que los otros. Se suscitaron preguntas y respuestas sin sentido, en voz baja y

afanosa, por todas partes.

—¿Lo encontraron?

—Sí.

—¿Dónde?

—Ante la puerta, de bruces.

—¿Qué puerta?

—La que da a la iglesia. Estaba con la cabeza junto a ella.

—¿Con la cara quemada?

—No —contestaron.

—No, está chamuscado, pero no quemado.

—¿Quién era? ¿Qué iba a buscar allí adentro?

—No sería cosa buena.

—¿Lo hizo a propósito?

—¿Quemar a propósito?

—No, no me refiero a él; me refiero a la sacristía.

—¿Le conoce alguien de aquí?

—Hay un hombre que dice que le conoce.

—¿Quién?

—Un criado, dicen. Pero está atontado y la policía no se fía de él.

—¿No le conoce nadie más?

—No sabemos.

Entre el murmullo de la gente, alzóse clara y distinta la voz de una autoridad que preguntaba:

—¿Dónde está el caballero que ha intentado salvar a ese hombre?

—Aquí, aquí —dijeron varias voces.

Numerosos rostros se volvieron hacia mí; numerosos brazos apuntaban en mi dirección. Un policía avanzó hacia mí con una linterna en la mano.

—Tenga la bondad de seguirme —dijo con calma.

Yo no podía hablar. Intenté decir que no le había visto nunca, que no podría identificarle. Pero le seguí maquinalmente. Las palabras no acudían a mis labios.

—¿Conocía usted a ese caballero?

Pronunciando estas palabras, penetramos en un círculo de policías. Tres de ellos, que tenían linternas en la mano, las bajaron casi al nivel del suelo. Sus ojos fijáronse esperanzados en mi rostro. Yo seguí la dirección de las luces, tan bajas, mientras oía estas palabras:

—¿Puede usted identificar al señor?

Mi mirada continuaba descendiendo lentamente. No vi nada al principio, sino una grosera manta de lona. Por uno de sus extremos salía una cabeza ennegrecida, rígida y espantable a la luz amarilla de las linternas. La respiración de la multitud podía escucharse en aquel silencio pavoroso.

Así le vi por primera y última vez. Así quiso la voluntad de Dios que él y yo nos encontráramos un día.

XI

Por razones de las autoridades locales y del inspector jefe, la causa se instruyó rápidamente. Al día siguiente declararon los testigos y yo entre ellos.

Lo primero que hice aquella mañana fué ir al correo en busca de una carta de Marian. Con gran alegría mía, allí estaba su carta. Me aseguraba en ella que las dos hermanas seguían bien y en tranquilidad, que Laura mejoraba sensiblemente y me enviaba muchos recuerdos, y que quería saber con un día de anticipación la fecha de mi regreso. Marian me decía que con sus ahorros particulares quería preparar una buena comida.

Le escribí a Marian del mejor modo que me fué posible todo lo que ya en estas páginas queda dicho. Le rogué que por el momento no dijera nada a Laura, ni la dejase leer los periódicos hasta mi vuelta. A otra persona que no hubiera sido Marian Halcombe no me hubiese atrevido a decirle la verdad, pero yo conocía el temple de aquella extraordinaria mujer.

El juez, una vez se hubo identificado el cadáver, trató de averiguar la causa del fuego. Los primeros testigos que declaramos fuimos el chico que avisó al sacristán en la calle, el criado y yo. El primero habló claramente, pero no así el criado, que no parecía todavía repuesto del golpe. Su declaración fué tan vaga que le ordenaron que se sentara. Afortunadamente, la mía fué muy corta. Yo ignoraba quién era el difunto. Jamás le había visto y no sabía por qué se encontraba en la sacristía. Fui a casa del sacristán para informarme del camino, y al enterarme de que le habían robado las llaves le acompañe a la iglesia, creyendo que podría serle útil. Al llegar supe lo del fuego. Oí a un hombre dentro que gritaba pidiendo socorro. Por humanidad hice cuanto pude para salvarle.

El tribunal no pudo descubrir nada con respecto a los motivos del fuego, ni si había sido o no intencionado. En vista de ello, aplazáronse las diligencias para dos días más tarde. En el intervalo, se buscarían más testigos y se mandó llamar al notario del difunto, que vivía en Londres.

Muerto de fatiga, tanto física como moral, volví al hotel. Incapaz de soportar las conversaciones de la gente, comí con toda rapidez y me retiré a mi modesta habitación del segundo piso, con objeto de descansar y pensar, sin que nadie me interrumpiera, en los trágicos acontecimientos del día.

Nada tenía que hacer al día siguiente. Si hubiera tenido más dinero, hubiese adquirido un billete de ida y vuelta para Londres, con objeto de visitar a mis queridas reclusas. Pero no podía hacer gastos inútiles, y con objeto de pasar el tiempo decidí visitar el lugar de la tragedia.

Desde la noche anterior todo había cambiado. En el mismo lugar en que fueron oídos los gritos del moribundo y el lúgubre ruido de la llave, jugaban ahora los niños del barrio, disputándose entre sí los restos del siniestro. La noche anterior me había llamado poderosamente la atención una mujer de pálido y trágico rostro. Ahora estaba lavando y en su cara se reflejaba la estupidez perfecta. El buen sacristán no hacía más que decir constantemente que él no tenía ninguna culpa de lo que había ocurrido, y que esperaba que aquellos señores lo reconocieran así. Al abandonar aquellos lugares volvieron mis pensamientos al objetivo de mi vida: la rehabilitación de Laura. Era necesaria su identificación personal, y esta esperanza casi se había perdido con la muerte de Sir Percival, el único que hubiera podido restablecer la veracidad de los hechos. Volví a comer al hotel. Al pasar por la plaza en que vivía la señora Catherick tuve un momento intención de entrar para la darle la noticia; pero por la prensa local traía todos los pormenores. Por otra parte me molestaba la idea de ver aquella impasible y egoísta mujer. Horas después me hallaba en el café descansando. Una mujer, según me dijo el portero, había dejado para mí una voluminosa carta, y en aquel momento me hacia entrega de ella.

La abrí, pero carecía de fecha y de firma. La letra parecía desfigurada. A la segunda frase suya sabía perfectamente quién era mi corresponsal: la carta me la enviaba la señora Catherick. Copio al pie de la letra lo que me decía:

CONTINÚA LA HISTORIA DE ANA CATHERICK

CONTINÚA LA HISTORIA DE ANA CATHERICK

Muy señor mío:

Me prometió usted volver, pero no ha vuelto. De todos modos, esto no tiene importancia. Conozco la noticia y por esta razón le escribo. ¿Se dió cuenta usted de la expresión de mi rostro cuando se separó de mí? Pensé si sería usted el instrumento escogido por la Providencia para destruir a ése. Efectivamente lo era usted y le ha aniquilado.

Me han dicho que fué usted lo bastante débil para intentar salvar su vida. Le disculpa únicamente su juventud y que, afortunadamente, no lo ha logrado. Me alegro de ello. Le doy a usted la enhorabuena con toda la efusión de un odio acumulado durante veintitrés años.

Yo debo hacer algo por quien me ha prestado semejante servicio. Si fuera joven, le diría a usted: Le pertenezco en alma y cuerpo. Pero no lo soy, y decidida, al fin y al cabo, a hacer algo en beneficio suyo, intentaré calmar la curiosidad que demostró usted por saber de mis asuntos privados. Continúe leyendo, pues, y entérese.

Usted sería un niño allá por el año veintisiete, pero yo era la mujer más hermosa de todo Welmingham. Mi marido era un imbécil despreciable. No le importa a usted cómo conocí en aquel entonces a un joven noble que tampoco le interesa a usted saber cómo se llama. No le doy nombre, porque nunca lo tuvo, y usted sabe eso ahora tan bien como yo. Probablemente, le interesa más saber de qué forma llegó a conquistar mi simpatía. Ha detener usted en cuenta que yo nací con los gustos de una princesa, y él, con sus cumplidos y regalos, los satisfizo. No hay ninguna mujer que resista a la admiración que se expresa con dulces, palabras y valiosos regalos. Naturalmente todo esto habría que pagarlo de un modo u otro, y usted no puede imaginar lo que pidió. Total, nada, una pequeñez: las llaves de la sacristía y del armario de registros, aprovechando un momento en que mi marido estuviera fuera. Cuando le pregunté para qué lo quería, me dijo algo que, desde luego, yo no creí, pero me gustaban los regalos y esperaba más. Por esta razón, sin decírselo a mi esposo, le di las llaves, pero le espí hasta que supe para qué las quería.

En las cosa que no me perjudican, no he tenido nunca escrúpulos, y lo mismo me daba

una partida de casamiento de más que una de menos. Por otra parte, yo no tenía reloj de oro y él prometió traerme uno de Londres; esto es claro, era una razón poderosa. Si en aquel momento hubiese comprendido que la ley consideraba esto como un crimen, ya hubiera yo tenido buen cuidado de no exponerme. Pero me pareció que todo esto no era demasiado importante. Le puse por única condición que me dijera la verdad. Entonces era yo tan curiosa como usted ahora. Cosas de juventud. Le contaré en pocas palabras lo que me dijo.

Hasta después de la muerte de su madre no supo que era bastardo. Su padre prometió favorecerle cuanto pudiera, pero murió de pronto sin haberlo hecho. El hijo procuró sacar la mejor tajada, cosa que todos hubiéramos hecho, y como nadie sospechaba la verdad, nadie le disputó la herencia. De haberse descubierto el fraude, el verdadero heredero era un marino que se pasaba la vida navegando, y no se enteraba, por lo tanto, de nada. Así, pues, al joven noble no se le presentó dificultad alguna, y como la cosa más natural del mundo se posesionó de sus fincas ahora bien, llegó el momento en que tuvo que hacer un préstamo de importancia, y para ello se le exigió la partida de matrimonio de sus padres. Esta pequeña dificultad fue la que le trajo a este pueblo. Sus padres habían vivido aquí bastante tiempo, viviendo, como en todas partes, muy aislados. De aquí salieron para establecerse en Blackwater, cuando tuvieron esta propiedad en herencia. Al cabo de veinticuatro años, muerto el pastor y sus amigos, nadie podía afirmar que la boda no se hubiera celebrado en la vieja iglesia de Welmingham.

Me contó todo esto. Yo confieso que experimenté por él cierta simpatía y piedad, aparte de que aumentaba mi interés el reloj y la cadena que me había ofrecido. El primer pensamiento que tuvo fue destruir la página a la que correspondía el casamiento, pero al examinar los libros vió dicha página en blanco, exactamente ocho meses antes del matrimonio de sus padres. Se le ocurrió la idea que, con mi ayuda, puso en práctica. Tardó bastante tiempo en encontrar tinta igual a la de las demás partidas y poder falsificar así las letras de la firma. Pero consiguió hacerlo, y así, en muerte, hizo una mujer honrada de su madre, ya que no lo había sido en vida. En esta ocasión, he de confesarlo, se portó muy bien conmigo. El reloj y la cadena fueron excelentes, y todavía los conservo.

Me dijo usted que la señora Clements le había contado cuanto sabía. No es, pues, necesario que le describa otra vez el escándalo de que fui víctima. Ya sabe usted la acusación que mi imbécil esposo y las demás gentes me hicieron, cuando sorprendieron al joven y a mí en la sacristía. Pero lo que usted ignora es cómo acabaron las cosas entre los dos. En cuanto vi el giro que aquello tomaba, le dije: «Debe usted hacerme justicia y librarme de la apariencia de una falta que sabe

positivamente, que no he cometido. Usted no tiene por qué contarle toda la verdad a mi marido; pero debe darle su palabra de honor de que no soy culpable» Se negó y dijo que tenía interés en que mi marido y todo el vecindario continuaran en esa creencia, pues de este modo no sospecharían la verdad. Esto me indignó, y le dije que lo diría a todo el mundo. Pero me contestó que si lo hacía me acusaría como cómplice y estaría perdida.

Lo dijo fríamente, añadiendo la descripción del horrible castigo que me esperaba si se descubría el delito. Entonces no era la ley tan suave como lo es ahora, y no sólo los asesinos morían ahorcados. Me callé, pero usted puede comprender fácilmente el odio que desde aquel día he sentido hacia él. El caso es que, como yo merecía una indemnización, se dispuso a concedérmela mediante dos condiciones: silencio absoluto y prohibición de salir de la ciudad sin su permiso. No podía hacer otra cosa y acepté.

Luché durante mucho tiempo contra la enemistad y el desprecio de mis vecinos, y al cabo de muchos años gané la batalla.

Supongo que tiene usted gran interés en saber cómo guardé el secreto y cómo se enteró de él mi hija Ana. Tampoco mi gratitud le negará este favor. Y permítame decirle, de paso, que experimento una gran sorpresa ante el interés que demuestra usted por mi hija. No puedo explicármelo. Si el interés le lleva a enterarse de la vida de Ana durante sus primeros años, diríjase a la señora Clements; ella conoce los pormenores mejor que yo. Desde luego, estoy segura de no haber sido una madre modelo. Mi hija fué siempre una carga para mí, con el agravante de su debilidad mental. Como veo que a usted le gusta la confianza, le hablo de este modo.

No le molestaré con palabras inútiles. Me limito a decir que cumplo lo establecido en el contrato y cobré mi desahogada pensión. De vez en cuando efectuaba algún pequeño viaje, no sin haber solicitado permiso de mi dueño y señor. Mi ausencia más larga se debió a un viaje que hice a Cumberland, con objeto de asistir a una hermana mayor que se suponía tenía bastantes ahorros. Trabajo inútil: no me dejó un céntimo. Para molestar a la señora Clements, que nunca me fué simpática, me llevé a Ana conmigo, y no sabiendo qué hacer allí con la niña la mandé a la escuela de Limmeridge. La maestra, una mujer horriblemente fea que había conseguido casarse con un hombre muy guapo, me divirtió por el gran cariño que demostró hacia mi imbécil hija. Entre otras tonterías que le metió en la cabeza, hizo que se vistiera siempre de blanco. A mí me han gustado otra clase de colores, y decidí que una vez volviéramos a casa cambiaría aquel estado de cosas. Sin embargo, no pude conseguirlo. Cuando se metía algo en aquella cabeza obtusa, se volvía más obstinada que una mula. Peleamos

mucho, y para acabar con esto, la señora Clements, que iba a establecerse entonces en Londres, se quiso llevar a Ana. No quise que se saliera con la suya y me negué.

Poco después tuve necesidad de hacer un pequeño viaje, y pedí permiso para ello al caballero que me había confinado en este lugar. En esta ocasión, sacó a relucir lo más rufianesco de su carácter. Grosera e insolentemente me dijo que él no quería, y no pudiendo contenerme prorrumpí en insultos y denuestos contra él en presencia de mí bajó. Entre otras cosas, dije que era un impostor y que le enviaría a la horca en cuanto quisiera divulgar su secreto. Mi hija me escuchaba atentamente, y esto me devolvió la razón. No fué muy agradable reflexionar con respecto a esta ligereza. Cada vez, Ana se mostraba más extraña y anormal. No tendría nada de particular que repitiera mis palabras. Experimentaba cierto temor y, de todos modos, no estaba preparada para lo que ocurrió al día siguiente. Sin aviso por su parte, el caballero se presentó en mi casa. Se había dado cuenta de que su insolencia y grosería podían ser peligrosas y vino dispuesto a reparar el mal. Pero como venía de mal humor y no se atrevía a meterse conmigo, se metió con Ana.

—¡Váyase! —dijo, mirándola con desprecio.

Pero mi hija no se movió.

—¿Está sorda? —gritó—. ¡Váyase!

Entonces, mi hija, enrojeciendo, pues, creo que tenía algunas vagas nociones de dignidad, dijo:

—Hábleme con mejores modales.

El caballero me miró entonces y dijo:

—Eche usted de aquí a esa imbécil.

Ana, oyendo esta palabra, se plantó delante de él diciendo.

—Pídame perdón inmediatamente o le mando a la horca contando su secreto.

Había repetido mis propias palabras. El enmudeció y se puso lívido, y yo la eché a empujones fuera de la habitación. Cuando el hombre se repuso de su sorpresa, no

puedo repetir lo que dijo. Soy una mujer respetable y no puedo traer a mi memoria semejantes blasfemias y palabrotas. Suponga usted las que quiera, y dejemos este asunto.

Intenté arreglarlo todo diciéndole que Ana había pronunciado algunas frases más ignorando de qué se trataba que era muy extraña y que le gustaba que se le tuviera consideración. Pero él no me hizo ningún caso. Dijo que Ana conocía el secreto y me aseguró que continuaría pagándome la pensión si consentía en encerrarla. En esta ocasión cumplí con mi deber de madre exigiendo que fuera a una casa de salud buena y cara, con objeto de que los vecinos no tuvieran nada que decir. Muchas veces es un consuelo saber que se ha cumplido con el deber.

Todos celebraron esta prudente resolución. Lo malo fué que Ana supo que él tenía una parte muy importante en este asunto, y su antipatía se convirtió en odio.

¿Ha satisfecho usted ya su curiosidad? No obstante, tengo algo que reprocharle. Durante nuestra conversación dudó usted con respecto a la paternidad de mi hija. Esto indica poca corrección. En lo sucesivo, no toleraré libertades como ésta. La moralidad del pueblo no lo permite. Domine usted su curiosidad sobre este respecto, porque yo no la satisfaré. Continuaré viviendo como hasta ahora. He economizado lo suficiente.

Si le parece a usted necesario escribirme, hágalo, y si quiere verme, venga. No hable de la carta en ninguno de los dos casos, porque negaré haber la escrito. Por esta razón, ni pongo nombre, ni fecha, ni firma.

He de advertirle que, si quiere venir a verme, mi hora de tomar el té es a las cinco, y que no espero nunca.

LA HISTORIA CONTINUA POR WALTER HARTRIGHT

I

Esta carta, obra maestra de la depravación femenina y del egoísmo brutal, no decía nada nuevo acerca de Sir Percival Glyde. Confirmaba lo que ya sospechaba. Sin embargo, quería aclarar algo con respecto a la paternidad de Ana, por quien siempre había sentido un vivo interés. Con esta idea, me eché la carta al bolsillo para pensar en este asunto cuando tuviera tiempo. Al día siguiente prestaría declaración ante el magistrado y quedaría libre entonces de volver a Londres, en el tren de la tarde o de la noche. Empecé como siempre el día; fui a correos en busca de la carta. Pero era muy breve y, decía así:

«Vuelva usted en cuanto pueda. Me he visto obligada a cambiar de casa: vivo en Gower's Walk, 5. No tema usted nada. Estamos bien; pero regrese enseguida.

Marian»

Relacionando esta carta con alguna intriga del infame conde, me quedé mudo de estupor. Me pregunté qué habría sucedido, sin poder ocultar mis inquietudes. Ya había transcurrido una noche desde que aquellas líneas fueron escritas, y aun tendría que pasar algunas horas antes de que yo volviera, detenido por las estúpidas formalidades de la ley. Pero Marian me inspiraba una gran confianza.

Comparecí con los testigos, pero no se me llamó a declarar. El notario de Londres dijo que la muerte de su cliente le había producido una triste sorpresa, y que no podía aclarar aquel oscuro asunto. Tres horas duró la causa, pero como no se aclaró nada, se declaró veredicto de inculpabilidad, y todos quedamos en libertad para marcharnos. El representante legal de Sir Percival se quedó para todo lo que se refiriese al entierro, etc.

Pagué la cuenta del hotel y me dirigí a Knowlesborough, para comparecer ante mi juicio de faltas. Durante el camino encontré a un propietario, que me pidió permiso para subir a mi coche, deseo al que accedí. Hablamos de cosas actuales, y resultó ser aquel propietario un amigo del señor Merriman, notario del muerto. Me dijo que la sucesión

y la herencia caían en aquel primo famoso a quien desde un principio debieran haber pertenecido.

Después de esto, que me confirmó en mi resolución de guardar silencio, me despedí de mi casual compañero y me presenté en el ayuntamiento. Como había supuesto nadie compareció, y media hora después quedé en libertad de marcharme. Veinte minutos más tarde me dirigía a Londres en el expreso.

II

Llegué a la nueva casa antes de las diez. Laura y Marian corrieron a recibirme, y los tres nos confundimos en un fraternal abrazo. Marian estaba demacrada, demostrando con ello la responsabilidad de lo que había pesado sobre ella durante mi ausencia. En cambio, Laura parecía mucho mejor que cuando me fui. Se había distraído notablemente con la mudanza, que consideraba una ocurrencia feliz de Marian, con objeto de sorprenderme a mi regreso. Le encantaba haber cambiado aquella casa tan estrecha y oscura por la vecindad del camino y el río. Me alegró mucho ver su mejoría, y comprender que su causa principal era el valor y la abnegación de Marian.

Cuando me quedé a solas con ella me preguntó si me había asustado su carta.

—Mucho —le contesté—, pero me tranquilizó en seguida ver que estaba usted aquí. Cosas del conde Fosco, ¿verdad?

—Sí, ayer le vi y, lo que es peor, hablé con él.

—¿Habló usted con él? ¿Cómo se ha atrevido a penetrar en su casa?

—Verá usted, Walter. Ayer, Laura dibujaba en la mesa del salón. Me acerqué a la ventana para ver si llovía y vi en la calle al conde hablando con un caballero en quien reconocí al director de la casa de salud.

—¿Vió usted si él conde señalaba hacia la casa?

—No. Me pareció que hablaban casualmente. Yo los observaba detrás de la cortina. Laura, dibujando, no vió nada. Por fin los dos hombres se separaron y cada uno sé fué por su lado. Empezaba a tranquilizarme, atribuyendo aquel encuentro a la casualidad, cuando vi volver al conde por la acera de enfrente y pasar ante nuestra casa. Le dije a

Laura que había olvidado algo en la portería, y bajé apresuradamente para detenerle. Al bajar, me encontré a la niña del quiosco de periódicos, que traía una tarjeta para mí, en la que se decía lo siguiente: «Distinguida señorita: Para un asunto que nos interesa igualmente a los dos, quisiera cambiar con usted unas palabras» Comprendí que nada adelantaría negándome, y, por otra parte, siempre es mejor conocer las intenciones del enemigo. Le dije a la niña que le dijese al caballero que esperara. Subí a arreglarme un poco y me entrevisté con él. Me saludó con la misma galantería de siempre.

—¿Recuerda usted todo lo que dijo?

—No espere usted que se lo repita, Walter. Le diré lo que dijo de usted, pero no lo que me dijo a mí. Manifestó que había conocido casualmente su regreso a Inglaterra, y que esto lo había puesto en conocimiento de Sir Percival, aconsejándole lo que debía hacer. Pero éste, que era torpe y terco, hubiera hecho probablemente alguna tontería si la muerte no se lo hubiera impedido. Pensando ahora que usted se metería con él, se había precavido, y había citado al director del manicomio delante de nuestra casa con objeto de decirle dónde se encontraba su antigua cliente, ayudando a recuperarla con objeto de evitar sus trabajos. Esto no lo hizo porque algo se lo impidió en el último momento.

—¿Qué consideración fué esa?

—Me avergüenza decirlo, pero se lo diré. Yo fui la consideración. Creo que el único punto débil de ese endurecido corazón es una pasión absurda que, según parece, le he inspirado. Me habló con los ojos llenos de lágrimas. Me dijo qué, en el momento en que iba a denunciarla, me vió en el balcón y viéndome tan afligida comprendió el inmenso sufrimiento que me produciría la pérdida de Laura. Y no tuvo valor para hacerlo. Me rogaba que, en interés de usted, le pidiera que moderase sus ataques a él. Yo no admito condición alguna. No sé si que me contó es cierto, pero sí que el director de la casa de salud no miró una sola vez a la casa.

—Yo si creo que es cierto. En un hombre de su carácter, no me extraña. Muerto Sir Percival y libre la señora Catherick, no tiene poder para recuperar a Laura. ¿Qué dijo de mí, Marian?

—Al hablar de usted, sus ojos se hicieron terribles. «Prevenga al señor Hartright — me dijo— para que sé contente con vivir tranquilo. Hago plena justicia a sus excelentes prendas, pero no tiene talla para medirse conmigo. Adviértale también, y

salúdele al mismo tiempo, que el que se interpone en el camino de Fosco no suele tener tiempo para arrepentirse. Y por lo que a usted respecta, no tema usted nada de mí» Me saludó y se fué.

—¿Y no dijo nada más?

—Al llegar a la esquina, se volvió y se llevó la mano al corazón, con un ademán no sé si teatral o verdadero. Yo, antes de volver a casa, había decidido mudarme. No me consideraba segura. Dije a Laura que quería darle la sorpresa de trasladarnos todos a una casa en el campo. Le entusiasmó la idea y me ayudó mucho. Yo ya conocía este lugar. Estuve una temporada en un pensionado que hay aquí, y por medio de las hijas de mi antigua profesora conseguí esta casa. Por la noche hicimos la mudanza. ¿Le parece bien, Walter? ¿Merezco su confianza?

La felicité con calor y entusiasmo. Pero algo extraño observaba en ella. Me pareció menos firme; vacilaba algo. Su conversación con respecto al conde parecía atemorizarla, en lugar de tranquilizarla. No sé lo que podía haber en aquel corazón. Pero me imaginaba que en él, algo se había conmovido. Sin embargo, respeté su secreto como lo hubiera hecho con mi madre.

Marian me interrumpió estas reflexiones, preguntándome qué pensaba hacer.

—No hice mucho, vi al señor Kirlye. Le dije que, ante mí, tenían que responder dos hombres de todo esto. Uno de ellos ya no existe. Pero queda otro, que ha de confesar por los dos.

Marian miró a otro lado y vi un leve rubor en sus mejillas.

—Me doy cuenta —añadí— de que los riesgos son ahora mayores y que las probabilidades de éxito son muy escasas. Pero acepto la lucha. Convengo en que mi talla es menor que la del conde, pero me prepararé. Ya he aprendido a tener paciencia. Mi inactividad le dará más confianza. Por otra parte, para dar un paso tan peligroso, he de definir mejor mi posición respecto a Laura.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Marian sorprendida.

—Ya se lo explicaré más adelante. Cuando sea el momento, que puede no lo sea nunca. Hasta este momento ha ocultado usted la muerte de su marido a Laura.

—Y se la ocultaremos algún tiempo más.

—No, Marian, créame. Bien está que ignore lo ocurrido; pero prudente y cariñosamente debe usted hacerle saber que su marido no existe.

—¿Tiene usted alguna razón para esto?

—Sí, la tengo.

—¿Y me la calla usted a mí? —Palideció repentinamente; brilló en sus ojos un resplandor de infinita ternura y sus firmes labios temblaron al añadir—: Comprendo. Ustedes tienen alguna esperanza.

Suspiró profundamente, me estrechó la mano y salió de la habitación.

Laura supo al día siguiente la muerte de su marido. El nombre de éste no volvió a pronunciarle entre nosotros. Evitamos siempre el referirnos tanto a su muerte como a su vida.

Nuestra vida de siempre se reanudó. La casa requería un aumento de gastos, y busqué un trabajo más productivo. Esta calma me permitió emplear mi tiempo en una medida de precaución con respecto al conde. Me interesaba saber si éste permanecería mucho tiempo en Inglaterra. Con este fin me dirigí al administrador de la finca donde vivía preguntándole si ésta quedaría desalquilada en breve, porque tenía interés en arrendarla. Me contestó que el caballero extranjero había renovado por seis meses el contrato, y esto me tranquilizó.

Había prometido dar a la señora Clements nuevos detalles de la muerte y entierro de Ana, y así lo hice. Además, contando con la aprobación de Marian, escribí al Mayor Donthorne, de Varneck Hall, donde la señora Catherick trabajó durante varios años en su juventud y de donde salió para casarse. No sabía si viviría aún; pero esperaba me aclarase determinados asuntos de familia.

No tardó en llegar la contestación y en demostrarme que el Mayor vivía y estaba dispuesto a complacernos. Decía que el difunto Sir Percival Glyde no había estado jamás en su casa y que era desconocido de toda la familia. Añadía que el difunto señor Felipe Fairlie fué en su juventud su más íntimo amigo, y podía agregar que pasó el mes de agosto de 1826 en su casa, hasta mediados de octubre, de donde partió para Escocia. Desde entonces no supo nada más de él, hasta que volvió para presentarle a

su esposa.

Todo esto, al parecer insignificante, tenía una gran importancia sabiendo que la señora Catherick hallábase en su casa por aquellas fechas, y que Ana nació en el mes de junio del año siguiente. Quedaba, pues, explicado el parecido con Laura, quien, como se decía, era el exacto retrato de su padre. Sabidos estos pormenores, quedan aclaradas las referencias de la señora Catherick al aludir al señor Fairlie en su carta. Marian me demostró que su madre no tenía ninguna duda de lo que pudiera haber ocurrido, como tampoco el señor Fairlie, pues parece ser que la señora Catherick, antes que confesar su embarazo a este último, prefirió callarse y desaparecer de la casa.

Pensé en Ana entonces. Creía estarla viendo aún durante nuestra última entrevista en el cementerio de Limmeridge. Dios, en su infinita misericordia, le había concedido en la muerte el eterno descanso en el lugar donde en vida no se atrevió a soñar que reposaría. Como una sombra, pasó por mi lado, y también como una sombra desapareció.

III

Habían transcurrido cuatro meses. Continuaba dedicado a fructuosos trabajos con objeto de aumentar nuestra comodidad y asegurar económicamente nuestro porvenir. Marian recobraba su energía y lentamente su buen humor, a pesar de que muchas veces la veía triste y parecía distinta de lo que había sido.

En Laura, el cambio fué más rápido. Su salud progresaba francamente, y no tardó en recobrar el color y la expresión, tan particulares suyas. Pero continuaba sin haber recobrado la memoria. Por lo demás, era la misma encantadora criatura que conocí en el pabellón del parque. Todo esto repercutió en el crecimiento de nuestro amor.

Nuestras relaciones diarias se hicieron menos francas. Temblaban nuestras manos al encontrarse, Y se ruborizaba cuando nos hallábamos solos. Me daba cuenta de que nuestra situación se hacía insostenible, y que era necesario tomar una resolución. Sin embargo, no quise precipitarme, y antes de dar el paso definitivo decidí cambiar de aires y de vida. Con este propósito, dije en una ocasión que nos merecíamos unas vacaciones, y que podíamos, pasar un par de semanas al lado del mar. Las dos jóvenes acogieron entusiasmadas mi proposición. Días después salíamos a una tranquila playa del sur.

Cuando llegamos a ésta, éramos nosotros los únicos forasteros. El lugar era

maravilloso. Yo tenía intención de consultar a Marian sobre determinadas cosas, y hasta el tercer día de nuestra estancia en la playa no tuve oportunidad de hacerlo. Pero antes de comenzar a hablar, me dijo:

—Sé que usted quiere decirme hoy lo que quedó por decir hace varios meses. Comprendo que tiene usted razón. Se impone un cambio. De nuevo nos hallamos reunidos y el tema de nuestra conversación es Laura. Incluso el paisaje se parece a Limmeridge.

—En aquella ocasión, Marian, seguí sus consejos. Hoy, que la conozco mejor, vengo a pedirle de nuevo su parecer.

Sin contestarme, me estrechó la mano en silencio. La conmovió mi recuerdo del pasado.

—Sean las consecuencias que sean las que se produzcan por esta conversación — le dije—, los intereses de Laura serán siempre para mí los más importantes. Hoy no tengo sobre ella derecho alguno que sancione la sociedad y que me permita protegerla y exigir responsabilidades al conde, único medio que puede establecer su personalidad. Ya no hablemos de mí ni de mi cariño. Y le ruego, Marian que me aconseje sobre esto.

—He de decirle sólo que tiene usted razón, Walter, pero, ¿cree usted que tengan éxito sus proyectos con respecto al conde?

—No me cabe la menor duda. Hay una discrepancia de fechas en la que puede basarse mi victoria. El conde sabe cuáles son, y todo estará conseguido si logro que las confiese. De otro modo, me temo que no pueda hacerse nada.

—¿Teme usted una derrota?

—No tengo razón para confiar en el éxito. Sé que la fortuna de Laura está ya perdida y que, probablemente, no pueda ni siquiera reclamar su nombre entre los vivos, y, además, que no tiene otro porvenir que el que su esposo pueda procurarle. Todo esto no hace más que darme valor para atreverme a ofrecerle mi corazón y mi vida. En la prosperidad fui el profesor que guiaba su mano. Ahora, en la desgracia, reclamo para toda la vida esa misma mano.

Me ahogaba la emoción y no pude decir más. Marian se levantó y me dijo:

—En cierta ocasión, Walter, le separé a usted de ella. Espere usted ahora aquí, a que venga Laura y le diga lo que he hecho ahora.

Por primera vez desde mi partida de Limmeridge me besó en la frente. Sentí sobre ésta, además, el calor de una lágrima. Marian salió y esperé a que volviera. Toda sensación se había paralizado en mí. Recuerdo únicamente que brillaba el sol y que el mar traía a mis oídos sus rumores. Se abrió por fin la puerta y Laura avanzó hacia mí. Sus pasos no recordaron los que dió en Limmeridge cuando vino a despedirse. Entonces estaba triste; ahora, no. Su rostro resplandecía.

—Por fin podemos confesarnos nuestro cariño. ¡Qué feliz soy, Walter!

Diez días más tarde nos habíamos casado.

IV

Quince días después regresábamos a Londres. Tanto Marian como yo evitamos manifestar a Laura el motivo de nuestro regreso. El conde se marchaba en junio. Tenía que prepararme. Para atacar al conde, lo primero que me era necesario era conocer los pormenores de su vida, y leí atentamente los fragmentos del diario de Marian. Me llamó la atención que, desde hacía tiempo, no hubiese visitado su patria y que se hubiera interesado notablemente por si algún caballero italiano vivía en aquellos contornos. Esto le indicó a Marian la posibilidad de que fuera un desterrado político, pero esta sospecha no se compaginaba bien con la correspondencia extranjera, muy abundante, y las cartas con membrete oficial. Todo esto me indujo a aplicar al conde aquella misma palabra que pronunció Laura y que oyó la condesa: «Espía». Estaba seguro de ello y de que el conde pertenecía al servicio de espionaje de algún gobierno.

Ese año se celebró en Londres la gran exposición del Palacio de Cristal. En virtud de la afluencia de extranjeros, se tomaron varias medidas de tipo internacional, y entre ellas figuraba el apostar gran número de espías pagados por sus gobiernos respectivos como agentes auxiliares.

Esto me dió la idea de acudir al único italiano a quien conocía y en quien podía tener plena confianza: el profesor Pesca. Fui a verle y lo encontré tan cariñoso y expresivo como siempre. Fué en aquel momento para mí el amigo que en toda ocasión me había demostrado ser. Pero antes de reclamar su auxilio quiso ver personalmente al hombre con quien tenía que luchar. Tres días después de nuestro regreso a Londres fui solo al

bosque de Saint John, entre las diez y las once de la mañana. Pasé por debajo de las ventanas de la casa del conde, y tuve ocasión de oír una voz fuerte y bronca con la que las descripciones de Marian me habían familiarizado: «Uno, dos, tres, paso al otro dedo. Así, querido, uno, dos, tres, cuatro. Otro salto. Muy bien, precioso. Pío, pío, pío...» Lo mismo que en Blackwater, el conde amaestraba a sus canarios.

No tardé en oír el ruido de una llave abriendo la puerta, y los primeros acordes de la plegaria de «Moisés», cantada por una voz magnífica de bajo. Esto me indicó la proximidad del conde, y, en efecto, se abrió la puerta del jardín y salió un hombre a la calle, que se dirigió hacia Regent Park. Yo le seguí a cierta distancia. Cruzó el parque saludando amistosamente a algunas niñeras de la vecindad y pasó a internarse por las calles de la ciudad. Le vi entrar en la tienda de un óptico y salir al poco rato de ella con unos gemelos de teatro en la mano. Paróse después ante el teatro de la Opera, leyó el cartel y se hizo llevar al despacho de billetes de dicho teatro. Se representaba «Lucrecia Borgia», y esto me indicaba que el conde sería uno de los espectadores. Todo aquello me dió una idea: la de llevar a mi amigo Pesca a la representación y mostrarle de cerca al conde, por ver si lo conocía. Quedamos de acuerdo sobre este particular, y a las ocho a recogerle. Llevaba un gigantesco clavel en el ojal y bajo el brazo los más gigantescos gemelos que he visto en mi vida.

V

Cuando entramos, terminábanse las últimas notas de la sinfonía. En realidad, yo no había comunicado a Pesca el motivo de aquella invitación, y el bondadoso italiano disfrutaba con el espectáculo. No tardé en descubrir al conde en la décima fila de butacas, destacándose sobre todos sus vecinos.

Cuando terminó el primer acto, la mayor parte de la concurrencia se levantó. Era el momento que yo esperaba. Vi al conde levantarse también y observar con los gemelos los palcos. Le dije entonces a Pesca:

—¿Conoce usted a ese hombre?

—No, no lo conozco. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es algún famoso personaje?

—Es compatriota suyo. Se llama Conde de Fosco, y tengo particulares razones por encontrar a alguien que lo conozca.

—Tampoco conozco ese nombre.

—¿Está usted seguro? Véalo bien, se lo ruego.

Durante nuestro diálogo se había acercado a nosotros un hombre de escaso cabello, con una cicatriz en la mejilla izquierda. Nuestras palabras despertaron su curiosidad. Pesca se había cambiado a otro sitio, desde donde podía examinar mejor al conde. Precisamente, los gemelos del conde se dirigieron hacia aquel lugar y las miradas de los dos hombres se encontraron. Tuve ocasión de observar los rostros de cada uno. Pesca no pareció conocer al conde Fosco, pero éste no sólo demostró haberlo reconocido, sino que incluso dió la sensación de temerle, porque únicamente así podía explicarse el estremecimiento que experimentó y la palidez que invadió su semblante. También me di cuenta de que al hombre de la cicatriz le llamaba la atención el cambio que se había producido en el conde.

Yo fui el primero que experimenté por todo esto una extraña admiración, y absorto en mis reflexiones me encontraba cuando la voz de mi amigo me sacó de ellas.

—¿Por qué me mirará ese señor tan alto, si yo no le conozco?

Procuré distraer su atención, pero sin cesar de observar al conde, que, en cuanto le pareció que no le observaban, se dispuso a salir. Inmediatamente cogí a Pesca del brazo, y a pesar de sus protestas le declaré la necesidad de marcharnos.

Más rápidamente que nosotros lo hizo el hombre de la cicatriz.

Al llegar al vestíbulo no vimos a nadie. Se habían esfumado.

—Vamos a su casa, Pesca —le dije—. Tengo que hablar con usted inmediatamente.

—Pero, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó asombrado el hombre.

Sin contestarle, le llevé afuera. Por el camino pensaba que la inesperada fuga del conde podía relacionarse con una próxima partida, y, por lo tanto, no teníamos tiempo que perder.

Al llegar a casa de Pesca le conté a éste todas mis observaciones y terminé diciéndole:

—Ese hombre le conoce a usted, Pesca, y le tiene miedo. Puedo asegurarle que es un hombre que teme muy pocas cosas. Aquí hay un motivo poderoso que me interesaría conocer. Sé que ha salido usted de su país por causas políticas. No me las ha confiado usted nunca, pero le ruego que mire a su pasado y vea si entre sus recuerdos hay alguno que pueda explicarnos el terror de este hombre.

—Walter —me dijo temblando—, usted no sabe lo que pide.

Me miró como si un tremendo peligro nos amenazara, y se descompuso su rostro.

—Perdóneme —le dije— si evoco recuerdos penosos para usted. Nunca lo hubiera hecho si no se tratara de reparar la injusticia que se ha cometido con mi esposa. Por esto me atrevo a pedirle este sacrificio.

Solemnemente me contestó:

—Walter, cuando me salvó usted la vida le dije que podía disponer de ella como quisiera. Ahora me lo exige usted y no retiro esa promesa. Escúcheme, pero no veo qué relación pueda haber con lo ocurrido esta noche. A ver si usted puede encontrarla.

En italiano, porque su estado le impedía hacerlo en inglés, me dijo:

—Desconoce usted los motivos que me obligaron a abandonar mi patria. Mi destierro no ha sido decretado por el gobierno. Probablemente haya usted oído hablar de sociedades secretas. Durante mi estancia en Italia pertenecía a la más poderosa de todas, y hoy, en Inglaterra, pertenezco aún. Llegué aquí enviado por mi jefe. Hace muchos años, mi exceso de celo y mi irreflexión hicieron que la sociedad temiera comprometerse conmigo, y por esta razón me enviaron aquí, diciéndome que aguardara. No sé cuándo me llamarán, pero estoy dispuesto a cumplir con lo que se me diga. Pongo mi vida en sus manos, diciéndole en nombre de la sociedad: Tenga usted en cuenta que si se sabe esta confidencia mía a usted puedo considerarme hombre muerto.

Para no perjudicar a mi amigo, llamaré la Hermandad a esta sociedad, callándome su verdadero nombre.

—Su objeto —continuó Pesca— es destruir la tiranía proclamar los derechos del hombre. Sus principios son dos Mientras la vida de un hombre sea útil a la sociedad, o indiferente por lo menos, tiene derecho a disfrutarla. Pero si envuelve un peligro, es

una acción laudable arrebatársela. Ustedes, acostumbrados a varios siglos de libertad, no pueden comprender esto. Durante el reinado de Carlos I, ustedes, los ingleses, nos hubieran hecho justicia. Ahora les ruego que no nos juzguen.

Hablaba con entusiasmo, pero en voz baja, como si temiera que le oyesen.

—Las leyes por las que se rige esta sociedad la hacen distinta de todas. El jefe supremo está en Italia, y cada nación tiene un presidente. Este y su secretario conocen a todos los miembros, pero éstos entre sí se ignoran. Todos los socios llevan una marca que dura tanto como su vida. Ya se nos advierte al ingresar en la sociedad que si la traicionamos nos condenamos a muerte, y en un caso así no hay ley que nos salve. Cuando estuve en Italia, yo fui secretario. Todos los individuos de la sociedad desfilaban ante el jefe y ante mí.

No sé por qué, preveía una solución a todo aquel misterio. Pesca se había quitado la levita y arremangado la camisa.

—Le he dicho que tenía confianza en usted —me dijo—. Vea la marca que nos identifica.

En la parte superior del brazo tenía una quemadura circular del tamaño de una moneda de un chelín. Paso por alto los atributos que en ella figuraban.

—Todo el que tenga esta marca en el brazo pertenece a la Hermandad.

Sin decir nada más, se dejó caer sobre una silla, ocultando su rostro entre las manos.

—En lo más profundo de mi corazón guardaré su secreto, Pesca. Jamás se arrepentirá usted de ello. ¿Puedo venir a verle mañana?

—Sí, Walter, venga usted y comeremos juntos.

—Buenas noches, Pesca.

—Buenas noches, Walter.

Mi primera impresión al salir a la calle fué que debía obrar consumo cuidado. No tenía duda alguna con respecto al motivo que había hecho que el conde abandonara el espectáculo. Estaba convencido de que la marca de la Hermandad se encontraba en su brazo. Me lo demostró el terror que sintió al ver a Pesca. Es fácil comprender el porqué el reconocimiento no fué mutuo. Aquel rostro afeitado debió poblarlo una barba en otro tiempo, y tal vez los negros cabellos fueron de otro color. Por otra parte, los años le habrían transformado.

Decidí tener una entrevista aquella misma noche. Si sabía el conde que su secreto estaba en mi poder, no retrocedería la idea de deshacerse de mí. Me resolví a hacérselo conocer por una tercera persona, con encargo de proceder enérgicamente si en el plazo fijado de antemano yo no daba personalmente contraorden. Llegué así a casa y me encerré en mi estudio. Le escribí a Pesca en estos términos:

«El hombre que le indiqué ayer en el teatro es miembro de la Hermandad y ha sido traidor a ella. Ponga ambas afirmaciones en conocimiento de sus jefes. Ya sabe usted quién es. Vive en Forest Road, 5, Saint John Wood. Por la amistad que me profesa, actúe rápidamente y sin piedad. Todo lo he arriesgado y perdido. Pago mi derrota con mi vida.»

Firmé y lacré el sobre. En éste escribí el nombre de Pesca, seguido de estas palabras: «No la abra usted hasta mañana a las nueve, en caso de que no nos veamos antes. A las nueve, rompa el sobre y siga las instrucciones que encierra»

Todo lo encerré en un doble sobre, en el que escriba únicamente el nombre y señas de Pesca. Tan sólo tenía que ver ahora de encontrar el medio de llevar la carta a su destino. Si salía mal de mi entrevista, el criminal no quedaría impune.

Bajé al piso inferior en busca de un mensajero. Le dije lo que necesitaba y me propuso hacerlo por medio de su hijo. Le encargué a éste que llevara la carta en un coche y que volviera en él, y que el carruaje me esperara en la puerta, pues yo lo utilizaría. Eran las diez y media. Subí de nuevo a mi estudio y ordené mis cosas por si me ocurría algo.

Por primera vez tembló mi mano al intentar abrir la puerta del salón donde creí se encontraban Laura y Marian.

Marian estaba sola. Sorprendida, me miró, diciéndome:

—¿Qué temprano! ¿Le ha ocurrido algo?

—Sí, ahora lo verá. ¿Dónde está Laura?

—Le dolía la cabeza y le he dicho que se acostara.

Fui a verla mientras Marian me miraba con la idea de que algo anormal ocurría. La vista de mi esposa en el lecho me quitó valor para realizar mi propósito. Pero pude dominarme. Laura dormía confiadamente. Besé sus manos sin despertarla, la miré por última vez y murmuré: «Dios te bendiga».

Encontré a Marian con una carta en la mano.

—Ha venido el hijo del dueño de la casa y me ha entregado esta carta diciendo que el coche espera a la puerta.

—Bien —dije yo, rompiendo el sobre.

La carta decía:

«Recibida su misiva. Si no le veo antes de la hora que indica, romperé el segundo sobre.

P.»

La guardé en mi bolsillo y me dirigí a la puerta. Marian me detuvo.

—Walter —dijo mirándome a la cara tengo la impresión de que esta noche se va usted a jugar el todo por el todo.

—Si, Marian, es la última y la mejor de mis probabilidades.

—Pero no solo —dijo temblorosa—. No desprecie usted mi compañía. Yo le esperaré en el coche.

—Si realmente quiere ayudarme —dije conteniéndola—, acompañe esta noche a mi esposa en su habitación. Deme usted esta tranquilidad, y demuéstreme así su valor.

Le estreché las manos y salí. El hijo del propietario de la casa me abrió la portezuela del coche. Le dije al cochero que si llegábamos en un cuarto de hora a la dirección que le indicaba habría doble propina.

Cuando nos detuvimos ante la casa del conde, daban las once y cuarto en la iglesia. Después de haber despedido al coche, me disponía a llamar a la puerta cuando me encontré con un individuo que tenía la misma intención que yo. A la escasa luz del farol reconocí en el desconocido al caballero de la cicatriz. Creo que el también me reconoció. No dijo nada, y en lugar de detenerse continuó su camino lentamente. En aquel momento no tenía tiempo de pensar si me había seguido o si era casual el encuentro. Sin detenerme a pensar más, escribí en una tarjeta mía: «Asunto importantísimo», y llamé. Me abrió una doncella. Sin decir nada, le entregué la tarjeta, ordenándole: «Entregue esto a su amo». Mi brusca forma de proceder la desconcertó, y no tardó en regresar diciendo que el conde me saludaba atentamente y preguntaba qué se me ofrecía. Le devolví el saludo, diciéndole que no podía tratar más que con él, y el segundo mensaje me franqueó la entrada en la casa.

VII

A la luz de la bujía que llevaba la sirvienta vi a una señora salir de una habitación interior. Me dirigió una mirada escrutadora y pasó de largo sin contestar a mi saludo. Comprendí que era la condesa. La doncella me hizo entrar en la habitación que aquella había dejado y me encontré allí con el conde.

Vestía aún el traje de sociedad, pero el frac estaba sobre una silla. Su limpiísima camisa blanca estaba arremangada sobre las muñecas. A un lado velase una maleta. Por la habitación estaban esparcidos libros, papeles y otros objetos. Todo parecía indicar un viaje apresurado. El conde, sentado ante la maleta, se levantó al verme. Me indicó una silla y me dijo:

—Dice usted que tiene importantes asuntos que tratar conmigo. Ignoro cuáles pueden ser.

Su mirada me convenció de que no me había visto en el teatro, y que, por lo tanto, no me reconocía.

—Veo que he tenido suerte encontrándole, porque, según parece, está usted a punto de partir.

—¿Tiene algo que ver esto con su visita?

—En cierto modo.

—¿Sabe usted adónde voy?

—No, pero sí el motivo.

Rápidamente se dirigió a la puerta, la cerró y guardóse la llave en el bolsillo.

—Aunque no nos hayamos visto nunca, usted y yo, señor Hartright, nos conocemos muy bien. Antes de venir, ¿no ha pensado usted que no se puede jugar impunemente conmigo?

—No es esa mi intención. Es un asunto de vida o muerte.

—¿De vida o de muerte? Esto es muy serio de lo que usted supone.

Sus dedos jugaban con sus llave, como si quisiera intentar abrir el cajón de la mesa en que se había apoyado.

—¿Conoce usted el motivo de mi viaje? ¿Tiene la bondad de decírmelo?

Y diciendo esto abrió el cajón.

—Puedo hacer algo más. Darle una prueba.

—¿Dónde esta? —preguntó.

—Levante la manga de la camisa del brazo izquierdo la verá usted en él.

Volví a ver en su rostro la misma lividez que experimentó en el teatro. Un leve fruncimiento de cejas convirtió sus ojos en dos puñales. Lentamente abrió el cajón. Algo duro y pesado rozó la madera. Se produjo un mortal silencio. Mi vida dependía de un segundo. Sabía perfectamente el objeto que acariciaban sus manos.

—Aguarde usted. Vea usted que no me muevo, que no voy armado. Tengo algo más que decirle.

—Ya ha dicho bastante —contestó fríamente, con una calma antinatural—. ¿Sabe en lo que estaba pensando?

—Espero que me lo dirá usted.

—Pensaba —dijo tranquilamente— en si alteraría mucho el orden de esta habitación el que le saltaran los sesos.

Si vacilaba, me podría considerar hombre muerto. Con gran calma le contesté:

—Antes de que se decida usted a hacerlo, lea estos dos líneas.

Esto excitó su curiosidad, y cogió de mis manos la nota de Pesca, que leyó en voz alta.

Una persona menos inteligente hubiera pedido una explicación, pero el conde comprendió que con estas líneas yo había tomado mis precauciones. Cambió la expresión de su semblante y retiró la mano del cajón.

—De todos modos, no cierro el cajón —dijo—, y tampoco me comprometo a asegurar que sus sesos ensucien la chimenea. Pero acostumbro a ser justo con mis enemigos. Esos sesos son bastante inteligentes. ¿Quiere usted algo de mí?

—Sí, y espero conseguirlo.

—¿Con condiciones?

—Sin ellas.

La mano volvió otra vez al cajón.

—Veo que esos sesos inteligentes vuelven a estar en peligro. El tono de su voz me molesta bastante. No trata usted con Sir Percival, sino con el conde Fosco y le invito a que sea correcto. Espero que me contestara estas preguntas: Primera: ¿Quién le ha informado a usted del asunto?

—No puedo contestarla.

—Ya lo averiguaré. Bien. Segunda: ¿De quién es la carta que me ha enseñado usted?

—De una persona en quien puedo confiar y a quien usted debe temer.

La respuesta le impresionó bastante y volvió a retirar la mano del cajón.

—¿De que tiempo dispongo antes de que abran la carta?

—Hasta mañana a las nueve.

—Ya es bastante. Ya trataremos de eso. Hable usted ahora.

—Terminaremos enseguida. Supongo que sabrá usted los intereses que represento.

—No creo equivocarme —dijo el conde sonriendo— al suponer que son los de una dama.

—Se trata de los de mi esposa.

Me miró con la primera expresión honrada que había visto en sus ojos. Aquello, según podía comprender, hacía que aumentase en su estimación, y me considerara un hombre fuerte. Cerró definitivamente el cajón y le cruzó de brazos para escucharme.

—Le supongo a usted lo suficientemente enterado de todo cuanto se ha hecho, para negar nada. Usted es el cómplice de una vil intriga, cuyo primer motivo son diez mil libras. Pero guárdese usted ese botín. —Su rostro se iluminó y me miró compasivamente—. No he venido a deshonrarme regateando un dinero que sirvió para pagar un crimen.

—Perdone, señor Hartright, le ruego que se modere. Las diez mil libras eran legítima herencia de mi esposa. Supongo que conocerá usted el asunto. Téngalo en cuenta y discutiremos más fácilmente. Le ruego sea breve. ¿Qué es lo que quiere?

—Primero: una confesión de su tenebrosa trama, escrita y firmada por usted en mi presencia.

—Una —dijo el conde levantando el dedo—. Siga.

—Una prueba plena, pero que no dependa de la personal afirmación suya, con respecto a la fecha exacta en que mi esposa salió de Blackwater con dirección a Londres.

—Bien. Ha puesto usted el dedo en la parte débil del asunto. ¿Qué más?

—Nada más.

—Bien. He escuchado sus condiciones. Oiga usted las mías. Por lo que respecta a la primera, me resultaría mucho más fácil eludirla que evitar responsabilidad de matarle de un tiro. Opto por ella. Escribiré la relación que usted pide. Por lo demás, le bastara una carta de mi malogrado amigo en la que me da cuenta exacta del día y hora en que su esposa se marchó. Le pondré en relación con el mozo que recogió el equipaje, en cuyo libro encontrará la misma fecha. Pero todo bajo las siguientes condiciones: mi esposa y yo dejaremos esta casa cuando y como nos venga, sin molestia ninguna; esperará usted aquí, en mi compañía, hasta que venga mi agente, que vendrá a las siete de la mañana, para terminar mis negocios; le entregará usted una orden escrita con objeto de que le den la carta sellada, que ha entregado usted a esa persona; esperará a que vuelva y me entregará la carta; luego, me dará usted media hora, después que hayamos marchado nosotros. Hecho esto, quedará usted en libertad de hacer lo que quiera. Además, me dará usted una satisfacción de su falta de cortesía y de haberse inmiscuido en mis asuntos privados. Cuando esté en el continente fijaré por carta el lugar y la hora y le mandaré la medida de mi espada. Ahora, dígame si acepta estas condiciones.

Vacilé un momento, pero pensé que el castigo de Dios sobre Sir Percival era una prueba de la justicia divina, muy por encima de los medios humanos, tan débiles.

—Acepto, pero he de decir algo más.

—Usted dirá.

—Destruirá usted la carta en mi presencia sin abrirla.

No quería que descubriera la identidad de Pesca.

—Lo acepto.

Se levantó y, dirigiéndose a mí, me dijo con una sencilla dignidad:

—Hasta ahora hemos sido enemigos mortales. Seamos ahora dos caballeros. Permítame que le presente a mi esposa. —Salió a la puerta y llamó—: Leonor... El señor Hartright. La señora Fosco —dijo, cuando entro la condesa—. Si los preparativos del viaje te lo permiten, te agradecería que nos preparases una taza de café. Tengo que escribir ciertas cosa al señor Hartright.

La señora obedeció y salió. El conde se dirigió a su escritorio y se sentó a el, diciendo:

—Será un documento notable. Manejo con mucha facilidad la literatura. Este es un don precioso. ¿Lo posee usted?

Aquel hombre era realmente admirable, y a pesar mío me deje impresionar por su carácter.

No tardó en aparecer la condesa con el café, y el conde en agradecimiento, le besó la mano.

—¿Teme usted que le envenene? —Me preguntó el conde sonriendo—. Generalmente, los ingleses toman precauciones cuando no es necesario.

Comenzó a escribir, sorbiendo de vez en cuando un poco de café. Estuvo escribiendo durante varias horas y tirando encima de su hombro las cuartillas escritas y las plumas gastadas. A las cuatro oí un rasgueo característico, que me indicaba que había firmado.

—Ya he terminado, señor Hartright. Le sorprenderá cuando lo lea. El asunto está agotado, pero no el hombre. Fosco no se agota. Son las cuatro. Hasta las cinco, para leer y revisar las cuartillas. De cinco a seis dormiré un poco, y hasta las siete los últimos preparativos. Conversación con el agente hasta las ocho, y a esa hora en marcha. ¿Le parece a usted bien?

Comenzó a arreglar las cuartillas esparcidas por el suelo. El lector ya conoce el documento. Estaba redactado a mi satisfacción. El conde me dió las señas del cochero que había recogido a Laura en la estación y la carta de Sir Percival, fechada el veinticinco de julio, anunciando el viaje de Lady Glyde para el día siguiente, es decir, el día veinticinco, fecha de la defunción, mi mujer se encontraba aún en Blackwater,

según manifestaba la carta de su propio esposo.

—Las cinco y cuarto —dijo el conde—, el tiempo para dormir un poco. Perdóneme. Llamaré a la condesa, para que usted no se aburra.

No tardó en aparecer la señora, que los temores del conde ponían a mi lado.

—Acompaña al señor Hartright, querida, ya que ha sido tan bondadoso para excusarme.

Se sentó en un sillón y un minuto después dormía como un hombre honrado. La condesa se sentó en otro, cogió un libro y me dijo:

—He oído toda su conversación con el conde. Yo le hubiera a usted partido el corazón.

Y se puso a leer, prescindiendo de mí. El sueño del conde duró una hora justa. Al despertar dijo:

—Me siento maravillosamente. ¿Has terminado ya, querida Leonor? Yo estaré dentro de diez minutos. ¡Ah, Dios mío! ¿Cómo me podré llevar a mis pequeños animales? ¿Quién los mimará cuando su papá se haya ido?

Realmente, era extraño ver a aquel hombre que había cometido un crimen de lesa humanidad preocuparse por el porvenir de unos animalillos.

—Regalaré el loro y los canarios al Zoo de Londres. Mi agente de negocios los entregará.

—Te olvidas de los ratones —replicó la condesa dulcemente.

—No. Las fuerzas tienen un límite, y yo he llegado al de las mías. No puedo separarme de ellos. Viajarán con nosotros. Colócalos en sus jaulas de viaje.

—¡Qué gran ternuras! —dijo la condesa, contemplando admirada a su marido. Y salió con la jaula.

El conde consultó el reloj. El sol iluminaba ya la habitación en que nos

encontrábamos. No tardó en aparecer el agente, un extranjero de barba oscura.

—El señor Rubelle, el señor Hartright —dijo el conde presentándonos. Llamó aparte al agente y le dió algunas instrucciones, dejándonos solos a continuación.

El nuevo personaje era, sin duda alguna, un espía extranjero.

Una vez solos, el señor Rubelle me dijo cortésmente que tuviera la bondad de darle las órdenes necesarias para cumplir el encargo que debía llevar a cabo. Dirigí unas líneas a Pesca, autorizándole para que entregara la carta al portador, puse la dirección en el sobre y se lo entregué al señor Rubelle. Hasta que volvió el conde, el agente estuvo a mi lado. El primero, antes de despedir al segundo, leyó las señas de la carta y dijo sombríamente:

—Lo suponía.

Antes de las ocho volvió el señor Rubelle. El conde comprobó la integridad del sobre y quemó la carta con una vela.

—Señor Hartright, cumplo mi palabra —dijo.

Antes de marchar el conde y su señora, me dijo aquél:

—Sígame hasta el portal. He de decirle una última palabra. —Y estando los dos un poco aparte de su señora y del agente, continuó—: Recuerde la tercera condición. Ya tendrá usted noticias mías. —Se acercó y me dijo al oído, con un tono de ternura que me extrañó en él—: Quería decirle que he encontrado muy desmejorada a la señorita Halcombe. Le ruego que la cuide, señor Hartright, por lo que más quiera. Su muerte sería para mí un castigo mayor que el que merecen mis culpas.

Me estrechó la mano y el coche partió. Lo contemplaba todavía cuando vi partir en la misma dirección a otro carruaje en el que viajaba el misterioso personaje del teatro de la Opera.

—Según creo —me dijo el señor Rubelle—, continuará hora en esta casa.

—Sí —contesté.

Y como no quería hablar, cogí los papeles del conde y comencé a leer.

**RELATO ESCRITO POR ISIDORO
OCTAVIO BALTASAR FOSCO, CONDE
DEL SACRO ROMANO IMPERIO, GRAN
CRUZ DE LA ORDEN DE LA CORONA DE
BRONCE, GRAN MAESTRE PERPETUO
DE LA LOGIA ROSACRUZ DE LOS
MASONES DE MESOPOTAMIA,
MIEMBRO HONORARIO DE VARIAS
SOCIEDADES EUROPEAS DE MÚSICA,
MEDICINA, CIENCIAS Y
BENEFICENCIA, ETC., ETC.**

Llegué a Inglaterra encargado de una difícil misión política el verano de 1850. Figuraba entre mis agentes el matrimonio Rubelle. Antes de consagrarme a las tareas que me habían sido encomendadas, disponía de algún tiempo, y decidí pasarlo como vacaciones en el castillo de un amigo, cuya esposa era parienta de mi mujer. Con la igualdad de nuestra posición, se robustecía nuestra amistad: los dos necesitábamos dinero. Al llegar al castillo, salió a recibirme esa magnífica criatura a quien siempre llamé señorita Halcombe, pero cuyo nombre, Marian, está grabado en el fondo de mi corazón. ¡Con qué rapidez la amé, como si hubiera tenido veinte años! De haberla conocido antes, hubiese cambiado el rumbo de mi existencia. Pero entonces no podía hacer más que respetarla, y esta es la única acción que recuerdo con verdadero orgullo.

Nada contaré, de la primera parte de nuestra permanencia en Blackwater. Ya consta en el diario de Marian. Lo que he de contar a continuación empieza con la enfermedad de ésta.

La situación era crítica. Mi amigo debía enormes sumas y no podía disponer de dinero hasta la muerte de su mujer.

Por, otra parte, tenía ciertas dificultades privadas, que mi delicadeza me impidió

investigar. Sabía tan sólo que existía una joven, llamada Ana Catherick, que se hallaba en comunicación con Lady Glyde y que se temía que el resultado de esta relación fuese un descubrimiento que atrajera la ruina de Sir Percival. El mismo llegó a insinuármelo. Puse toda mi inteligencia en encontrar a aquella mujer. Sabía que se parecía extraordinariamente a Lady Glyde y que había escapado de una casa de salud. Sobre estos dos fundamentos establecí un gigantesco plan.

Yo suponía que tarde o temprano Ana Catherick volvería a rondar por el lago, y me aposté decidido a encontrarla. Mis previsiones habían sido ciertas, pero en lugar de Ana apareció la mujer que la acompañaba. Diré tan sólo que la primera vez que vi a Ana estaba dormida, y me maravilló el asombroso parecido que tenía con Lady Glyde. Pero éste me proporcionó el plan, y conmovido por los sufrimientos de aquella desventurada, yo mismo le proporcioné el cordial que había de darle fuerzas para llegar a Londres.

Esto me hace pensar que mi conducta ha sido mal apreciada. Se pretende que he empleado medios químicos contra la pobre Ana y la maravillosa y querida Marian. Nada más falso. Tenía un vivo interés en prolongar la vida de la señorita Halcombe, y esto fué causa de mi intervención con el doctor. Por otra parte, mi opinión se vió confirmada por el médico de Londres. Solamente dos veces he recurrido a la química. La primera, para procurar a mi esposa el tiempo y ocasión de obtener y copiar para nosotros dos cartas de gran interés, y así segunda, para el traslado de Lady Glyde. Afirmino todo esto bajo palabra de honor.

Convencí a la señora Clements que el mejor procedimiento para poner a Ana fuera del alcance de Sir Percival era llevarla a Londres, y así se decidió el día del viaje. Yo instalé a las dos mujeres en el tren. Mi abnegada esposa marchó en el mismo con objeto de asegurarse de sus señas. A su vuelta la acompañó la señora Rubelle, que se instaló en el castillo como enfermera de Marian. Yo marché a Londres a alquilar la casa y a ver a mi hermano político, el señor Fairlie. Hallé la primera en el bosque de Saint John y al segundo en Cumberland. Sabía por el diario de Marian que ésta había escrito una carta al propietario de Limmeridge, proponiéndole que admitiera en su casa a su sobrina mientras se solucionaban sus dificultades matrimoniales. Yo apoyé este plan, ligeramente modificado a causa de los enfermedades. El motivo de mi visita a Limmeridge era obtener una carta del señor Fairlie en la que se consintiera la visita. Pero con objeto de no tener responsabilidades con respecto a su salud, se la invitaba a pasar una noche en casa de su tía, la que yo acababa de alquilar. Él señor Fairlie no opuso gran resistencia.

A mi vuelta a Blackwater vi que el estúpido tratamiento del médico había convertido

la enfermedad de Marian en fiebre tifoidea, poniendo en peligro su preciosa vida. Lady Glyde, preciosa joven con quien nunca he simpatizado, se empeñó en cuidar a su hermana. De haberlo hecho, mi plan hubiera sido innecesario, el contagio hubiera simplificado la tarea.

Marian triunfó de la enfermedad, y cuando el médico de Londres declaró que ya estaba fuera de peligro y que sólo necesitaba reponerse, comprendí la necesidad de deshacerme del médico, consiguiéndolo gracias a un arrebató de indignación. También, siguiendo mis instrucciones, salieron los criados de la casa. Libre de estorbos, había que aprovechar la oportunidad para llevar a Lady Glyde a Londres, pero esto no podía conseguirse si no se le decía que su hermana estaba ya en la capital. Con este objeto, ocultamos a la maravillosa enferma en uno de los dormitorios del ala deshabitado del castillo. Doy mi palabra de que el traslado no comprometió la salud de mi querida convaleciente.

Mi esposa y yo partimos al día siguiente para Londres con una carta que Sir Percival me había dado para el director de la casa de salud donde estuvo Ana, anunciándole el regreso de la fugitiva.

Llega el momento de las fechas. Sobreponiéndome a mi natural modestia, y a pesar de ser un soñador, las tengo tan sabidas como si se trataran de números y fuera yo un comerciante. El miércoles, día 24 de julio de 1850, mandé a mi mujer a casa de la señora Clements, con el encargo de ir a buscarla de parte de Lady Glyde. Sin desconfiar, la señora Clements entró en el coche, y con el pretexto de las compras, la abandonó mi esposa. Poco después llegaba yo con un recado para Ana, diciéndole que Lady Glyde quería pasar el día con ella. También esto se consiguió sin dificultad. Durante el caminó, la preparé, demasiado confiado en su falta de temor, un poco insuficientemente. Al entrar en el salón y no ver en él a nadie más que a mi esposa, se asustó. Esto le produjo terribles convulsiones. La gravísima enfermedad cardiaca la ponía en peligro de muerte, y envié en busca del médico más cercano, con objeto de que cuidara a Lady Glyde. Afortunadamente, el doctor era un hombre listo. Presenté a la enferma como una persona de corta inteligencia, y la opinión del médico confirmó la mía. Se comprenderá mi ansiedad de que muriera antes de que Lady Glyde llegara a Londres. Sabía por una carta de Sir Percival que su mujer no abandonaría el castillo hasta el día 26. La enferma pasó una mala noche, pero al día siguiente mejoró un poco. Sabiendo que un día más tarde había de llegar Lady Glyde, encargué el coche con objeto de que a las doce en punto se encontrara en mi casa, para ir a buscarla a la estación. Vi al cochero escribir el encargo en su libro, y marché después a casa de los Rubelle para que todo lo tuvieran preparado. Al mismo tiempo, fui en busca de dos médicos para obtener un certificado de demencia. Los dos tenían familia y estaban en

mala situación económica. No insistamos sobre este particular. Todo este que hacer lo terminé a las cinco.

Cuando llegué, Ana Catherick había muerto. Era día 25 y Lady Glyde llegaba el 26. Me sorprendió saberme atónito, pero era ya tarde para retroceder. El doctor ya habla notificado al registro la defunción. Mi plan tenía ahora un punto débil. Nada podría borrar del registro la fecha del 25 de julio.

A las dos del siguiente día fui a recoger a la verdadera Lady Glyde, dejando en casa a la muerta. En el coche había escondido la ropa de la difunta para revivirla en la viva.

Cuando llegó Lady Glyde había mucha gente en la estación. Apresuradamente recogí el equipaje y nos dirigimos a casa de los Rubelle. A cuantas preguntas me dirigió con respecto a su hermana le contesté diciendo que la vería inmediatamente en mi casa. Pero nos fuimos a la de los Rubelle.

Hice entrar en el salón a la dama y esperé a que la vieran los dos médicos, quienes expidieron inmediatamente el certificado. Precipité los acontecimientos pretextando inquietud por la salud de Marian. Al hablar de esto, Lady Glyde se desmayó. Unas ciertas gotas en agua le dieron una noche tranquila, y a la mañana siguiente se la vistió con las ropas de Ana Catherick. A la tarde del día 27, la señora Rubelle y yo la acompañamos a la casa de salud. Las penalidades que había sufrido la hacían parecerse aún más a Ana Catherick.

A mi regreso a casa, mi mujer y yo preparamos todo lo necesario para el entierro de la falsa Lady Glyde.

Antes de terminar, quiero hacer constar que mi interés por la señorita Halcombe me impidió hacer ingresar de nuevo a su hermana en la casa de salud y no respetar la vida del señor Hartright. Le evitaba nuevos sufrimientos. Con esto, mi trama se vino abajo. He de confesar esto a los cincuenta años, y añadir que Marian Halcombe ha sido la primera y única debilidad del conde Fosco.

Creo, no obstante, que faltan tres preguntas que contestar. Primera: el secreto de la abnegación de mi esposa; segunda, lo que hubiera ocurrido si Ana Catherick no hubiese muerto, y tercera, si mi conducta merece ser censurada.

A la primera he de contestar que se debe todo a mi carácter. En el fondo, no cumple más que con sus deberes conyugales.

A la segunda he de decir que la desventurada niña había ya sufrido bastante. Y la tercera, que nunca he cometido ningún crimen innecesario. Fríamente se puede considerar que lo ocurrido no es nada, comparado con lo que se pudo hacer.

Anuncié que éste sería un documento notable, y, en efecto, lo es. Estas líneas son mi legado a Inglaterra antes de abandonarla. Son dignas de ella y de

Fosco.

CONCLUYE LA HISTORIA WALTER HARTRIGHT

Tardé media hora en leer la carta, y dejando al francés en posesión de la casa, me marché. Un cuarto de hora más tarde me hallaba en casa y con pocas palabras conté a Laura y a Marian el resultado de mi empresa. Luego me dirigí al lugar donde el conde había alquilado el coche, y en el libro de registro de encargos vi lo siguiente:

«Berlina encargada por el señor conde Fosco, 5, Forest Road, 2 de la tarde. John Owen. 26 de julio de 1850»

El nombre de John Owen correspondía al del cochero, y manifesté mi interés en hablar con él. Recordaba perfectamente el viaje. No se fijó en la señora, pero sí en su equipaje, en el cual se encontraba escrito su nombre, muy parecido al de su mujer cuando soltera. Me bastaba eso. Convine con el dueño en disponer del cochero cuando me fuera necesario, mediante una indemnización, y obtuvo la copia de la referencia del libro. Con todos estos datos me dirigí al despacho del señor Kirlye, quien se admiró extraordinariamente de mi conducta y se dispuso, como era mi propósito, a acompañarme a Limmeridge.

Las dos mujeres y nosotros dos salimos acompañados de John Owen y de un escribiente del notario, a la mañana siguiente. Nos dirigimos primero a Tood's Corner, pues era mi propósito que Laura no entrara en la casa hasta que fuera reconocida oficialmente por su tío. Dejé que Marian se encargara de la cuestión del hospedaje de Laura, y el señor Kirlye y yo nos fuimos a la casa señorial.

No puedo recordar sin impaciencia y desprecio la entrevista. El señor Fairlie pretendió tratarnos con su insolente cortesía de siempre, pero no le hicimos caso alguno, y conseguimos nuestro propósito. Dijo que él no podía adivinar si su sobrina estaba viva, pues le habían dicho que estaba muerta. Que, desde luego, tenía mucho gusto en verla, pero que le dejáramos reponerse, porque aquello le había destrozado los nervios. Yo le dije que o llevaba a cabo inmediatamente el reconocimiento público o se atendería a la responsabilidad de un proceso ruidoso, y el abogado manifestó lo mismo. Ante esta actitud, el señor Fairlie dijo que estaba dispuesto a todo.

El señor Kirlye y yo redactamos una circular dirigida a todos los colonos que asistieron al entierro de la supuesta Lady Glyde, citándoles para dos días después en la casa de los Fairlie. Se ordenó que se borrara la inscripción de la lápida, y el señor Kirlye, que se quedaba de momento en la casa, se encargó de hacer firmar la circular por el propietario.

Durante el día redacté una breve exposición de los hechos, y arreglados los trámites previos del reconocimiento, el señor Kirlye habló de los intereses de Laura, diciendo que ésta debía pleitear contra su tía y los herederos de su difunto marido. Le dije que tanto mi esposa como yo estábamos dispuestos a renunciar a un dinero que había de recordarnos aquella terrible época.

Así llegó el día en que Laura volvió a pisar la casa de sus padres. Todos los que se hallaban en el comedor esperándonos se levantaron al vernos llegar, y un murmullo de afectuoso interés corrió entre los reunidos. El señor Fairlie tenía el notario a su derecha, y tras él a su mayordomo Luis, con un frasco de sales y un pañuelo perfumado.

Comenzó el acto preguntándole al señor Fairlie, si me encontraba allí con su autorización y si se disponía a aprobar mi intervención. El aludido, apoyándose en el señor Kirlye y en Luis, se levantó y dijo:

—Le ruego que me permitan presentarles al señor Hartright. Él les hablará en mi nombre, por cuanto mis débiles fuerzas no me lo permiten. Por otra parte, esto está terriblemente embrollado. Escúchenle y hagan el menor ruido posible.

Dichas estas palabras se dejó caer en el sillón.

Comencé diciendo que quien se hallaba a mi lado era la legítima hija del difunto Fairlie, y con las pruebas que poseía lo demostré, terminando dando cuenta de la muerte de Sir Percival y de mi matrimonio con Laura.

A continuación, el señor Kirlye, como consejero y notario de la familia, acreditó mis palabras, y hecho esto hice que Laura se levantara, y mostrándola a los reunidos, les dije:

—¿Tienen ustedes algo que decir?

Se levantó uno de los colonos más viejos y gritó:

—¡Ella es! ¡Dios la bendiga! Muchachos, tres hurras por la hija del amo.

Los gritos sonaron en mis oídos como música celestial. Las mujeres rodearon a Laura, disputándose el honor de estrechar su mano, y mi esposa se hallaba tan emocionada, que tuve que confiarla a los cuidados de Marian.

A continuación, me hice acompañar al cementerio por algunos de los presentes y el lapidario que habla mandado llamar. En medio de un gran silencio fué borrado el nombre de la lápida. Un gran suspiro de satisfacción salió de todos los pechos en cuanto la operación se hubo efectuado.

Al día siguiente podía leerse: «Ana Catherick. 25 de julio de 1850. R. I. P.»

Volví lo suficientemente temprano para despedirme del señor Kirlye, quien, acompañado de su escribiente y del cochero, regresaba a Londres en el tren de la mañana. Al llegar, me hicieron entrega de una nota del señor Fairlie, preguntándome cuándo pensaba marcharme. Se había desmayado al empezar los hurras.

Le contesté que no pensaba quedarme ni un momento más en aquella casa, y que no temiera vernos ni oírnos. Así volvimos a Tood's Corner, y al día siguiente, escoltados por una multitud, volvimos a Londres.

II

Poco después, en nuestra nueva situación, recibí noticia de mi amigo el grabador, a quien le habían ofrecido una comisión para París, con objeto de examinar un nuevo perfeccionamiento de la técnica. Mi amigo me propuso a mí. Los honorarios eran espléndidos, pero su negocio le retenía en Londres. Acepté la proposición y me dispuse a marchar al día siguiente. Al dejar de nuevo a Laura en manos de Marian, pensé que estábamos abusando del afecto de mi cuñada, sin que nos preocupara su porvenir. Así se lo dije, manifestándole que era muy joven y que tarde o temprano...

—No hablemos, Walter —me interrumpió—. Nunca tendré otro cariño que él vuestro, y cuando tengáis hijos, lo primero que les enseñaré a decir es: «No queremos que se vaya tía Marian»

A última hora, Pesca se decidió a acompañarme a París. Desde la noche de la Opera estaba de malhumor, y quiso descansar unos días. Al cuarto de mi estancia en la

capital de Francia había terminado mi misión, y el día siguiente lo empleé en ver París acompañado de mi amigo.

Nuestro hotel estaba lleno de clientes, y esto hizo que Pesca alquilara una habitación en el piso superior al mío, no pudiendo hacerlo en éste. Por la mañana me dirigí a su habitación, y al entrar en el pasillo vi aquella abierta y una mano fría y nerviosa apoyada en el picaporte. Oí al profesor decir:

—Recuerdo el nombre, pero no el hombre. Le vi en la Opera, pero estaba muy cambiado. No puedo hacer más que firmar el informe.

—Tampoco es necesario —dijo una segunda voz.

Se abrió la puerta y en el desconocido vi al misterioso caballero del teatro, que se inclinó cortésmente ante mí y a quien pude ver espantosamente pálido, apoyándose luego en la barandilla para bajar.

Pesca estaba acurrucado en un extremo del sofá. Parecía querer evitarme.

—¿Le molesto? —pregunté—. ¿Estaba usted con un amigo?

—No es amigo —me repuso—. Hoy le he visto por primera vez, y Dios quiera que sea la última.

—¿Le ha traído malas noticias?

—Muy malas. Volvamos a Londres, Walter. Ojalá no hubiera venido.

—Hasta la tarde no podemos marcharnos. ¿Quiere usted acompañarme?

—No. Continuaré aquí, pero vayámonos pronto.

Tenía la intención de visitar Notre Dame, y al dirigirme a la catedral pasé ante la Morgue. A su puerta se agolpaba la multitud. Algo excitaba la curiosidad popular. De no haber oído una conversación mantenida por un hombre y una mujer, hubiera pisado de largo. Hablaban del cadáver de un hombre muy robusto y con una extraña marca en el brazo. Estas palabras me hicieron ponerme en la fila de los curiosos. No sabía por qué, pero comprendía las palabras del desconocido y de Pesca. Una venganza más

poderosa y cruel que la mía habla seguido a un hombre desde el teatro a su refugio de París. En efecto, allí estaba expuesto a la curiosidad del pueblo francés. Allí se había terminado aquella vida consagrada al artificio y al crimen. Su imponente cabeza era majestuosa. Tenía una herida sobre el corazón, que debió ser producida por un puñal. No había otra marca violenta en su cuerpo, excepto en el brazo izquierdo. En el lugar en el que Pesca me había señalado la marca de la Hermandad veíanse dos cortes en forma de T que la cubrían. A su lado estaban sus ropas. Eran las de un obrero francés. Luego he sabido más pormenores.

Se recogió su cadáver en el río, sin saber quién lo había matado. Fácil es comprender que pertenecía a la Hermandad, en la cual había ingresado después de la partida de Pesca a Inglaterra. La T era inicial de la palabra «Traditore». Por medio de un anónimo que recibió la viuda al día siguiente, el muerto fue identificado. La condesa dijo que se le enterrara en el cementerio del Père Lachaise. Su viuda cuida las flores que decoran su tumba. Supe que se había retirado a Versalles y que se dedicaba a escribir la biografía de su marido. Canta únicamente sus alabanzas, sus virtudes y los honores que se le concedieron.

III

En febrero del nuevo año nació nuestro primer hijo. Al bautizo vinieron mi madre, mi hermana, la señora Vesey y Pesca, aparte de Marian y el señor Gilmore, que fueron los padrinos, éste por representación. La señora Clements asistió a Laura.

Lo único que queda por contar data de la época en que nuestro pequeño Walter cumplió los seis meses. En ese entonces me habían enviado a Irlanda con objeto de ilustrar una obra de la casa en que estaba empleado. Mi viaje duró unos quince días. Durante los tres últimos, no recibí noticia alguna de mi casa, y al volver me encontré, con gran asombro mío, que Laura, Marian y el niño se habían marchado. La sirvienta me entregó una carta en la que me decían que se habían ido a Limmeridge, y que fuera allí inmediatamente. Marian había prohibido que se me diera ninguna explicación, advirtiéndome que no me preocupara.

Aquella misma tarde llegué a Limmeridge.

Para completar mi sorpresa, mi mujer y Marian me esperaban en el saloncito que se me dedicó en los primeros días que yo estuve en aquella casa. Marian estaba sentada en la silla en que yo solía hacerlo, y Laura tenía en sus manos el álbum que yo le había regalado.

—¡Por Dios! —dije al entrar—. ¿Qué significa esto?

Marian me dijo que el señor Fairlie había muerto de un ataque de parálisis. Lo sabían por el señor Kirlye, quien les pidió, además, que se trasladaran inmediatamente a Limmeridge.

Vi enseguida un cambio en nuestras vidas, pero Laura no me dió tiempo a pensar.

—Querido Walter —me dijo—, ¿verdad que no te enfadas?

—Hablemos del porvenir —dijo Marian. Me mostró al niño y me preguntó con los ojos empañados—: ¿Sabes quién es?

—Nada me priva de reconocer a mi hijo.

—¿Hijo? —exclamó con el buen humor de siempre. Permíteme que haga la presentación de dos ilustres personajes. El señor Walter Hartright, el heredero de Limmeridge.

Sus palabras lo explicaron todo. Dejo mi pluma, porque termina el trabajo de muchos meses. Marian fué nuestro ángel bueno. Que ella concluya la historia.